MEMORIAS DE DON ADOLFO DE LA HUERTA. SEGÚN SU PROPIO DICTADO

Lic. Roberto Guzmán Esparza
Transcripción y comentarios

BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM BIBLIOTECA INEHRM



BIBLIOTECA INEHRM

MEMORIAS DE **DON ADOLFO** DE LA **HUERTA. SEGÚN** SU **PROPIO DICTADO**

BIBLIOTECA **INEHRM**





SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero
Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Felipe Arturo Ávila Espinosa
Director General

MEMORIAS DE **DON ADOLFO** DE LA **HUERTA. SEGÚN** SU **PROPIO DICTADO**

Lic. Roberto Guzmán Esparza
Transcripción y comentarios

MÉXICO 2020

Portada: Adolfo de la Huerta, secretario de Hacienda
en el gabinete del general Álvaro Obregón, 1922.
Archivo Enrique Díaz, Delgado y García, AGN.

Ediciones en formato impreso:
Ediciones GUZMAN, 1957
Edición facsimilar, INEHRM, 2002
Senado de la República, 2003

Ediciones en formato electrónico:
Primera edición, INEHRM, 2020.

Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.
www.inehrm.gob.mx

ISBN: 978-607-549-162-2

HECHO EN MÉXICO.

Índice

Un protagonista del Plan de Agua Prieta a través de sus memorias
Elsa Aguilar Casas 9

Prólogo 17

PRIMERA PARTE

Actividades previas de la Revolución de 1910 27
Plutarco Elias Calles, maestro auxiliar 33
La revolución maderista 37
De la Huerta y Obregón se encuentran por primera vez 39
Política local en Sonora. De la Huerta diputado 41
Calles pidió el comisariado de Agua Prieta 46
Obregón gana la presidencia de Huatabampo 49
El primer choque entre De la Huerta y Obregón 52
El orozquismo-Maytorena-Obregón-Calles 54
La batalla de la Dura 59
La batalla de San Joaquín 65
Emilio Campa, prisionero de los EE. UU. 67
Alfredo Breceda 69
Madero y el problema del Yaqui 71

Los Yaquis en la batalla de Santa María 72
El cuartelazo sorprende en México al señor de la Huerta 73

SEGUNDA PARTE

El Constitucionalismo 79
Maytorena se refugia en los Estados Unidos 86
De la Huerta y Villa 89
La "toma" de Agua Prieta 91
El fracaso de Naco 92
La Convencón de Monclova 96
Carranza escoge a Obregón 107
El decreto de Carranza de 10 de mayo de 1913 108
Don Adolfo de la Huerta y la tribu yaqui 114
Las aspiraciones presidenciales de Obregón 118
Carranza, Obregón y Pablo González 121
Iniciativa ante el Congreso Constituyente 139
Carranza y los Estados Unidos 140
La misión de De la Huerta en Washington 143
La campaña electoral por la gubernatura de Sonora 148
Un tesorero enemigo político 157
El Kibby "Cochi" y sus intentos de venganza 159
El primer intento 161
Nueva intentona de asesinato 164
La lámpara salvadora 166
Tomasito Espinoza, un tipo singular 170
El general Miguel Samaniego 173
El hombre del Alfanje y su trágico fin 179
La actitud de Carranza para De la Huerta 181

TERCERA PARTE

El movimiento de 1920 191
La pacificación 202
La pacificación de la Baja California 225
El problema económico en 1920 232
Japón quería una alianza con México 236
El infundio del "Pacto de Caballeros" 241
Don Adolfo de la Huerta, ministro de Hacienda 245
Los arreglos financieros llevados a cabo entre el Gobierno Mexicano y el Comité Internacional de Banqueros 249
Las entrevistas con Harding y Hughes 279
Los tratados de Bucareli 288
Recuerdos de la Revolución Mexicana 295
Explicaciones y recriminaciones 305
Indiscreción periodística y sus consecuencias 311
Un incidente chusco 314

CUARTA PARTE

El movimiento de 1923 321
La salida de don Adolfo de la Huerta a los Estados Unidos 354
Datos complementarios sobre el movimiento de 1923 378
El general Francisco Villa 386
El general Pablo González 392
Luis Cabrera, político y economista 403
Firme hasta el fin 412

Un protagonista del Plan de Agua Prieta a través de sus memorias



A los setenta años de edad, Adolfo de la Huerta se dio a la tarea de evocar su pasado en largas charlas con su amigo y otrora secretario Roberto Guzmán, un tiempo que ineludiblemente hilaba el gran acontecimiento con el que nuestro país recibió el siglo XX: la Revolución Mexicana. Nacido en Guaymas, Sonora, De la Huerta vivió en un ambiente convulsionado, agreste, en un México de manifiestos, acuerdos y tratados que servían para llegar al poder, para lograr un pacto o una traición, "[…] ese mismo norte, tan permeable a los cambios que quisieron los liberales […] el que bajó en 1910, por los mismos ferrocarriles que lo unieron a la Nación, para dominar militar y políticamente al país durante los siguientes veinticinco años".[1]

El objetivo original de ese ejercicio de memoria era dar su propia versión sobre hechos en los que participó públicamente, en especial de aquellos de los que fue protagonista. El señor De la Huerta quería "aclarar", dice su secretario, por qué "los hombres que han ocupado puestos públicos dejan una huella histórica que precisa limpiar de deformaciones debidas a errores o enconos".[2]

Declarado antiporfirista, apenas entrado el siglo XX Adolfo de la Huerta manifestó su carácter revolucionario:

1 Héctor Aguilar Camín, *Saldos de la Revolución. Cultura y política de México, 1910-1980,* México, Nueva Imagen, 1980, pág. 17.

2 *Memorias de don Adolfo de la Huerta,* página 6 de la edición original que el INEHRM editó en versión facsimilar en 2003; página 20 de la presente edición. En adelante, las páginas corresponden a esta edición.

a partir de 1906 fue militante del Partido Liberal Mexicano; luego formó parte del Club Guaymas Bernardo Reyes y se adhirió al movimiento antirreeleccionista en 1910, brindando su apoyo a Madero durante su gira por territorio sonorense.

Con el triunfo de la Revolución maderista, De la Huerta se desempeñó como diputado a la XXIII legislatura local. Fue oficial mayor de la Secretaría de Gobernación en el periodo de Venustiano Carranza, y titular de la misma en agosto de 1915. En mayo del siguiente año fungió como gobernador provisional de su estado; Carranza lo reinstaló en la Oficialía Mayor de Gobernación al terminar su interinato. Después sería senador y cónsul general de México en Nueva York. Se encargó nuevamente del Ejecutivo estatal en septiembre de 1919, pero esta vez como gobernador constitucional.

A principios de 1920, año electoral, las aguas políticas comenzaron a enturbiarse; pronto surgieron dificultades entre su gobierno y el del presidente Carranza, originadas por el tema del año: la sucesión presidencial. Los sonorenses apoyaban a Álvaro Obregón, el general invicto de la Revolución, pero Carranza designó a Ignacio Bonillas como su candidato. La imposición fue considerada una traición al grupo militar, un autoritarismo absoluto del coahuilense que gobernaba la nación: "yo hago la distinción [dice De la Huerta] entre fuerza política y la influencia cerca de un gobernante. Fuerza política tiene el hombre que cuenta con el respaldo del pueblo, de las agrupaciones políticas. La influencia es el favor que se consigue en una u otra forma de los que están en el poder".[3]

El desacuerdo entre ambas partes llevó a don Venustiano Carranza a tomar serias medidas contra el gobierno de aquel estado. Ante las "arbitrariedades" del poder federal,

[3] *Ibídem,* pág. 203.

el contraataque sonorense no se hizo esperar: De la Huerta expidió un decreto el 10 de abril por medio del cual se le otorgaban facultades extraordinarias en los ramos de Hacienda y Guerra para defender la soberanía del estado. Con el apoyo de Sinaloa y otras entidades, el día 23 del mismo mes De la Huerta y el general Plutarco Elías Calles, entre otros, firmaron y dieron a conocer el Plan de Agua Prieta, que puso el poder en manos de lo que se conoció como el Triángulo Sonorense: Obregón, De la Huerta, Calles.

Esta proclama declaraba que la soberanía residía esencialmente en el pueblo, desconocía al gobierno central y nombraba a De la Huerta Jefe Supremo del Ejército Liberal Constitucionalista. Nuevamente se tomaron las armas. Justificando sus acciones contra la actitud carrancista, De la Huerta afirmó: "[…] cuando me tocó verme en aquella posición antagónica al señor Carranza, por quien sentía verdadero afecto, respeto y cariño originados en su actitud al principio de la lucha del constitucionalismo, me sentía verdaderamente apenado […] y no me dejaron alternativa".[4] La revuelta contra Carranza se extendió rápida y contundentemente por toda la República; su consecuencia inmediata fue la muerte de éste en mayo de 1920.

Tras este asesinato, los miembros del Congreso de la Unión se reunieron en la capital del país y nombraron mandatario provisional a De la Huerta, quien tomó posesión el 1 de junio de ese mismo año.

La pacificación del país representó la piedra angular de su política conciliatoria como presidente, por lo que decretó una ley de amnistía y consiguió, después de largas negociaciones, la rendición de muchos revolucionarios, entre ellos Francisco Villa: "ahora tratan de atribuírsela [la rendición] a Eugenio Martínez; no lo dicen así precisamente, pero no

[4] *Ibídem*, pág. 203.

dicen, en la versión cinematográfica, por influencia de quién o por consideración a quién se rindió".[5]

En diciembre de 1920, después de convocar a elecciones presidenciales, entregó el Poder Ejecutivo a Álvaro Obregón; durante el mandato de éste, fungió como titular de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Como secretario de Hacienda, negoció y firmó los Tratados De la Huerta-Lamont el 16 de junio de 1922, con los que se redujeron las responsabilidades contraídas por las pasadas administraciones en materia de deuda externa.

Cuando se aproximaban los comicios presidenciales, a mediados de 1923, De la Huerta comenzó a tener fricciones con el presidente Obregón. Los Tratados de Bucareli, según la opinión de De la Huerta, atentaban contra la soberanía y dignidad de México, y sirvieron de pretexto para romper definitivamente con Obregón; pero el problema real era nuevamente la lucha de poderes, es decir, la sucesión presidencial. Libre de cualquier compromiso con Obregón, aceptó su candidatura para presidente de la República por el Partido Nacional Cooperatista, enfrentándose así abiertamente a Plutarco Elías Calles, el candidato oficial: "[…] mi aceptación de la candidatura me proporcionaba cierta protección por el fuero de que goza un candidato. Yo ya sabía que me enfrentaba a dos lobos y necesitaba defenderme como gato boca-arriba".[6] A raíz de su postulación fue víctima de una serie de atentados, por lo que se trasladó a Veracruz en diciembre de 1923, contando con el apoyo del general Guadalupe Sánchez, jefe de operaciones militares de esa región. En aquel puerto lanzó un manifiesto en el que acusaba a Obregón de abuso de poder, de fraudes electorales, amenazas y sobornos en las cámaras, violación a

[5] *Ibídem*, pág. 216.
[6] *Ibídem*, pág. 322.

la soberanía de los poderes Legislativo y Judicial, y de la imposición de Calles en la presidencia. A la sublevación delahuertista se sumaron generales en diversos puntos del país, pero Obregón supo combatirlos: los debilitó poco a poco hasta extinguirlos.

Acorralado, De la Huerta no tuvo más remedio que salir del país. Se estableció en Los Ángeles, California, donde se dedicó a una actividad que sin duda disfrutaba y que, además, le sirvió de sustento en el exilio: el canto. "Al que no cante, lo hago cantar; al que haya perdido la voz, se la hago recuperar; al barítono lo convierto en bajo, y al bajo en tenor",[7] así anunciaba sus clases el ex presidente De la Huerta. Pronto obtuvo prestigio como maestro de noveles y consagrados; y se mantuvo, de esta manera, al margen de la política, hasta el año de 1935, cuando el presidente Lázaro Cárdenas llamó a los exiliados para volver a México. De la Huerta regresó y se desempeñó como visitador general de consulados y director general de pensiones civiles y de retiros.

Diputado, gobernador, cónsul, secretario de Estado, presidente de la República; De la Huerta fue parte importante del engranaje revolucionario, sin duda. Sus memorias, transcritas y comentadas por quien lo acompañó en el exilio y en los momentos más candentes de su carrera política, es el testamento de viva voz del hombre que, junto con los generales Obregón y Calles, formó la poderosa alianza política y militar que gobernó al país durante los años veinte.

7 José C. Valadés, "Un ex presidente, maestro de canto.Transformando voces, y haciéndola a quien no la tiene, don Adolfo de la Huerta pasa actualmente con holgura su destierro en Los Ángeles", en *Magazín de la opinión*, Los Ángeles, California, 12 de octubre de 1930, año *v*, núm. 27, p. 7.

Si bien en un trabajo de este tipo suele predominar lo subjetivo, el relato detallado del protagonista, que aquí apenas esboza una vida, no deja de ser un documento de consulta básico para la investigación que, sin duda, aportará datos suficientes para reconstruir más de una historia.

Elsa Aguilar Casas
Ciudad de México, 2003.



Prólogo



Hubiera preferido dejar el presente libro sin prólogo, ya que tal requisito, si no indispensable, es, cuando menos, esperado en toda obra literaria y no correspondiendo propiamente tal denominación a la presente, bien pudo haber visto la luz sin estas palabras, cuyo propósito es simplemente aclaratorio.

No se trata de una obra literaria, porque, como se verá en el cuerpo de ella, su esencia consiste en relatos sencillos y verídicos de acontecimientos poco conocidos, ignorados o desfigurados por largos años. Tales relatos revisten dos formas: una, la simple relación en tono conversacional que, grabada al dictáfono por don Adolfo De la Huerta, ha sido transcrita después por mí con absoluta fidelidad; y la otra, que es una versión en que el relato pasa de primera a tercera persona, es decir: soy yo quien relata lo que don Adolfo dejó grabado. Hay, además, otra parte consistente en comentarios propios míos.

He cuidado de encerrar entre comillas aquellos relatos que reproduzco en las mismas palabras en que fueron hechos. Se usa diverso tipo para lo que, ligeramente aliñado en la forma, es sin embargo relación hecha por el señor De la Huerta y aun otro más, diverso, en aquello que constituye mi comentario.

Todo lo anterior es con el objeto de evitar posibles confusiones. Lo entrecomillado se entenderá fácilmente como versión textual y por lo que hace a mi relación y mis comentarios, a más de la diversidad de tipo de imprenta que

señalo, es fácil distinguir pues la relación se refiere a hechos en tanto que el comentario contiene apreciaciones.

El propósito original de don Adolfo De la Huerta cuando, hace aproximadamente siete años, comenzó a grabar al dictáfono estas pláticas, fue que posteriormente yo les diera forma de relato cuidando un poco de estilo que, dada la manera en que se grabó, no tenía por qué intentar galanura literaria.

En esa primera época de sus dictados, después de transcribir a la letra lo recibido, yo había comenzado a tratar de darle forma, sin pretender elegancias de estilo ya que el mío propio es llano y sencillo; pero vino una suspensión por razones que no tiene caso mencionar y cuando, cuatro años más tarde, reanudamos las grabaciones, esta vez con más constancia y mayor extensión, me encontré con un trabajo largo quehacer y una cierta timidez para abordarlo.

Por otra parte, don Adolfo De la Huerta se había mostrado un tanto reacio a publicar sus memorias, pese a la insistencia de todos sus amigos, pues su natural bondadoso y modesto le inclinaba a guardar silencio el resto de sus días.

Vino después su partida definitiva, hace poco más de dos años, y con ello la ineludible obligación de dar a luz sus "Memorias", no para justificar su actuación pública que, por limpia, honrada y patriótica no requiere justificación sino reclama veneración, sí porque los hombres que han ocupado puestos públicos dejan una huella histórica que precisa limpiar de deformaciones debidas a errores o enconos, para que sirva de orientación a nuestras generaciones.

Y la huella de rectitud inalterable, de patriotismo acendrado, del más puro revolucionarismo que dejó don Adolfo De la Huerta en la historia de México, habrá de hacerse más clara y más luminosa cuando se conozcan los hechos y las circunstancias que, con su proverbial honradez y extraordinaria memoria, relató para las páginas de este libro.

Pero debe tenerse presente que estas "Memorias" no pretenden abarcar todo el lapso de su vida, ni siquiera de su vida como funcionario público. Son pinceladas dispersas que yo he procurado ordenar cronológicamente y que con frecuencia se tocan y aun se sobreponen; por ello fue preciso intervenir un poco en el estilo. Su contenido, sin embargo, es de tal importancia, que muy frecuentemente he hecho caso omiso (como habrá de hacerlo el lector) de la forma, para dejar todo el fuerte sabor de verdad que tienen las palabras mismas del hombre cuya honradez fue reconocida aun por sus más enconados enemigos y cuya veracidad (que es otra forma de honradez) tuve la oportunidad de comprobar durante más de treinta años de íntima amistad sin encontrar un solo caso en que hubiera alterado voluntaria o involuntariamente los hechos o circunstancias que refería.

Un hombre que vivió y actuó como figura principalísima en nuestra historia contemporánea, que tuvo como norma invariable de su vida la honradez más acendrada y que además contaba con una memoria asombrosa, es, sin género de duda, la fuente más rica y más digna de confianza para una información histórica imparcial, verídica, definitiva.

Escuchemos, pues, a ese ciudadano excepcional referir en sus varias conversaciones la verdad de los hechos pasados, y no pidamos elegancias de lenguaje ni adornos literarios, que la verdad no requiere perifollos.

ROBERTO E. GUZMÁN ESPARZA

México, DF., octubre de 1957.

Primera parte





Don Adolfo de la Huerta en 1954



Adolfo de la Huerta, a la edad de 8 meses, enero de 1882

Actividades previas de la Revolución de 1910

Aunque don Adolfo de la Huerta se hallaba en comunicación con la tribu yaqui desde los años de 1903 o 1904, no había tratado con ellos nada relativo a un movimiento armado, pues a la sazón sólo existían las prédicas de Ricardo Flores Magón, quien a través de su periódico *Regeneración* informaba de los trabajos que en la oposición, que él representaba, se desarrollaban en varias regiones del país.

Los simpatizadores tenían comunicaciones a través de escritos pero sin conocerse personalmente, y así fue como el señor De la Huerta se relacionó con muchos de los que después aparecieron levantados en armas como Salas, Miguel Alemán, Carvajal, Pino Suárez y Tomás Pérez Ponce, éste de Yucatán.

Por lo tanto, antes de 1908, las relaciones de los yaquis con el señor De la Huerta se reducían a manifestaciones de simpatía y entendimiento derivadas de las que habían mantenido con el padre y el abuelo del mismo.

En 1908 hubo ya algo que alentaba a los descontentos a pensar en un movimiento armado para derrocar al régimen de Díaz.

Se esperaba el resultado de las famosas declaraciones que el general Díaz hizo a Creelman, pues se consideraba que, aunque improbable, era posible que el viejo dictador hubiera resuelto cambiar radicalmente su política interna y cumpliera su promesa de permitir al pueblo de México libertad com-

pleta para la elección tanto de Presidente y vicepresidente de la República, como de los gobernadores de los diversos Estados.

El primer desengaño, ya esperado, lo tuvieron en el caso de Sinaloa donde figuraron como candidatos José Ferrer y Diego Redo. Había una mayoría notoria a favor de Ferrer, pero el mismo sistema que había imperado por tantos años volvió a funcionar, y la presión del centro hizo que se diera el triunfo a Diego Redo.

Vinieron posteriormente las persecuciones al señor Madero y éste, desde el extranjero, dio aviso a don José María Maytorena de que se le tenía señalado como a uno de los que serían aprehendidos por el gobierno de Díaz, pues se sabía que tenía orden de levantarse en armas en la fecha que se había escogido para la sublevación general de la República y en cuyo movimiento el señor Maytorena actuaría como gobernador y comandante del Estado de Sonora.

Maytorena, entonces, salió para los Estados Unidos sin avisar a nadie y cuando ya se encontró en territorio americano, el 14 de septiembre, mandó recado con un enviado al señor De la Huerta encargándole que avisara a Fortino Vizcaíno, que era uno de los más ligados a su grupo y a Alberto Torres, para que todos ellos se transladaran al extranjero para integrar la Junta Revolucionaria que iba a establecerse en Nogales, Arizona.

Ni Alberto Torres ni Vizcaíno estuvieron en condiciones de abandonar a sus familias y De la Huerta, solo, la emprendió al norte, llegó a Nogales y pasó lista de presente ante Maytorena, Carlos Randal, Víctor M. Venegas y Cayetano Navarro, que fueron los primeros que se instalaron en Arizona con el carácter de representantes del maderismo. Ese mismo día llegó el agente viajero Carlos Plank que, de acuerdo con De la Huerta, actuaba también en las filas de la oposición.

De Nogales, y en calidad de representante o delegado de la Junta, salió el señor De la Huerta para el centro del país a fin de establecer conexiones entre la Junta y los grupos de similares tendencias en la República. Su misión era delicada y peligrosa y abundaron las peripecias, las persecuciones y las vejaciones, pero él logró su objeto antes de regresar a Nogales donde la Junta quedó definitivamente situada.

Posteriormente, y enviado por el propio Maytorena, el señor De la Huerta entró a Guaymas con el fin de recoger el nombramiento de gobernador y comandante militar que Madero le había extendido cuando estuvo en Guaymas. También a Benjamín Hill le había dado nombramiento de coronel, y con igual grado había dado nombramiento al señor Adolfo De la Huerta.

Maytorena tenía interés de recoger aquel documento que acreditaba su personalidad dentro del movimiento, pues conforme al Plan de San Luis, se debía reconocer como jefe del movimiento en el Estado al que tuviera mayor número de gente y Juan Antonio García, que era muy popular en el oriente del Estado, andaba reclamando esa posición.

Don Adolfo, naturalmente, entró de incógnito valiéndose de la amistad de un conductor; llegó a Guaymas, recogió de la hermana de don Pepe Maytorena el documento en cuestión y regresó a Nogales.

Poco después se recibió en la Junta una comunicación de los levantados en el sur, procedente del que fuera más tarde general Trujillo, diciendo que no contaba más que con 60 hombres con una dotación de dos o tres cartuchos por plaza.

Que sabía que la población de Ortíz tenía una guarnición de 75 federales a las órdenes de un capitán Meza, y pedía que se le acercaran algunas partidas para que en cooperación con él se atacara la plaza.

No habiendo ninguna otra partida en aquella región, sugirió el señor De la Huerta pedir a los indios yaquis su ayu-

da, aprovechando la buena amistad que con ellos le ligaba. Ello requería penetrar en secreto a Hermosillo, donde residía el "cobanahue" o gobernador yaqui Dolores B. Amarillas para pedirle un emisario que llevara a los indios alzados la invitación a participar en el ataque de Ortíz.

Al conocer aquel proyecto, Carlos Plank se animó a acompañar a De la Huerta y juntos hicieron el viaje metiéndose atrevidamente a La Casita, punto cercano a Hermosillo, así llamado porque existía ahí una casita de guardavía. De allí bajaron a Puente Colorado, donde vivían los llamados "yorigüines". En la noche (pues los trenes de carga corrían de noche) se bajaron por allí y, de la casa de los señores Gómez, se envió un comisionado para que viera a Amarillas.

Acudió el gobernador yaqui, que ya era amigo de De la Huerta; se enteró de lo que se trataba y mandó un emisario que, al regreso, comunicó que bajarían los indios a Switch Tapia para hablar; que harían señales con humaredas.

De la Huerta y su acompañante salieron de Hermosillo llevados por dos peones amigos en una carretilla de ferrocarril hasta las cercanías del sitio indicado; vieron las humaredas que se les habían anunciado y bajaron los indios con el Sibalaume, con quien venía El Güero Soto, muy conocido de don Adolfo en Guaymas. Parece que también les acompañaba un tal Jesús Palma.

El general Sibalaume venía al frente de 800 hombres. Plank y De la Huerta hicieron con ellos la caminata a Ortíz. Felizmente no era necesario aquel contingente, pues los federales habían evacuado la plaza con particular satisfacción del señor De la Huerta puesto que él conocía personalmente al capitán Meza; sabía que era un viejecito que había ascendido desde soldado raso a capitán primero y que, en el caso, no hacía sino cumplir con su deber militar. Así que cuando, al penetrar en Ortíz los indios quisieron perseguir a los fugitivos federales, hábilmente, don Adolfo distrajo a Sibalau-

me con un fonógrafo que encontró en la tienda de un chino. El aparato era desconocido para los yaquis, y oyéndolo se olvidaron de la persecución que habría sido fatal para los infelices 75 hombres, probablemente cogidos en "leva", y para el viejecito Meza.

La compañía de los indios molestaba a Carlos Plank, pues su padre había perecido en un asalto dado por los yaquis y le parecía que la sombra de su progenitor se levantaba de su tumba para reprocharle que hiciera amistad con la raza de sus asesinos. Por ello, cuando en Cruz de Piedra recibieron la noticia de que se había firmado la paz, se separaron de los indios y llegaron a Guaymas buscando la confirmación de aquel informe. Entraron los dos solos y Leonardo Camou les confirmó la noticia.

Inmediatamente De la Huerta se puso en comunicación con la Junta de Nogales, pues ya funcionaba el telégrafo. Don Luis Torres, que había sido el último gobernador del régimen de Díaz, salió huyendo. Por otra parte, Gayou, nombrado gobernador provisional por el señor Madero, se presentó y juntamente con el señor De la Huerta procedieron a la rendición de los federales, o mejor dicho, a tomar nota de la sumisión del ejército federal que había en Sonora.

Se tomó Hermosillo, donde había sido nombrado Presidente municipal interino don José María Paredes para que, siendo persona ajena a la política, se encargara de entregar la plaza. Pasaron después a Guaymas. Allí tocó a don Adolfo salvar la vida de Francisco Chapa a quien tenían prisionero y condenado a ser pasado por las armas a causa de la muerte de los Talamantes. Chapa había sido profesor de don Adolfo y cuando su esposa tuvo conocimiento de la aprehensión, fue a ver al señor De la Huerta en la casa de Maytorena para suplicarle que intercediera en su favor. Consiguió don Adolfo que Maytorena telegrafiara al señor Madero; otro te-

legrama envió él mismo, no así Gayou que no quiso solicitar aquel perdón.

Madero ordenó que se enviara al detenido al otro lado de la línea divisoria, sustituyéndose la pena capital por la de exilio. Se le había condenado a muerte porque entre él y el general Ojeda habían fusilado al viejo coronel Talamantes, y a sus hijos, haciendo gala de saña y crueldad.

Los yaquis, ya en plan de campaña, tuvieron dos encuentros con tropas federales, de los que no se tienen detalles. Don Adolfo supo tan sólo que habían triunfado contra dos partidas de federales en el rumbo de Vicam.

Después del triunfo y la pacificación, Gayou comunicó a De la Huerta que los señores Pino Suárez y Manuel Bonillas iban a hacer una visita al Estado y que era necesario bajar a los indios porque traían instrucciones del señor Madero de ponerse en contacto con ellos. Don Adolfo fue a Cruz de Piedra, allí mandó un enviado a los indios y éstos regresaron con él hasta Empalme.

Llevó a los jefes a Guaymas y con fondos del gobierno los hizo vestir bien para llevarlos a Empalme y esperar la llegada del tren en el que venían el vicepresidente Pino Suárez y don Manuel Bonillas.

Ambos hablaron a los indios y el discurso del vicepresidente fue particularmente brillante, pero los indios se miraban unos a otros como preguntándose si entendían y finalmente, uno de ellos, dando con el codo al señor De la Huerta, le dijo:

—No entendemos lo que dice ese hombre. ¡Quién sabe qué dirá!

El señor De la Huerta entonces hizo saber a los oradores que en su concepto lo que había que decir a los indios era solamente que se les darían las tierras que pedían y que eran de su legítima propiedad.

En diversas ocasiones, posteriormente, como se verá en el curso de los siguientes relatos, los yaquis respondieron al llamado del señor De la Huerta y siempre que hubo oportunidad para ello le demostraron su lealtad y su afecto.

Plutarco Elías Calles, maestro auxiliar

Allá por el año de 1893 o 1894, el Estado de Sonora contaba con el llamado Colegio de Sonora que funcionaba en Hermosillo bajo la dirección del eminente pedagogo don Carlos M. Calleja. Entre el personal de tal instituto educativo que desempeñaba las funciones del profesorado, se encontraba un distinguido poblano: Francisco Chapa; estaban también los profesores Duorac y José Luis Carranco, igualmente originarios de Puebla y el profesor Epifanio Vieyra, que más tarde fuera uno de los entusiastas precursores de la revolución antiporfirista y a quien, con motivo de la huelga de Cananea, se le internó en San Juan de Ulúa.

Otro profesor normalista originario de Guaymas, Francisco Ángulo, servía igualmente en el Colegio de Sonora junto con su paisano Plutarco Elías Calles, que actuaba como ayudante de párvulos.

Había en aquellos tiempos una pronunciada rivalidad entre hermosillenses y guaymenses; éstos llamaban a aquéllos "pitiqueños" y eran correspondidos con el mote de "pata salada". Tal rivalidad hacía que los guaymenses, en menor número, procuraran estar muy unidos para defenderse de las acometidas de los pitiqueños.

La población escolar se hallaba así dividida cuando ingresó al Colegio de Sonora y en calidad de interno un guaymense más, joven, alegre y entusiasta: Adolfo De la Huerta.

Tan pronto como el recién llegado se dio cuenta de la situación existente, y ello fue desde el primer día de su ingreso, se reunió al grupo de los "pata saladas" entre los cuales

pronto logró gran ascendiente. Pero muy mal al principio alguien le dijo que uno de los profesores ayudantes era también de Guaymas y le señaló al interesado a la vez que le daba el nombre: Plutarco Elías Calles. De la Huerta, con su carácter abierto y franco, se dirigió en seguida al aludido:

—Me dicen que es usted de Guaymas. ¿Es cierto?

—Sí; soy de Guaymas.

—¿De qué familia?

—De la mía.

La pregunta de De la Huerta no había sido motivada por indiscreta curiosidad, sino enteramente natural, ya que, siendo Guaymas una población relativamente pequeña, las relaciones de parentesco de sus residentes eran de todos conocidas. La respuesta seca y descortés de Calles, por lo tanto, lo desconcertó un poco y no insistió más, pero terminadas las clases de la tarde, el propio Calles le buscó y le explicó que había estado quizá un poco descortés en aquellos momentos porque estaba dando sus órdenes a los párvulos y no podía prestar atención a otra cosa. No aclaró nunca Calles a qué familia pertenecía de entre las de Guaymas, pero sí confirmó ser originario de dicho puerto y convino con su más joven paisano en que debía unirse.

Esa fue la primera vez que ambos se encontraron.

Poco tiempo después Calles fue trasladado a Guaymas, donde un hermano menor de De la Huerta, Alfonso (quien más tarde fuera general revolucionario) se contó entre sus alumnos. Adolfo y Plutarco no volvieron a encontrarse sino hasta 1900 cuando la muerte del padre de los De la Huerta trajo a aquél de vuelta a su ciudad natal interrumpiendo los estudios que seguía en la Preparatoria de la Ciudad de México.

Aquellos años de la vida de Plutarco Elías Calles fueron muy poco afortunados; no parecía sino que un destino adverso le perseguía constantemente.

En Guaymas circuló una versión malévola que le acusaba de haber dispuesto de dineros que, como cajero de una agrupación de profesores, le habían sido confiados. En realidad no hubo tal falta. Ocurrió que se le pidió entregara cuentas, y al hacerlo fue requerido para que exhibiera el efectivo que aparecía en la caja. Él pidió de plazo hasta el día siguiente para hacer dicha entrega y eso, que probablemente se debió a que tenía depositados los fondos en algún banco o casa comercial, o simplemente no los tenía en el bolsillo ni en su domicilio en estos precisos momentos, motivó la malévola versión que fue dada al viento por algún profesor mal dispuesto para con él y que, incidentalmente, recibió, como consecuencia de su maledicencia, fuerte pistoletazo en la cabeza, propinado por el indignado Calles.

Pero a más de que aquella versión, falsa y todo, se extendió, Calles, dejando el magisterio, emprendió un comercio asociado con alguien que no gozaba de muy buena fama. Más tarde salió para el norte, haciendo correr la versión de que iba a reclamar la herencia de un tío, pero parece que, en realidad, fue a tratar de conseguir la gerencia de un molino harinero por el rumbo de Fronteras.

La amistad y protección del entonces secretario de gobierno de Sonora, Alberto Cubillas, vinieron a favorecerle y fue nombrado Presidente municipal de Fronteras, pero o no estuvo muy acertado en su actuación, o nuevamente le persiguió la mala suerte. Lo cierto es que surgieron malas voluntades en los vecinos y Calles tuvo que volver a Guaymas.

En esos días su hermano Arturo Elías era propietario de un hotel. Plutarco fue puesto como encargado de la cantina. El hotel se incendió poco después y como estaba bien asegurado, no faltaron malas lenguas que propalaran la versión de un incendio provocado intencionalmente y aun señalaron a Plutarco como el autor. Pero, en honor a la verdad, hay que decir que el cargo resultaba infundado. No era Plutarco el

propietario y no le beneficiaba a él personalmente el importe del seguro. Es cosa sabida, no obstante, que se extiende con más facilidad un rumor falso que daña una reputación que la más completa de las aclaraciones que limpia un nombre calumniado. Y muchos años después, cuando Calles figuraba prominentemente en la política mexicana, sus enemigos sacaron a la luz aquella versión que le acusaba de incendiario.

Después Calles se asoció con un señor Santiago Smithers, descendiente de norteamericanos, hombre honesto, trabajador y que gozaba de prestigio y general estimación en el Estado. La nueva sociedad prosperó al principio, pero el incendio de un almacén y los primeros brotes de la revolución descompusieron la situación y fue entonces cuando Calles se inclinó a favor de la tendencia revolucionaria.

Por lo que hace a su antigüedad en el campo revolucionario, algunos historiadores han pretendido atribuirle relaciones con el Club Verde de Hermosillo, allá por 1901 o 1902, pero no es de creerse que haya sido así, pues ya para entonces Calles se hallaba en Guaymas.

Su amistad con Cubillas volvió a favorecerle y fue nombrado tesorero municipal de Guaymas, pero nuevamente la mala suerte se ensañó con él: al recibir la Tesorería de manos de su antecesor, éste le entregó, entre otros documentos y como efectivo, un vale personal por la cantidad de seis mil pesos. Calles, por error, por exceso de confianza o por simple descuido, aceptó el vale, y cuando poco después un visitador de apellido Rodríguez le practicó una visita y encontró aquel vale, naturalmente no quiso aceptarlo, y levantando la correspondiente acta se dispuso a consignar a Plutarco como responsable del delito de peculado.

Calles se movió rápidamente y consiguió entre sus amigos la cantidad requerida que suplió a la Caja de la Tesorería; pero el visitador, que parecía tener particular empeño en causarle daño, hizo de todos modos la consignación.

Plutarco, entonces, fue a hablar con Cubillas, exponiéndole los hechos y éste le tranquilizó y le prometió que el asunto no pasaría de allí, que se dejaría dormir el expediente, y Calles hubo de conformarse con aquello que le dejaba una espada de Damocles sobre su cabeza.

La revolución maderista

Se acercaba el movimiento de 1910. Calles había vuelto al negocio de comisiones con Santiago Smithers, y como anteriormente había manifestado a De la Huerta sus simpatías por aquellas ideas, don Adolfo, que había dejado la gerencia de la casa Fourcade para dedicarse de lleno a las actividades prerrevolucionarias, escogió el almacén de Calles y Smithers para celebrar sus juntas. Aquello provocó algunas protestas, pues muchos creían que Calles no era de confianza y lo consideraban porfirista. Pero De la Huerta, que lo conocía bien, tuvo confianza en él y las reuniones continuaron celebrándose en el almacén aquél. Por lo demás, no se vio defraudada tal confianza y Calles fue leal a sus amigos. Pero cuando se le invitó a secundar el movimiento con Maytorena, uniéndose a la Junta Revolucionaria en Nogales, Calles rehusó explicando que en aquellos días su amigo y protector Alberto Cubillas fungía como gobernador interino, y que aun cuando el movimiento se perfilaba contra el general Díaz, habría que alcanzar sin remedio al gobierno de Sonora y él no quería hacer nada que pudiera herir o molestar al hombre a quién debía tanto.

—Estás completamente justificado —le dijo De la Huerta—. No te importe; mañana o pasado yo haré constar tu filiación revolucionaria, tus simpatías, tu lealtad para el movimiento de renovación.

Y cumpliendo aquella promesa, De la Huerta tuvo largas discusiones con Maytorena, que acusaba a Calles de ser

enemigo del movimiento y reprochaba lo que él llamaba una ingenuidad de don Adolfo, o por lo menos un exceso de condescendencia. Carlos Randall, pariente de De la Huerta y un poco boquiflojo, llegó a calificarlo de "tapadera" de su amigo.

Posteriormente, la Junta Revolucionaria de Nogales, que encabezaba don José María Maytorena, pidió a De la Huerta que ejerciera su influencia cerca de la tribu yaqui para que esos infatigables guerreros se unieran al maderismo.

Las relaciones que don Adolfo De la Huerta tuvo con la tribu yaqui han sido ya dadas a conocer por los escritos de Vito Alessio Robles y de Rivera. Databan de su abuelo, que fue una especie de Quetzalcóatl entre ellos. Fue un español que se quedó a vivir con la tribu, tomando verdadera carta de ciudadanía entre los yaquis. Fue muy querido de los indios lo mismo que el padre de don Adolfo y, naturalmente, aquello reflejó en la personalidad de éste. Como, por su parte, él les hizo la dictadura de Díaz y después, por desgracia, el constitucionalismo, los yaquis siempre fueron sus amigos.

En aquella época, don Adolfo escribió varios artículos en los periodiquillos que se atrevían a medio oponerse, tales como *El Correo de Sonora* y otro de Adrián Valadez. Era muy conocida su constante protesta por las injusticias que se cometían con los indios y ellos lo sabían por conducto de su "cobanahue" o gobernador (que era el delegado oficial del gobierno cerca de los indios llamados "mansos" porque estaban en paz) que vivía en Guaymas y se llamaba Cayetano Leyva y era, además, muy amigo de De la Huerta. Por supuesto que por debajo de cuerda, estaba en connivencia con los indios que andaban en la sierra defendiendo sus tierras y sus derechos. Porque para los yaquis no existió el cura Hidalgo ni la Independencia. Ellos siempre estuvieron defendiendo sus tierras y no dejando a los españoles que se metieran a su territorio por la fuerza. Los que lo hacían en

forma pacífica, como el abuelo de De la Huerta, si eran bien recibidos.

Durante toda la propaganda maderista, De la Huerta estuvo en connivencia con ellos; les mandaba agentes, le hablaban a Guaymas y él los trataba. No encontraba más oposición que la de un mulato que había sido enviado de Flores Magón y al que apodaban por ello "el magonista" y que no quería que se unieran al maderismo; pero De la Huerta los convenció y fueron maderistas los yaquis.

De la Huerta y Obregón se encuentran por primera vez

Al triunfo de la revolución maderista, y al regresar a Guaymas, De la Huerta se encontró con un amigo originario de Navojoa: José Morales, propietario de un molino harinero, quien, como hombre de buena posición económica, era partidario de lo que ellos llamaban "el orden y el gobierno constituido"; se le catalogaba entre los miembros del Partido Científico de Navojoa y anduvo huyendo durante el movimiento de 1910.

Don Adolfo saludó a aquel José Morales y éste le presentó a Álvaro Obregón que le acompañaba. Supo entonces que habían venido los dos huyendo de las fuerzas maderistas, después de haber estado en El Quiriego y luego en el Rancho de la Cruz, como lo relató posteriormente el sobrino de Obregón, Sr. Salido Orcillo, en algunos artículos aparecidos en el diario *Excelsior*. Se embarcaron después en Yavaros y llegaron a Guaymas, que entonces tenía las características de una plaza semiliberal, que recibía a todo el mundo.

En la conversación que se inició, y al saber Obregón que De la Huerta venía como líder maderista, le interpeló:

—Bueno, ya ganaron ustedes. ¿Y qué ganaron?

—Pues, desde luego, el derecho de que todos los ciudadanos puedan escoger libremente sus representantes y mandatarios.

—¿Y será un hecho eso?

—Indudablemente: ya que, si no fuera así, habría resultado inútil la sangre derramada y el movimiento que ha sido tan intenso en todo el país, no terminaría, seguiría.

—Pues ojalá que sea así.

—Y conste que hemos luchado no solamente por nosotros, sino también porque ustedes tengan voto. Todos: no solamente los amigos, sino también los enemigos pueden escoger y discernir sobre los mejores elementos que vayan al gobierno.

—¡Ah! Así es que el que tenga más saliva tragará más pinole.

—Bueno, interpretando el decir; el que tenga más partidarios indudablemente será el que resulte electo al puesto para el que haya aspirado o lo hayan señalado los ciudadanos votantes.

Y De la Huerta continuó haciéndole notar los beneficios para la gente humilde: que ya no habría esclavos en las haciendas como se habían visto en tiempos pasados; que ya los trabajadores podrían libremente dejar su trabajo cuando quisieran buscar uno mejor; que ya las deudas de los padres no pesarían sobre los hijos, etc., etc., y las ventajas que significaba en el orden general el movimiento, no solamente en el orden político sino en el orden social, cuyos aspectos bien marcados eran muy conocidos de los habitantes del norte y las muchas disposiciones que daba el señor Madero y que apenas les llegaban a los miembros de la Junta Revolucionaria de Nogales.

—Bueno —repuso Obregón—, así es que si un enemigo, o por lo menos uno que no ha sido amigo, cuenta con mayorías ¿se le reconocerá su representación?

—Indudablemente. Si un enemigo cuenta con mayorías populares, ya desde ese momento deja de ser enemigo, porque habrá demostrado con eso que tiene el respaldo del pueblo humilde, que es el que constituye la mayoría.

No echó Obregón aquello en saco roto, ni el hecho de que se predicaba la unión de los mexicanos y que De la Huerta, en el sur, era de los más fervorosos en tal prédica, pidiendo se suspendiera toda persecución de los enemigos; que todos deberían formar una gran familia para buscar el bienestar de la patria, etc., etc. "Ensoñaciones de hombre que no está viendo la realidad", según dijo posteriormente alguna vez el general Obregón; pero el hecho de que más tarde las calificara así, no le impidió aprovecharlas entonces para iniciar su carrera política.

Política local en Sonora. De la Huerta diputado

Después del triunfo de la revolución maderista en Sonora, y debido a la participación directa que tomó en ella y a las conexiones con todos los jefes de aquel movimiento que poseía, el señor De la Huerta fue considerado como un elemento de gran fuerza política y en consecuencia se le eligió Presidente del partido revolucionario que postulaba a Maytorena para gobernador y a Gayou para vicegobenador, siendo además candidato a secretario Víctor N. Venegas que, posteriormente, fue por mucho tiempo secretario particular del propio Maytorena, y se señalaba para tesorero a Carlos Plank, amigo y compañero de De la Huerta desde 1910.

Todo eso fue resuelto en las juntas que se llevaron a cabo en Guaymas y Hermosillo y los representantes de aquel partido, encabezados por De la Huerta, recorrieron todo el Estado haciendo propaganda por sus candidatos y contendiendo contra Manuel Mascareñas que, en el norte,

era el candidato para gobernador, figurando como candidato para la vicegubernatura don Francisco de P. Morales, hombre liberal y de simpatías por el movimiento libertario, según se había mostrado en las postrimerías del maderismo.

En el sur del Estado, la candidatura de Joaquín Urrea contó al principio con algunos partidarios.

De la Huerta y sus amigos tuvieron gran éxito en los pueblos del sur con la plantilla Maytorena-Gayou: no así en el norte, especialmente en Cananea, donde Maytorena tenía partidarios, pero Gayou no. Allí se dividían los obreros entre Francisco Morales y don Ignacio Bonillas, quien al final vino a figurar como candidato a diputado.

Triunfó la planilla Maytorena-Gayou y don Adolfo De la Huerta resultó electo diputado por Guaymas. Al principio él mismo desconocía los trabajos que se hicieron en su favor, pues éstos se iniciaron cuando él andaba en la gira de propaganda. Fue postulado De la Huerta como propietario y Torcuato Marcor como su suplente.

Durante su ausencia, Calles se acercó a Maytorena haciéndole más o menos estas reflexiones: "De la Huerta es hombre útil en cuestiones de contabilidad y está reconocido como persona honorable; puede usted aprovecharlo en su administración con algún puesto importante. En cambio yo, por circunstancias especiales, tendré que jugar en otra forma y yo quiero, si es posible, que usted me apoye para lanzarme como candidato a diputado por Guaymas."

Los dos grupos políticos que había en aquella población, postulaban a De la Huerta. Maytorena, sin embargo, no quiso o no pudo negarle aquel servicio a Calles y, para ayudarlo, lo mandó con su secretario particular, que lo era entonces Luis Álvarez Gayou, para que lo presentara

a las agrupaciones. Pero en el primer club fue repudiado y en el segundo, pese a la inteligencia y las simpatías que Gayou tenía, hubo de salir del salón entre siseos. No aceptaban en manera alguna a Calles como candidato.



ALCANCE AL Núm. 2601 DE

EL CORREO de SONORA

GUAYMAS, MAYO 24 DE 1911.

Todo el mundo, en esta población, se ha sentido alarmado, hasta cierto punto, dudando de que fuera un hecho la tan deseada paz, toda vez que hasta estos momentos (las diez de la mañana) nada oficialmente se ha publicado sobre tan trascendental asunto por mas que el solemne pacto de cesación de hostilidades fue firmado el dia 22 por la noche.

Semejante silencio, por parte de la autoridad llamada á divulgar tan fausta noticia, es real y verdaderamente incomprensible, máxime cuando la mayoría de los habitanes conocen el hecho ya directa ó indirectamente pero de un modo extra oficial.

Con objeto de traer la calma á los ánimos exaltados de esta sociedad, los Sres. D. Leonardo Camou y D. Adolfo de la Huerta, tuvieron la enérgica y patriótica inspiración de dirigir atento telegrama, ayer tarde, al Sr. General en Jefe de la 1.ª Zona Militar, preguntándole si tenia parte oficial de haberse firmado el tratado de paz. La respuesta del Sr. General D. Luis E. Torres, no se hizo esperar, y para satisfacción del público en general y de nuestros apreciables lectores, la reproducimos á continuación.

Hermosillo, Mayo 23 de 1911. - Sres. Adolfo de la Huerta y Leonardo Camou Guaymas. Su telegrama hoy. No solamente por muchos conductos particulares, sino por telegrama anoche de la Secretaría de Guerra, que dice:

"Anoche se firmaron los convenios de Paz. El Sr. Presidente renunciará antes del 31. Habrá cambios de todo el Gabinete, ocupando la Presidencia de la Barra por ministerio de ley y cesando, por lo mismo todas las hostilidades. (Firmado.) LUIS E. TORRES."

Para De la Huerta, la posición de Calles dentro del movimiento era clara y definida; no así para la gente de Guaymas, ni para Maytorena y algunos otros, que la consideraban dudosa por el hecho de que había servido en años anteriores a la administración porfirista como Presidente municipal de Fronteras durante algunos meses y además porque durante aquella actuación suya hubo algunas acusaciones de vecinos (parece que era asunto de faldas) y el gobierno se vio obligado a separarlo de aquel puesto.

A su llegada a Guaymas, ya tenía De la Huerta noticias de la actitud de Calles; ello no le importó; se trataba, a su juicio, de un elemento que se sometía a la consideración del pueblo para que éste le otorgara o no su representación en el congreso local.

Se encontraron en la estación y Calles, tomándole del brazo para apartarle de los amigos que lo rodeaban, le dijo:

—Hombre; yo quiero confesarte que te quise comer el mandado, pero no pude. Estás muy fuerte.

—No tengas cuidado —repuso De la Huerta—, continúa tú en la lucha.

—No: no tiene caso. Yo sabía muy bien, conociendo tu carácter, que no ibas a contrariarte por esa actitud mía cuando le hablé a Maytorena.— Y a continuación la refirió lo que con aquel había hablado.

De la Huerta consideraba que aquella no había sido una actitud censurable por parte de Calles, quien sólo trató de colocarse en la posición en la que consideraba que podía salir triunfante, de preferencia a un puesto administrativo que Maytorena pudiera darle, pues sabía que había un ambiente poco favorable para él con motivo del asunto aquel de la Tesorería.

En la iniciación de aquella campaña, la dificultad principal que el partido encabezado por De la Huerta encontraba, consistía en la candidatura de Gayou para vicegobernador. En vista de ello decidieron hacer una convención en Hermosillo y en ella lograron el triunfo de su fórmula. Pero hubo un grupo de disidentes, encabezados por Roberto Pesqueira, que manifestó inconformidad con el resultado. Por complacerles se organizó una segunda convención en Guaymas.

De la Huerta estaba seguro de que contaba con las mayorías. Había pulsado el sentir de todo el Estado durante la gira y se había ganado muchos de aquellos elementos que él llamaba "botones" porque son como botones que al oprimirlos ponen en movimiento centenares o millares de amigos suyos. Decía que a esos hay que ganárselos aunque no sean precisamente amigos, pues son los orientadores de un gran número de partidarios.

Se efectuó aquella convención en Guaymas y volvió a triunfar la fórmula Maytorena-Gayou, consiguiendo que se retirara la candidatura de don Joaquín Urrea. El triunfo de la

convención fue más tarde respaldado en los comicios, resultando electos Maytorena y Gayou. Por su parte, De la Huerta fue electo diputado al congreso local, venciendo por arrolladora mayoría a Calles, quien sólo logró setenta y tantos votos en un distrito que daba diez o doce mil.

Calles pidió el comisariado de Agua Prieta

Pasada la cuestión electoral y ya estando De la Huerta en el congreso local, donde gozaba de un fuerte ascendiente, igual que cerca de Gayou, vino Calles a buscarle para pedirle que le consiguiera la designación de comisario en Agua Prieta.

De la Huerta le hizo notar que aquello no valía la pena, que Agua Prieta era una población de poca importancia y que le buscaría algo mejor, pero Plutarco le explicó que prefería Agua Prieta porque creía que era una región que se desarrollaría pronto y además, tenía un proyecto en compañía de Santiago Smithers, proyecto que le expuso diciendo que, tanto cuando estuvo como gerente del molino harinero, como cuando ocupó la presidencia municipal de Fronteras, había cultivado amistad muy estrecha con Mr. Williams, gerente general de la Nacozari Copper Company y se sabía bien estimado por él.

—Mira —decía— este reloj que traigo me lo regaló él. Y se nos ha ocurrido a Santiago y a mí lo siguiente: Siendo yo el comisario, estoy seguro de que Mr. Williams ha de concederme que incluya en los pedidos de la negociación que él maneja, los pedidos de mi comercio en Agua Prieta. Obtendríamos así fletes de carro por entero; y como los carros tienen que abrirse en la aduana de Agua Prieta al pasarles revista, ahí nos dejan nuestra carga y se llevan la de la compañía. Además, incluyendo mis pedidos en los de la compañía, conseguiré precios de mayoreo, y con eso y fletes

de carro por entero, estaremos en mejores condiciones que cualquier comerciante que pudiera competirnos y creo que nos tiene que ir muy bien.

—¿Qué te parece? ¿Es legal?

—Sí, sí es legal —respondió De la Huerta—. Los comisarios no están obligados a dejar sus negocios cuando se les da ese cargo. Se les permite que continúen sus actividades comerciales. Ahora, que yo no lo haría.

—No; no me importa lo que tú harías. Tú eres un hombre raro. Pero la cuestión es que si en tu opinión es legal o no lo es.

—Enteramente legal y puedes hacerlo.

—Bueno, pues quiero que me consigas con Gayou ese puesto.

Don Adolfo había sido Presidente del Partido Revolucionario Sonorense que llevó al triunfo la candidatura de Maytorena para gobernador y la del ingeniero Eugenio H. Gayou para vicegobernador, y como había resultado muy reñida la lucha a favor de este último, pues Gayou, naturalmente le estaba agradecido.

No es por demás hacer notar que en aquellos tiempos, las elecciones en Sonora fueron enteramente libres. Los candidatos opuestos a Gayou, eran Francisco de P. Morales de Ures y el ingeniero Ignacio Bonillas y como ambos tenían partidarios, la batalla fue dura y el triunfo para Gayou, apretado. Y por las mismas razones el resultado de las elecciones para los integrantes del congreso local fue apretado: triunfaron seis partidarios de Gayou, pero otros seis eran de la oposición; el décimo tercero, que lo fue don Adolfo De la Huerta, se había desligado expresamente de todo compromiso al tomar posesión de su curul. Por esa razón cuando una votación se hallaba empatada, el voto de De la Huerta resultaba decisivo.

Por estas y otras razones antes apuntadas, la personalidad política del señor De la Huerta era realmente fuerte e influyente. Ello se robustecía con el hecho de que, desligado efectivamente y de todo compromiso previo, solamente podía contarse con su voto cuando se trataba de iniciativas benéficas al Estado.

Y, como había de ocurrir más de una vez en su vida política, sus amigos no creyeron que realmente se desligaba de todo compromiso anterior como se los dijo, sino consideraron que aquellas eran frases apropiadas, más no sinceras. La oportunidad de convencerse de que don Adolfo sí iba a ajustar su conducta con aquellos propósitos, se presentó cuando se trató de la designación de Presidente municipal de Hermosillo. Tanto el gobernador como el vicegobernador y el tesorero, se inclinaban por un ingeniero con quien habían tenido negocios antes, pero que distaba mucho de satisfacer las aspiraciones populares. Era un señor de apellido Fragoso. Su contrincante fue José Camou quien sí contaba con la simpatía del pueblo. Así fue que cuando el asunto llegó al congreso y la votación estaba empatada a seis votos contra seis, le tocó a don Adolfo desempatar y él dio su voto a favor de Camou.

Pero aun antes de que se presentara aquella primera oportunidad para demostrar su independencia de criterio, ya tenía nuestro hombre una influencia que bien podía considerarse como decisiva y que en aquella ocasión puso al servicio de Calles para conseguirle el puesto que éste deseaba. Su intervención fue conocida de todos, pero tuvo que argumentar bastante con Gayou, pues según éste decía, había mucho bandidaje en la frontera y el comisario para Agua Prieta debería ser hombre de energías, capaz de terminar con los maleantes, y en su opinión Calles solamente había demostrado capacidad directiva con muchachitos de escuela. De la Huerta, sin embargo, insistió asegurando que

Calles era todo un hombre y capaz de salir airoso de aquella empresa. Todavía Gayou objetó que ya se había designado para ese puesto a Fortunato Ibarra Ochoa, individuo originario de Sinaloa, de antecedentes no muy limpios, pues se decía que había matado a varias personas, entre otras a los indios, cumpliendo órdenes no se sabía de quien.

—En el congreso —dijo De la Huerta— tenemos noticias de que también en el mineral de Las Chispas hay mucho bandidaje, muchos ladrones de ganado que se refugian en esa región y será mejor mandar allí a Ibarra Ochoa, dejando a Calles en la comisaría de Agua Prieta.

—Bueno —accedió Gayou— siempre te has de salir con la tuya. Vé y que el oficial mayor te extienda el nombramiento.

El nombramiento fue extendido y entregado a Calles, que esperaba en los corredores de Palacio, y quien después, a su gestión de su protector De la Huerta, fue a dar personal mente las gracias al vicegobernador.

Y así, el primer puesto oficial de Plutarco Elías Calles dentro de la revolución, lo debió a la amistad e influencias de Adolfo De la Huerta.

Por lo demás, Calles, ya en funciones de comisario, realizó todos sus proyectos, y cuando posteriormente hubo de combatirse el movimiento orozquista, Calles demostró su lealtad tomando parte activa en la campaña.

Obregón gana la presidencia de Huatabampo

Después de aquella interesante conversación que sostuvieron Obregón y De la Huerta en ocasión de su primer encuentro, el primero se fue a Huatabampo, que era el lugar de su residencia, contando ya con aquella conexión, siquiera superficial, con uno de los más influyentes elementos de la revolución en Sonora.

Buena falta le hacía al que sería general Obregón, un "padrino" dentro del movimiento que él no siguió y del que se había considerado opositor. Benjamín Hill, que también tenía una fuerte personalidad dentro del movimiento, le tenía en aquellos tiempos una marcada mala voluntad, pues cuando, antes del movimiento maderista, le encarcelaron, creyó que se había debido a denuncia o intervención de Obregón; además no podía olvidar que éste había sido partidario de don Ramón Corral. Posteriormente hicieron buena amistad, pero no dejaba de haber altercados entre ellos debido, sobre todo, a la manera un tanto brusca y desprovista de todo rodeo que el general Hill tenía para expresarse.

Ya de vuelta en Huatabampo, Obregón resolvió aprovechar la oportunidad que se le presentaba y que le habían subrayado las palabras de De la Huerta sobre la libertad y efectividad del sufragio.

La familia Obregón había figurado en el ayuntamiento. Pepe Obregón, hermano de Álvaro, y posteriormente general, había sido regidor de ayuntamiento: por ello, Álvaro tenía relaciones con los indios a través de su "cobanahue" o sea el gobernador de los mayos, pues también entre ellos había sus gobernadores. Entonces lo era Chito Cruz, que vivía en Júpari, a unos cuantos kilómetros de Huatabampo. Este indio estaba acostumbrado a obedecer las órdenes de las autoridades: conocía a Obregón y sabía que en muchas ocasiones, cuando se trataba de perseguir a algún bandido que merodeaba por la región, Álvaro estaba siempre listo para salir con sus hombres en persecución de aquellos que se colocaban fuera de la ley. Acostumbrado a eso, cuando llegó la petición en todas las comisarías de Huatabampo que votaran por él, Chito Cruz acató aquella indicación y todos los indios la siguieron ciegamente.

Hay que hacer notar que Chito Cruz era un gobernador muy querido de todos los indios; precisamente por eso el go-

bierno del general Díaz se lo había ganado para que actuara como intermediario entre él y la tribu mayo.

El resultado de aquello fue que, al llegar las elecciones municipales para Huatabampo, todos los indios votaron por Álvaro Obregón; no así por los concejales, pues no podían retener en la memoria todos esos nombres. En la ciudad predominaba la candidatura de Pedro Zubarán, yerno del famoso Talamantes, que había muerto en la campaña de 1910. Por cierto que se acusaba a Obregón de haber sido quien le denunció ante don Lorenzo Torres con quien tenía amistad, pero no llegó a comprobarse esto.

Así fue que en la ciudad triunfó Zubarán, pero los votos de los indios movidos por Chito Cruz, fueron más numerosos y todos ellos favorecían a Obregón. El ayuntamiento, sin embargo, desechó esos votos porque todos estaban escritos con la misma letra, lo cual no era justo ya que los indios no sabiendo leer ni escribir hicieron llenar sus boletas por ayudantes que Obregón les había enviado.

Pero habiendo desconocido el ayuntamiento el resultado de las elecciones, tocaba al congreso local dictaminar y Obregón fue a Hermosillo a buscar el apoyo de De la Huerta. No buscó a los diputados por su distrito, pues los dos eran enemigos suyos; ambos habían sido muy maderistas; eran Flavio Bórquez y el ingeniero Rodolfo Garduño. Se dirigió a De la Huerta, le expuso su caso y, convencido de la legitimidad de su triunfo, De la Huerta comenzó a luchar porque se le reconociera.

De esa manera probaba a don Adolfo De la Huerta la sinceridad de sus palabras cuando poco antes le había dicho a Obregón que se reconociera el triunfo de aquél al que el voto del pueblo se lo diera, independientemente de que fuera amigo o no de los revolucionarios.

La lucha que De la Huerta tuvo que sostener con el congreso le valió el resentimiento de Flavio Bórquez, resen-

timiento que nunca llegó a desvanecerse pese a todos los esfuerzos que en años posteriores hizo don Adolfo por conseguirlo. El encumbramiento de Obregón en épocas posteriores, es decir, de aquél contra quien se había pronunciado abiertamente en el asunto de la presidencia de Huatabampo, hacía sentir a Bórquez, aunque sin razón, que su desgracia se la debía a la actitud de De la Huerta en aquella ocasión. Bórquez, atacando a Obregón en el congreso local, le acusó de traidor y de haber sido el delator de los Talamantes. De la Huerta destruyó tales cargos y para ello se trasladó a Navojoa para investigar con todo cuidado. Aclaró que se trataba de simples rumores y que no había prueba alguna. Ya con esa convicción volvió a luchar dentro del congreso y consiguió que se reconociera a Obregón como candidato triunfante, y como el ayuntamiento ya había reconocido a Zubarán, éste hubo de abandonar el puesto para que lo ocupara Álvaro Obregón.

Se ve pues que el primer puesto que Obregón tuvo, dentro del gobierno emanado del movimiento de 1910, si no lo debió totalmente a De la Huerta, si le debió que por su influencia y sus esfuerzos el congreso local de Sonora reconociera su triunfo en los comicios.

Pero Obregón no conocía casi a De la Huerta.

El siguiente episodio muestra lo poco que lo conocía y cómo, desde entonces, aprendió a estimar la honradez acrisolada que, entre otras muchas virtudes, era característica de don Adolfo.

El primer choque entre De la Huerta y Obregón

Un día se presentó Obregón a De la Huerta diciéndole que quería que se pusiera el agua en Huatabampo, y pidiéndole que le consiguiera capital para ello. Don Adolfo tenía buena

amistad con todos los hombres de negocios, tanto en Hermosillo como en Guaymas. Se trataba de una obra benéfica para un pueblo del sur y aunque no era de su distrito, hizo las gestiones necesarias y consiguió reunir la cantidad de doscientos cincuenta mil pesos, tomando como base para la empresa la misma concesión que se había hecho en Guaymas, adicionada con unas cláusulas que hacían más liberal y de mayor beneficio la empresa para Huatabampo.

Pero al presentar su proyecto Obregón, como tenía de enemigos a los concejales, éstos se lo echaron abajo arguyendo que allí mismo contaban con capital de los garbanceros que era suficiente para hacer frente a la empresa y que no había por qué recurrir a capital de fuera. En ello tenían razón. La noticia fue publicada por un periodiquito que aparecía entonces con el título de *El Río Mayo* y a través de tal publicación De la Huerta se enteró de lo sucedido.

Entonces Obregón se presentó en Hermosillo y buscó a De la Huerta para decirle:

—No tenga usted cuidado; ya estoy consiguiendo que al irse los propietarios a levantar sus cosechas vengan los suplentes, llamados por mí. Ya hablé con ellos y se va a aprobar esto.

—Pero —replicó De la Huerta— si dicen que allí hay capital, entonces ¿para qué se necesita capital de fuera?

—Si; pero entonces usted quedaría fuera del asunto, quedaría a un lado.

—¿Pues, que, se había figurado, que yo llevaba interés personal en esto?— Y presa de gran indignación, don Adolfo apostrofó a Obregón con expresiones tan duras que, según él mismo decía, no emprendió cómo Obregón, usando la gran fuerza física que entonces poseía, no se le echó encima, y aquello terminó ordenándole De la Huerta salir de congreso donde tenía lugar la conversación.

El orozquismo-Maytorena-Obregón-Calles

Cuando se emprendió la campaña contra el orozquismo, el señor Madero giró órdenes para que se convocara a los presidentes municipales en Sonora a fin de que dieran sus contingentes para combatir a Pascual Orozco en Chihuahua y donde quiera que se presentaran partidas de sus secuaces. El jefe de la sección de guerra, que lo era Gayou, llamó a De la Huerta para que le acompañara a la junta de presidentes municipales, una de las cuales había de efectuarse en el sur, en Navojoa y la otra en el norte, en Magdalena. Llegaron juntos a Navojoa y al bajar el andén de la estación, el señor De la Huerta vio a Obregón que venía con un amigo, pero tan pronto como se dio cuenta de la presencia de don Adolfo, volvió la espalda y se alejó.

Aquella actitud era lógica teniendo en cuenta la tremenda filípica que el señor De la Huerta le había lanzado poco antes con motivo del asunto del agua para Huatabampo, que ha quedado referido ya.

Por su parte don Adolfo, habiendo reflexionado que, después de todo, Obregón no había tenido intención de ofenderle, juzgó que era lo debido efectuar una reconciliación y le llamó. Obregón volvió el rostro con expresión de pocos amigos, pero De la Huerta le dijo:

—He reflexionado y he concluido que no tuvo usted el propósito de ofenderme y me ha podido lo que pasó en Hermosillo. ¿Quiere usted, Obregón, que olvidemos eso y seamos amigos, como lo fuimos al conocernos en Guaymas?

La expresión de Obregón cambió por completo y aceptó gustoso la reanudación de aquella amistad. Entonces el señor De la Huerta lo llevó a presentar con Gayou.

Durante la junta Obregón quedó sentado precisamente frente a Gayou. Se le veía contento por la reconciliación que

había tenido lugar con alguna observación de carácter ligero y festivo. Aquello no fue del particular agrado de Gayou, y cuando éste preguntó cuáles eran los contingentes que podían ofrecer los diferentes presidentes municipales, nos dijeron cincuenta hombres; otros ochenta; el que más, que fue el de Navojoa ofreció ciento veinticinco.



Congreso local de Sonora

—¿Y usted? —preguntó a Obregón.

—Mil hombres.

—¿Que qué?....

—Pues mil hombres, señor Gayou.

—Fíjese usted en lo que dice.

De la Huerta, que se encontraba al lado de Gayou, le dijo en voz baja: "Los puede reunir. Después le explicaré a usted por qué".



El calor en Hermosillo es fuerte, y el carácter sencillo, y afable de su gobernante, don Adolfo de la Huerta, permitía reuniones como ésta, de esparcimiento sano y limpia alegría con sus amigos y colaboradores]

—¡Pero son mil hombres! Es un número exagerado ese.

—No, señor —replicó Obregón— yo me comprometo a reunir mil hombres y los tendrá usted a su disposición.

Gayou tuvo después dos o tres frases más que hicieron comprender a Obregón que no era persona grata para el vicegobernador.

Terminó la junta; se anotaron los nombres; volvieron a Hermosillo y durante el viaje, tratando de borrar la mala impresión que Gayou había recibido de Obregón, el señor De la Huerta le explicó dónde estaba la conexión de Obregón y por qué creía que sí podía reunir los mil hombres que había ofrecido, pues contaba con el Chito Cruz como jefe de los mayos que eran muy numerosos en las comisarías de los alrededores de Huatabampo, Gayou, sin embargo mantuvo su actitud intransigente.

Vino después la junta de Magdalena y al regreso a Hermosillo, se recibió un telegrama del señor Madero a Gayou transcribiéndole otro que había recibido de Obregón. Como éste había sentido que Gayou no le tomaba en serio, telegrafió directamente a Madero y Madero transcribió ese mensaje al jefe de la sección de guerra o sea Gayou.

—Mira a este tal por cual— decía Gayou a don Adolfo—, no me pudo sorprender y ahora va a sorprender a Madero. ¿Quién sabe cuáles sean sus propósitos al andar ofreciendo gente que no puede reunir? De la Huerta insistió en defender a Obregón, pero Gayou no se dejaba convencer; le había hecho mala impresión y cuando eso sucedía era muy difícil que cambiara de actitud. Y así ya tenía lista una comunicación francamente grosera para Obregón "por haber salvado conductos" pero, a instancias del señor De la Huerta no llegó a enviársela; solamente envió mensaje a Obregón diciéndole que estaba en espera de los mil hombres que había ofrecido. Tres o cuatro días después llegó un telegrama de Obregón pidiendo veinticinco mil pesos para el reclutamiento y explicando que necesitaba dejarlos a los familiares de los que saldrían, como era natural, Gayou comentó con don Adolfo diciendo:

—¡Ya apareció el peine! Para que veas que había algo detrás de todo esto. ¡Ya pide veinticinco mil pesos para el reclutamiento!

—¿Y qué tiene eso de particular? Hay muchos que son casados y quieren dejar algo a sus familias. Esto es muy justo y muy humano.— A pesar de ello Gayou no contestó el telegrama aquel. A los pocos días nuevo telegrama de Obregón diciendo: "Con dinero mío y algunas partidas que me han facilitado amigos, he reunido diez y seis mil quinientos pesos para el reclutamiento y tengo ya alrededor de quinientos hombres. Si me manda usted el resto puedo completar los

mil que le ofrecí.” A lo cual contestó Gayou: “Véngase con los quinientos hombres que tiene usted.”

La falta de ayuda por parte de Gayou desalentó a la gente y Obregón solamente llevó como trescientos hombres hasta Hermosillo, por cierto que después encontró muchas dificultades para que se le reembolsara el dinero que había gastado en el reclutamiento.

Obregón procedió con toda rectitud en aquel asunto, pero Gayou estaba intransigente y después resolvió que se quedara en Hermosillo, porque así lo había pedido la Cámara de Comercio. Sucedía que todos los comerciantes conocían a Obregón, sabían que había sido líder corralista y sentían que él los protegería. Algo de eso debe haber llegado a oídos del interesado pues fue a hablar con De la Huerta (como cada vez que necesitaba ayuda).

—Hombre —le dijo—, tú que tienes tanta influencia con Gayou, a ver qué haces. Yo quisiera que no me dejaran aquí. Se que la Cámara de Comercio me ha pedido, pero yo no he venido a cuidar tales por cuales. Yo quiero ir a Chihuahua; allá están los grandes, quiero ir por ellos y ganármelos a la buena.

No le falló tampoco en esa ocasión su amigo y protector y consiguió de Gayou que fuera Obregón uno de los jefes que debían incorporarse a Sanginés, cuya llegada se esperaba. Así fue como Obregón y Salvador Alvarado se unieron a la columna de Sanginés para combatir el orozquismo.

Obregón tuvo primero el grado de comandante. Después Maytorena le reconoció el grado de teniente coronel de la Fuerza Auxiliar del Estado y así quedó.

En esa su iniciación de la carrera militar, tiene Obregón un punto muy bonito. Cuando venía con aquellos trescientos hombres de Huatabampo, al pasar por el río Yaqui, fue asaltado, pues los yaquis odian a los mayos de quienes siempre fueron enemigos. Y sabiendo que venían en número de

trescientos, levantaron un riel y atacaron el tren que conducía aquellos hombres aun desarmados. Tendrían en total unos catorce rifles, más un Savage que portaba Obregón.

Inmediatamente que se sintieron los primeros disparos, Obregón ordenó: —"¡Pecho a tierra. Los que tengan rifles rompan los cristales y hagan fuego!". Y él, con su Savage, se fue hasta el pullman, considerando que de ahí tendría oportunidad de cazar al jefe, como lo hizo. Parece que sus disparos fueron los que abatieron al jefe de aquella partida. Los demás indios, al ver caer herido a su jefe, lo recogieron y se lo llevaron, suspendiendo el ataque. Reparada la vía, pasó el convoy hasta Hermosillo.

Ya al lado del general Sanginés, que había sido nombrado por el gobernador del centro para encabezar la columna, Obregón salió para Chihuahua con esas fuerzas para atacar el flanco de los orozquistas. Allá tuvo lugar la batalla de Ojitos en la que se distinguieron por igual los generales Obregón y Alvarado, pero posteriormente a su regreso a Sonora, los orozquistas, ya dispersos, acamparon en San Joaquín.

La batalla de La Dura

Durante la actuación de don Adolfo De la Huerta en el congreso local de Sonora, siendo gobernador del Estado don José María Maytorena, hubo algunos distanciamientos entre ellos, debido a que De la Huerta, manteniendo la actitud independiente que había anunciado desde que entró en la Cámara, se opuso a algunas iniciativas de Maytorena.

Por otra parte, y siempre con espíritu ecuánime, De la Huerta defendió a capa y espada a Maytorena cuando el congreso del Estado quiso hacerle responsable de la suma de quince mil pesos que dizque había malgastado en su viaje a México. De la Huerta salió a su defensa, pero estaba ya tan cambiado el ambiente de la Cámara, que parecía muy difícil

sacar avante su proposición en el sentido de que se diera el visto bueno a los gastos del gobernador del Estado durante su estancia en la capital de la República.

Cuando el orozquismo llegó a su periodo álgido con la entrada a Sonora de las fuerzas orozquistas procedentes de Chihuahua, se intensificó la oposición para Maytorena y los ataques en su contra. El gobernador entonces se trasladó a Guaymas y allí fue a verlo De la Huerta para sugerirle que se pusiera al frente de las fuerzas que debían ir en auxilio del general Refugio Velasco, jefe de operaciones militares en Sonora y que se encontraba sitiado en La Dura.

Don Adolfo buscaba, con tal sugestión, que Maytorena recuperara su prestigio y pudiera imponerse sobre la opinión pública del Estado que realmente andaba vacilante, pues habían corrido rumores muy desagradables en su contra, aunque sin fundamento real. En verdad, lo único que había ocurrido era que Maytorena no había llenado las formas oficiales; le había faltado comprobación de algunos gastos. No era él muy ducho en cuestiones contables; no recogió comprobantes de nada y cuando el congreso le preguntaba oficialmente en qué habían sido empleados esos quince mil pesos, contestaba que en sus gastos de viaje a la capital de la República al arreglo de asuntos oficiales, pero sin presentar justificantes, como era debido.

De la Huerta se fue a Guaymas, y a pesar de la oposición de Cirilo Ramírez, cuñado de Maytorena, y de un ingeniero su socio, consiguió que Maytorena viera el aspecto político que tenía aquella actitud que le aconsejaba y que aceptara ponerse al frente de las fuerzas que pudiera reclutar rápidamente, y salir con ellas.

Todos estos hechos han sido relatados y constan en el documento que Maytorena dio al señor De la Huerta y que obra en el expediente respectivo de la Secretaría de la Defensa, en relación con la solicitud de don Adolfo para que se

le reconociera su veteranía en la revolución. El señor De la Huerta, además, acompañó a Maytorena en aquella expedición militar a pesar de ser un civil.

En el camino se les unió Roberto Cruz, que era Presidente municipal de Torín. Llegaron a La Dura y allí hubo un incidente un poco enojoso con Refugio Velasco, pues éste no quería salir a combatir a los que le sitiaban. Maytorena opinó que debían salir a encontrar al enemigo, pero Velasco opinaba que no estaban en condiciones y que debían esperar la llegada del teniente coronel Díaz que iba de Sahuaripa para La Dura. Tal vez era más prudente la actitud de Velasco, pero Maytorena resolvió entonces encabezar personalmente las fuerzas que llevaba, ya que necesitaba en esos momentos mostrar su decisión y hombría que impresionaran a los sonorenses que ya empezaban a flaquear tomando las filas de la oposición. Así se hizo. Salieron al encuentro del enemigo, yendo con ellos don Adolfo De la Huerta y Leonardo Camou, cuñado de Maytorena y llevando el mando militar directo Jesús María Gutiérrez, a quien apodaban El Caneno, indio de raza pima, valiente, fogueado y de temple.

Se inició el ataque y casi no hubo resistencia. Los orozquistas iban ya en derrota y cuando sintieron la acometida de los defensores, huyeron como gamos. Se tomaron algunos prisioneros que Velasco quería fusilar; trajo otros dos el general Anacleto Girón que había sido comisionado con un asistente y después de haber cumplido llevando un mensaje al teniente coronel Díaz para que apresurara su marcha de Sahuaripa, aprisionó dos exploradores que andaban por esos terrenos que él conocía perfectamente, pues Girón era de esos rumbos. Era también pima, valiente y noble aunque un poco aficionado a la bebida, pero fue uno de los buenos jefes de 1910. Llegó, pues, con sus dos prisioneros, a quienes también querían fusilar, pero, como siempre, intervino De la Huerta y viendo que no podía convencer a Velasco, acu-

dió a su jefe de Estado Mayor, el coronel Francisco Salido (pariente de Obregón) y persona de buenos sentimientos. "Mire, De la Huerta —le dijo aquél— no se preocupe usted, deje el asunto por mi cuenta, yo le respondo". Y así fue, y se salvaron aquellos prisioneros.

A la salida de La Dura, ya desbandada la principal fuerza enemiga, incluso los del sur, Cheché Campos se fue con rumbo a Alamos. Por el norte se fueron Emilio Campa, Salazar y Antonio Rojas. Maytorena opinó que iban a salir a La Colorada y lo mismo creía Anacleto Girón; De la Huerta, en cambio, pensó que iban a acercarse a la frontera, como sucedió. Así fue que en tanto que unos se dirigían a La Colorada, él se fue a la frontera diciéndose: "Allá van a salir" y acertó. Fueron a salir precisamente cuando él llegaba a Agua Prieta a ponerse en contacto con el comisario del lugar, Plutarco Elías Calles. Éste había recibido ya un recado de los orozquistas pidiéndole la plaza, como se acostumbraba entonces. La guarnición de Agua Prieta consistía de 120 hombres a las órdenes del teniente coronel Begnet, más 40 de Calles. Se telegrafió al señor Madero y éste ordenó que salieran urgentemente las mismas fuerzas que de Sonora habían salido a las órdenes del general Sanginés: una columna de cerca de diez mil hombres. Se embarcaron en El Paso mediante permiso que telegráficamente se pidió a los EE. UU. Y fue concedido, para que pensaran por territorio americano a proteger Agua Prieta amagada por los orozquistas, que eran en número de seiscientos a ochocientos hombres.

El general Sanginés había regresado a Sonora acompañado de los jefes sonorenses, Obregón (que se había dado de alta para esa expedición contra los orozquistas) y Salvador Alvarado.

Debe hacerse notar, por lo tanto, que el general Obregón no tomó parte en la revolución maderista sino hasta después del triunfo de ésta.

Los defensores de Agua Prieta recibieron aviso de que las fuerzas que venían en su socorro se acercaban, y a las cuatro de la mañana cruzaron la línea divisoria los trenes que llevaban 9000 hombres al mando de Sanginés y que venían intactos de Chihuahua, después de las batallas de Ojitos y la de Las Vegas; la primera con Alvarado y Obregón, y la segunda con Alvarado solo.

Al sentir el enemigo la llegada de aquellos trenes que venían pitando y haciendo gran escándalo, ya no pensó en atacar y se retiró rumbo al cerro de Gallardo, según noticias que se recibieron.

Aquella noche transcurrió sin que nadie durmiera, y sobre ella hace la siguiente interesante relación del señor De la Huerta en sus propias palabras:

"Noté que, dando vueltas a la placita de Agua Prieta se hallaban Obregón y un coronel Heriberto Rivera que era ex federal, pero entiendo que no era hijo del Colegio Militar, sino que se había hecho en la práctica de las campañas contra el yaqui y otras, creo que con el general Bravo en las campañas del Mayo en otra época. Era muy bravo y formó parte de los componentes de las columnas de Medina Barrón y de Peinado en la campaña del yaqui.

"Obregón platicaba con él y me había mandado llamar con un amigo; al llegar oí parte de una conversación que trataba de 'las tres columnitas'. Mire, Obregón —decía Rivera— esto de formar tres columnitas y formar su cuadro, es la base fundamental para defensa, y ¡qué ventaja tan grande se tiene en la actitud defensiva! Obregón escuchaba con mucha atención; yo no quise interrumpir a Rivera, a quien conocía desde Guaymas, y así escuché aquella conversación.

"¿Hasta qué grado, durante la campaña que realizaron juntos Heriberto Rivera y Obregón pudo éste, con aquel talento extraordinario que tenía, aprovechar los consejos de Rivera? Eso no lo sé; lo único que supe, lo que se me grabó,

fue aquello de las tres columnitas y el cuadro para pelear siempre a la defensiva como la mejor forma".

Aquel día Obregón comunicó a De la Huerta que quería salir; le pidió que le dijera al viejo Sanginés que él deseaba salir a campaña; que estaban haciendo un papel muy desairado frente a los americanos que los veían inactivos. Que aunque a los militares no se les permitía insinuar nada relativo a sus actividades o comisiones, él (De la Huerta) podía hacerlo siendo amigo de Sanginés y con carácter civil, presentándolo como idea propia. De la Huerta habló con Sanginés, pero en la conversación se le escapó decir que Obregón estaba ganoso y había que aprovechar su deseo.

—¡Ah! —exclamó Sanginés—, entonces son cosas de ése. Sí; es el defecto que tiene; es una bola de humo. Es buen soldado, como le dije a usted antes, tiene todas las cualidades que se necesitan, pero es muy vanidoso; no más se anda cuidando de que se fijen en él; anda pensando en eso y no en otra cosa. Discursito por acá, discursito por allá. Pues lo voy a mandar fuera de aquí para que no tenga queja de que está exhibiéndose.

Sanginés efectivamente había dicho antes al señor De la Huerta que consideraba a Obregón dotado excepcionalmente para ser un buen militar y don Adolfo, interesado en dar nombre y prestigio a los elementos que luchaban por la revolución, comunicó tales apreciaciones a un periodista americanos de Douglas, de nombre Butcher, quien dio la deseada publicidad a aquella opinión del general Sanginés.

Así fue como Obregón recibió órdenes de salir para Nacozari con 150 hombres que, unidos a los 50 que proporcionaron los presidentes municipales de Nacozari y Fronteras, formaron el contingente con el que dio la batalla de San Joaquín.

Sabedor Obregón de que los orozquistas habían acampado en el kilómetro 45, en un lugar llamado San Joaquín, y habiendo averiguado también que estaban tomando informes mediante una derivación del telégrafo y que, por lo tanto estaban enterados de todos los movimientos de trenes, concibió el astuto plan que puso en práctica.

Había descubierto aquello platicando con un telegrafista del ferrocarril al que oyó decir que "se sentía una derivación". Comprendió en seguida que era cosa del enemigo y ordenó que toda persona que llegara procedente de Nacozari o Fronteras, fuera detenida e interrogada. Dos de esos viajeros fueron interrogados por el propio Obregón y le informaron que desde esa mañana, venían los orozquistas pisándoles los talones. Obregón preguntó si no habían hecho parada. "Ninguna; siguieron con nosotros hasta que se desprendieron para el norte y nosotros nos seguimos para acá".

—Entonces —comentó Obregón— no han desayunado esta mañana: llegaron hoy a mediodía... están vivaqueando allí. Y resolvió aprovechar la coyontura. Detuvo un tren que venía de Nacozari; subió sus fuerzas, cambió la carga, y ocultó a sus hombres dentro de los carros. A los que iban arriba, entre ellos Maximiliano Kloss con una ametralladora, los cubrió con una lona y se metió con todo el tren al campamento enemigo, calculando que habrían puesto las armas en pabellón, que los caballos estarían desensillados, etc., puesto que estarían vivaqueando. Y fue exactamente como él lo pensó. La sorpresa fue completa; los orozquistas tenían cinco hombre de vigilancia y habían quitado un riel cerca de su campamento para detener aquel tren que ellos esperaban lleno de mercancías con las que aprovisionarse; en lugar de ello les salió el enemigo.

Tras la sorpresa el combate se generalizó y Obregón se portó muy valiente y resuelto.

Mientras tanto una profesora norteamericana, que llegaba en un Ford procedente de Nacozari y se había dado cuenta del combate aquel, creyendo que Obregón había caído en una emboscada, fue a darle la noticia al señor De la Huerta quien inmediatamente fue a ver a Sanginés para pedirle que mandara fuerzas en su auxilio.

—¡Que se fastidie! —contestó Sanginés—. ¿Con órdenes de quién salió de su puesto?

Entonces don Adolfo se fue a ver a Calles, que no contaba con más de 40 hombres y como nada de la tropa podía salir sin órdenes de Sanginés, ambos salieron con aquel escaso contingente. En el camino, en un pequeño poblado, se acercó un individuo a decirle a De la Huerta que le llamaba por teléfono Alvarado.

—¿Cómo que me habla Alvarado?

—Sí; está para el sur.

—Mucho cuidado —previno Calles—, no vaya a ser el enemigo que ya anda por esta región.

—Pero ¿cómo Alvarado? Si Alvarado está en Agua Prieta— dijo don Adolfo creyendo que el mensaje se refería al general Salvador Alvarado que, entonces no era sino teniente coronel.

—No, no; si está en el telégrafo.

—Al teniente coronel Alvarado —insistió don Adolfo— lo acabo de dejar en Agua Prieta.

—No, señor; si no es el coronel Alvarado, es el telegrafista Alvarado. Aclarado el punto, el señor De la Huerta fue al telégrafo y allí sostuvo con Obregón el siguiente diálogo:

—Felicítame, acabo de obtener un triunfo grande.

—Vaya, qué bueno. Pues aquí íbamos Plutarco y yo con 40 hombres en tu auxilio.

Obregón relató entonces con detalles lo ocurrido y entre otras cosas le dijo que un telegrafista apodado El Coyolito que era su prisionero, había invocado la amistad de don Adolfo para que se le perdonara la vida. Por supuesto que, como siempre, la intervención del señor De la Huerta, que realmente le conocía, le salvó la vida.

En aquel combate cayó herido, entre otros, el orozquista José Inés Aguilar; herido también Salazar cruzó la línea divisoria entre Naco y Agua Prieta y Emilio Campa siguió, haciendo una correría extraordinaria con su gente, rumbo a Magdalena, luego tomó por el distrito de Altar, llegó a la línea divisoria y la cruzó, siendo aprehendido por las autoridades norteamericanas justamente con su mujer o su amante, que iba disfrazada de hombre y aparecía como un jovencito su ayudante.

EMILIO CAMPA, PRISIONERO DE LOS EE. UU.

Algún tiempo después de los acontecimientos antes referidos, el señor De la Huerta, en compañía de algunos amigos, fue a ver a Enrique Anaya, que era el representante maderista en Tucson y éste les informó:

—Aquí tenemos unos individuos sospechosos que aún no han sido identificados por las autoridades.

La mayor parte de las autoridades de Tucson, en aquella época eran mexicanas.

—Pues vamos a verlos —dijo don Adolfo, que llevaba en el bolsillo unas postales obsequiadas por Roberto González Caballero, agente de la cervecería de Orizaba, y a quien había encontrado en Douglas. Era una colección de postales del orozquismo en Chihuahua.

Fueron a ver a los prisioneros como a las once de la noche, pues Enrique Anaya estaba en muy buenas relaciones con las autoridades y consiguió que les dejaran pasar al interior de la

prisión, que era un edificio de dos pisos. Allí encontraron varios individuos y de entre ellos, el señor De la Huerta distinguió a alguien que identificó como uno de los que aparecían en una tarjeta postal como abanderado del orozquismo.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió. Y a la hora en que se hacía la visita y el aplomo con que se interrogaba, los interesados probablemente creyeron que eran miembros de la policía americana.

—Pues nosotros venimos en busca de trabajo.

Entonces el señor De la Huerta, mostrándole la tarjeta postal, le preguntó si conocía al individuo aquel. El pobre sólo pudo fingir que bostezaba para volver el rostro hacia la pared.

Después los visitantes subieron al piso alto y allí, tras una reja, encontraron dos detenidos más. El señor De la Huerta no conocía a Emilio Campa por más que habían sido correligionarios allá por la época del magonismo. Estaban en dos catres: Campa, bajo de estatura, de bigote y su acompañante con el aspecto de un jovencito pero que era en realidad una mujer vestida de hombre. El señor De la Huerta le dirigió la palabra llamándole por su nombre, pero Campa no le contestaba ni daba señales de haber despertado. Entonces don Adolfo, que traía un periódico en la mano, lo dobló y se lo lanzó por entre los hierros de la celda pues parecía profundamente dormido y probablemente así era dado que su cansancio ha de haber sido terrible. Logró así despertarlo.

—¿Cómo le va, Campa? Y el interesado, creyendo que eran miembros de la autoridad, negó:

—Yo no soy Campa; yo soy Juan Mendoza.

—¿De qué oficio es usted?

—Farmacéutico.

—¿Dónde trabajó últimamente?

—En El Paso.

—¿Cómo se llamaba la negociación donde trabajó?

—No lo recuerdo.

—¿No recuerda el nombre de la casa donde estuvo empleado?...

—Pues no recuerdo.

—Usted no debe negarlo; usted es Campa. Nos está haciendo perder el tiempo nada más porque tenemos que comprobar que usted es Emilio Campa.

—Sí, soy Emilio Campa —estalló— ¿y qué? Vengo luchando por mi pueblo, vengo luchando por la vindicación de las clases proletarias.... Y siguió con frases por el estilo, llenas de fuego, como si estuviera en la tribuna.

—Bien, así es como debe conducirse —dijo el señor De la Huerta; y cuando, satisfecha su curiosidad, los visitantes comenzaron a retirarse, don Adolfo se separó y dijo en voz baja:

—Oiga, Campa, yo no soy de las autoridades de aquí; soy enemigo político de usted ahora. Pero usted hace muy mal en estar ocultando su verdadero nombre y condición. Diga usted que es refugiado político y lo dejarán en libertad, porque no tienen motivo para encarcelarlo.

—¿Quién es usted?

—Adolfo De la Huerta.

—Muchas gracias, y le tendió la mano por entre los hierros de la reja.

Años después, cuando el señor De la Huerta ocupaba el puesto de cónsul general en Nueva York, Emilio Campa fue a darle las gracias, pues siguiendo su consejo se había declarado refugiado político y había sido puesto en libertad por las autoridades norteamericanas.

Alfredo Breceda

Al triunfo del maderismo, con la ayuda del señor De la Huerta, se trajeron a México a algunos de los jefes yaquis para que se entrevistaran con el señor Madero.

Estuvieron despachándolos en la casa de Maytorena y ahí se encontró don Adolfo con Alfredo Breceda que se había incorporado con los indios, pero como sintió que ni ellos ni los pseudo-jefes que se les agregaron allí después, lo aceptaban, estaba refugiado por ahí en un rincón de los corredores.

—Qué le pasa, joven? —interrogó el señor De la Huerta que lo había observado.

—Pues yo quería incorporarme con éstos para irme a México, pero me han hecho política aquí y....

—No tenga cuidado. Si usted quiere ir a México, yo se lo arreglaré.

—No; solamente hasta Torreón, allí me voy a incorporar. Soy muy amigo del señor Carranza que está corriendo para gobernador de Coahuila; mi padre es muy amigo de él y me conformo con llegar allá.

Entonces De la Huerta ordenó que se le diera pase para que se fuera también incorporado a los comisionados y así fue como Breceda salió de Sonora. En aquella ocasión, Breceda platicó con De la Huerta diciéndole que él había sido simpatizador de Madero y que había andado con unos jefes no conocidos. Posteriormente pidió al señor De la Huerta, cuando éste residía en Los Ángeles, una constancia de que había andado con Madero y, aunque no convencido, don Adolfo se la mandó porque consideró que en caso de no ser exacto no perjudicaba a nadie. Él sabía que quien sí había sido activo simpatizador del movimiento maderista había sido su hermano Enrique Breceda.

Alfredo salió, pues, de Sonora, incorporado a aquella comisión, y se cortó en Torreón para ir a unirse a don Venustiano Carranza. Desde entonces quedó a su lado y allí lo encontró el cuartelazo.

Después de aquella visita que el vicepresidente Pino Suárez y don Manuel Bonillas hicieron a Sonora, y en la que pronunciaron en Empalme aquellos bien intencionados y brillantes discursos, incomprensibles para los indios, el señor De la Huerta se llevó a los jefes yaquis a Guaymas procurando establecer contactos entre ellos y los yoris, tratando de dar fin al brutal antagonismo que siempre existió entre ellos y que alguna vez hizo exclamar al general Lázaro Cárdenas, hablando con De la Huerta: "Yo creo que tú eres el único partidario de la paz con los yaquis, porque todos quieren acabárselos, según las impresiones que yo recogí durante mi estancia en Sonora".

Efectivamente, había fuertes corrientes de odiosidad porque algunas familias habían perdido al padre, otras a los hermanos, otras a parientes que habían sido muertos por los indios; pero se olvidaban de los asaltos que los federales daban a los yaquis tratando de exterminarlos.

Ya en 1913, y en vista de que no se había resuelto nada sobre las tierras de los indios, De la Huerta telegrafió al señor Madero recordándole el ofrecimiento que le había hecho éste el 7 de enero de 1910 en el hotel Albin, en el sentido de que sería resuelto el problema del Yaqui.

Madero conocía aquel problema, según De la Huerta pudo darse cuenta en aquella conversación. No contestó, sin embargo, directamente el telegrama sino que envió comunicación a Gayou instruyéndole para que dijera a De la Huerta que ya enviaba persona que, asesorada por él, resolviera la cuestión del Yaqui.

En efecto, envió al general inglés Viljoen, un boero que desconocía por completo el asunto, aunque asesorado por Enrique V. Anaya. El boero casi no hablaba español y quiso resolver el problema colocando a todos en las tierras del río Yaqui.

El señor De la Huerta protestó telegráficamente ante el Sr. Madero y naturalmente tal comisionado fue retirado antes del cuartelazo.

Los yaquis en la batalla de Santa María

En 1913, antes de la batalla de Santa Rosa, De la Huerta no pudo ponerse en comunicación con los yaquis por más que les mandó un enviado, pues éste no volvió, pero después de que pasó la batalla de Santa Rosa, y notando algún movimiento en la sierra, mandó otro comisionado a hablar con ellos y le dijeron que lo iban a consultar con los ocho gober nadores de los ocho pueblos. Más tarde llegó un enviado de ellos manifestando que estaban conformes, que aproba ban la entrevista con el gobernador. De la Huerta dijo a Pesqueira que fueran sin escolta a encontrarlos en la estación Maytorena. Allá fueron. Don Adolfo tenía que ir a la sierra a bajarlos mientras el gobernador esperaba en la estación y cuando ya don Adolfo se dirigía a las montañas, Jesús N. González (que fue taquígrafo del señor Madero, oficial mayor con Carranza y diputado) se ofreció a acompañarlo. Ambos salieron para la sierra y González pasó algunos ratos muy incómodos, pues no conocía la manera de ser de los indios y varias veces creyó que las cosas andaban mal.

Después de los saludos y pláticas de rigor, bajaron los indios con el jefe yaqui Sibalaume, acompañados de don Adolfo, para hablar con Pesqueira, y quedaron en "darles una manita" en la primera batalla que se presentara, que fue la de Santa María.

Traían los indios, en aquella ocasión, muchos enfer mos de viruelas para los que pidieron medicinas, y traían además un prisionero yaqui al que por indicaciones de don Adolfo pusieron en libertad.

Y así fue cómo, en la batalla de Santa María, cuando atacaban a Alvarado, que defendía cierto lugar de la hacienda de Santa María, habiéndose parapetado en una especie de presa para riego donde se defendía con ochocientos hombres del ataque de cuatro mil federales, los yaquis recibieron el aviso enviado por conducto de un capitán Amaro, que era el que se encontraba por ahí cerca, y los indios cayeron sobre la retaguardia del enemigo, lo derrotaron por completo, le quitaron todas las armas y se las llevaron para la sierra. No se llevaron los cañones porque no pudieron.

Y así, en aquella batalla, como en muchas otras acciones de guerra la intervención de los yaquis fue decisiva, pues es de sobra conocido el valor indómito de esa raza que siglos vivió en estado de guerra y para la cual el uso de las amas era mejor conocido que el de los instrumentos de labranza.

No que los yaquis no fueran suficientemente civilizados para dedicarse a las labores de la agricultura, (como hicieron posterior mente) sino que la persecución constante a que se les sometió, les obligó a vivir en continuo estado de guerra y por generaciones cultivaron las habilidades que tal actividad requiere.

Todos los yaquis eran ex celentes tiradores, valientes, sobrios, fuertes y resistentes y resultaban soldados de primerísima para las actividades de la revolución.

El cuartelazo sorprende en México al señor De la Huerta

Terminada la campaña antiorozquista en Sonora, el señor De la Huerta regresó a Hermosillo y de ahí salió para la Ciudad de México. Llevaba, entre otros asuntos, el del cacto sin espinas. Estaba en comunicación con el distinguido botánico Luther Burbank, y deseaba llevarlo al señor Madero para proponerle que los aprovechara para convertir los terrenos

eriales de la nación en terrenos de ganadería. Le habían ofrecido quinientas mil pencas de Santa Rosa en forma muy desinteresada; se había leído todos los folletos publicados sobre el particular, se los sabía de memoria (cosa nada rara en él) aunque eran muy numerosos. Habían sido publicados en Santa Rosa y Burbank (nombrado así en honor al botánico referido) y en ellos se explicaba ampliamente el cultivo del cacto sin espinas con objeto de plantarlo en todas las serranías en las que crecían cactáceas de otra naturaleza.

Además, el viaje del señor De la Huerta tenía por objeto asesorar al gobernador Maytorena, quien le había pedido que viniera a México a donde él tenía asuntos que tratar.

A su llegada a la capital, don Adolfo se dio cuenta en seguida de la efervescencia política que había allí. Inmediatamente se puso en contacto con sus viejos amigos y correligionarios y encontró a todos quejosos de la situación. Acababa de pasar el orozquismo, después había pasado el felicismo con el cuartelazo de Félix Díaz en Veracruz, y estaba muy dividida la opinión en la capital. No así en el resto del país, pues según De la Huerta pudo sentir, Madero no había perdido partidarios ni había sufrido descrédito ante el pueblo; pero sus enemigos, al ver la tolerancia del régimen y percatarse de que no corrían peligro alguno, hablaban sin recato criticando las disposiciones revolucionarias que Madero había dado, y en general agitaban el ambiente en defensa de sus personales y turbios intereses.

Otro de los asuntos que llevaba en cartera el señor De la Huerta para tratarlo con el Presidente Madero, era el problema del Yaqui en Sonora. El señor Madero, como se ha referido antes, trató de resolverlo a través de un comisionado que no era el indicado. Los yaquis, por lo mismo, se sentían poco inclinados al maderismo, y aunque Madero posterior mente mando retirar a aquel general boero nombrando en

sustitución a un ingeniero que según parece era de apellido Cárdenas, tampoco este supo ni pudo resolver el asunto.

Por lo que hace al Estado de Chihuahua, también el Presidente había enviado ingenieros para dar principio al deslinde de sus propiedades a los Terrazas y los Creel para repartir los latifundios. Los interesados, naturalmente, se aprestaron a defenderse y se valieron de un comisionado para que entrevistara a los diversos jefes, aprovechando el descontento que existía entre algunos de ellos en Chihuahua, elementos que habían sido los principales del movimiento revolucionario pero que se habían visto postergados. Según el señor De la Huerta opinaba, Madero tal vez había cometido el error de no levantar un poco más la personalidad de Pascual Orozco otorgándole más consideraciones y distinciones, pero pensaba que quizá ello se debió al incidente de Ciudad Juárez en el que Pascual Orozco había sido un poco ligero y en unión de Villa había detenido, en la aduana de Ciudad Juárez, a todo el gabinete del régimen maderista.

Al estallar el cuartelazo, se presentó el señor De la Huerta en Chapultepec. He aquí la corta relación en sus propias palabras:

"Yo tuve la satisfacción de ser el primer civil que el día 9 de febrero se presentó en Chapultepec a ponerse a las órdenes de don Francisco I. Madero cuando bajaba y montaba a caballo con el teniente coronel López Figueroa. Llegué a la verja del Castillo y como un piquete de alumnos del Colegio Militar me impedía el paso, grité, dándome a conocer. Me reconocieron y me permitieron entrar. Iba yo con un abrigo, sin camisa, pues al conocer la noticia nada más me puse el abrigo sobre la camiseta y así salí. López Figueroa fue el que me reconoció y dio orden de que me dejaran pasar. Vine con ellos, pero yo no tenía caballo; ellos vinieron montados y yo a pie desde Chapultepec hasta la esquina del Hotel Guardio-

la, donde lo bajaron del caballo para meterlo a la Fotografía Daguerre.

"Yo me encontré allí con un viejo correligionario y amigo, Salvador Gómez, que a la sazón era senador. Muy cansados nos sentamos en la orilla de la acera de la fotografía. Don Pancho Madero se asomó a poco y recogió las banderas que tenía como adorno la fotografía, porque acababa de pasar el 5 de febrero y se habían adornado las fachadas de las casas vecinas al hemiciclo de Juárez y la Alameda. Entregó aquellas banderas a los primeros que llegaron allí, que fueron Solón Argüello y una señora cuyo nombre no tomé y les envió a recorrer la Alameda llamando al pueblo.

"Estando el señor Madero en el balcón, llegó un joven a caballo a participarle que ya el Palacio Nacional estaba tomado. Después he sa bido que fue Federico Montes. Don Pancho salió de la fotografía, montó a caballo y se dirigió al Palacio Nacional. Salvador Gómez y yo, que íbamos a pie, llegamos, naturalmente, después de él y encontramos la Plaza cubierta de cadáveres y todos los acontecimientos que son demasiado conocidos".



Segunda parte



El constitucionalismo

Después de los acontecimientos de la decena trágica, De la Huerta, en compañía de Roberto Pesqueira y de Vidal Garza Pérez, salió para el norte pues tenía la convicción de que el pueblo no aceptaría el gobierno del usurpador y tanto él como sus amigos pensaron que los brotes de rebeldía deberían aparecer en el norte.

El primer intento y la primera decepción los esperaban en San Luis Potosí, donde Vidal Garza Pérez creía contar con el gobernador que era el doctor Cepeda. Así fue que al llegar a la ciudad, Garza Pérez se separó de sus amigos y se fue al Palacio de Gobierno en busca de su amigo el gobernador.

Media hora después regresó cabizbajo y entristecido.

—¡Vámonos de frente! —dijo— Aquí no hay nada que hacer. El doctor Cepeda dice que no está conforme con el cuartelazo, pero está indeciso debido a la situación en la que se encuentra y las pocas fuerzas de que dispone para el movimiento.

La emprendieron entonces para Tampico, de donde habrían de seguir para Ciudad Victoria, esperando ganarse al gobernador de Tamaulipas, Matías Guerra, pero llegaron precisamente a tiempo para darse cuenta de que el mayor Manterola, jefe de la guarnición de la plaza, saludaba al gobernador y ambos festejaban la caída de Madero y el triunfo del cuartelazo.

Se dirigieron entonces a Monterrey, donde Vidal Garza creía con seguridad contar con el gobernador Viviano Villarreal, reconocido maderista y suegro de don Gustavo Madero.

Allí se dividieron las labores: Vidal Garza a hablar con Viviano Villarreal. Roberto Pesqueira a hablar con los federales, y don Adolfo para hablar con los rurales a ver si conseguía que se pronunciaran contra el usurpador.

La primera de las gestiones fracasó porque Viviano Villarreal no quiso adoptar ninguna actitud contra el gobierno del centro, protestando plañideramente que estaba ya muy viejo y que ya había llamado al general Treviño para entregarle el gobierno.

La gestión de Pesqueira con los federales tuvo igualmente negativos resultados. Finalmente, De la Huerta, en el desempeño de la suya, se fue al cuartel de los rurales que estaba en el edificio en construcción del hotel Ancira. Una bandera tricolor ondeaba a la entrada. Un capitán comía sobre un pequeño cajón que hacia las veces de mesa.

Don Adolfo le pidió autorización para hablar a su gente y que él mismo oyera el relato de lo que había pasado en México y tener así base para su invitación. Todos se acercaron a él en el gran patio en construcción y él les relató los acontecimientos de México, y les arengó para que volvieran a la lucha armada, puesto que eran maderistas. No eran de los viejos rurales, sino revolucionarios que los habían sustituido. Pero todos contestaron que ellos se habían levantado en armas con Alfredo Pérez que era su comandante; que hablara con él y que lo que él resolviera eso harían los demás.

Aquella triple gestión de De la Huerta y sus acompañantes fue desarrollada en el breve espacio de poco más de una hora, que era el tiempo que tenían que permanecer en Monterrey para hacer la conexión ferroviaria que les llevaría en el resto de su viaje. Naturalmente, en esas condiciones ni De la Huerta pudo esperar la llegada de Alfredo Pérez ni los otros dos insistir en sus propósitos.

Alcanzaron el tren que les condujo a Coahuila, y en el trayecto De la Huerta escuchó la conversación de dos individuos que viajaban en el mismo carro:

—Ya conoces —decía uno de ellos— la terquedad de Venustiano y va a ser difícil quitarle de la cabeza esa actitud que nos pone en un predicamento. ¡Quién sabe hasta donde llevará al Estado ese manifiesto!

De la Huerta no pudo contenerse más y metiendo la cabeza entre los interlocutores, interrumpió el diálogo diciendo:

—¿No sabe usted? El manifiesto que acaba de aparecer y cuyos puntos principales nos han comunicado telegráficamente.

—Pero, ¿manifiesto en qué sentido?

—Pues desconociendo al gobierno usurpador.

—Pero ¿cómo es eso? ¿están ustedes seguros?

—Si; ¡cómo no hemos de estar seguros! Nos lo han comunicado por telégrafo.

—Pero ¿enteramente seguros?

—¿No le estamos diciendo que sí?....

Al convencerse de que era cierta la noticia, Adolfo De la Huerta se encaramó sobre el asiento y lanzó el primero grito: "¡VIVA CARRANZA!" Roberto Pesqueira, que regresaba de platicar con la escolta federal del tren y que entraba en esos momentos, le interpeló:

—Pero qué, ¿te has vuelto loco?

—No, hombre, mira lo que dicen estos señores —y procedió a darle la trascendental nueva.

Al llegar a la estación en la que se toma la desviación para Saltillo, encontraron que el señor Carranza había hecho le vantar unos rieles para evitar que lo sorprendieran las fuerzas federales por la actitud que él y el congreso habían adoptado. Los tres amigos tuvieron que seguir para el norte, pero al llegar a Monclova, sabiendo que el tren se detenía

allí como dos horas, De la Huerta llamó a Pesqueira y le sugirió que fueran al telégrafo a conferenciar con Carranza.

—Vamos a hablar con él aunque sea telegráficamente para felicitarle y decirle que Sonora le va a responder, que no se vaya a desalentar.

Se celebró la conferencia telegráfica y Carranza preguntó:

—¿Quiénes son ustedes?

Pesqueira y De la Huerta se identificaron y don Venustiano volvió a preguntar:

—¿Alguno de ustedes habla inglés?

—Sí —replicó De la Huerta—, mi compañero Pesqueira.

—Que vaya ayudar al cónsul de Eagle Pass que es de toda mi confianza y sobrino de Rafael Múzquiz. Y usted vaya a Sonora a ver qué es lo que pasa con Maytorena; le he dirigido dos telegramas sin recibir contestación.

—Pues con Maytorena o sin Maytorena —repuso De la Huerta— yo le respondo a usted de que Sonora será un baluarte para la defensa de los principios democráticos en contra del traidor Victoriano Huerta. Veinte mil hombres le garantizo a usted.

—Muy bien; ojalá sea exacta esa cantidad. —Después hizo notar que se encontraba allí mismo en Monclova Atilano Barrera, diputado local, y que le daría unos ejemplares del manifiesto para que los reprodujeran en Sonora.

—También está allí mi sobrino Arturo Carranza, hijo de mi hermano Jesús; lleva una clave; que le dé una copia para que nos entendamos.

Terminada la conferencia, Vidal Garza Pérez siguió con Atilano Barrera para el distrito de Allende, Coahuila, en tanto que los demás siguieron para el norte. Todavía Piedras Negras estaba en manos de una guarnición federal reducida, a las órdenes del teniente coronel federal Lubber y los dos viajeros pasaron la línea sin ser molestados.

Se presentaron al cónsul Rafael Múzquiz y fueron interrogados por él sobre su identidad, nombres y representaciones oficiales. Múzquiz, con natural desconfianza, trataba de inquirir antecedentes y cerciorarse de su lealtad al movimiento que se iniciaba. En esos momentos penetró un empleado a la oficina, llamó aparte al cónsul y ambos salieron para conferenciar en la vecina habitación. Cinco minutos después regresó Múzquiz con un papel en la mano.

—¿Cómo dijeron que se llamaban ustedes? —interrogó. Repitieron los nombres y el repuso:

—Vean ustedes lo que acabo de recibir —y les mostraba copia de un telegrama que le acababa de pasar un telegrafista amigo; procedía de Aurelio D. Canale, secretario particular de Victoriano Huerta y ordenaba la aprehensión de Adolfo De la Huerta y de Roberto Pesqueira. Afortunadamente, ya ambos se hallaban en territorio americano.

Siguiendo entonces las instrucciones de Carranza, Pesqueira se quedó en Eagle Pass ayudando a Múzquiz; De la Huerta continuó su camino rumbo a Sonora y en el trayecto entre Eagle Pass y Spofford se le acercó uno de los garroteros preguntándole si era mexicano, y al saberlo, le mostró un periódico del 23 de febrero en el que aparecía la noticia del asesinato del Presidente Madero. Aunque don Adolfo ya se lo temía, la noticia le causo tremenda impresión. Llegó a Spofford, donde tenía que esperar la conexión con el tren que venía de San Antonio. Otros trenes esperaban allí también y, entre ellos, uno que iba tripulado por numerosos estudiantes de alguna Universidad americana: muchachos todos uniformados de azul con una franja negra en el pantalón.

Don Adolfo, cuya excitación era grande, preguntó si había alguno que hablara español para interpretarlo; uno se ofreció a hacerlo y entonces él les dirigió un fogoso discurso de protesta por el salvaje atropello del usurpador, diciendo que México lavaría esa afrenta, ese deshonor, esa vergüenza

por la que un jefe militar aprehendía y fusilaba a un Presidente. Les instó a que escribieran a sus amigos, a sus padres, a sus familiares, diciéndoles que muy pronto verían cómo México se levantaba como un solo hombre protestando contra aquel incalificable atentado y que deberían tener presente que militares desleales lo mismo podían encontrarse entre nosotros que en cualquier país y que no había que juzgar a los mexicanos por individuos de esa calaña.

Terminado aquel improvisado discurso, llegó el tren en el que el señor De la Huerta debía proseguir su marcha y la continuó, siempre presa de profunda preocupación, pues le admiraba no encontrar en todas partes la misma vibrante indignación que él sentía por el atentado. La realidad de las cosas era que la noticia aún no era conocida en los lugares que él había tocado, pero aun así, pensaba con tristeza que había una gran cantidad de personas que se mantenían indiferentes. Pensaba que si el usurpador no hubiera cometido el estúpido crimen de asesinar a don Francisco I. Madero, ¡quién sabe qué suerte habría corrido la República!

Apesadumbrado don Adolfo De la Huerta por esa relativa indiferencia que encontraba sobre el atentado criminal de Huerta, lanzó un manifiesto que fue publicado en un periódico que llevaba por nombre *El Paso del Norte* y se publicaba allí mismo, en el que describía los horrores que habían tenido lugar en México, cómo le habían arrancado la renuncia al señor Madero, diciendo que lo habían atormentado, pues suponía que así había sido y además algunos datos que Viviano Villarreal refirió a Vidal Garza Pérez se lo confirmaban con la tremenda crueldad y el salvajismo en La Ciudadela en contra de Gustavo Madero. Todo eso lo vació en su manifiesto que fue muy conocido en todo el norte, aunque no se identificó como el autor de él. Tejeda, que era editor de *El Paso del Norte* y era amigo del señor De la Huerta, lo publicó. Aquel manifiesto fue el grito de guerra, la plataforma del

principio de lucha porque entonces todavía no había Plan de Guadalupe ni nada; tan sólo aquel manifiesto que provocaba la indignación y levantaba la protesta de todo el pueblo que lo leía. No se supo que era del señor De la Huerta y él no se cuidó de reclamar su paternidad, pues lo que le importaba era despertar al pueblo a la acción en contra del usurpador.

Y no se limitó a desahogos literarios, sino que se ocupó activamente de organizar los elementos de combate que pudo reunir para emprender la lucha.

Pesqueira le había dado en Spofford un recado escrito al respaldo de un anuncio de cine, concebido más o menos en los siguientes términos: "Lagade: Ponga a disposición de Adolfo De la Huerta todos nuestros intereses para salvar la dignidad nacional". Con tal orden se presentó De la Huerta a las oficinas de Roberto Pesqueira en Douglas, pero el señor Lagrade manifestó:

—¿Cómo voy a poner a la disposición de usted los intereses que tengo como apoderado de la familia Pesqueira, si no son de Roberto?

Con dificultades consiguió De la Huerta que le abrieran un crédito por mil dólares, con los que compró las armas para las primeras partidas de hombres que pasaron. Ese mismo día, casi sin comer, se fue De la Huerta a la fundición, guiado por Plutarco Elías Calles que, como comisario que fue de Agua Prieta, tenía allí amigos. Después se comunicó con el comisario de El Tigre, que era su viejo amigo Agustín Camou, diciéndole que procedía levantarse en armas contra todos los federales, pues se sentía seguro de que todos ellos secundarían la actitud de Victoriano Huerta y que era necesario poner en actividad inmediatamente a los obreros y los policías que tuviera.

—No más no hables más, porque hay moros en la costa — repuso Camou.

El aviso de De la Huerta fue muy oportuno, pues Camou estuvo listo y logró salir con bien. Se fue a la sierra; si se ha esperado un día más ni eso habría tenido que hacer, pues al día siguiente el teniente coronel Villaseñor, que estaba de guarnición allí en El Tigre, salió, llamado por el Coronel Ojeda a incorporarse a Naco. Así es que El Tigre quedó prácticamente a disposición del comisario ya revolucionario Agustín Camou.

Don Adolfo se fue a la fundición a esperar la salida de los trabajadores a los que hizo el relato de lo acontecido en México y les invitó a que combatieran al usurpador inscribiéndose para ello en la dirección de Roberto Pesqueira. Esa noche se inscribieron 32 y al día siguiente 36 más. Con ellos formaron la expedición que iba a entrar primero para después incorporarse a esa De la Huerta y Calles. Un sargento ex federal hacía cabeza de la partida en total de 68 hombres y debían esperarlos por el rumbo de San Bernardino.

Maytorena se refugia en los Estados Unidos

Don Adolfo De la Huerta regresaba a Hermosillo, en compañía de Plutarco Elías Calles, después de los acontecimientos relatados en el capítulo anterior, cuando fueron alcanzados por un periodista de apellido Butcher que les informó que Maytorena acababa de cruzar la frontera y les dio un ejemplar del periódico que publicaba la noticia, diciendo que había llegado a Tucson y que se hospedaba en el hotel Santa Rita. El periodista les hizo notar el desconcierto que tal huída traería al Estado abandonado por su gobernador constitucional y naturalmente ambos estuvieron de acuerdo y se dieron fácil cuenta de las consecuencias que aquello podría acarrear, sobre todo porque la noticia no decía que hubiera quedado nadie encargado del poder público en Sonora,

ni cual era la situación general. Tanto De la Huerta como Calles consideraron que era inconveniente el paso dado por Maytorena y resolvieron que De la Huerta saliera inmediatamente para Tucson, dado el ascendiente que él tenía sobre don Pepe, para tratar de inducirlo a volver. Así se hizo y el señor De la Huerta llegó a Douglas, tomó el tren telegrafió a su amigo y agente en Tucson, que lo era Enrique Anaya y al llegar a su destino éste lo sorprendió con la noticia de que en el hotel Willard se encontraba el general Francisco Villa.

Tanto impresionó a De la Huerta aquella noticia, que en lugar de buscar a Maytorena, fue primero a ver a Villa.

Tuvo un cambio de impresiones con él que duró varias horas. No se habían conocido personalmente. En 1911 Villa había escrito a De la Huerta, tal vez a sugerencia de Samuel Navarro que era muy amigo del segundo y probablemente Villa, entusiasmado por las referencias que Navarro le había dado sobre la personalidad de don Adolfo, le escribió en forma muy amistosa. Pero no habían tenido oportunidad de tratarse personalmente.

Con el general Villa se hallaban Carlos Jáuregui, que lo había ayudado a salir de Tlatelolco, Darío Solís y alguno otro.

Cuando terminaron las pláticas con Villa, que estuvo efusivo y cariñoso con De la Huerta, éste se trasladó al hotel Santa Rita, para entrevistar a Maytorena.

El hombre estaba hecho pedazos; muy enfermo del estómago; tenía una jarra de leche en una ventana y argumentaba:

—¿Pero cómo quiere usted que regrese a una situación que no puedo yo con ella por mi enfermedad? Además, todos fueron mis partidarios y ahora, en esta lucha, tendría que apretarles a los ricos para sacarles dinero porque solamente con dinero se puede hacer esta revolución y yo tengo muchos compromisos. Por eso me he salido. Al mismo tiempo no tengo mucha fe en que el pueblo responda. Me han traído noticias de que ya Carranza está en actitud

semirrebelde y lo están persiguiendo en tal forma que lo traen acosado. No le dejarán levantar cabeza. De la Huerta le replicó que estaba equivocado y trató, en términos generales, de hacerlo reaccionar, pero Maytorena argüía: "Además, estoy pendiente de algunos telegramas de Rodolfo Reyes que quedaron de reexpedirme acá y no sé ni conozco la situación allá".

—Pues yo sí la conozco, por eso se la vengo a decir.

—Sí; pero hay muchas cosas.... usted salió de estampida y no pude conocer en qué forma está quedando el nuevo régimen. Necesitamos saber para tomar una actitud...

El hombre se sentía perdido, enteramente desalentado. Sin duda la enfermedad lo tenía acobardado, pues Maytorena en otras ocasiones había dado pruebas de valor evidente. En los combates era hombre decidido y brioso. Desde que estaba en La Misa cuando los yaquis le atacaban, se ponía al frente de sus vaqueros y "echaba bala" hasta que los hacía huír. Muchas veces ayudaba a las fuerzas federales para salir en persecución de los yaquis y posteriormente, aunque no tomó parte activa en la revolución de 1910, pues siempre permaneció en territorio americano, en 1912, cuando el orozquismo, en La Dura se portó valiente, según se ha relatado ya.

Por todo aquello su actitud no se compadecía con sus antecedentes y más parece que era una situación política que no entendía. Era de pocos alcances Maytorena en el terreno de la política y no se daba cuenta de los que en torno suyo se desarrollaba. Había estado en los principios de la revolución sin saber realmente por qué.

De la Huerta quiso que se entrevistara con Villa para ver si entre los dos lo convencían de que volviera a Sonora, pero él no se prestó. Dijo que no quería violar las leyes de neutralidad; que no quería ya más meterse en líos y se rehusó a seguir tratando el punto.

De la Huerta volvió a ver a Villa y le refirió la actitud de Maytorena.

—Pues siquiera que me dé un poco de dinero. Me mando decir Abraham González que le había situado ciento sesenta mil dólares. Siquiera una parte que me dé a mi para organizar una expedición e ir a mi Estado.

—¿Por qué no se viene conmigo al Estado de Sonora y entramos juntos? —propuso De la Huerta.

—No muchachito, no, no; de ninguna manera. Yo en su Estado no valgo nada. Allí no conozco a la gente; no conozco la tierra; no. En mi Estado que es Chihuahua, aunque yo nací en Durango pero considero a Chihuahua como mi Estado, allí es donde yo valgo diez por uno de lo que pudiera yo valer en Sonora. Así es que no, no... mejor consígame esos dineros con Maytorena y la emprenderé para El Paso Texas y de allí veré cómo me interno en mis terrenos.

Cumpliendo aquellos deseos, De la Huerta fue a ver nuevamente a Maytorena y le comunicó lo que Villa le había dicho. Negó aquel que hubiera recibido dinero de Abraham González, diciendo que ese envío había sido interceptado por el general Rábago quien tomó el control del Estado al dar el cuartelazo Huerta. Con trabajos se desprendió de dos mil pesos en papel de banco mexicano, que se transformaron en novecientos y pico de dólares y le sirvieron a Villa para pagar el hotel y transladarse a El Paso. Allí un comerciante de nombre Fuorti, le facilitó algunas mercancías y un griego generoso y leal, don Teodoro Kiriakópulos, le audó, juntamente con alguna otra persona. En esa forma y con esa ayuda formó Villa una expedición de nueve hombres con los que cruzó la frontera el 7 u 8 de marzo. Fue a unirse a su compadre Urbina y en muy poco tiempo tenía ya algunos centenares de parti-

darios con los que se hacía sentir, como era natural, dado su espíritu guerrero.

De la Huerta siguió insistiendo con Maytorena, a quien acompañaban el mayor Manzo y su secretario particular que lo era entonces Francisco Serrano (sin grado militar aún). Cuando se dio cuenta de que todo era inútil y que Maytorena no regresaría a Sonora, comunicó tal noticia a Manzo y a Serrano así como su propósito de cruzar la frontera, y ellos le dijeron: "Nosotros si vamos contigo." Y así lo hicieron.

Se quedaron en Nogales mientras De la Huerta siguió para Agua Prieta buscando la manera de incorporarse con las fuerzas que habían organizado Calles y él, y con las que estaba Plutarco en los alrededores de Agua Prieta.

La plaza de Agua Prieta estaba ocupada por el general Pedro Ojeda. Al llegar De la Huerta a Douglas, buscando las mismas conexiones que le habían servido a Calles y a él para acercarse a San Bernardino, un ferrocarrilero le comunicó que tenía noticias de que Ojeda iba a evacuar la plaza y que pasarían dos furgones, (según creía) llenos de parque por el lado americano para llevarlos a Naco donde iba a establecer un cuartel general. Roberto Pesqueira había venido de Eagle Pass en viaje de negocios particulares, y juntamente con De la Huerta, conferenciaron con el ferrocarrilero aquel y le convencieron de que hiciera una combinación cambiando carros: que pasara otros dos y les dejara los que él creía que iban cargados de parque. Después les aclaró que solamente era uno y, efectivamente eso lo dejó en Agua Prieta.

Salió Ojeda, como se les había informado, al frente de 800 hombres, llevándose también a los fiscales de la aduana, rumbo a occidente uniéndosele el teniente coronel Villaseñor con unos 80 rurales.

Ojeda salió, como se ha dicho, por tierra a Naco y al salir él, de la gestión de Pesqueira con los federales tuvo igualmente negativo Cacho Contreras, Belisario García (a) El Quilili y algún otro. Entraron a Agua Prieta, abrieron el carro, no encontraron más que cincuenta cajas de cartuchos; el resto era equipo, pero de todos modos sirvió pues era la época de frío y vino muy bien el equipo para los revolucionarios. Había también 109 mausers en mal estado, pero algunos se compusieron y pudieron servir. Con aquello y unas cuantas pistolas que traían los amigos, se formó la guarnición de Agua Prieta. Aquella pacífica "toma" de la plaza, se vio amargada, sin embargo, por incidente que les produjo el correspondiente susto.

Sucedió que los fiscales que se había llevado Ojeda se fueron colgando en la marcha y como eran de caballería, cuando lo consideraron oportuno, dieron la media vuelta y emprendieron el regreso a Agua Prieta. Eran quince más o menos, y cuando se acercaban, alguien que les vio dio la voz de alarma y se pensó que Ojeda regresaba.

Los defensores en número de diez o doce y mal armados, creyeron que les había llegado su hora pero en vez de emprender la huida y cruzar la frontera, resolvieron resistir y se apostaron en las casas que estaban en el camino de La Morita Vieja que era por donde Ojeda había salido. Por lo menos, pensaban, harían una resistencia decorosa pues no era cosa de salir huyendo a la primera alarma. Afortunadamente al hacerse los primeros disparos con los mausers remendados, los fiscales enarbolaron el pañuelo blanco. Después se acercaron y se identificaron como amigos terminando así la alarma. ¡Además, la guarnición se aumentó con aquellos nuevos contingentes, llegando a la respetable suma de veintitantos hombres!...

El señor De la Huerta telegrafió entonces a Calles, que había llegado a Fronteras, pues Cheto Campos había desconocido a Victoriano Huerta y Cheto era el Presidente municipal de Fronteras.

Calles había cruzado ya la línea divisoria y había entrado con una fracción del 3º. que había desertado y se le había incorporado; eran setenta y tantos hombres; contingentes que fue aumentando con obreros de Pilares hasta llegar a unos trescientos hombres.

De la Huerta le comunicó que se hallaba en posesión de Agua Prieta y ellos no se explicaban cómo podía ser aquello pues no sabían que Ojeda había evacuado la plaza. De todos modos, Calles se puso muy contento cuando supo que De la Huerta, al frente de 25 hombres se hallaba dueño de la plaza y se apresuró a reunirse con él para proyectar más tarde el ataque a Naco.

El fracaso de Naco

El siguiente episodio se transcribe textualmente de la relación que sobre él hizo el señor De la Huerta, tanto porque resulta más vivida la descripción, cuanto por los interesantes datos que contiene. Helo aquí:

> Durante la decena trágica había habido en Agua Prieta algunas manifestaciones y algunos discursos bravos de un tal Cesáreo G. Soriano, que las autoridades militares atribuían al comisario Calles o por lo menos le acusaban de tolerarlas. El general Ojeda ordenó que callaran aquellas protestas y como Plutarco le contestara con algún retobo, lo mando llamar y lo puso de oro y azul a insultos.
>
> Plutarco había quedado muy resentido por aquello, y cuando Ojeda evacuó la plaza para dirigirse a Naco, quería

organizar cuanto antes su expedición dizque para ir a atacar a Ojeda con los escasos cua trocientos hombres mal armados y peor pertrechados de que disponía. Yo le dije: "Mira: dejémonos de bravatas y vamos poniéndonos en la realidad. Vamos a hacer que venga inmediatamente Bracamontes". Pedro Bracamontes, que había estado como prefecto de Moctezuma y que había reunido como tres o cuatrocientos hombres fue llamado y al día siguiente lo teníamos en Agua Prieta.

Ya con esos contingentes salimos a enfrentarnos a Ojeda que estaba parapetado con ocho o novecientos hombres en Naco. Creíamos que no se iba a atrever a salir, pues la táctica de los federales era luchar a la defensiva y así nos estacionamos frente a Naco; pero como se notara que hacían falta palas y picos para cavar contraloberas, sugirió Plutarco que yo se las consiguiera porque yo tenía los dineros que me había facilitado Roberto Pesqueira. Ellos no sabían la cantidad ni yo quise enterarlos de lo corto de ella para no desanimarlos; era preciso no darles noticias desalentadoras sino por el contrario, hacerles ver que el futuro era favorable.

Rápidamente regresé a Agua Prieta, tan sólo a una hora de camino, pasando por La Morita Vieja. Allí pasé al otro lado, me traje a Esteban Calderón que andaba medio desbalagado por allá; compré dieciocho picos y otras tantas palas y regresé con ellos. Al llegar frente a Naco, Esteban Calderón se separó de mí porque tenía que incorporarse con Diéguez y se fue a buscarlo hacia el occidente.

"Acababa yo de desembarcar los picos y las palas para cavar las trincheras, cuando sale Ojeda de los límites de la ciudad de Naco y nos ataca furiosamente. Aquello fue un "desgarriate" general. Sale Calles en un caballo en pelo; lo conocí por su joroba; pasa delante de mí; le sigue Pedro Bracamontes..... y es la gran desbandada. El último que salió y al que vi en Las Lomitas batirse con gran bizarría, fue Arnulfo Gómez y también Macario Bracamontes, el hermano de Pedro que, aunque

superior de grado, escapó antes que su hermano, pese a su fama de valiente. Todos salieron en una espantada tal como no la había yo visto nunca ni la volví a ver en mi vida.

El automóvil en el que había yo llegado y desde donde observaba el curso de los acontecimientos, era de aquellos que aún no tenían arranque automático y había que echar a andar el motor mediante una manija que llamaban el "crank". Y sucedió que cuando vi que la situación estaba perdida para nosotros, quise seguir a los demás, pero se descuelgan sobre nosotros, queriendo coger el automóvil, las caballerías que tenía Ojeda y que había formado comprando caballada del otro lado. Venían como 40 jinetes en dirección del automóvil. ¡Le dije al americano que lo manejaba y que estaba más azorado que un venado en aventada, que nos fuéramos; pero por más vueltas que le daba a la manija no lograba echar a andar el motor!...

Mientras tanto los de caballería se acercaban y yo veía que la situación se hacía cada vez más angustiosa y empecé a creer que no escaparíamos con vida. Felizmente arrancó al fin el motor y salimos dando tumbos, pues estábamos enfilados en la dirección de las faldas del cerro y para allá salimos sobre pedregales como para despedazar las llantas pero por fortuna ninguna se rompió y comenzamos a alejarnos. Cuando los que nos perseguían se dieron cuenta de aquello, a brieron fuego y varios impactos que más tarde encontramos en la carrocería, dieron fe de la puntería y mala intención de nuestros perseguidores. Por suerte ni al chofer ni a mi nos llegaron a tocar.

Por el camino, al que por fin volvimos, iba la caravana de desorganizados y azorados ex atacantes. Todavía en La Morita Vieja era tal el espanto de los derrotados que querían dejar sus caballos y subirse al automóvil en el que llevaba yo algunos heridos que había recogido. Cuatro heridos llevábamos a bordo y a pesar de ello, los jinetes querían subir se abandonando

sus cabalgaduras. A alguno tuve que darle un puñetazo para que volviera a su caballo.

En esas condiciones llegue a Agua Prieta. Allí habían llamado a un doctor Randall, americano que, con su automóvil, estaba listo para atender a los heridos. Había dejado su auto cerca de la comisaría, y cuando llegué, encontré tendidos debajo de él a Pedro Bracamontes y a Plutarco Elías Calles.

¡Los jefes de la expedición!...

Los levanté con gran trabajo y fui a albergarlos a un cuarto de la Comisaría de Agua Prieta, pues me había dado cuenta de que el ambiente en su contra era tremendo. Se decía que ¿qué clase de jefes eran, que los habían metido en la bola? Que eran unos cobardes; que eran los primeros en haber corrido y que los querían fusilar. Por eso los encerré allí en el cuarto de "tiliches". Estaban muertos de cansancio pues no habían dormido en toda la noche anterior. Se quedaron tirados allí y yo me fui a convencer a los obreros y a los soldados de que no tenían la culpa aquellos jefes, sobre todo Plutarco que no tenía grado militar que era simplemente un comisario que por su buena voluntad, por su patriotismo, se había puesto al frente de ellos. Pero viendo que no aparecían por ningún lado, comenzaron a decir que se habían pasado para los Estados Unidos. Entonces me les ofrecí como rehén, diciéndoles que si se habían pasado, me podían fusilar pues yo les garantizaba que no era verdad. Mientras tanto me puse al habla con Roberto Pesqueira que estaba en Douglas, Arizona. Eran las doce de la noche y a esa hora Roberto fue a despertar al gerente de un Banco, amigo suyo, y me trajo cuatro mil pesos en tostones que yo repartí para confor mar a la gente y mandé comprar café que ya no había en la plaza para que les dieran a todos los que habían venido a reconcentrarse en Agua Prieta. Y así, al día siguiente, sin dormir porque tuve que andar de cuartel en cuartel, es decir de bolita en bolita, de grupo en grupo convenciendo a aquellos hombres, fui a despertar a los jefes

para que se dejaran ver demostrando que no se habían pasado del otro lado de la frontera y que allí estaban, arrepentidos de haberse considerado con tamaños suficientes para haber sido jefes, pero diciéndoles que habían hecho todo lo que ellos podían por combatir contra los federales, etc., etc., y que si ellos no los querían como jefes, que estaban dispuestos a dejarlos nombrar los que ellos mismos escogieran (esto por consejo mío). Poco a poco se fueron calmando los ánimos y al fin quedaron ellos. Además, ya ha bía llegado Salvador Alvarado que vino a salvar la situación pues tenía alto prestigio entre los revolucionarios y su presencia acabó de tranquilizar los ánimos.

Posiblemente aquel fracaso militar de Calles inspiró a Obregón el chascarrillo que frecuentemente refería diciendo que en cierta ocasión, teniendo Calles 45 hombres a su mando fue sitiado por el jefe orozquista doctor Huerta, un cubano nacionalizado mexicano y que al frente tan sólo de 35 hombres tenía sitiados a Plutarco y sus 45 hombres que se morían de sed. Que Calles, no pudiendo resistir más aquel tormento, decidió romper el sitio y montando ligero corcel logró salir entre el cerco de los sitiadores, pero era tal el pánico que sentía, que a pesar de que recorrió cerca de ocho leguas por las márgenes de un río, no se le ocurrió apaciguar su sed en las limpias aguas que vadeaba.

Calles recibió de mi mano, al afiliarse al movimiento de 1913, el nombramiento de teniente coronel.

La convención de Monclova De la Huerta representa a Sonora

La influencia que el señor De la Huerta tenía en el campo político en Sonora, como diputado local, hizo que unánime-

mente le comisionara el congreso para que como único representante del Estado asistiera a la convención de Monclova a fin de unir a Sonora con Coahuila, dejando a su criterio la aceptación de que la primera jefatura quedara en Coahuila, o pelearla para Sonora si así le parecía conveniente. Aquella convención de Monclova fue convocada por don Venustiano Carranza como gobernador del Estado. Originalmente se había señalado Piedras Negras, y se deberían reunir los delegados de los diversos Estados para escoger el primer jefe del Ejército Constitucionalista.

Había aparecido, con fecha 26 de marzo de 1913, es decir, dos meses después del cuartelazo, un proyecto de plan suscrito por varios coahuilenses, insinuando la conveniencia de que se nombrara al gobernador de Coahuila como jefe. En realidad, ese documento no fue más que un proyecto de algunos jóvenes, muy probablemente movidos por el propio Carranza para orientar en ese sentido la opinión a fin de que prevaleciera en la convención, pero no era un documento formal y sólo había sido originado por amigos del señor Carranza, tomando el nombre de Guadalupe con el propósito de que la memoria de la Virgen de Guadalupe le sirviera, como había servido al cura Hidalgo en el movimiento de la independencia. Tal proyecto no podía tener la aprobación de Carranza, ni su aceptación de la primera jefatura, cosa que, por otra parte, habría sido inoportuna, ya que no había sido efectuada la convención en la que habría de señalarse primer jefe.

Actualmente se celebra la fecha del 26 de marzo como la del Plan de Guadalupe, pero de hecho no fue entonces cuando se reconoció a don Venustiano Carranza como jefe.

De la Huerta, como se ha dicho, asistió a la convención de Monclova como representante oficial del gobierno de Sonora. Llevaba, además, la representación de los principales jefes militares, como eran Cabral, Alvarado, Obregón, Urbalejo, José María Acosta, y Calles, aunque este último en realidad

no figuraba entonces aún como jefe de nota, era únicamente ex comisario de Agua Prieta que al frente de algunos hombres estaba en la línea divisoria pasando lista de presente y contando tan sólo con dos o trescientos hombres. Tampoco Diéguez figuraba aún, por más que, siendo Presidente municipal, se levantó en armas en Cananea en 1913 y tomó parte en varias acciones guerreras.

Estas representaciones llevó al señor De la Huerta a la convención de Monclóva, donde presentó sus credenciales; pero hay un detalle interesante previo a su llegada y ello consiste en que cuando De la Huerta telegrafió al señor Carranza en Monclova, diciéndole que salía para Coahuila llevando la representación del congreso, del gobernador del Estado y de todos los jefes militares, Carranza contestó telegráficamente instruyéndole que se entrevistara en El Paso con un comisionado suyo (que resultó ser Alfredo Breceda) que le esperaría en el hotel Sheldon. Juntamente con Roberto Pesqueira, se presentó en el lugar de la cita, pues en el camino había telegrafiado a Pesqueira para que le acompañara y como Roberto objetara que no llevaba representación alguna, De la Huerta le dijo que se llevara la representación personal del gobernador del Estado y para ello telegrafió al general Ignacio L. Pesqueira, que aún conservaba el carácter de gobernador del Estado y su grado militar, y éste aceptó otorgar su representación a Roberto.

Se encontraron en El Paso con el comisionado de Carranza, que como ya se ha dicho resultó ser Alfredo Breceda quien saludó al señor De la Huerta efusivamente, recordándole y agradeciéndole el servicio que en otra ocasión había recibido de él.

—Yo quisiera dar una vuelta por Sonora —dijo Breceda y comenzó a platicar buscando un pretexto plausible para acompañarle a su Estado.

—No andemos con rodeos —repuso De la Huerta—, usted está aquí, según el telegrama del señor Carranza, para entrevistarse conmigo y estoy seguro que ese viaje a Sonora que usted quiere hacer, tiene por objeto verificar si realmente tengo las representaciones que telegráficamente he comunicado al señor Carranza.

—No es precisamente desconfianza —repuso Breceda un tanto apenado.

—No; si eso no me molesta, por el contrario; su cautela me hace formarme una opinión favorable del gobernador de Coahuila, pues veo que es hombre cuidadoso. Así es que vamos.

Hicieron el viaje hasta Sonora. Breceda fue presentado por De la Huerta con los jefes militares y asistió a una sesión del congreso local en la que se confirmó la representación respectiva.

La cautela de Carranza, por lo demás, estaba justificada, pues no era lo normal que un solo individuo representara a todos los poderes de un Estado, ya que en semejantes ocasiones generalmente se nombraban comisiones.

Verificadas por Breceda la múltiples representaciones otorgadas al señor De la Huerta, ambos, después de recoger a Roberto Pesqueira que se había quedado en El Paso, se dirigieron a Monclóva, donde llegaron el día 14 de abril de 1913. En la estación, a recibirlos, estuvo don Venustiano Carranza. Juntamente con los dos representantes de Sonora, llegaron los de Durango y Chihuahua, que eran el doctor Samuel Navarro y el profesor García a quien apodaban El Cócono y algunas otras personas más.

Acompañaban a Carranza algunos otros delegados que habían llegado procedentes de Nuevo León, don Pablo González que acababa de llegar de Chihuahua incorporándose a las fuerzas de Coahuila con 480 carabineros. Esa fue la pri-

mera ocasión en que don Pablo y don Adolfo De la Huerta se encontraron; las presentaciones las hizo don Venustiano.

El arribo había sido ya caída la tarde; por la noche el señor Carranza les invitó a cenar en una casa particular cercana al hotel, donde tenía el cuartel general, un edificio que estaba en la estación Monclova, a unos dos o tres kilómetros del pueblo.

Platicaban todos menos Carranza, que se limitaba a escuchar. Pero al ponerse de pie algunos de los presentes que deseaban conocer la población, De la Huerta se le acercó diciéndole:

—Señor Carranza; yo traigo una representación que me da una grave responsabilidad, tanto así, que usted mismo no quería convencerse de ella y por eso, haciendo perfectamente, mandó usted un agente de su servicio secreto para que lo confirmara. Yo querría, pues, saber a quién escogemos como jefe. Tengo profundas simpatías por usted, pero le conozco nada más por algunas referencias que me han llegado y por lo poco que hablamos telegráficamente en pasada ocasión. Eso pesa en mi ánimo y me inclina en su favor, pero no conozco aún su manera de pensar. Nada habló usted durante la cena y yo quisiera conocer sus puntos de vista sobre el movimiento revolucionario, su modo de conducirlo, sus apreciaciones sobre la cuestión social, etc., etc.

—Muy bien —replicó Carranza— , vamos allá, al hotel; allí platicaremos. —Y efectivamente allí estuvieron hablando hasta las dos de la mañana. En aquella plática Carranza expuso sus puntos de vista; hizo hincapié en la libertad municipal; en el nuevo catastro; consultó con De la Huerta cómo sería recibida la Ley del Divorcio en Sonora, del cual se mostró muy partidario. De la Huerta estuvo conforme en todos sus puntos de vista y, de paso, hay que hacer notar que posteriormente se dijo que Palavicini había sido el iniciador de la Ley de Relaciones Familiares, porque fue el primero en acogerse a ella, pero no fue así; la iniciativa fue de Carranza desde en-

tonces. De la Huerta le planteó algunas cuestiones obreras y Carranza se manifestó partidario de ellas pero no muy entusiasta en cuanto a la formación de sindicatos y uniones que les fortalecieran en su lucha contra el capitalismo. Habló también Carranza de la nacionalización del subsuelo; mencionó igualmente la conveniencia de ser enérgicos con el enemigo y llevar el movimiento a todos los confines de la República sin aceptar ninguna oportunidad de acortar la lucha. Quería que se extendiera por todas partes y durara el mayor tiempo posible, para "descombrar" completamente, según su propia expresión. Habló de la Ley de Juárez del 62 estableciendo la pena de muerte para todos los enemigos. Ahí De la Huerta le hizo notar los inconvenientes de tan drástica resolución, pues daba oportunidad a jefes militares, fuera del control de la primera jefatura, para ejercer venganzas de carácter personal que desprestigiarían el movimiento; pero Carranza se mantuvo firme y enérgico, haciendo notar que era necesario aplicar la pena de muerte a los que habían servido a Victoriano Huerta y los que con las armas en la mano, directa o indirectamente combatieran al constitucionalismo. La discusión sobre este punto duró más de una hora, pero Carranza no cedió un instante. Cuando más tarde la Ley fue proclamada y puesta en vigor, los temores de De la Huerta quedaron justificados, pues fueron numerosas las víctimas y grande el descrédito del movimiento reivindicador.

En aquella convención, lo fundamental era escoger jefe del movimiento, y por unanimidad casi absoluta salió electo el señor Carranza al que desde entonces comenzaron a llamar primer jefe del Ejército Constitucionalista. Eso fue el 18 de abril de 1913.

Se ve pues, que la fecha que debía conmemorarse no es la del 26 de marzo, sino la del 18 de abril, como aniversario del Plan de Guadalupe, ya que fue entonces cuando tomó forma y

se consideró seriamente el proyecto que habían suscrito algunos ayudantes o amigos del señor Carranza.

La verdad de las cosas es que aquel papel que hicieron circular y que se decía firmado por ellos en Guadalupe, nadie puede asegurar que fuera realmente así. Después han aparecido muchos reclamando el mérito de haber estado allí, pero no ha habido comprobación ni aclaración satisfactoria. Casi todos decían: "Yo no fui, pero si supe que fueron algunos"....

Lo más probable es que todos, o casi todos, hayan firmado en Saltillo o en Monclova.

Después de la Convención y ya elegido Carranza como primer jefe del Ejército Constitucionalista y aprobado por todos el proyecto del Plan de Guadalupe, dijo Carranza:

—Muy bien; ahora nos queda a todos los aquí presentes colaborar con todo entusiasmo para el derrumbamiento de este régimen usurpador. Como acabamos de conocer nos prácticamente en estos dos o tres días que hemos estado juntos, no tengo una idea exacta de la forma en que ustedes pueden colaborar mejor dentro del movimiento conmigo y ustedes me pueden hacer sugestiones para las diversas comisiones que pudieran desempeñar.

El primero en contestar a aquella indicación fue Roberto Pesqueira:

—Tengo— dijo— muy buenas conexiones en Washington y Nueva York; puedo ser útil en aquella región como representante del movimiento constitucionalista. Fue aprobado por todos y se incluyó el nombramiento de Roberto Pesqueira dentro de los acuerdos de la convención. El profesor Andrés García pidió la representación en El Paso como cónsul. El Lic. Juan Neftalí Amador la de encargado de asuntos internacionales como consejero. El doctor Samuel Navarro, por conocer personalmente y ser amigo de Francisco Villa, pidió llevarle su nombramiento de general aceptando desde luego el de jefe

de su Estado Mayor para él mismo. De la Huerta guardaba silencio.

—¿Y usted, señor De la Huerta? Interrogó Carranza.

—Yo no quiero comisión alguna; sólo quiero disfrutar de algún privilegio del que ya le hablaré a usted después. —Carranza asintió y cuando hubieron retirádose los demás, interrogó.

—Bueno, ¿cuál es ese privilegio que usted solicita?

—La autorización para hablarle a usted siempre con la verdad, sin eufemismo, con mi franqueza costeña y fronteriza, sin que nunca tome usted a falta de respeto mi rudeza ni la expresión clara y terminante de lo que es o sea el sentir de nuestro pueblo según mi apreciación y también mis opiniones recogiendo esos sentires y esas apreciaciones del pueblo mexicano.

—Muy bien —replicó Carranza— tendrá usted ese privilegio —y le estrechó la mano cordialmente; sin embargo, De la Huerta insistió:

—Pero que no se le olvide nunca; que siempre encuentre yo buena disposición de usted para llevarle mis informes.

La noche del último día sostuvieron aún una conversación interesante:

—Quiero hacer referencia —dijo Carranza— a acontecimientos pasados para tomar ciertas providencias. Cuando Pancho Madero nombró su gabinete en Ciudad Juárez y a mi me tocó ser ministro de la Guerra, mi nombramiento causó disgusto entre algunos jefes, particularmente Pascual Orozco y Villa, y pretextando algún otro asunto, se presentaron ante el señor Madero.

El señor De la Huerta tenía ya algunas noticias de aquellos hechos.

—Es necesario —continuó Carranza— que conozca usted este episodio para que sepa qué es lo que debemos esperar en el desarrollo del movimiento. Estuvieron insolentes Orozco y

Villa, pero a pesar de que el primero de ellos era el que llevaba la voz cantante, el que formulaba la protesta, la mirada de Villa se me grabó, porque traía intenciones de ir todavía más lejos de lo que pretendía Pascual Orozco.— Y al pronunciar aquellas palabras, Carranza parecía estar nuevamente bajo la mirada amenazadora de Villa.

—Nos salvamos gracias a la entereza y valor de Pancho Madero, y quedaron las cosas como quien dice prendidas con alfileres, tanto así que cuando termino el incidente y salimos con bien, le dije a Pancho: yo, que he sido contrario a esos arreglos con los delegados que vinieron de México, al ver esto, me inclino a que firmemos cuanto antes esos convenios con los delegados del gobierno, pues si hoy nos ladran, mañana nos muerden. Y de allí vinieron los cambios de impresiones y cambios de orientación de don Pancho Madero.

Recordando que he creído conveniente tomar nuestras providencias. Villa es un gran guerrero, es un gran organizador y un gran general; estoy seguro de que muy pronto lo vamos a ver al frente de corporaciones numerosas y digo esto porque me di cuenta de su actuación atacando por el flanco las columnas orozquistas cuando el avance de Victoriano Huerta y todos los informes que tengo son en el sentido de que este es un hombre tremendo, terrible, pero como es hombre sin freno, casi un inconsciente, es sumamente peligroso y debemos estar prevenidos.

Esas eran las palabras de Carranza, pero el señor De la Huerta sentía que más que todo estaba un poco adolorido por algo que le había llegado muy hondo en el asunto aquel de la protesta de Orozco y Villa en Ciudad Juárez con motivo de su nombramiento como ministro de la Guerra.

—Por eso creo conveniente —continuaba Carranza— que tomemos nuestras medidas para preservarnos de la amenaza de Villa. Esas fuerzas que voy a mandar rumbo a Tamaulipas, es con el objeto de formar allí una división. El coronel que le

presenté esta mañana, Pablo González, es un jefe aguerrido, muy leal a mí y con mucha experiencia. Ha hecho una campaña muy brillante con los carabineros de Coahuila combatiendo al orozquismo. Ese ira a Nuevo León para organizar otra división. Aquí, en Coahuila, dejaré a Pancho Coss y a mi hermano Jesús. —Después preguntó cuáles eran las providencias que en el concepto de De la Huerta había que tomar en Sonora.

—Yo traigo —replicó De la Huerta— la representación de todos y todos son mis amigos y no puedo opinar a favor de Juan, Pedro o Francisco, pero se los voy a describir con toda imparcialidad y usted escogerá.— De la Huerta hablaba así porque entendía que lo que Carranza buscaba era escoger un buen "gallo" que, llegado el momento, pudiera enfrentarse con Pancho Villa.

Comenzó por hablarle de Juan Cabral haciendo notar su honorabilidad, su revolucionarismo; elemento de 1910, de los primeros que se lanzaron a la lucha en Sonora; hijo de portugués y de mexicana, nacido en La Colorada, criado en Cananea; hombre muy querido, muy sensato, sin vicios, y revolucionario sincero, luchando a favor de las clases populares. Incidentalmente hizo notar que hablaba muy bien inglés.

Habló en seguida del entonces coronel Benjamín G. Hill describiéndole como un hombre que también había sido partidario del movimiento maderista desde antes de la revolución; que había sido encarcelado, por cuya razón tuvo pocas acciones militares en 1910. Valiente, como lo había demostrado en dos o tres combates que había tenido ya en las postrimerías del movimiento; culto, habiendo sido educado en Europa, en Italia, popular, fogoso y de gran magnetismo personal.

Describió después a Salvador Alvarado como hombre muy inteligente que juntamente con él se había iniciado en el estudio de los aspectos sociales de nuestra política y nuestros anhelos. Identificado con el señor De la Huerta para buscar el

mejoramiento del proletariado mexicano, explicó después que había pasado a Guaymas. Se habían conocido en Potam cuando Alvarado era segundo de su padre, Timoteo Alvarado, y desde el principio de su amistad le había manifestado a De la Huerta deseos de buscar ambiente distinto al que ahí tenía. Su amigo le consiguió empleo en Guaymas y allí, frecuentemente juntos, estudiaban los diferentes aspectos del mundo social. Alvarado era de tendencia socialista muy marcada y pronto se encariñó con la idea de ir a la lucha. Probablemente con ese propósito fue al mineral de Cananea. La influencia de su amigo De la Huerta se dejo sentir desde que éste le facilitó alguna obra sobre cuestiones sociales y le desvió su afición por la química. Alvarado tenía una obrita de Langlebert y quería encarrilar sus estudios por ese lado. No —le dijo De la Huerta—, yo estudié a Istrati en México, una obra mucho más extensa, un mejor texto y no me atrajo la química. Es mejor que nos dediquemos a estudios sociales.

Alvarado, como ya lo había explicado el señor De la Huerta, se trasladó a Cananea estableciendo allí algún negocio y allí lo alcanzó la persecución del gobierno. Cuando se sintió acosado fue a esconderse en su propia casa diciendo a su esposa que no abriera la puerta a nadie y él se fue al patio. La señora le obedecía ciegamente y cuando llegaron a llamar a la puerta los primeros esbirros en busca de Alvarado, ella no abrió, pero entonces comenzaron a gritarle: "señora, somos amigos de su esposo; somos amigos de Salvador y venimos a salvarlo", y engañada por aquellas palabras y no obteniendo respuesta de su marido cuando le consultaba de lejos, abrió la puerta. Cayeron sobre ella y la sujetaron mientras buscaban a Alvarado. La impresión que recibió la señora fue tal, que perdió la razón y posteriormente fue internada en un sanatorio para dementes.

Mientras tanto, Alvarado saltó la tapia y escapó por la parte trasera de la casa. Favorecido por la obscuridad em-

prendió el viaje rumbo a la frontera, logró cruzarla y allí se encontró con Juan Cabral, Rafael Romero y Pedro Bracamontes y los cuatro se establecieron en un pueblecito de Arizona llamado El Rey, esperando la iniciación del movimiento armado. Cuando la fecha llegó, fueron a presentarse a la Junta Revolucionaria de Nogales, de la que el señor De la Huerta formaba parte.

Todos esos antecedentes y detallados informes dio a don Venustiano el señor De la Huerta, agregando que Alvarado era revolucionario sincero, hombre muy inteligente que pese a su rudimentaria instrucción se había ido puliendo por su propio esfuerzo y sus anhelos de saber. Valeroso en la acción, como lo demostró, entre otras, en la batalla de Ojitos y otras que juntamente con Obregón sostuvieron en la columna del general Sanginés.

—Por último —continuó informando De la Huerta—, tiene usted al coronel Obregón; hombre de poca cultura que, sin embargo, suple sobradamente con una muy brillante inteligencia. Muy insinuante, locuaz, jovial y además se ha distinguido ya en las pocas acciones de guerra que ha tenido, como militar de gran porvenir. De él me dijo Sanginés: Si este muchacho se dedica a soldado, va a ser un buen militar pero debo aclarar que no fue de 1910; él más bien fue porfirista o reyista. Lo acusaban de lo uno y de lo otro, pero es un hombre que vale.

Carranza escoge a Obregón

Pues ese que sea el jefe —repuso Carranza—. De una manera discreta y sin lastimar a los demás, procure usted decirle al gobernador Pesqueira que sea él a quien señalemos.

La actitud de Carranza mostraba claramente desde entonces, que no se inclinaba mucho por los maderistas como lo eran Cabral, Benjamín Hill y Alvarado, sino más bien por

el que no lo había sido. Y eso coincide con el cargo que posteriormente y desde aquella época se le hizo de no sentir simpatía por los elementos maderistas. De la Huerta, usando de la franqueza que siempre tuvo con Carranza y que fue lo que de él solicitó, alguna vez le dijo.

—Señor Carranza, se le acusa a usted de tener pocas simpatías por los maderistas.

—Pues están equivocados ¿no lo tengo a usted aquí?

—Lo que sucede es que no quiero a aquellos que fueron la causa de la ruina de Pancho Madero —y se refirió después a algunas personas que había sido desairadas al presentarse en Piedras Negras ante la primera jefatura.

Así fue como Obregón obtuvo esa hegemonía a la que al principio no tenía derecho, pues en el terreno militar era tan sólo una promesa y aunque como promesa era brillante, no podía comparársele con los otros posibles candidatos. Acaso Carranza, con aquella idea fija de defenderse de Villa tarde o temprano, esco gió a quién intuitivamente le pareció el mejor paladín sin tomar en consideración méritos revolucionarios ni tendencias sociales.

El decreto de Carranza de 10 de mayo de 1913

Después de la batalla de Santa Rosa, encontrándose el señor De la Huerta en el campamento del general Alvarado, recibió la correspondencia que de Hermosillo le enviaban y, entre ella, una comunicación de la primera jefatura en la que se comprendía el decreto de 10 de mayo de 1913 relativo a la creación y establecimiento de Comisiones Mixtas de Reclamaciones.

Leído con toda atención, el señor De la Huerta encontró improcedente aquel acuerdo de la primera jefatura, se lo mostró a Alvarado exponiéndole su opinión y Alvarado

estuvo de acuerdo con ella, diciendo que, en efecto, encontraba en ello una amenaza para nuestra soberanía si dos comisionados americanos vinieran a intervenir en nuestros asuntos internos para determinar los daños causados por la revolución y que le parecía conveniente que le llamara la atención al señor Carranza sobre el particular. Ese mismo era el propósito de don Adolfo que sólo esperaba tener elementos para transladarse a Coahuila, a Piedras Negras, que era donde se encontraba el señor Carranza. Alvarado le completó los dineros necesarios con doscientos cincuenta o trescientos pesos y ya con eso y sus propios fondos, emprendió el viaje primeramente a Nogales y de allí a Piedras Negras.

Al llegar a su destino, y usando de la autorización que tenía para hablar siempre con toda claridad, hizo ver a Carranza el error que en su concepto se cometía con la formación de comisiones mixtas. Y Al hacerle tal apreciación, explicó que era la manera de pensar de todos los elementos sonorenses, es decir, del Estado donde Carranza pensaba llegar al salir de Coahuila acosado por las fuerzas federales.

—Tiene usted razón —replicó Carranza—. Efectivamente, es un error establecer esas comisiones, y en primera oportunidad tratar emos de derogar ese decreto. Al fin y al cabo, como no hemos tenido periódico oficial, no han sido publicado aquí. No lo he entregado a *El Demócrata* y se ha quedado aquí únicamente en mi secretaría y como usted tampoco lo publicó en Sonora, en ninguno otro lugar se ha dado a la luz pública. —Y después, charlando en forma amistosa y confidencial le dijo:

—Pues le sacaremos todo el provecho que sea posible mientras llega el momento de derogarlo.

Había hecho gestiones ante Carranza el doctor Tooper, Presidente del Bureau Pro Paz de Washington, un organismo semioficial con aspecto de junta independiente que

existía en la capital de los Estados Unidos operando bajo esa denominación. Refiriéndose a él, Carranza dijo:

—Vino aquí y se me presentó haciéndome ver el buen deseo del Presidente Wilson para nosotros, toda vez que su antagonismo con Victoriano Huerta lo alejaba de aquel usurpador y tenía que coincidir con nosotros en nuestra protesta por los atentados contra el Presidente y el vicepresidente—. También dijo que constantemente los representantes de los intereses extranjeros en México trataban de presionar su ánimo para que se inclinara a favor de Huerta y descalificara el movimiento revolucionario pues se esperaba de éste formas sociales inconvenientes para las inversiones de capital y que él quería ayudar a la rev olución en forma indirecta, toda vez que no procedía inmiscuirse en nuestros asuntos internos ni nosotros los habríamos aceptado y que le debíamos ayudar en esa forma, estableciendo esas comisiones mixtas para que ellos tuvieran la esperanza de que al triunfo de la revolución pudieran recuperar lo perdido a causa del movimiento armado a que teníamos que recurrir para derrocar al usurpador.

Después Carranza dijo a De la Huerta que necesitaba que se quedara algunos días cerca de él. Al día siguiente, procedente de San Antonio, llegó el doctor Tooper acompañado de una bellísima joven y fue presentado al señor De la Huerta. La dama era hija de Tooper y, para De la Huerta, era además la explicación de la inclinación de Carranza a complacer los deseos del padre.

El señor Carranza era admirador de todas las mujeres bellas e inca paz de decir "no" a solicitud formulada por labios tan encantadores. Además, en el caso, ella fungía como intérprete, pues hablaba unas cuantas palabras de español y aquello lo hacía doblemente atractiva. Pero aun sin sus conocimientos lingüisticos, era de una belleza muy llamativa

y tenía todos los encantos de una muchacha de buena sociedad.

Posterior mente contrajo matrimonio con el general Marshall, el autor del Plan Marshall en Europa. Volvió a visitar México hace pocos años en compañía de su esposo y estuvieron en Cuernavaca hospedados en la casa de Palmira. Mucho se rumoró entonces que había venido el general a tratar algunos asuntos de cooperación en la guerra o cosas por el estilo. Aun después de los años transcurridos, la hoy señora de Marshall lucía una belleza extraordinaria y una extraordinaria distinción. Volviendo al decreto, éste, como Carranza había dicho a De la Huerta, quedó en su secretaría y nunca estuvo en vigor porque posteriormente fue derogado pero solamente para aquéllos para los cuales pudo haber estado en vigor.

Sin embargo, cuando años después (1917 ó 1918) el general Cándido Aguilar formó aquel cuaderno o libro con todos los decretos y resoluciones del señor Carranza en asuntos internacionales, ignorando estos antecedentes, lo incluyó entre los decretos dados por la primera jefatura y así puede verse en la obra que lleva por título *La Gestión Internacional del señor Carranza* o algo por el estilo. También Juan Barragán hace alusión a ese mismo decreto como si hubiera estado vigente, en su libro *El Ejército Constitucionalista* ; pero es evidente su no vigencia, pues al triunfo del señor Carranza subsistió la Comisión Nacional de Reclamaciones establecida en la época del señor Madero y no se formaron nunca las Comisiones Mixtas de Reclamaciones. Sin embargo, Pani se valió de tal decreto para convencer a Obregón de que él (Pani) tenía razón y De la Huerta estaba equivocado al oponerse a la formación de tal clase de comisiones mixtas.

—Si el señor Carranza, que era tan escrupuloso en el campo internacional —argumentaba Pani— aceptó esta for-

ma ¿por qué nosotros no la vamos a aceptar ahora que la necesitamos para el reconocimiento?

—Y Obregón, ignorando lo que se ha referido, aceptó el argumento.

Y aquí citamos nuevamente en forma textual las palabras de don Adolfo De la Huerta.

> Y no habiéndome comunicado esa razón que tenía para inclinarme a la opinión de Pani, cayó en el error de seguir sus sugestiones. Pani, de hecho esta ba actuando como agente de los Estados Unidos para bienquistarse con ese país. Los documentos relativos han sido publicados por la revista *IMPACTO*. Algunos boletines se tomaron de las publicaciones del Departamento de Estado Americano y al principio se creyó que tales documentos procedían de mis archivos, pero posteriormente, cuando a mi también me atacaron feroz y calumniosamente, ya separaron mi nombre de esas acusaciones a Obregón y Pani.
>
> Tan le preocupaba al señor Carranza el error cometido, que cuando se trasladó desde Coahuila, en aquella penosa peregrinación que hizo hasta Sinaloa, pasando por Chihuahua y en el camino asistiendo al ataque de Torreón, en donde fueron derrotados los Arrieta con el a la cabeza, llegó a El Fuerte; allí esperaban don Adolfo De la Huerta, Álvaro Obregón y Alfredo Breceda y al ver al primero de ellos, le dijo abrazándole: "Ahora que lleguemos a su tierra derogamos el decreto aquél". Efectivamente, cuando llegaron a Hermosillo le dijo: "Volviendo al asunto de las comisiones mixtas, creo que, como el decreto no se publicó, pues no procede levantar polvareda haciendo rectificaciones; no es conveniente. Como esto fue únicamente para los Estados Unidos, si nosotros lo nulificamos ante ellos es suficiente, ¿No le parece?"

—Me parece muy bien —repuso De la Huerta.

—Aquí ustedes han tomado a Mr. Weeks (el corresponsal de la prensa americana que siempre andaba cerca de la primera jefatura) como agente del Departamento de Estado que, con el carácter de periodista viene a inquirir lo que pasa entre nosotros. Pues con decírselo a él, él lo transmitirá a la Casa Blanca y allá tomarán nota.

Y así se hizo. Mr. Weeks recibió la información directa del señor Carranza en el sentido de que fue derogado el decreto aquel y la transmitió a Washington. Inmediatamente Washington se alarmó y nombro un delegado, el Dr. William Bayard Hale, que se presentó pidiendo una audiencia con el señor Carranza en Nogales, y allí, en la aduana, se verificaron las pláticas. Carranza quiso que el señor De la Huerta estuviera presente, Ignacio Bonillas (posterior mente candidato a la presidencia) fungió como intérprete. También pidió Carranza la presencia del Lic. Francisco Escudero, encargado entonces, de la Secretaría de Relaciones y Hacienda.

El delegado americano trató de mil asuntos sin mayor importancia pero a la postre quiso llevar la discusión a la cuestión de las comisiones mixtas y al decreto derogado. Carr anza no le permitió hablar mucho sobre el tema. En forma bastante severa le marcó el alto y puso fin a aquella conferencia. Así terminaron las cosas, quedándose en cartera, en los archivos de la Secretaría General de don Venustiano la copia que, como ya se ha dicho, sirvió para que equivocadamente, los que vinieron después, la incluyeran para señalar la política internacional del señor Carranza, cuando, de hecho, subsistió la Comisión NACIONAL de Reclamaciones y nunca Comisiones MIXTAS.

Don Adolfo de la Huerta y la tribu yaqui

Como se ha referido en capítulos anteriores, el señor De la Huerta tuvo siempre buenas relaciones con los indios yaquis, pues heredó el afecto que éstos tuvieron por su padre y por su abuelo y además, él, personalmente, siempre los defendió y ayudó en lo que pudo.

Cuando ocupó provisionalmente la gubernatura del Estado de Sonora, en mayo de 1916, encontró oportunidad de pacificar nuevamente a los yaquis.

Vivía entonces el gobernador De la Huerta en una casa de dos pisos frente a la cervecería de Sonora. Su recámara quedaba en el piso alto. Una mañana llamaron a la puerta; la sirvienta bajó a ver de quién se trataba y subió toda azorada diciendo que un indio alzado estaba allí.

Para los sonorenses del sur eran muy conocidos los indios alzados en armas: pelo largo, sus tres cananas siempre repletas de parque; sus huaraches y su tipo recio y fuerte; cara de hombre de acero. Aquellas eran sus características.

Don Adolfo ordenó que le dejaran pasar.

—Pero si es alzado, señor —pr otestó la sirvienta.

—Mejor; pásalo a mi despacho.

Se levantó, se puso una bata y dijo a su visitante que tan pronto como se diera un baño, volvería a atenderlo. El indio pidió un vaso de agua que le fue servido. El gobernador tomó su baño y volvió.

Venía como emisario de la tribu, dijo el indio; se llamaba José Crispin, y continuó:

—No encontré ningún rondín por las calles; estás mal cuidado aquí. Y luego, no tienes escolta.

—No; ¿para qué escolta?

—Pues qué, ¿no eres el gobernador?

—Sí, sí lo soy; pero no le hago mal a nadie.

—Pero también a los que no hacen les hacen. Eramos tres los que veníamos; uno de parte del Matus, otro de parte del Mori y otro de Luis Espinoza, pero nos dijo un carrero que Calles estaba matando a los indios y los otros dijeron: No; pues entonces nos devolvemos. Yo les dije que debíamos de verte a ti, pero ellos dijeron que Calles es el que tiene las fuerzas y tuvieron temor. Yo dije: no; yo voy a ver a Adolfo de cualquier manera. Bueno, pues si tú te vas, dijeron, entregas el arma, porque ya te vas a per der tú, que no se pierda el arma; y me costó trabajo que no me quitaran ni el arma ni el cuchillo.

—¡Qué bien hiciste en venir! ¿Y cómo supieron que había yo llegado?

—Lo leímos en *La Gaceta*. De vez en cuando cae algún número del periódico y entonces lo leemos; y el que recogimos allí en las Guásimas a unos que caminan en guayín, traía la noticia de tu llegada. ¿Te acuerdas de mí?

Don Adolfo no le recordaba, pero por cortesía le dijo que sí.

—¿Te acuerdas cuando el ataque de Ortíz y después cuando bajamos a recibir a los señores que vinieron de México? Pues aquí me tiene para hacer la paz contigo; pero que no vaya a creer el gobierno que nos rendimos; nosotros no nos rendimos nunca, siempre estamos listos para pelear y no nos vamos a acabar, porque el venado lo persigue el yaqui, lo persigue el yori, lo persigue el gringo y no se acaba... y no tiene armas. Y a nosotros no nos persigue más que el yori; porque el gringo no nos persigue; allá tenemos nuestros parientes, del otro lado, y no nos hacen nada. Así es que no nos acabamos. Vamos a hacer la santa paz porque te tenemos confianza y queremos que sepa el gobierno eso. (Hacía una distinción muy clara entre Adolfo De la Huerta y el gobierno).

—No tengas cuidado; está bien; nadie va a creer que por miedo; todos reconocen la hombría de ustedes, su decisión para la lucha, una lucha justa.

—¿No me das un vestido como ese que te acabas de poner?—preguntó el indio al ver vestirse a don Adolfo. Este ordenó que le trajeran otro de su guardarropa y siendo más o menos de su cuerpo, le quedo justo.

—Pero antes —dijo don Adolfo— te me bañas. Mira, te vas allí al baño, como yo me bañé tú te vas a bañar y luego vas a que te corten el pelo. El indio entró al agua provisto de su jabón y salió muy contento del baño. Don Adolfo le dio ropa interior, zapatos, todo. En su propio automóvil lo envió a la peluquería y a la media hora se presentó el emisario transformado por completo. A pie emprendieron el viaje a Palacio. La plaza toda, frente a Palacio, estaba llena de indios yaquis de los llamados "mansos"; todos ellos sabían de la llegada del emisario, pues el espionaje entre ellos es algo notable. El indio caminaba al lado del gobernador y levantando la mano les hizo un saludo, reconociendo que su presencia se debía a que él había llegado. El gobernador también saludó y entraron al Palacio del brazo, para que vieran los demás indios cómo era recibido su representante.

—Aquí tienes estas oficinas que son mías y son tuyas — dijo el gobernador. El indio se sentó a un escritorio, pidió lápiz y escribió muchas cartas. Sabía escribir, por eso era el secretario de Matus. Mandó sus cartas. Más tarde se recibió aviso de los indios que bajarían hasta determinado lugar y que querían ver allá a su amigo De la Huerta.

Don Adolfo aceptó la invitación y a su paso por Guaymas, cuando llegó a saludar a sus familiares, tanto ellos como todos los amigos trataron de disuadirlo, pues sabían que iba sin escolta a encontrarse con los yaquis alzados. Todos opinaban que era una locura, pero él les aseguró que no corría ningún peligro pues tenía entera confianza en la

buena fe y amistad de los yaquis. Hasta los miembros de la Cámara de Comercio fueron a la estación a tratar de disuadirlo, pero por supuesto no lo consiguieron. Hizo el viaje, se encontró con ellos, y ya tarde regresó a Guaymas para probar a sus amigos que él tenía razón y que ellos habían desconfiado sin motivo de la buena fe de los yaquis.

Don Adolfo se fue a Hermosillo y allá fueron los indios a pagarle la visita con gran desazón de todos los guaymenses cuando los indios pasaron por Guaymas y de los hermosillenses cuando vieron que llegaban a ocupar los cuarteles que habían sido de los federales y un salón del Ayuntamiento, donde fueron alojados quedando muy bien instalados.

En esos días el gobernador tuvo que hacer una visita a Ures y llevó consigo a los tres jefes: Matus, Mori y Espinoza. Volvieron después a Hermosillo y estuvieron en completa paz.

El señor De la Huerta comunicó a don Venustiano las bases sobre las cuales había hecho la paz con los yaquis y fueron totalmente aprobadas por el jefe, con lo cual los indios siguieron en completa paz.

Por lo que hace a la restitución de tierras, de las que eran legítimos propietarios los indios, se prometió a los que aparecían como tales que se les pagaría el valor de los terrenos una vez que se hiciera el peritaje y avalúo para deter minar el valor real de las propiedades. Los aparentes propietarios no recurrieron en aquella época ante el gobernador, porque, siendo éste interino o provisional, consideraron que era mejor esperar el nombramiento de uno constitucional que quizá fuera de tendencia diversa. Tres años después, el señor De la Huerta volvió a ocupar la gubernatura del Estado, esta vez por elección popular e hizo la segunda pacificación, que no fue sino continuación de la primera y fue la que verdaderamente cimentó los lazos de amistad entre la tribu y don

Adolfo y les hizo tener más confianza en él puesto que se trataron más que antes.

Debe hacerse notar que antes de que don Adolfo ocupara la gubernatura interina de Sonora, él era el único que se inclinaba a hacer arreglos para pacificar a la tribu yaqui, pues tanto Obregón como Calles, Diéguez y la casi totalidad de los elementos militares, eran partidarios de que siguiera la campaña hasta el total exterminio de la raza yaqui.

Las aspiraciones presidenciales de Obregón

Siendo don Adolfo De la Huerta gobernador provisional del Estado de Sonora, y Gilberto Valenzuela su secretario de gobierno, el señor Carranza le mando llamar a Querétaro, en diciembre de 1916 para hacerle un encargo de gran trascendencia que formuló más o menos en los siguientes términos.

—He tenido que apechugar con la responsabilidad de los desmanes y tropelías cometidas por los jefes revolucionarios fuera de mi control. Tengo una gran responsabilidad ante la historia a consecuencia de ello; y puesto que he estado "a las duras" creo que tengo derecho a estar "a las maduras". Terminado el congreso constituyente se organizará un gobierno de observancia legal y considero que yo debo figurar a la cabeza del mismo para demostrar al mundo que yo soy hombre de orden y de gobierno y no la figura que han pintado mis enemigos. Que sólo me juzgan a través de los errores de algunos de mis jefes militares.

Aquella exposición del señor Carranza obedecía al hecho de que tanto el general Obregón como Pablo González habían iniciado sus trabajos preparatorios para lanzar sus respectivas candidaturas a la presidencia de la República. Y aunque el primero contaba con una más brillante ejecutoria militar, el segundo también tenía prestigio por ser un

buen organizador. En resumen, los dos tenían posibilidades de lograr un triunfo en los comicios ya que el prestigio del señor Carranza, como el mismo lo reconocía, había sufrido perjuicio por su falta de control sobre ciertos jefes militares.

Don Adolfo convino en que las aspiraciones del señor Carranza eran muy justificadas y éste, entonces, le suplicó que convenciera primero al Gral. Obregón para que renunciara a sus aspiraciones presidenciales, haciéndole ver que aún era joven, que tenía mucho tiempo por delante para adquirir una preparación que no fuera exclusivamente en el campo militar y finalmente que el período presidencial de que se trataba, era incompleto.

Obregón y De la Huerta platicaron por espacio de cuatro horas en la alameda de Querétaro y el segundo de ellos logró, no sin grandes esfuerzos, convencer al primero de que renunciara temporalmente a sus aspiraciones a la presidencia de la República. Logrando aquello, acudió a comunicar al señor Carranza el resultado de su gestión. Le encontró visiblemente inquieto por la larga espera y cuando conoció el resultado de la entrevista, sin enterarse de la resistencia que Obregón había opuesto, pues el señor De la Huerta no consideró necesario hablar de ella, don Venustiano se mostró muy complacido.

Al día siguiente, acudiendo al llamado del señor Carranza, don Adolfo le encontró charlando amigablemente con el señor Obregón. El señor Carranza le informó, entonces, que el general Obregón había resuelto retirarse a la vida privada en Sonora y dedicarse a la reorganización de sus negocios. Pero para su completa tranquilidad, el general deseaba que la persona que sucediera al señor De la Huerta en el gobierno de Sonora, fuera de su absoluta confianza.

Dos eran los candidatos y la lucha era enconada: el general Plutarco Elías Calles y el general José J. Obregón, hermano de Álvaro.

—Los dos eran personas de absoluta confianza para el general Obregón — dijo el señor De la Huerta.

—Calles no es amigo del general Obregón — replicó Carranza; y como don Adolfo insistiera en que si lo era, don Venustiano dijo:

—No debe olvidar usted lo de Naco.

El señor De la Huerta protestó asegurando que el general Calles no había tenido conexión alguna con aquel incidente, pero el primer jefe replicó:

—Sí estuvo involucrado en la conjura — y miró al general Obregón que, sin contestar palabra, hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza. La insistencia de De la Huerta en defensa de Calles no tuvo éxito alguno.

Aquella transparente insinuación en el sentido de que determinada persona ocupara la gubernatura del Estado de Sonora, aunque hecha en forma discreta e indirecta, no encontró eco en el señor De la Huerta cuya firmeza de convicciones respecto a la verdadera democracia nunca flaqueó.

Por lo demás, el asunto aparecía bien claro. Obregón acababa de renunciar a sus aspiraciones presidenciales atendiendo una solicitud del primer jefe y éste, naturalmente, se sentía obligado a pagarle el favor. Por lo tanto, con una indicación al gobernador provisional, para que favoreciera al hermano del general Obregón, el asunto quedaría listo. Así pensaba, sin duda, don Venustiano, pero se olvidaba de que don Adolfo De la Huerta sostuvo siempre la efectividad del sufragio popular, no como un recurso político para lograr tal o cual finalidad, sino como un credo firme y perdurable en lo más íntimo de su convicción democrática. Su respuesta más o menos fue esta:

—De cualquier manera, el pueblo decidirá en las elecciones que yo presido, quién debe ocupar la gubernatura.

Y tanto Carranza como Obregón deben haber creído que se trataba de una frase sin importancia, dicha solo para

guardar las apariencias y que, llegado el momento, De la Huerta favorecería al candidato que se le había sugerido. No fue así, por supuesto.

Obregón renunció a la Secretaría de Guerra el 1o. de mayo de 1917 y volvió a Sonora al acercarse la fecha en que el congreso local debía hacer la declaratoria, esperando que ésta fuera favorable a su hermano.

En camino a Sonora y desde Culiacán, telegrafió al gobernador provisional encargándole que le consiguiera alojamiento. El señor De la Huerta, buscó y obtuvo la casa que le pareció más apropiado dado las condiciones de la ciudad, la época de calores y la cercanía al Palacio de Gobierno. Don Adolfo y el pueblo, invitados por los amigos de Obregón fueron a recibirlo a la estación, pidiéndole que hiciera el recorrido de la misma a su domicilio a pie. Obregón, que ya estaba enterado de la declaratoria del congreso en favor del general Calles, desahogó su mal humor criticando la casa elegida por el señor De la Huerta, burlándose de los muebles que le parecieron viejos y feos y finalmente diciendo a Ramón Ross que le acompañaba: "¡Vámonos a un hotel!"

Después de aquel injustificado desaire al gobernador y tras de pasar unos días en el hotel, se fue a vivir a la casa de su suegra y allí se dedicó a dictar los originales de su libro *Ocho mil kilómetros en campaña* con la ayuda de su secretario Manuel Vargas.

Es de notarse que en dicha obra, lejos de reconocer la influencia decisiva que en su vida política tuvo la amistad del señor De la Huerta, casi no lo menciona.

Carranza, Obregón y Pablo González

Con motivo de algunos ataques en la prensa a la memoria del general Pablo González, el señor De la Huerta (en 1954),

dictó la siguiente relación que se transcribe en sus propias palabras.

Yo creo que debemos llamar a esta plática "Por la verdad y la justicia". No tengo interés en disculpar a Obregón por su actitud de 1920, ni tampoco a don Pablo González, pero como me tocó en suerte tener los hilos de la situación en 1916, cuando Carranza me llamó de Sonora donde desempeñaba el cargo de gobernador provisional en el periodo preconstitucional, pues creo que tengo la obligación de manifestar la verdadera situación en que se colocó el primer jefe del Ejército Constitucionalista a fines de ese año de 1916.

Por aquellos días la nación esperaba que al formular la Constitución el congreso constituyente, cambiara el panorama político de la República. Como hasta esos días había regido los destinos del país el primer jefe Venustiano Carranza y no había conseguido hacer la paz, pues había grupos rebeldes en gran número, no inspiraba confianza la administración del señor Carranza. Esa es la verdad.

Se sentía, se palpaba un ambiente de antagonismo para el hombre que no había sabido, después de la derrota de Villa, consolidar la paz en la República.

Examinaremos ahora los resultados de aquellos sentires del pueblo mexicano en los ánimos de Obregón y de Pablo González. Obregón, ministro de la Guerra, creyó que había llegado el tiempo de preparar su candidatura para lanzarla al iniciarse el orden constitucional y comenzó sus trabajos probablemente con algunos militares, no me consta; pero si tuve noticias de frecuentes conferencias con militares amigos suyos; por otra parte, muy ostensiblemente y con el conocimiento del señor Carranza, trabajaba en el ánimo de los diputados constituyentes. Creo que se había ganado casi la totalidad de la Cámara.

Pablo González, con el mismo sentir de Obregón, con el reflejo de la opinión pública no solamente en el Distrito Federal y la capital de la República, sino de todo el país, creyó que se iba a presentar la oportunidad propicia para que él lanzara su candidatura. Ya sabía que Obregón había iniciado sus trabajos y abiertamente, haciendo uso del derecho que la Revolución le concedía, preparaba también su candidatura.

En México todo el mundo sabía que uno de los candidatos iba a ser Pablo González (que contaba con respaldo considerable en la opinión pública) y en esas condiciones, dándose cuenta el señor Carranza de que las dos figuras de mayor relieve el campo militar (después de la derrota de Villa, por supuesto) que eran Obregón y Pablo González, se lanzarían, resolvió hacer la gestión que más adelante relato.

Mientras tanto hagamos un paréntesis para estudiar a dos hombres:

Obregón en aquellos días tenía la aureola de sus triunfos militares: primero sobre Victoriano Huerta y después sobre Villa; pero al mismo tiempo, entre el pueblo, entre las clases trabajadoras, entre los obreros, había alguna reticencia para manifestarse abiertamente a su favor porque se sabía que él no comulgaba con las ideas revolucionarias de 1910 que, contra lo que han dicho algunos muchos, en los últimos tiempos, sobre todos los partidos Zapatistas y Liberal (magonista) y que pretenden que el maderismo no tenía contenido social, lejos de eso, representaba el ala izquierda del movimiento libertario, díganlo si no los postulados del Plan de San Luis que últimamente he visto publicado enteramente mutilado. Hoy en la mañana precisamente platicaba con Roque González Garza y él era de mi misma opinión porque ha visto muchos ejemplares que no contienen los renglones que se refieren a la distribución de tierras, la ruptura de los latifundios y la restitución de los ejidos a los pueblos, etc.

Pablo González tenía en cambio su aureola de revolucionario; afiliado al magonismo primero y de los que figuraron en primera fila en el movimiento encabezado por don Francisco I. Madero.

Aunque derrotado en muchos combates, consiguió también apreciables victorias de gran significación dentro del movimiento revolucionario. Además mucha g ente pensaba que la revolución no era un torneo de militares para demostrar quién era más hábil en el arte de matar hermanos, sino que se debía de juzgar a los jefes por la sinceridad de su tendencia a favor del pueblo humilde y que si Obregón había sido un militar afortunado, con mejores dotes de estrategia que Pablo González, en cambio a éste había de reconocércele que se lanzó a la lucha en los momentos en que el pueblo en masa lo hacía contra la dictadura de Porfirio Díaz, respondiendo al llamado que Madero les hizo en su gira electoral primero y después lanzando su proclama revolucionaria desconociendo al gobierno del general Díaz. Todo el mundo en aquella época fue maderista, y si alguno se presentaba contra el apóstol de la democracia, se le consideraba, como no-revolucionario, como remanente de los viejos grupos porfiristas que con el disfraz de revolucionarios estaban sosteniendo banderas distintas y aun con antagonismos para los directores sinceros del movimiento reivindicador de 1910. Ese era el sentir en aquellos tiempos.

Volviendo a la situación de 1916, decía que el señor Carranza, al darse cuenta de las aspiraciones de Obregón y de Pablo González, llamo primero, para pulsarlo a ver si era el hombre que podía utilizar en sus proyectos, a Benjamín Hill. Lo estudió encomendándole primero que recomendara a los constituyentes que aceptaran el proyecto tal como él lo había presentado y que le oyeran en sus apreciaciones sobre la tendencia que debía seguirse y la forma en que debían redactarse algunos artículos. El general Hill puso el ambiente y con su

franqueza característica le dijo: "Jefe, no sirvo yo para esto. Reconozco que los principios de usted son sensatos, juiciosos, aunque muchos de ellos no vayan de acuerdo con la tendencia general, pero usted los manda a la Cámara a través de un grupo de elementos que no les son gratos a todos los verdaderamente revolucionarios; gente que usted reclutó a su llegada a México y que no está identificada con los que iniciaron el movimiento de 1910 ni el de 1913. (Se refería al grupo de Juan Natividad Macías, Luis Manuel Rojas, Gerzayn Ugarte y algunos otros). Yo acepto, como le dije antes que sus principios son buenos, son juiciosos, pero... mire, jefe: el chocolate es bueno, pero si me lo dan en bacinica... ¡pues no me lo tomo!... Y ese es el caso. Manda usted proyectos buenos por conducto de hombres manchados y no se los reciben allí. Esta es una de las causas por las que usted ha fracasado en su hegemonía del congreso constituyente en donde no le obedecen a usted, y yo no le puedo ser útil. No me siento capacitado para controlar ese grupo.

Eso me lo relató el propio Carranza, para explicarme por que había llamádome desde Sonora, tan distante, para que, según me dijo, tratáramos tres puntos importantes. Su charla sobre la actitud de Hill fue en tono benévolo y hasta risueño; no le causó enojo la franqueza ni la ruda sinceridad de Benjamín.

Lo he llamado a usted —me dijo— porque usted es de la misma "caballada" de esos y yo creo, siguiendo el principio homeopático de "similia, similibus curantur" que usted es el indicado (sonriendo) para convencer a esos amigos de que no se aparten de mi lado; no me hagan asco ni me consideren sin derecho a sugerir ideas y proposiciones y detenerlos en muchos arranques que tienen con tiradas hacia la izquierda, hacia extremismos que resultarían nocivos para el país si se aceptaran en la Carta Magna. Entre otros ese artículo tercero.

Estimando que aquel era el primero de los tres puntos que me dijo habíamos de tratar, repliqué:

"Mire, jefe: hablándole con la sinceridad que me caracteriza, yo no le sirvo para convencer a esos amigos de sus tendencias y principios, porque como usted mismo lo ha dicho antes, soy de la misma "caballada" de aquellos, pero porque le respeto y le estimo a usted como amigo, quiero servirle. Yo trabajaré en el ánimo de ellos y creo lograr algo, por lo menos que le oigan a usted. Que vengan para que usted les exponga sus argumentaciones a favor de tal o cual artículo, sobre todo en esa cuestión religiosa, y estoy seguro que con la fuerza de su personalidad, volviendo de nuevo al respeto que ellos le guardaron y que tienen que seguir guardándole, será más fructífera su discusión con ellos".

El señor Carranza estuvo conforme y yo comencé mi tarea con los constituyentes. Los entrevisté, casi todos eran amigos; me refiero a los radicales que eran los que llevaban la dirección de aquella agrupación. Eran Luis Monzón, que aunque originario de San Luis Potosí se había formado y crecido en Sonora radicando allí por muchos años y era amigo mío. Flavio Bórquez, diputado por Sonora, Froylán Manjarrez, que aunque diputado por Puebla, había estado a mi lado por algunos años y... ¿por qué no decirlo? Yo estuve escribiendo cartas a Puebla, a muchos amigos con los que en aquel entonces contaba en ese Estado y le sirvieron de mucho a Froylán los refuerzos que yo le allegué para ir como representante de Puebla, pero siempre ligado conmigo, siempre considerándome como un hermano mayor pues el entonces contaba con 24 o 25 años. Traté también con Heriberto Jara, con Francisco Mújica con quién me ligaba también muy íntima amistad. Eran los "Ravacholes" de aquellas épocas. Los convencí de que debían oír al señor Carranza y que deberían atender muchas de sus indicaciones y limitaciones en los extremismos que ellos querían establecer en la Carta Magna.

En mi segunda conferencia con el señor Carranza, este me pidió que convenciera a Obregón de que retirara su candidatura a la presidencia de la República; mi gestión y sus resultados ya fueron relatados en la plática anterior. (Véase el Capítulo "Las aspiraciones de Obregón").

Resuelto el problema de Obregón, me mandó Carranza a México a hacer labor semejante cerca de Pablo González, lo que hice por conducto de amigos míos que lo eran también del general, particularmente Paco Cosío Robelo. Gracias a esa amistad e invocando al antecedente de Obregón que había ya retirádose de la lid política conseguí que don Pablo hiciera lo propio y convino en posponer sus trabajos electorales para 1920, ya que se le ofrecía que para esa ocasión tendría toda clase de garantías y seguridades para disputar el triunfo en las elecciones al único que parecía rival temible, que era Obregón.

Así es que los dos, Obregón y Pablo González quedaron entendidos de que contarían, para el periodo siguiente con la simpatía del primer jefe en su lucha por la primera magistratura del país.

Pero al llegar el año de 1920 Carranza cambió de parecer. Le vino fobia en contra de los militares y encariñamiento con el civilismo y se declaró opuesto a que un militar llegara a la presidencia porque (según me dijo en pláticas confidenciales) él consideraba que los militares estaban acostumbrados al engaño, al golpe a mansalva, la emboscada, el autoritarismo... y que todo ello no era deseable en un candidato. Yo le recordé que en 1916 les había dicho a ambos, por mi conducto que en el siguiente periodo habría libertad completa sin ninguna intromisión del Ejecutivo, pero noté que no le gustaba mucho que yo se lo recordara.

Carranza había cambiado la manera de pensar que me había expresado tres años antes, y cuando Obregón habló con él, y después lo hizo Pablo González acompañado de otros je-

fes, les contestó en forma dura, descortés y hasta agresiva. Me platicaron que don Pablo fue, entiendo con el general Treviño, cuando ya estaba corriendo su candidatura: y había renunciado al mando de fuerzas, lo mismo que Obregón quien hacía bastante tiempo que se había separado de la Secretaría de Guerra. Pablo González había dejado el mando de las fuerzas que combatían al zapatismo, para quedar dentro de la ley en su lucha electoral.

Al sentir que Carranza tomaba diverso derrotero, otras tendencias, y ponía a un candidato que no procedía del pueblo, y aún más cuando se dieron cuenta de que trato de destruir la orden constitucional de Sonora para arreglar las cosas a su gusto y no tener ningún sector que pudiera oponerse a sus intentos de imposición, pues le fueron a hablar con toda claridad. Los trató con mucha dureza; les dijo que no eran buenos ciudadanos; que él era el jefe y que él sabía lo que hacia y casi los mandó retirar del salón presidencial. Me platicaron que Pablo González le dijo: "Está bien, señor Carranza. Ha sido usted nuestro jefe, nosotros cumplimos colaborando también al triunfo de nuestra causa, de la que usted era cabeza. Pero desde este momento vemos que no cumple usted la palabra comprometida con el pueblo, ni con nosotros, ni con los principios revolucionarios. Siga usted por ese camino equivocado, que nosotros seguiremos por el nuestro cumpliendo como revolucionarios." Y desde aquel momento, con toda claridad, sin traición de ninguna especie, sino con verdadera franqueza y sinceridad, se colocaron en un plano distinto al de Carranza.

No hubo pues traición, en mi concepto. Con toda lealtad le dijeron su manera de pensar y su manera de sentir y Pablo González, al darse cuenta de la actitud del Presidente, se lanzó también a la revolución armada que había provocado el gobierno del centro al enviar fuertes contingentes militares para destruir el orden constitucional de Sonora y colocar

un gobernador militar sin que hubiera habido declaración de desaparición de poder es en el Estado.

Últimamente han aparecido algunos artículos atacando a Pablo González, llamándolo traidor, de igual manera que en otras ocasiones se ha dicho respecto del general Obregón. En mi concepto no está justificada esta apreciación.

Se fueron a la lucha. Carranza la emprendió para Veracruz, Pablo González entró en la capital al frente de 22,000 hombres. Poco antes el General Obregón había logrado evadirse evitando el proceso que pretendió formár sele tratando de inmiscuirlo con Cejudo que estaba levantado en armas y que se sabía tenía antigua amistad con el general Obregón. Este salió con rumbo al Estado de Guerrero y allí fue a dar con el general Maycotte quien me refirió el caso en cierta ocasión que platicábamos con Fernando Reyes. Más o menos fue esto lo que me dijo: "Jefe: ¡qué cosa más curiosa! En las dos ocasiones que he estado con usted, lo que menos pensaba era unirme a los movimientos que usted encabezó. En 1920 estaba yo con el ánimo firme de continuar al lado del señor Carranza, pero pasó esto..." y ya me platicó que dando una vuelta a caballo por los alrededores de Chilpancingo, se encontró a Obregón durmiendo debajo de un árbol, descansando la cabeza sobre una piedra cubierta con su saco y al ser despertado y darse cuenta de la situación, Obregón se declaró su prisionero:

—Le tocó cogerme como su prisionero. Soy su prisionero. No mi general — contestó Maycotte — no es usted mi prisionero; es usted mi amigo y mi jefe que en otras ocasiones me ha mandado en los combates que hemos tenido contra los infidentes villistas. Así es que yo estoy a las órdenes de usted para servirlo y ayudarlo en esta aventura.

Carranza supo que Obregón se encontraba en la jurisdicción de Maycotte y ordenó a éste que lo remitiera a México. Se me hizo muy feo — me decía Maycotte — entregar a Obregón, más cuando le reconocía el derecho de salir a la lucha

electoral y que el pretexto de su convivencia con Cejudo no debió haberse tomado para estorbarle su participación en la campaña electoral de 1920.

Carranza al darse cuenta de que sus órdenes no eran obedecidas, me declaró desleal — continuó Maycotte — y me desconoció como miembro del ejército. Así es que vine a quedar a las órdenes de usted.

Ahora, en esta ocasión, en este movimiento (1923) yo trabajé en México esforzadamente con toda lealtad para que el general Obregón arreglara la comisión permanente de modo que él quería. Me comisionó para que hablara con varios diputados, lo que cumplí fielmente; me entregó cien mil pesos para regularización del ejército del sur y venía yo con algunos pertrechos que me dio y los cien mil pesos, listo a secundar su labor, a combatir a usted (me lo decía con franqueza) pero al llegar me encontré una situación rara: el gobernador me dice: "Siguiendo la opinión del pueblo me he puesto a las órdenes de De la Huerta en Veracruz". Ya yo había sentido esas corrientes muy intensas en el camino, en el tren y en todos los pueblos donde bajé me di cuenta que estaba unificada la opinión a favor de usted. Y en el cuartel me dice aquí mi compañero Reyes, Fernando Reyes me dice: "Pues toda la fuerza esta enteramente a favor de De la Huerta y yo con ellos mi general". Ante aquella situación no me quedó ya otro camino que seguir como ellos el sentir del pueblo, el sentir de mis soldados. Así es que, no queriendo vine a quedar otra vez a la disposición de usted. Entonces Fernando Reyes repuso: "Y qué bueno, mi general, que así haya usted decidido, porque ¡qué duro hubiera sido para nosotros echarle bala!".

Así fue como Maycotte me relató su proceso mental y la forma en que llegó a aquellas situaciones en 1920 y 1923 sin haber tenido la intención de traicionar a su partido, sin intención de faltar a sus compromisos, vino a seguir la corriente que seguían todos en la región a él encomendada; como es-

taba, según apreciaciones de toda la gente, el resto del país también.

Volviendo a Obregón y Pablo González, entra este último a México. Obregón se desprende con una escolta pequeña que le facilitó Maycotte, llega y naturalmente se siente débil, pues Pablo González con sus 22,000 hombres controlaba la capital. Pactaron entonces el llamado "Convenio de Chapultepec" y Obregón se comprometió a sugerir al congreso la candidatura de Pablo González para Presidente interino y a ayudarlo con sus amigos. Ya Pablo González se sentía tan seguro que comenzó a organizar su gabinete, pensando que los diputados, percatados del control militar que él tenía, accederían a las indicaciones de Obregón. Con esa seguridad, comenzó a hacer las designaciones para integrar su gabinete dando la cartera de Hacienda a Aureliano Mendívil, la de Gobernación al Gral. José María Quevedo, la de Relaciones a Juan Sánchez Azcona, Comunicaciones a Morales Hess. Muchos de ellos hombres muy buenos, capacitados para el desempeño de esos puestos, pero que eran distintos de los que a mí me acompañaban desde el norte. Dejé a uno de ellos, a Gómez Noriega, porque le reconocía grandes méritos como hombre honorable, revolucionario sincero, completo ciudadano, hombre inteligente y fue el que se quedó en el gobierno del Distrito hasta que los obreros me presentaron una terna. Querían que les diera el gobierno del Distrito y por los compromisos que anteriormente había hecho con ellos accedí. Por eso vino el cambio del gobierno del Distrito, entrando Celestino Gasca, ya en las postrimerías del interinato, para substituir al licenciado Gómez Noriega.

Naturalmente que Obregón y Pablo González hicieron sus trabajos para que el último de ellos, ya descartado como candidato, se encargara del gobierno sustituto de la Presidencia, pero el congreso no aceptó; se inclinó a mi favor y así fuí

designado el 26 de mayo de 1920, como encargado del Poder Ejecutivo.

Después vinieron otros acontecimientos que no es del caso relatar. El hecho fue, pues, que Pablo González y Obregón, en aquella ocasión jugaron limpio con el señor Carranza; le presentaron las cosas tal como estaban pero no encontraron el cumplimiento de los ofrecimientos que Carranza les había hecho por mi conducto en 1916, tanto a Obregón como a Pablo González.

Así es que, en mi concepto, el error estuvo de parte del señor Carranza y no de parte de los candidatos que tenían derecho a jugar y a presentarse a la consideración del pueblo para ocupar la Primera Magistratura, sobre todo después de haberse retirado de la lucha electoral en 1916 para dejar libre el campo a Carranza y contando con la promesa de éste para que en el siguiente período actuaran con libertad.

Así terminó aquella interesantísima plática con el señor De la Huerta que se ha reproducido íntegra (pues fue tomada por el dictáfono), aunque al hacerlo nos hayamos apartado temporalmente del orden cronológico que estamos procurando llevar en toda la obra.

Volvamos ahora a la época en la que era gobernador provisional o interino del Estado de Sonora, para seguir su histórica trayectoria.

A más de la pacificación de los yaquis, el señor De la Huerta, en su labor administrativa, expidió leyes y decretos tendientes todos a mejorar las condiciones del pueblo. De entre ellos es particularmente interesante el decreto No. 71, de 10 de octubre de 1916, puesto que, como se verá por su texto, fue precursor de todas las disposiciones de carácter social revolucionario que surgieron después.

DECRETO NÚM. 71

Adolfo De La Huerta, gobernador interino del Estado de Sonora, en uso de las facultades especiales que me ha conferido el C. Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la República, y

CONSIDERANDO

Que una de las causas principales que originaron la Revolución Social fue el malestar económico de las clases trabajadoras, por efecto del sistema injusto de la repartición de las utilidades obtenidas por las empresas productoras;

Que ese malestar se agravó hasta llegar a convertir a los trabajadores en verdaderos esclavos de los capitalistas (así nacionales como extranjeros) a virtud de las expoliaciones permitidas y apoyadas por las administraciones dictatoriales;

Que entre los ideales revolucionarios figura como uno de los principales la redención de las clases trabajadoras y que, por lo tanto, las tendencias de la Revolución deben encauzarse hacia la transformación del sistema social a que antes se ha hecho referencia;

Que si bien es cierto que el derecho de huelga, único medio penoso a que los trabajadores han recurrido para defender sus intereses, está reconocido por el constitucionalismo; este derecho debe ejercitarse exclusivamente en el caso de que se presenten en su contra las tendencias conservadoras de los gobiernos;

Que toca vez que el triunfo de la Revolución Social, encabezada por el Sr. Venustiano Carranza, de hecho ha conseguido llevar al proletariado el dominio del Estado, no debe recurrir el obrero al sistema de las huelgas en el actual orden de cosas, desde el momento en que el constitucionalismo es la

genuina representación de los trabajadores, sostenedor de sus demandas justas;

Que ha llegado el momento en que el constitucionalismo debe demostrar con hechos que va directamente al cumplimiento de los ideales que lo impulsaron a la lucha armada;

Que al presente se hace necesario determinar el camino por el que han de solucionarse las dificultades de las clases trabajadoras, llevando a ellas el convencimiento íntimo de que en sus manos deposita el gobierno emanado de la Revolución los medios de solucionar sus dificultades y determinar su mejoramiento;

Que no hasta la libertad de elección dentro de las instituciones vigentes, para hacer que la voz del obrero sea oída en los cuerpos legislativos, puesto que los intereses en juego en las luchas electorales, pueden defraudar las aspiraciones de los obreros;

Que, por otra parte, la Legislatura Local obligada a resolver problemas de orden político y de interés público en general, no puede ocuparse de manera especial de los trascendentales problemas obreros y por ello se hace indispensable la formación de una asamblea dedicada a esos problemas, libre de toda influencia política;

Que muchos puntos quizá importantísimos del problema obrero, tienen indiscutiblemente sellos notorios de regionalidad, que hacen que casos semejantes se resuelvan de modos distintos, según el Estado y requieran trámites también diferentes, por lo cual las disposiciones del gobierno general deberán ineludiblemente ser auxiliadas con las luces de los conocedores de la región y de su medio; y en caso presente a nadie sienta mejor tan noble papel que a las propias clases trabajadoras que conocen a fondo sus necesidades y aspiraciones, y a sus genuinos representantes que designen para ser portavoces en la Cámara que este Decreto establece;

He tenido a bien decretar lo siguiente:

Art. 1o. Se crea en el Estado una Cámara Obrera, y su objeto será estudiar los asuntos relacionados con las clases trabajadoras.

Art. 2o. Para formar dicha Cámara, las agrupaciones mayores de mil trabajadores elegirán un representante por cada mil obreros o fracción que pase de quinientos. Por cada representante propietario se elegirá también un suplente. La personalidad se aprobará por medio de una credencial.

Art. 3o. Las credenciales serán autorizadas por las mesas directivas correspondientes o por quienes representen a las agrupaciones según sus estatutos y serán visadas por la Primera Autoridad Política del lugar, quien pondrá constancia de que se cumplieron todos los requisitos exigidos por este Decreto.

Art. 4o.Para ser electo Representante se requiere; ser ciudadano mexicano en ejercicio de sus derechos, mayor de veinticinco años al tiempo de la instalación de la Cámara, y pertenecer a la clase trabajadora cinco años antes de la elección.

Art. 5o. Los representantes durarán en su encargo un año y tendrán las obligaciones siguientes:

I. Asistir con puntualidad a las sesiones.
II. Observar conducta honesta.
III. Usar formas comedidas al tratar asuntos con las autoridades.
IV. Interceder con los obreros para el fiel cumplimiento de las disposiciones del gobierno de la Revolución Social.

Art. 6o. Los representantes tendrán una remuneración igual a las dietas de los diputados locales; las recibirán sólo mientras estén en funciones, y se pagará por la Tesorería

General. Oportunamente se modificará el Presupuesto de Egresos del modo que corresponda.

Art. 7o. Las elecciones de Representantes se harán antes del 15 de diciembre de cada año y la toma de posesión el día 1o. de enero.

Art. 8o. En la primera Sesión de Cámara nombrará por esta vez dos obreros agricultores, de distintas regiones del Estado, para que asistan como representantes a las sesiones. Los asuntos relativos a la Agricultura se tratarán siempre en primer término.

Art. 9o. La Cámara Obrera tendrá su asiento en la capital del Estado.

Art. 10. Habrá dos períodos de sesiones que durarán dos meses cada uno; el primero comprenderá enero y febrero y el segundo julio y agosto.

Art. 11. Durante el receso de la Cámara habrá una comisión permanente compuesta de tres miembros elegidos entre los mismos representantes y que tendrá por objeto:

I. Continuar los estudios emprendidos por la Cámara para que no sufran demora.
II. Iniciar y encauzar los que se presenten de nuevo.
III. Vigilar en todo lo que tienda al mantenimiento de la Institución, tramitando los asuntos que a ella se refieran.
IV. Las demás que le impongan las leyes.

Art. 12.Son atribuciones de la Cámara:

I. Formar su reglamento interior.
II. Estudiar las organizaciones y los sistemas que produzcan mayor bienestar al obrero.
III. Emitir juicios periciales sobre las indemnizaciones que debe darse a los perjudicados, en

razón de los accidentes sufridos por los obreros en sus trabajos.

IV. Presentar su opinión en los conflictos obreros y proponer bases para su conclusión.

V. Proponer al Ejecutivo inspectores que cuiden de la higiene en los establecimientos destinados al trabajo y de que se llenen en construcciones, instalaciones, etc., los requisitos exigidos por los reglamentos o disposiciones relativas.

VI. Asistir a las sesiones del congreso por medio de delegaciones que tendrán voz, cuando se traten asuntos relacionados con la legislación obrera.

VII. Promover ante el ejecutivo del Estado o el congreso las leyes o disposiciones que juzgue conveniente en relación con su objeto.

VIII. Las demás que se señalen de un modo expreso por legítimas disposiciones.

Art. 13. Se concede a las empresas el derecho de mandar a la cámara los representantes que juzguen conveniente, los cuales tendrán voz pero no voto ni remuneración oficial.

Artículos transitorios

Primero. Mientras se fijan las leyes del trabajo, se observarán las disposiciones de los artículos siguientes.

Segundo. La jornada de trabajo será cuando más de ocho horas.

Tercero. El salario mínimo del obrero será de un peso cincuenta centavos oro nacional.

Cuarto. La edad mínima del trabajador será de catorce años.

Quinto. Para todos los trabajos cuya duración exceda de seis días, las empresas tienen la obligación imprescindible de firmar contratos claros y concisos sobre las obligaciones y derechos de los contratantes. Los impuestos que dichos contratos causen serán cubiertos por las empresas.

Sexto. Es obligación de las empresas conceder a sus trabajadores un día de descanso en cada semana.

Séptimo. Las reclamaciones de indemnización por accidente del trabajo que presenten los obreros, se encomendarán al defensor de oficio y en su defecto a la persona que designe el Ejecutivo.

Octavo. Se concede acción pública para denunciar las infracciones de este decreto, que se castigarán administrativamente con multa hasta de $500.00 oro nacional metálico o reclusión hasta de un mes.

Noveno. Este decreto empezará a surtir sus efectos al día siguiente de su publicación.

Constitución y reformas

Por lo tanto mando se imprima, publique, circule y se cumpla.

Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo en Hermosillo, a los diez días del mes de octubre de mil novecientos diez y seis.

El gobernador interino, Adolfo De la Huerta.— El oficial mayor en F. De S.G. de G., Lic. Daniel Benítez.

Posteriormente, el 16 de julio de 1917, el señor De la Huerta lanzó el Decreto No. 97 conteniendo la LEY SOBRE INDEMNIZACIONES POR ACCIDENTES SUFRIDOS EN EL TRABAJO.

La sola promulgación de estos dos decretos, establece a don Adolfo De la Huerta, sin el menor género de duda, como un precursor de esta clase de disposiciones legales tendientes al beneficio real de las clases laborantes, finalidad de la verdadera Revolución Social.

Iniciativa ante el Congreso Constituyente

En el informe rendido al H. Congreso de Sonora, el gobernador provisional, C. Adolfo De la Huerta por el período de su gobierno comprendido entre el 19 de mayo de 1916 al 18 de junio de 1917, se encuentra, en la página 8, el siguiente párrafo:

> En mi deseo de conseguir la distribución equitativa de la riqueza y deseando contar con estudios del congreso constituyente sobre el particular, no obstante tener ya formulado el decreto respectivo, comisioné a los señores Froylán C. Manjarrez, Juan de Dios Bojórquez y Flavio A. Bórquez, para que sometieran a la consideración de la asamblea de Querétaro, la proposición de que los obreros de las diferentes empresas que se establecieran en nuestro país, tuvieran derecho, expresamente consignado en la ley, a una participación equitativa de las utilidades obtenidas por esas empresas.
>
> El éxito más completo coronó mi iniciativa y actualmente podemos ver en las fracciones 6a. y 9a. del artículo 123 de nuestra Carta Magna, establecido el principio de que los trabajadores deberán tener participación en las utilidades de las empresas.
>
> Debo hacer constar que cuando las más grandes negociaciones mineras de este Estado tuvieron noticia de la próxima publicación del decreto referente a este punto, ocurrieron en representación ante mi, solicitando se les permitiera recoger la satisfacción de hacer volutariamente y por vía de ensayo, un reparto de aquellas utilidades que sobrepasaran el margen de la considerada por ellos suficientemente remuneradora del capital invertido, y así es como se ha visto en Sonora que la

"Cananea Consolidated Copper Co." ha distribuído entre sus trabajadores un cuatro por ciento de sus utilidades".

Carranza y los Estados Unidos

Don Venustiano Carranza abrigó siempre un profundo resentimiento en contra de los Estados Unidos del Norte, resentimiento que le hacía soñar con una posible revancha del 47 y la reivindicación de la parte de territorio mexicano de que fuimos despojados en aquella ocasión.

Es de creerse que aun antes de que fuera la figura histórica que llegó a ser, don Venustiano guardaba y aun cultivaba esa aversión. Nacido muy cerca de la frontera y alrededor de unos nueve años después del incidente que nos costó parte de su Estado natal (Coahuila) es lógico suponer que desde la niñez haya sentido aversión por los vencedores, rencor por el despojo que sufrimos y un profundo anhelo por algo que nos diera la oportunidad de tomarnos la revancha y recuperar el territorio perdido.

Cuando Carranza llegó a regir los destinos de nuestro país, su anhelo creció y llegó a ser algo muy profundamente arraigado. El creía firmemente que era su deber de mexicano y de patriota hacer cuanto estuviera a su alcance para ver realizado su sueño y vengando el ultraje.

Antes de la conflagración mundial de 1914, ya don Venustiano confiaba en sus más íntimos amigos sus sentimientos y sus esperanzas; porque él tenía esperanzas; vagas, imprecisas, románticas, pero las tenía. Esperaba algo sin saber precisamente qué; esperaba que alguna situación imprevista viniera a darnos la fuerza necesaria para poder batir con éxito al Coloso del Norte.

Y no todo era sueño. Carranza pensaba que había tres medios factibles de conseguir lo que tanto ambicionaba; creía, en primer lugar, que era posible una nueva guerra

civil en los Estados Unidos, una especie de reanudación o segunda parte de la lucha del norte contra el sur y, por supuesto, México sumándose a los intereses de estos últimos, tomando parte activa de la lucha y ecobrando, al triunfo, el territorio nacional perdido.

El segundo lugar creía que era posible un conflicto racial allende el Bravo negros contra blancos. También en ese caso México apoyaría la causa de los negros y obtendría la devolución de su territorio. Finalmente creía el señor Carranza que era posible que estallara un conflicto social; la lucha de clases: trabajadores contra capitalistas. Y siempre el mismo sueño final: la devolución de lo injustamente tomado.

Pero aquel hombre que tan hondamente sentía nuestro desastre del 47 no se limitaba a soñar, puesto que consideraba su deber tratar de repararlo y no podía conformarse con una paciente espera de algo indefinido, de algo imprevisto que le diera la oportunidad de actuar.

De sus tres posibles soluciones, la segunda, sin duda, le parecía la más factible, pero había que obrar con cautela y sagacidad. Había que sondear el sentir de la raza negra, y para ello, lo más indicado era invitarlos a colonizar parte de nuestro territorio.

La invitación seguramente fue hecha, pues en 1913 vino a Piedras Negras un delegado de los hombres de color y habló con el señor Carranza sobre la conveniencia de la colonización propuesta y la determinación de las regiones escogidas para ella.

Es de creerse que en aquella primera entrevista no se insinuó siquiera el verdadero objetivo de la colonización propuesta y la determinación de las regiones escogidas para ella.

Es de creerse que en aquella primera entrevista no se insinuó siquiera el verdadero propósito de Carranza y es probable también que éste no haya encontrado eco en la raza

negra, pues no hubo resultados visibles como consecuencia de aquella conferencia.

En cuanto a las otras dos soluciones, no había manera de tomar iniciativa alguna y el señor Carranza esperaba con los ojos fijos en el horizonte algún destello que viniera a fortalecer sus anhelos.

Y he aquí que estalla la guerra mundial de 1914.

Los Estados Unidos permanecieron neutrales por cerca de tres años, pero Carranza comprendía que tarde o temprano tendrían que entrar a la contienda y que lo harían contra los Imperios Centrales.

¿Sería aquella la tan esperada oportunidad?

Alemania inició escarceos con el gobierno del señor Carranza; sondeos, proposiciones veladas, solicitudes de simpatía por su causa; pero mientras los Estados Unidos permanecieron neutrales, las esperanzas del señor Carranza no cristalizaban.

En 1917 los Estados Unidos entraron a la guerra. Alemania comprendió la gravedad de la situación y entonces precisó ofrecimientos y aclaró proposiciones. El mismo alemán Von Eckart ofreció al gobierno del señor Carranza armas y parque que serían traídos a las costas mexicanas en submarinos y que, llegado el triunfo, México recuperaría los territorios que había perdido en 1847.

Don Venustiano estuvo a punto de aceptar aquella proposición. Había deseado tan ardientemente la ocasión, que no se daba cuenta cabal de lo ilusorio de la ayuda que se nos ofrecía, ni de que antes que llegara el triunfo (en el supuesto caso de que llegara) seríamos indudablemente despedazados en muy corto tiempo y esclavizados por todo el que durara la contienda. Sobre su apasionado patriotismo y ferviente entusiasmo, triunfó la sensatez de sus amigos que le invocaron su propia experiencia y sus mismas palabras. Don Adolfo De la Huerta le recordó que tanto él como el

general Diéguez habían protestado en un enérgico telegrama contra la actitud del señor Carranza ante la invasión de nuestro territorio por la expedición punitiva. Don Venustiano, en aquella ocasión, les llamó urgentemente y les reprendió con severidad usando estas o parecidas palabras:

—No son ustedes quienes van a darme lecciones de patriotismo a mí que lo he sentido tan hondamente toda mi vida. —Y procedió a hacerles ver que aunque él hubiera deseado más ardientemente que nadie, poder presentar resistencia armada a aquella incursión extranjera, eso habría dado ocasión a los Estados Unidos para invadirnos con cierto aspecto de justificación y sin que tuviéramos una oportunidad de mil de salir triunfantes.

Aquella actitud serena que salvó a México de un conflicto que nos habría llevado a la ruina, le fue recordada a Carranza por De la Huerta y sirvió para enfriar el entusiasmo que había despertado en él la proposición de los ofrecimientos (más ilusorios que reales) del ministro alemán.

Carranza resolvió, pues, permanecer neutral en la contienda europea.

En noviembre de 1917, saliendo de Palacio y camino de su domicilio, el señor Carranza sostuvo con el señor De la Huerta una conversación por demás interesante y de la que sólo tuvieron conocimiento los interlocutores y el ingeniero Bonillas, a quien le fue comunicada en Washington.

La misión de De la Huerta en Washington

La simpatías hacia Alemania que el señor Carranza había manifestado más o menos abiertamente, y que eran bien conocidas del gobierno de los Estados Unidos, originaron una seria tensión en sus relaciones con nuestro país, sobre todo cuando el vecino adoptó el lema de “Quien no está conmi-

go está contra mí". Carranza entonces resolvió hacer gestiones para que nos permitieran continuar en una neutralidad "amistosa" pero neutralidad al fin.

Para llevar a cabo aquellas delicadas gestiones, comisionó a don Adolfo De la Huerta.

Diez conferencias sostuvieron en diez noches y en el domicilio del señor Carranza. En el curso de ellas, éste explicó ampliamente a De la Huerta la tirantez que existía en las relaciones con los Estados Unidos dada su nueva actitud y lo difícil de nuestra situación para mantenernos en posición enteramente neutral. Le hizo saber que le había elegido para aquella comisión porque conocía su ponderación y buen juicio de los que había dado muestras inequívocas en ocasiones anteriores con relación a tópicos internacionales.

—Bien es cierto —decía Carranza— que tenemos en Washington a un hombre que, para mí es un gentelman (*sic*). Yo creo que de buena intención y hasta patriota; pero ustedes los sonorenses han trabajado por presentármelo como personalidad en entredicho, acusándolo de haber sido antes ciudadano norteamericano. Yo lo juzgo, como dije ya, un verdadero gentelman, pero por principio debe actuar en estos casos con toda escrupulosidad y tener presente que su esposa es extranjera y pudiera influir en su ánimo. Quiero, por lo tanto, que usted vaya a sustituirlo en sus gestiones ante el gobierno de los Estados Unidos, sin que le hagamos la ofensa de quitarle la categoría de embajador.

Don Venustiano se refería, naturalmente, al ingeniero Bonillas, que a la sazón tenía dicho encargo.

—La forma como usted trabajará en Washington, la dejó a su criterio. Conociendo como conoce usted al ingeniero Bonillas, usted sabrá la forma de proceder para no lastimarlo al tomar usted "los trastos". Usted escogerá las personas con quienes debe entrevistarse y obtener su acercamiento a Wilson.

En las siguientes conferencias el señor Carranza dio al señor De la Huerta amplias y precisas instrucciones fijando las limitaciones de México para cooperar con los Estados Unidos, suministrándole las materias primas que dicho país necesitara, incluyendo el petróleo. Le indicó también que explicara al gobierno del vecino país, aspectos de nuestra política interna, controlada totalmente por el gobierno que él encabezaba a través de órganos periodísticos que servían, unos para recibir corrientes aliadófilas y otros, lo menos, para pulsar el sentimiento pro Alemania. Explicó además el señor Carranza que de aquella comisión que confiaba a don Adolfo De la Huerta, no tenía conocimiento ninguna otra persona y que él se comunicaría al gobierno de los Estados Unidos por conducto del propio ingeniero Bonillas y del consultor americano en Washington.

El señor De la Huerta escuchó con toda atención las instrucciones que le fueron dadas y al terminar la última conferencia, teniendo en cuenta las confidencias anteriores hechas por el propio Carranza, y sus sentimientos americanistas, le preguntó en forma de no lastimar su suceptibilidad, pero con toda claridad, si efectivamente México iba a permanecer neutral; si podía él dar esa seguridad con entera verdad, pues teniendo la verdad se comprometía a triunfar, pero en caso contrario no podría servir para aquella comisión. Carranza comprendió su sentir y le aseguró que México seguiría esa política de neutralidad, independientemente del sentir personal suyo, pues era la que convenía para el bien de los intereses del país y que podía estar seguro de que la seguiría con toda firmeza.

Sobre la forma y circunstancias en que el señor De la Huerta desempeñó aquella importante comisión, dejamos la palabra al interesado reproduciendo lo que en charla-dictáfono nos refirió:

En la última conferencia, habiéndome despedido ya de él, me encontré con Garza Pérez, el encargado de Relaciones que entraba cuando yo salía. Llegué después frente al hotel Regis, donde me encontré con José I. Novelo y mientras cambiaba algunas palabras con él vino apresuradamente un ayudante del señor Carranza a decirme que necesitaba que volviera yo. Regresé y me encontré con esta novedad. Me dijo Carranza:

—El licenciado Garza Pérez me trae este telegrama que descifrado ya dice así....—y procedió a leer el contenido en el que el ingeniero Bonillas manifestaba que había conseguido con el departamento de Estado que no le retiraran el exequátur a Carlos C. Bohr, que era nuestro cónsul en Nueva York, comprometiéndose a que el gobierno mexicano lo retiraría.

—Ya tendrá usted biombo —dijo Carranza— va usted como cónsul. De allí se desprende para Washington para desarrollar el plan que hemos trazado.— Y así fue.

Al día siguiente se me extendió el nombramiento de cónsul y salí rápidamente para Nueva York. Me hice cargo del consulado, quedando como vicecónsul Martínez Carranza y transladándome yo a Washington.

Llegué, me apersoné con el ingeniero Bonillas y, con verdadera sorpresa me encontré con un hombre todo patriotismo que no tuvo ningún escrúpulo en ponerse a mis órdenes y decirme que estaba a mi disposición; que él comprendía que yo llevaba la última palabra e instrucciones del señor Carranza; que él faltaba de México por algunos años y que si de intérprete lo quería yo utilizar, que estaba a mis órdenes. Esa actitud tan poco común entre los mexicanos (que somos de pasiones fuertes) me produjo una gratísima impresión y me inclinó a tomar, bajo mi responsabilidad, la participación del señor Bonillas, sin lastimarlo en lo más mínimo. Dejé en sus manos muchos asuntos y otros los tratamos los dos, y parte de las instrucciones que me había dado el señor Carranza se las pasé a él. Así es que fue muy eficaz su labor.

Ambos conseguimos detener la avalancha que se nos venía, porque la presión era tremenda. Uno de los argumentos del gobierno americano era que el periódico *El Demócrata*, a ciencia y paciencia del gobierno de México, estaba recibiendo ayuda de la legación alemana. Yo les dije: "No; es un error esa información que ustedes tienen. Quien sostiene ese periódico es el gobierno de México". Aquello les causó una verdadera sorpresa. "Sí, señores —insistí— el gobierno de México es el que proporciona los dineros necesarios para la publicación de ese periódico, que no cubre sus gastos". Se me quedaron mirando con una expresión de sorpresa como diciendo "¡Pues eso es peor!"

Pero, señores —continué— también sostiene el periódico *El Universal*. El gobierno de México y el Presidente, necesitan encauzar las corrientes y conocer y pulsar el sentir del pueblo. Fíjense ustedes que a la corriente alemana le puso uno de los periodistas menos capacitados, como es Rip-Rip; en cambio, al lado de los aliados, puso al señor Palavicini, el periodista más notable que tenemos en México, haciendo una tremenda campaña pro aliados.

Aquello les sorprendió y les hizo pensar que estaban desorientados y que si en eso, que era lo más superficial, se veían desengañados con mis aclaraciones, cuanto más sería en las situaciones de fondo.

Y así fue: uno por uno fui destruyendo todos sus cargos; sin negar nada, porque yo no fui a engañar, como le dije al señor Carranza. Al terminar nuestras conferencias yo le había dicho: Bueno, señor Carranza, ya estoy perfectamente penetrado de su pensamiento, de sus propósitos, de su habilidad de estadista (porque era muy hábil y muy listo) y con estas armas yo creo poder triunfar; pero quiero decirle a usted que voy a decir la verdad; que esto que usted me ha dicho lo voy a presentar como una verdad; que si no es así, yo le agradecería que mandara a otro; porque si yo siento

que la política de mi país no se ajusta a lo que voy a decir, me va a faltar fuerza para contender con aquellos señores. A mí me conocen en la cara inmediatamente que no estoy actuando con sinceridad. Soy muy mal político en ese sentido; no puedo ocultar nada. Eso me lo han dicho desde niño y no quiero tampoco ir a decir una cosa por otra. Así es que si usted me manda para cubrir apariencias y es otra la política que va a seguir aquí en México, le ruego que mande a otra persona. Yo no sé engañar; me faltarían fuerzas, me sentiría como un desgraciado, como un guiñapo, incapaz de servir a usted. En cambio, si esta es la verdad y yo tengo la certeza de que lo que voy a decir y a aclarar se ajusta exactamente a la política mexicana y esta es realmente la política que usted va a seguir, nadie me pondrá un pie adelante, ni los de aquí que mandara usted, ni los de allá que vinieran a contradecirme o a rebatir las argumentaciones que yo les haga. Si usted me promete y me aclara este punto, yo voy con mucha fuerza.

—Váyase usted con la seguridad absoluta de que lo que hemos hablado será la línea de conducta que seguirá nuestro país en esta cuestión mundial.

Bueno; me fui muy contento a la lucha, sabedor de que llevaba la verdad, de que iba a decirla a esos señores y a explicarles lo que realmente había en el fondo de la política mexicana.

La campaña electoral por la gubernatura de Sonora

En tanto que el señor De la Huerta desempeñaba en Washington la delicada comisión que le había dado el señor Carranza con el éxito que ya quedó reseñado, sus amigos en Sonora habían estado preparando una campaña en su favor para llevarlo nuevamente a la gubernatura del Estado, dado el éxito de su pasada administración como gobernador pro-

visional y la indiscutible popularidad de que gozaba entre los sonorenses.

Desde que el señor De la Huerta estaba aun en Nueva York, comenzó a recibir solicitudes de sus amigos para que les autorizara a desarrollar la campaña política en pro de su candidatura. Lo rehusó al principio, porque consideraba que la situación que tenía entre manos era demasiado delicada y aunque ya la parte más ardua había pasado, podían presentarse nuevos aspectos y él consideraba que debía continuar en Nueva York, al frente del consulado, sustituyendo a Juan T. Burns, que había sido repudiado por los Estados Unidos porque le acusaban de haber dado pasaportes mexicanos a alemanes y austríacos haciéndoles parecer como ciudadanos mexicanos, para que salieran de aquel país y vinieran a radicarse a México.

A aquellas solicitudes, por lo tanto, don Adolfo respondió que tenía asuntos trascendentales que atender y que no podía acudir a participar en la lucha electoral que ya se había iniciado.

Pero vino el armisticio del 11 de noviembre de 1918 y sus coterráneos retiraron la súplica de que fuera a atenderlos presentándose como candidato.

Se efectuó una convención en Hermosillo y en ella resultó electo candidato del Partido Revolucionario Sonorense, que fue la agrupación que hizo la convención y que controlaba la opinión pública revolucionaria del Estado. A las reiteradas instancias para que el señor De la Huerta se presentara en Sonora, éste les contestó que primeramente necesitaba autorización del señor Carranza. Entonces las agrupaciones obreras se dirigieron a los senadores por Sonora para que estos, a su vez, gestionaran la autorización del señor Carranza. Don Venustiano dijo que no tenía inconveniente, pero que debía antes presentarse en México para darle cuenta de sus últimas impresiones sobre la situación internacional. Vino

a México don Adolfo, sostuvo dos conferencias con el señor Carranza en las que le dio su opinión sobre la situación que se nos esperaba, informándole que felizmente había pasado el periodo más difícil y que se había salvado, sin menoscabo de nuestra soberanía ni de nuestra dignidad, sin gasto alguno y con una buena perspectiva para el futuro, toda vez que habíamos quedado como amigos. Después de sus pláticas con el señor Carranza, don Adolfo le dijo que ya había recibido él la súplica de sus coterráneos para que se transladara a Sonora y que estaba recibiendo constantemente llamados de los representantes de su pueblo.

—No; —le contestó Carranza— es que todavía lo necesito aquí. Permanezca algún tiempo.

El señor De la Huerta había llegado a México a mediados de diciembre y atendió hasta donde fue posible la indicación de Carranza o mejor dicho, la orden del mismo para que permaneciera en México, pero corría el tiempo y se acercaban las elecciones de Sonora.

Desde el año anterior se habían presentados las candidaturas de Conrado Gaxiola, hombre bueno, un tanto inclinado a la juerga y al bullicio, pero de familia muy honorable, bien relacionado, de carácter campechano; tenía muchos amigos y era popular en la frontera. Este fue lanzado por el general Obregón que deseaba tener así en el gobierno a una persona de su absoluta confianza. El socio de Obregón en la firma Álvaro Obregón & Cía., era Ignacio Gaxiola, hermano de Conrado y naturalmente, teniendo a éste en la gubernatura, sus negocios prosperarían contando con apoyo oficial le facilitó, según propia confesión de Obregón, cincuenta mil pesos en dos partidas y además el uso de su automóvil que lucía en las portezuelas las iniciales A. O. y era de todos conocidos como suyo.

Además, el entonces gobernador del Estado, general Plutarco Elías Calles, a quién don Adolfo entregó el poder

cuando dejó la gubernatura provisional, había estado en conversaciones con el general Miguel Samaniego, su segundo cuando estaba en las defensas de Naco y Agua Prieta; hombre valeroso, honorable en lo que a dineros se refería, pero muy inclinado a la bebida y matón. No tenía escrúpulos para mandar a una persona al otro mundo. Samaniego estaba preparando su candidatura, enviando primero comisionados para preparar el terreno en el distrito de Arizpe, en todo Sahuaripa y hasta en Hermosillo. Después él se presentó personalmente e inició su campaña, muy desairada por cierto. La popularidad de Calles no era grande y no podía reflejarle mucha fuerza política a Samaniego a quien, además, nadie consideraba capacitado para gobernar el Estado, dada su conducta de hombre entregado a los vicios. Su desmedida afición a la bebida le había ocasionado fracasos militares pues había sido sorprendido por el enemigo y precisamente en la batalla de San Pedro, su derrota se debió a que Villa lo sorprendió en plena borrachera.

Pasó todo el mes de diciembre y don Venustiano aun retenía al señor De la Huerta en México. Pasó enero en las mismas condiciones, pues don Adolfo seguía en la capital solamente escribiendo a sus amigos que esperaron a que el señor Carranza lo autorizara para ir, y viendo que semana tras semana le decía: "Espérese unos días más.... espérese unos días más" le manifestó en forma insistente que tenía que salir, a lo que Carranza repuso: "No; si yo lo necesito aquí para que se haga cargo de la Secretaría de Gobernación".

—No puedo —replicó De la Huerta—. Le digo que tengo un compromiso ya contraído con mis coterráneos y voy a allá a la lucha.

—No —insistió—; espérese todavía porque tengo alguna otra cosa, otra comisión que ofrecerle.

Dándose cuenta cabal el señor De la Huerta de que don Venustiano pretendía retenerlo con un pretexto u otro y que

el tiempo se le echaba encima, pues las elecciones serían en el mes de abril (el 27 de ese mes de 1919) resolvió salir para Sonora sin avisarle y así lo hizo. Llegó a Sonora el 5 de febrero de 1919; hizo una campaña rápida comenzando por Nogales donde tenía pocos partidarios. Esas ciudades fronterizas habitadas por gente silenciosa (con honrosas excepciones, naturalmente) inclinada al contrabando que casi no se considera como delito sino que es actividad común en la frontera, gente en fin, para la que la candidatura de un hombre como De la Huerta resultaba inconveniente, pues sabía de antemano que combatiría todas las irregularidades, que perseguiría los lupanares existentes, las casas de lenocinio, los juegos de azar que con tolerancia del gobierno local hacían su agosto en aquellos días.

La campaña fue muy rápida, toda en automóvil. No contaba el candidato más que con dos mil pesos obtenidos de la venta de un auto de su propiedad y con ellos desarrolló sus labores. Recorrió todo el Estado y en ese recorrido le acontecieron cosas verdaderamente curiosas que, como él mismo decía "deben referirse ahora porque todavía viven los testigos con los que pueden comprobarse".

Y por ser particularmente interesantes los relatos y mantenerse tan vividos en la memoria del hombre, dejamos nuevamente la palabra a don Adolfo De la Huerta.

> Desde mi interinato en el Estado de Sonora, en 1916, al llegar también a Nogales, nombrado por el señor Carranza para sustituir a Calles, Plutarco se sintió lastimado porque se le quitaba la gubernatura de Sonora y se transladó a Agua Prieta. Allá tuve que encontrarlo para que me hiciera entrega del gobierno.
>
> Según me informaron algunos, se había dedicado a la parranda y al vicio desde tres días antes de mi llegada, y el administrador de la Aduana, que era entonces Gabriel Corella,

me dijo: "Oye, Adolfo, no vayas a Agua Prieta. Calles trae una papalina fenomenal. Yo no creo que te ocurriera nada estando él en su juicio, pero en las condiciones que se encuentra no es responsable de sus actos". Dada la buena amistad que existía entre Plutarco y yo, no atendí aquella advertencia y me fui a Agua Prieta. No sabía donde encontrarlo, pero casualmente, caminando por el pueblo, tropecé con uno de sus ayudantes a quien ya conocía; era un muchacho de Michoacán, mayor, de apellido Calderón; de buena conducta, serio, siempre amable conmigo. Le pregunté, después de saludarle, por el general Calles y me dijo:

—Don Adolfo, voy a violar la consigna que tengo. Nos ha recomendado que no digamos en donde se encuentra.

—Bueno —le dije— pero esa disposición no va conmigo.

—Pues precisamente para usted es.

—Sin embargo, usted no me va a negar donde se encuentra. Eso ha de ser una broma de Plutarco.

—No, señor; anda tomando y está en casa de la gringa de las curiosidades.

—Bueno; hágame favor de irse usted por la otra acera y me va indicando con la mano donde debo dar vuela.

—Sí. Allá verá usted el letrero que dice "Curiosidades Mexicanas".

Y así lo hicimos. Llegué y le encontré sentado en una poltrona. Estaba bien tomado.

—¿Quiubo? —me dijo.

—¿Qué hay, Plutarco? Vengo a quitarte el gobierno.

—¿Por qué?

—Porqué tienes alarmada a la República con esas resoluciones que has dado; con la circular 152 correlativa del decreto No. 1 (En la que la emprendía contra los que fabrican aguardiente) Y me dice:

—Bueno, pues ahí está, agárralo. Yo sé que son cosas de ese viejo tal por cual.

—Pues vamos a levantar un acta.

—¡Qué acta ni qué acta! Yo no levanto acta. Agarra el gobierno y se acabó.

—Muy bien.

En estos momentos entraba Calderón a quien saludé fingiendo que no lo había visto antes: Hombre, qué a tiempo llega, Calderón; aquí le voy a necesitar. Hágame favor de tomar papel y lápiz, voy a dictarle unos telegramas". Plutarco guardaba silencio, se concretaba a oír." "Un telegrama para el primer jefe participándole que he tomado posesión del gobierno que me entregó el general Plutarco Elías Calles; luego telegrama circular a todos los presidentes municipales participándoles también que por instrucciones del señor Carranza, primer jefe del Ejército Constitucionalista, me había hecho cargo del gobierno del Estado que me había entregado el general Calles". Los fue a poner a la oficina telegráfica y al quedarnos solos me preguntó Calles:

—¿Y qué van a hacer conmigo?

—Tengo instrucciones de comunicarte que el jefe te necesita en México y tienes que transladarte allá.

—Bueno; ya veremos.

Y después de platicar sobre cosas sin importancia y tras de desahogos de Calles en contra del señor Carranza por la resolución que había tomado con respecto a su Estado, continuamos conversando hasta que regresó Calderón, al que dije que me hiciera favor de separarme una habitación en el hotel.

—Están todas tomadas —dijo Calles—. Que te le pongan un catre en mi cuarto.

Siguió la charla por espacio de una hora más o menos; yo contándole asuntos del interior y procurando hacer lo menos amarga la píldora que tenía que tragarse. Por fin le dije:

—Vamos a acostarnos. Estás rendido por el aguardiente que has ingerido y es bueno que te acuestes. Yo, además vengo muy cansado.

Me lo llevé caminando en zig-zag; llegamos al hotel y al cuarto. Sacó su revólver y me lo metió debajo de la almohada. Yo me acosté en mi catre y, por aquello de las dudas, no me entregué a un sueño muy profundo. A eso de la una de la mañana advertí que se sentaba.

—¿Te sientes mal? Pregunté.

—No. Es que estaba pensando que va a ser muy ridículo el papel que voy a hacer aquí después de haber entregado en paz el Estado.

—¿Por qué? —repuse—. Te llama la superioridad y vas a cumplir una orden superior.

—Se me ocurre —arguyó—, a ti que te oye tanto el jefe, pedirte que le pongas un telegrama diciéndole que me deje aquí como jefe de operaciones porque tengo que interiorizarte de muchos asuntos pendientes aquí en el Estado.

—Muy bien. Con todo gusto; y estoy seguro que el señor Carranza accederá. Mañana, a primera hora. Y ahora duérmete para que descanses y amanezcamos bien y mañana que nos levantemos nos vamos directamente al telégrafo a poner el mensaje que quieres. Estoy seguro que la comisión que vaya a encomendarte o lo que vaya a hacer contigo, lo ha de posponer para que tú me interiorices de aquí del Estado y que no salgas tú, como crees, en forma desairada.

—Bueno —repuso— entoces lo vamos a hacer así.

Ya entonces me di cuenta que Calles comprendía que su trayectoria política dependía en gran parte de mí (como antes también había dependido) y ya dormí con tranquilidad. Había ligado su conveniencia con la mía. En esa forma, al día siguiente, cumpliendo con lo ofecido, me dirigí al señor Carranza. Contestó diciendo que mientras durara el tiempo que yo necesitaba para tomar informaciones sobre el Estado, que quedara provisionalmente encargado de la jefatura de operaciones. Yo mostré el telegrama; quedó muy complacido, pero a pesar de eso y de que él sabía que de mí había dependido

aquello comenzó a dar a entender a sus "achichintles", a todos los llamados "cachucos" que él seguía contando con la preponderancia del Estado y hasta les sugirió alguna conducta de burla y no muy amistosa para conmigo. Lo dejé allá en Agua Prieta y me fui a Hermosillo.

Habían estado publicando algunos artículos en mi contra, censurándome porque venía a sustituir a Calles a quien se le hacía menos después de haber derrotado al maytorenismo y otros méritos. Llegué a Hermosillo y comencé a despachar.



El entonces teniente coronel Lázaro Cárdenas y el gobernador interino del Estado de Sonora don Adolfo de la Huerta, cuando ninguno de los dos soñaba que más tarde ocuparían la presidencia de la República. Foto tomada en Hermosillo, Sonora, el año de 1916



El C. Adolfo de la Huerta, gobernador interino de Sonora,
después de la transmisión del poder al C. Gral. Plutarco Elías Calles,
gobernador constitucional y los miembros del Congreso
de la XXVII Legislatura del Estado. Hermosillo, junio de 30 de 191

Un tesorero enemigo político

El mismo día que inicié mis labores en sustitución del general Calles como gobernador provisional de Sonora, el tesorero del Estado, que lo era Flavio Bórquez vino a mi despacho y arrojó sobre la mesa un pliego.

—¿Qué es esto? —interrogué.

—Mi renuncia.

—¿Por qué?

—¿Qué.... no ha leído mis artículos?

Había publicado dos artículos en el periódico *Reforma Social*, bravos en mi contra sobre el tema que había tomado todo el grupo callista: Que yo era un mal amigo, que era un mal sonorense cuando había aceptado venir a desbancar a Plutarco, el héroe triunfador del maytorenismo.

—Sí; he leído sus artículos; pero esas opiniones de usted son las que me inclinan a no aceptar su renuncia.

—¿Por qué?

—Porque a través de sus escritos se ha presentado usted como mi enemigo. Y usted es el mejor tesorero del Estado, es decir el guardián de los fondos públicos, puesto que está en antagonismo conmigo, con el gobernador; así mayor es la garantía para el pueblo de Sonora.

—Pero es que sería indecorosa mi actitud si siguiera aquí.

—No voy a entrar en discusiones con usted. Usted sigue encargado de la tesorería.

—Usted no puede obligarme a que siga aquí.

—Y usted no puede abandonar el tesoro del Estado mientras no se nombre sustituto y tiene además obligación, ya que está usted afiliado al constitucionalismo, de continuar con las comisiones que se le den. Yo soy aquí delegado de la primera jefatura (era el periodo preconstitucional, pues eso ocurría el 25 o 26 de mayo de 1916). Así es que mientras no se nombre sustituto, y no lo voy a nombrar, usted queda encargado de la Tesorería. Están en suspenso las garantías individuales y usted está obligado a continuar como guardián de los fondos públicos.

No tuvo remedio y se marchó a la Tesorería y así continuó actuando a mi lado.

Flavio Bórquez fue un hombre de una honorabilidad completa. Había tenido conmigo algún disgusto cuando se presentó el alegato de Obregón por la presidencia municipal de Huatabampo. Con anterioridad, él, Benjamín Hill y Ataúlfo Bórquez cayeron presos y equivocadamente culpaban a Obregón de ello, considerándolo el delator. Cuando se discutió en el congreso local la elección de Presidente municipal para Huatabampo, yo defendí el triunfo de Obregón y Flavio, con otro diputado de nombre Garduño la atacaron. Las

discusiones, tanto en la Cámara como fuera de ella, fueron acaloradas; los ánimos se agriaron y tuve algunas apreciaciones muy duras para Flavio Bórquez, algunas de ellas (un poco injustificadas de mi parte) le hirieron profundamente y nunca llegó, en el fondo, a olvidar los cargos que le lancé en aquella ocasión. Por el contrario, yo procuré inútilmente un acercamiento; le reconocía como un viejo revolucionario, honorabilísimo a carta cabal, hombre de temple, merecedor de respeto y consideración. Pero no conseguí nunca sentirlo reconciliado conmigo.

Fue posteriormente Contralor de la Nación. Obregón, que no lo quería, no aceptó al principio la designación de él, pero Calles, que sí lo estimaba, me acompañó para ver a Obregón a fin de que se le concediera la Contraloría de la Nación precisamente por su rectitud y honorabilidad de todos reconocida. Pero volvamos a Sonora; cuando regresé yo de Agua Prieta después de estar con Calles y de conseguirle la jefatura de operaciones, me dijo Gabriel Corella:

—¡Qué bien que ya saliste de una! Pero ahora te estoy esperando con otra.

El Kibby "Cochi" y sus intentos de venganza

Están aquí —me decía Corella—, los deudos de los muertos que hizo durante el gobierno pofirista un americano que se apellida Kibby. Creo que le llaman el Kibby "Cochi". Rico americano que llegó pobre a Sonora y se levantó en contubernio con el gobierno de Díaz y de los Estados y había sido señalado como directamente responsable de la muerte de varias personas. Los deudos de las víctimas, aun después del triunfo de la revolución, habían buscado en vano quien les hiciera justicia, quien les oyera, quien diera entrada a sus acusaciones y reclamaciones.

Todo eso me platicó Corella y yo había oído ya algo sobre el particular, pero no conocía detalles.

Muy bien —le dije—, pues diles a esos señores que ahora si tendrán garantías; que yo no le tengo miedo a ese bicho.

Decían que era implacable; que así había matado a tantos y con el dinero que ahora tenía, era aún más temible. Era el dueño de la "Alamo Cattle Company".

Vista mi resolución, Corella me trajo a cinco individuos que se identificaron como descendientes de aquellos muertos por el Kibby por que habían sido desafectos al gobierno. El matarife norteamericano era el instrumento de que se valían las autoridades porfiristas en Sonora, para quitar de en medio a los inquietos y enemigos del régimen.

El juez, que si mal no recuerdo, se apellidaba Toledo, recibió las declaraciones de aquellas personas que valientemente les dio entrada. Ya se había corrido la voz por todo Nogales de que yo había prometido que durante mi administración habría toda clase de garantías para que se hiciera justicia.

Llegué a Hermosillo y al segundo día se me presenta Mr. Kibby. Era de buena presencia; no denunciaba su aspecto los bajos sentimientos que albergaba, lo criminal que había sido. Estaba casado con una hija del coronel Mix que, más tarde, se divorció de él porque, siendo una dama honorable por todos los conceptos, descubrió todos los crímenes de que su esposo era responsable.

Pidió audiencia Mr. Kibby y yo se la concedí. Lo traté con toda corrección, él también muy circunspecto y cortés.

—Señor gobernador —dijo—, vengo a presenta a usted una queja (en muy claro español). Me han informado que el juez de Nogales ha dado entrada con autorización de usted a algunas acusaciones que mis enemigos me lanzan a través de escritos dizque de petición de justicia.

—Sí; ya tenía noticias y ese es mi criterio. Por eso no debe usted protestar, al contrario. Usted sabe que públicamente se le atribuyen grandes responsabilidades en la muerte y la desaparición de varias personas en los distritos de Altar y Magdalena.

—Pero eso no es cierto.

—Pues precisamente, ahora podrá usted probar su inocencia y ya no estará en entredicho ante los habitantes de Sonora y aun muchos de Arizona que lo ven con cierta desconfianza porque hasta la fecha no se ha aclarado nada. Esta es una magnífica oportunidad para usted.

—No; es que por sobre esa consideración está la otra: que mis negocios van a sufrir grandemente. Mi crédito se afectará y naturalmente esas acusaciones van a significar pérdidas muy grandes para mi negocio; y yo estoy dispuesto a perder cien mil dólares antes de que sean mayores las pérdidas. (No recuerdo bien si la oferta fue en pesos o en dólares).

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Bueno...que…yo se los puedo entregar a usted para las obras de beneficencia que usted quiera; eso lo resolverá usted, pero yo los pongo en sus manos.

—Ya con esa proposición de usted —exclamé airado—, sé la clase de pícaro y de bandido que es. Ya me doy cuenta que con ese dinero quiere usted cubrir sus crímenes y el esclarecimiento de ellos, al que teme. ¡Largo de aquí inmediatamente! —Lo hice salir, y ya en la puerta me dijo:

—Ya veremos de cuál cuero salen más correas —Y se largó. "Era muy aficionado a los dichos mexicanos, haciendo siempre alarde de que dominaba nuestro idioma".

El primer intento

Algún tiempo después, ya en pleno desarrollo de mis labores como gobernador provisional, llegó la candidata a vice-

gobernadora de California, Helen Williams, acompañada de seis periodistas. El día anterior había llegado el mundialmente famoso Upton Sinclair y todos ellos venían a darse cuenta de la labor social que estaba yo desarrollando en Sonora.

Diariamente iba yo al hospital a inspeccionar los trabajos que estaba llevando a cabo el administrador, que era un antiguo soldado de Angel Flores: Alfredo I. Campos y a quien, por recomendación de aquel jefe, tenía yo a mi lado. Diariamente me esperaba él trabajando allí en el hospital y era frecuente que le encontrara limpiando los cristales con algún saco de empaque.

En aquella ocasión no llegue a la hora acostumbrada por estar atendiendo a Helen Williams y a los periodistas norteamericanos. Llamaron mucho la a tención mis decretos laboristas de aquella época: la fundación de la Cámara Obrera, los Reglamentos del Trabajo y otras de la misma tendencia.

Mientras yo llegaba, Alfredo I. Campos, que me tenía grande afecto, vio un individuo sospechoso. El siempre me recomendaba que no caminara enteramente solo por las noches.

Todavía quedan muchos residuos de grupos antagónicos —me decía— y cualquier día le dan a usted un golpe.

Yo le agradecía su interés, pero no había caso de la advertencia.

Aquella ocasión, como dije, notó la presencia de un tipo sospechoso estacionado en el jardín de enfrente. Se había recargado sobre un árbol y volvía continuamente la cabeza en la dirección en que debería yo llegar. Campos se le acercó y le interpeló:

—¿Qué hace usted aquí?

—No le importa.

—Pues si no tiene asunto aquí, hágame favor de marcharse.

El desconocido no hizo caso, Campos insistió, tuvieron un altercado y Campos quiso cogerlo del brazo, pero el otro sacó un cuchillo y se le echó encima. Con el saco de empaque que había utilizado para limpiar los cristales, Campos se defendió arrojándolo a la cara de su agresor y huyó hacia la entrada del hospital, que estaba guardada por dos chamacos.

En los cuerpos de la Revolución, los batallones, siempre había algunos chiquillos de catorce o quince años y esos los dedicaban a cuidar hospitales y la Cruz Roja. Varios de esos chiquillos estaban encargados de la vigilancia del hospital; dos de ellos como centinelas a la entrada.

Campos, que había tenido el grado de teniente coronel, les ordenó irse sobre aquel individuo que se alejaba caminando rumbo a la esquina opuesta. Entonces los juveniles guardias comenzaron a gritarle que se detuviera, pero aquél, al llegar a la esquina sacó un revólver e hizo fuego contra ellos. No hizo blanco. En cambio, cuando asomó la cabeza por se gunda vez, uno de los muchachos le tendió el rifle y le puso una bala en medio de la frente, matándole instantáneamente. Lo registraron y encontraron en su bolsillo un papel que decía: Al cumplir su compromiso se le darán los tres mil dólares restantes.

Firmaba un tal Lion, pero después se averiguó que era el mismo Kibby quien lo había mandado. Había conse guido que se lo entregaran de la cárcel de Phoenix y lo había armado y aleccionado. Y más aclarado quedó el asunto porque al caer muerto aquel individuo vino una mujer a inclinarse llorando sobre el cadáver. La detuvieron los policías que habían acudido y ésta confesó que le habían pagado al individuo aquel unas personas cuyos nombres no conocía, pero las señas que daba coincidían con las del Kibby.

Naturalmente, yo supliqué a todas las autoridades que conocieron del asunto que guardaran el secreto, pues siem-

pre hay cierto demérito de popularidad en la personalidad del funcionario que es objeto de un atentado. Se cree que ello responde a un estado de oposición que viene a cristalizar en un individuo. Aquello, por supuesto, era cosa distinta; era del otro lado, pero era difícil de comprobar y se le echó tierra al asunto.

Nueva intentona de asesinato

No cejó en su propósito el Kibby por aquel fracaso. Tenía fama de ser un hombre que no perdonaba y al parecer estaba dispuesto a demostrármelo.

Su segundo intento fue así: Ramón P. de Negri, que en aquellos días era cónsul de México en San Francisco, Cal., me puso un telegrama diciéndome que, llamado por el señor Carranza, iba a México y que si algo se me ofrecía me llegara yo hasta Nogales para encontrarlo a su paso y hacerle los encargos que necesitara. Le contesté de acuerdo; él me dio la fecha y se corrió la voz de que iba yo a trasladarme a la frontera. Yo nunca hacía viajes secretos; todo el mundo sabía a donde iba y en qué fecha. Me embarqué pues, el día convenido para ir a encontrar a mi viejo y estimado amigo pues tenía algunos encargos que hacerle; alguna documentación que enviar al señor Carranza; entre otras cosas, unos informes minuciosos y realmente curiosos de un inglés referentes a Huepac. Eran estudios que bien podían aprovecharse.

Pero al llegar cerca de la estación Pesqueira, donde había un puente enhuacalado, nos encontramos que tal puente había sido arrastrado por las aguas. Sin embargo, no había llovido, de manera que aquello resultaba casi inexplicable y así se lo pareció al conductor de ferrocarrileros en particular.

Pregunté cuánto tiempo tardarían en reparar aquello y me dijeron que de catorce a quince horas; pensé que era mucho tiempo para perderlo allí y pedí que me regresaran a Hermosi-

llo, lo que se hizo con la máquina y el cabús. Ya en Hermosillo telegrafié a De Negri instruyéndole que se llegara hasta allá en vista de que yo no había podido llegar al lugar de la cita. Aquel puente, misteriosamente caído, fue mi salvación.

Cuando la amenaza de ruptura con los Estados Unidos con motivo de la Punitiva, la situación tomó en Sonora aspectos muy serios y muchos se dieron de alta considerando la guerra inminente; de ellos buen número era del distrito de Altar y del de Magdalena. Estos quedaron incorporados a los cuerpos militares que había, aportando sus propias cabalgaduras, monturas y armas, la mayor parte de ellas 30-30.

Aquellos voluntarios, pasado el momento de peligro de guerra, tenían ya tiempo de estar gestionando su baja, pero de México no se las concedían y, desesperados, dieciséis de ellos, del distrito de Altar, resolvieron desertarse y emprenderla para su tierra sin avisar. Así lo hicieron y salieron rumbo a Santa Ana y al pasar por las cercanías se encontraron con ocho individuos que estaban apostados, esperando el paso del tren que debió conducirme. Yo viajaba siempre sin escolta, sin guardias; cuando mucho algún amigo a quien invitaba. Y esos ocho individuos (contratados por el mismo Kibby, como se comprobó más tarde por uno de ellos que quedó herido), estaban esperándome.

Habían colocado una bomba en uno de los rieles, que después se quitó cuando uno de los heridos confesó su existencia y señalo su posición. Pero aquellos ocho, que se encontraban ahí agazapados, al ver a los dieciséis que montados y armados se acercaban, creyeron que habían sido descubiertos y que esa partida venía en su contra y abrieron el fuego. Naturalmente los otros contestaron y se trabó un tiroteo en el que resultaron muertos tres de los ocho y quedó uno herido, que fue por el que supieron de la bomba y su colocación. Los otros huyeron, pasando al otro lado de la frontera.

Ese fue el segundo intento de Kibby.

Todo esto ocurrió en el período preconstitucional, durante mi interinato, pero cuando emprendí la jira como candidato constitucional, me ocurrieron cosas más extraordinarias aún.

La lámpara salvadora

Aproximadamente en febrero o marzo de 1919 me transladé a Nacozari, donde los obreros ya me habían advertido que debería considerarme en territorio enemigo, pues como los capitalistas de Cananea no querían que yo llegara al gobierno en vista de las leyes progresistas que había dictado durante mi interinato, estaban dispuestos a estorbarme todo lo que pudieran.

Las empresas mineras veían pues con malos ojos mi candidatura y la de Cananea cerró la negociación, probablemente para cegar aquella fuente de propaganda que había en mi favor entre todos los trabajadores. Quizá pensaron que si contaban con elementos económicos podían servirme y que quitándoles el trabajo suprimirían su apoyo en mi favor. Resultó todo lo contrario, por que ya sin trabajo en Cananea, los obreros se desparramaron por todo el Estado, y en todas partes me encontraba yo partidarios de aquel mineral que andaban en jira de propaganda en carretas y carretones por todos los caminos; y en todas partes los recibían bien y les proporcionaban alimentos. Eran por centenares los propagandistas trabajadores de Cananea; seis u ocho mil que quedaron libres para llevar a cabo aquella propaganda cuando la compañía cerró sus puertas y los dejó sin trabajo. De manera que la maniobra les resultó contraproducente.

Nacozari no cerró, pero sí públicamente decía la empresa a sus amigos que no debían votar por mí porque probablemente ellos cerrarían la negociación y ya no tendrían trabajo.

Hable en Nacozari primeramente. Tomaron notas los taquígrafos de las compañías y, naturalmente, al leer mis discursos a los empresarios y directores, deben haber manifestado su reprobación.

Hay que hacer constar este dato curioso: fui a pedir un cuarto al hotel que era propiedad de la compañía minera y me lo negaron; pero una señorita profesora americana que estaba allí, me dijo: "señor De la Huerta, acabo de oír lo incorrecto que son con usted los de la negociación. Tiene usted mi cuarto a sus órdenes; yo me voy con una amiga". Le dí las gracias y por darle en la cabeza a la compañía lo utilicé sólo para asearme y darme un baño. Bajé luego a desayunar; me sirvieron de mal modo y allí encontré en copas, después de una parranda de toda la noche, a Rafael Gavilondo; millonario del norte; buen amigo en lo personal, quien me dijo:

—No, hombre, si aquí no te queremos. Tus teorías no van de acuerdo con el progreso del Estado, son disolventes. Y realmente lo sentimos por tratarse de ti que vienes tomando esas tendencias. Toda la gente bien de Sonora está en contra de esas ideas.

—Sí —le respondí—, es natural. Los hombres de dinero, los hombres que han estado gozando de privilegios, tienen que ver como una amenaza la política que yo inicié en mi pasada actuación y que temen que hoy vuelva a continuar, como efectivamente lo haré.

—Sí; ya leí tu programa de gobierno que es tremendo. Parece que vienes todavía más afilado. —Todo aquello dicho en medio del atarantamiento de la cruda.

Bueno, y hasta eso —continuó— que todos reconocemos que eres hombre honrado, que eres hombre sincero, que eres un hombre de bien y por eso te queremos personalmente y te tememos como autoridad. Y mira: dentro de ese cariño que como amigo te tengo, va este regalo. Y me ofreció una lámpara eléctrica de mano, de esas niqueladas y largas como

de un pie con tres elementos y tres bulbos. Te la doy —me dijo— para que te salve la vida.

—¿Y por qué se te ocurre eso? —pregunté.

—Ya verás...— Y no dijo más pues ya con las copas que se había tomado para "curarse la cruda" le hicieron efecto.

Yo no hice caso de aquella vaga predicción; consideré que eran "puntadas de borracho", pero de todos modos agradecí el obsequio y encargué a alguno de mis acompañantes que me lo guardara.

La emprendimos para Pilares de Nacozari, que está cercano. Para ir de Pilares a Nacozari puede usarse una carretilla de cable, una especie de funicular primitivo en el cual una ruptura del cable sería sin duda mortal.

Cuando yo me dirigía a aquella carretilla, me dijeron mis acompañantes que era mucho arriesgar pues creían que alguna maniobra se había llevado a cabo en los cables, algo se había visto o sabido y no debíamos utilizar tal medio de transporte. Me sugerían que diéramos un largo rodeo. Yo pregunté si no había otro camino más corto y se me informó que solamente el del túnel. Se trataba de un túnel horadado especialmente para dar paso a las vagonetas que, cargadas de mineral, eran remolcadas por una pequeña locomotora. Pero el túnel es tan estrecho que apenas libran los bordes de las vagonetas y cuando éstas van cargadas de metal, el espacio libre es aún menor. No dejan sitio para que una persona pueda escapar de ser aplastada. Se decía que alguna vez un hombre se libró de ser muerto arrojándose al suelo y casi sumergiéndose en un charco de agua, en cuya posición apenas pudo conseguir que el convoy pasara rozándole. Y el túnel tenía aproximadamente unos cuatro kilómetros de extensión. Escogí aquel camino; íbamos Mario Hernández, Luis Montes de Oca, Pedro Rodríguez Sotomayor, Alfonso Leyva, Benito Peraza y un obrero de Cananea de apellido García.

Había terminado de pronunciar mi discurso que fue tomado por los taquígrafos. Dos había pronunciado: uno en el Centro Obrero y el otro en la plaza para el público en general. Habían sido bravos, atrevidos y los habían estado transmitiendo por teléfono a la compañía.

Cuando después de terminado el mitin resolví utilizar el camino del túnel, dije a Pedro Rodríguez Sotomayor, que era profesor:

—Oiga, Pedrito: hágame favor de ir allá, donde están despachando los trenes, para decirles que no vayan a mandar ninguno porque vamos a pasar caminando por el túnel. — Fue, regresó y me dijo que había cumplido con el encargo. Y así ya nos fuimos tranquilamente por el túnel.

Pero cuando íbamos como a las dos terceras partes, vimos que la boca hacía donde nos dirigíamos, ¡SE TAPABA!

Era un tren cargado de metal que nos habían echado y, para colmo de desgracia, no venía con la máquina a la cabeza del convoy, sino que las vagonetas cargadas de mineral venían por delante.

Tratamos de advertir al personal del tren por medio de gritos, pero parecía que la voz no corría y comprendíamos que era casi imposible que el maquinista allá al final, pudiera oír nuestros gritos distantes por sobre el ruido del convoy.

En la obscuridad sentíamos que el tren se nos acercaba cada vez más y que nos aplastaría antes de que nadie se diera cuenta de ello. Entonces, providencialmente, me acordé de la lámpara eléctrica que me había regalado Gavilondo, que traía aquel obrero García. Le grité:

—¡García! ¡García! ¡La Lámpara! ¡Encienda la lámpara! García encendió la lámpara y a poco sentimos que el tren disminuía su marcha. Un garrotero que venía en la vagoneta del frente y que se comunicaba mediante tirones a una cuerda que llegaba hasta la máquina, había visto la luz e indicado al maquinista que había que detener el convoy.

Después, y en la imposibilidad de explicar al maquinista la situación, nos prendimos como pudimos de las vagonetas cargadas de metal, con riesgo de caer y ser aplastados y en esa forma fuimos devueltos a la entrada del túnel, pues el maquinista siguió su recorrido normal.

Cuando salimos a la luz del día y aquel maquinista se dio cuenta de la gravedad de lo sucedido, casi quería pegarme de indignación. Resultó ser uno de mis más entusiastas partidarios y la idea de que estuvo a punto de causar nuestra muerte le trastornaba.

El mismo atribulado maquinista nos arregló ya un pequeño convoy y en él cruzamos de regreso llegando a Nacozari donde Morales, que era el nombre de aquel maquinista, se despidió de nosotros todavía mascullando protestas por nuestra imprudencia.

Tomasito Espinoza, un tipo singular

En Nacozari los obreros me hablaron de una conspiración en mi contra en Agua Prieta y me aconsejaron que suspendiera mi viaje, diciendo que al fin y al cabo, se trataba de un pequeño pueblo integrado casi en su totalidad por contrabandistas y ladrones de ganado y no tenía mayor importancia. Les agradecí la información y fui a una barbería a cortarme el pelo. El barbero, que también era partidario mío, me confirmó las noticias de los trabajadores y me aconsejó también que no tocara Agua Prieta, pues una señora le había informado que un tal Valtierra era el comisionado por uno de los grupos para provocar la balacera en la que se proponían liquidarme. Agradecí el aviso y en parte lo entendí. Digo en parte, porque sí fui a Agua Prieta, pero como los obreros me habían explicado que la tremolina se había preparado en el mitin que se iba a celebrar en la plaza, el lugar de presentarme allí, me fui a un hotelucho que había en las cercanías de

la plaza. Ya al pardear la tarde, salí a platicar con mis amigos a la puerta del hotel aquel.

Los pesqueiristas venían ya de vuelta de la reunión que habían tenido, así como los samanieguistas y en la que habían estado esperando mi presencia, pero como no llegué, algunos pesqueiristas subieron a las tribunas a hablar para sostener el entusiasmo del pueblo reunido y que siguiera esperando a ver si llegaba el enemigo. Pero como algunos de ellos ya estaban "afinados" (según la expresión de los obreros) para realizar la hazaña, comenzaron los balazos al aire y el escandalito.

Yo veía el desfile de los que regresaban y entre ellos, al pasar, cuando yo me hallaba sentado en una mecedora de espaldas a la calle, oí una voz que reconocí como la de un amigo mío: Tomasito Espinoza, que fue diputado suplente en 1913 viejo miembro del Partido Liberal de San Luis Potosí, que actuó al lado de Camilo Arriaga; fue muy perseguido y logró escapar al extranjero donde tuvo que trabajar como peón, pizcando y otros menesteres por el estilo. Por fin, regresó a Sonora. Era muy aficionado a los aguardientes y por ello sufrió mil penalidades. Era un tipo muy interesante Tomasito.

Como decía, reconocí su voz y sin volverme, le grité:

—Adiós, Tomasito.

—¿Quién me habla?

—De la Huerta.

Me reconoció y abrazándome por la espalda me dijo:

—¿No sabes que estuve en tu contra ahora en el mitin que se organizó y que te estuvieron esperando y no sé por qué no fuiste allá?

—Pues venía bastante cansado —repliqué— y tenía descartada a Agua Prieta en el itinerario de mi propaganda.

—Pues hablé en tu contra y dije que como yo estaba manchado, estaba con los míos, los partidarios de Pesqueira, que constituimos la mayoría porque siempre los malos esta-

mos en mayor número; que como tú representabas a la gente honrada, la gente de bien, pues que ibas a estar en minoría y nosotros íbamos a ganar. Que por eso yo me había afiliado al pesqueirismo, pues yo tenía el antecedente de haber salido desfalcado.

Y según me informaron, así mismo lo dijo en su discurso. En realidad yo creo que él hablaba así porque sabía que todos sus amigos conocían la ver dad de su aparente desfalco, pues ello había sido un robo que sufrió.

Sucedió que, siendo Tomasito encargado de la oficina de correos en calidad de administrador, puesto que había sido gestionado por mí en 1916 ó 1917, trabajó los primeros días con todo acierto, morigerando sus costumbres y absteniéndose un poco de ingerir alcohol. En alguna ocasión llegó allí una compañía teatral, entre cuyos elementos figuraba Elena de la Lleata y platicando con Tomasito sobre amigos y otros tiempos, comenzaron a tomar tequilas. Se entusiasmaron y pasaron luego a la oficina de correos para continuar sus libaciones. A eso de las tres de la mañana se fueron a tomar "menudo", dejando abierta la oficina. Naturalmente no faltó algún vivo que se metiera allí y encontrando el arca abierta, pues pecó llevándose estampillas y algo más. Tomasito denunció el hecho, pero no pudo probar que había sido robado y se rumoró que había sido autorrobo. Yo me encontraba en Sonora al llegar el inspector que levantó el acta correspondiente señalando un faltante de ochocientos pesos. Yo mismo proporcioné esa cantidad a Tomasito, pero a pesar de que también me dirigí telegráficamente a México, no quisieron hacerme caso porque además del efectivo ha bían desaparecido dos máquinas de escribir. Por tanto, Tomasito fue cesado y cesado quedó. Entonces hizo imprimir y repartió entre sus amistades esquelas participando su propia defunción y se remontó a la sierra donde vivió cortando leña por algún tiempo.

Por todo aquello Tomasito se consideraba manchado, y cuando vino mi candidatura se expr esó en la forma que antes he dicho y en aquel mitin en el que proyectaban liquidarme.

A poco llegó el general Samaniego. Algo que le dijo a un teniente coronel que le acompañaba, llegó a mis oídos y a mi vez hice algún comentario irónico. Entonces Samaniego me siguió a mi cuarto y allí tuvimos un altercado bastante fuerte, que por fortuna terminó sin mayores consecuencias.

El general Miguel Samaniego

De Agua Prieta salimos para Cananea. Mis partidarios prepararon una gran recepción con un gran mitin frente al hotel Plaza, en la esquina del Banco de Cananea, que era donde se acostumbraba levantar la tribuna para los oradores y candidatos.

Al mismo hotel Plaza, donde me hallaba yo hospedado, llegó el general Samaniego el día que se preparaba el mitin. Nos saludamos y me dijo que ese mismo día iba él a hacer su mitin; le aconsejé que lo pospusiera ya que no le convenía hablar ni presentarse ante mis partidarios que habían sido convocados por los representantes de mi partido, pues no encontraría atmósfera propicia; que era preferible que sus partidarios convocaran al siguiente día a los suyos para que resultara lucida la manifestación aquella. No quiso oirme y dijo que él hablaría después del mitin y si era posible en medio del mitin delahuertista.

—Muy bien; usted apreciará las consecuencias.

—Yo soy hombre para afrontar cualquier consecuencia.

—Perfectamente —repliqué— y es más: yo le voy a pagar la música. Voy a decir a mis partidarios que avisen a la orquesta que continúe para que cuando hable usted tenga también acompañamiento. —Eso naturalmente, lo decía en forma irónica, pero así fue.

Durante el mitin y después que alguno de mis partidarios habló, yo hice uso de la palabra sin hacer referencia, naturalmente, a las otras candidaturas, sino presentando mi ideología y los proyectos que tenía para organizar el gobierno del Estado. Terminó el mitin mío; la emprendí para el hotel y uno de los ayudantes de Samaniego anunció que se presentaría el general Samaniego. Efectivamente, subió a la tribuna y se dirigió al pueblo, per o como todos eran partidarios míos, particularmente en aquel lugar, que era un verdadero baluarte, pues casi la totalidad de los obreros eran mis amigos o formaban parte del Partido Revolucionario Sonorense o del Partido Obrero de Cananea, pues inmediatam ente comenzaron los siseos y la rechifla, interrumpiendo la perorata de Samaniego que desde el principio aludió a mí en forma agresiva. No atacó a los otros candidatos que eran Nacho Pesqueira y Conrado Gaxiola; únicamente a mí. Terminó en medio de una rechifla general y una gritería hostil. Algún sargento que había militado a sus órdenes le lanzó el cargo de que debido a sus borracheras había sido sorprendido y le habían causado muy numerosas bajas y que él mismo había resultado herido en tal acción. Total, que Samaniego salió como rata por tirante. Acompañado de sus partidarios, que habían venido de las serranías, se dirigió al hotel. Le habían dado la habitación grande del fondo, que era la más amplia de todas. Al pasar frente a mi habitación, uno de sus ayudantes me indicó que el general deseaba verme.

Luis León y cinco o seis obreros que me acompañaban, me aconsejaron que no fuera.

—Que venga él aquí, candidato —me decían.

—No —dije—, yo voy a ir para allá. —Pero como seguían platicándome y se había presentado una nueva comisión llamándome a un punto cercano de Cananea denominado Puertecito, pues me entretuve y entonces el propio Samaniego vino a decirme:

—¿Qué le pasa a usted? ¿Qué, no recibió mi recado?

—Sí, general, recibí su recado.

—¿Y por qué no ha venido?

—Porque estaba aquí, ocupado con unos compañeros.

—¿O es que tiene miedo?

—¿Miedo a qué? Allá voy.

Cuando me preguntó si tenía yo miedo, había dado la media vuelta. Yo le seguí y fui a sentarme en medio de su grupo y en contra de la opinión de todos mis amigos. Felizmente, como los que le acompañaban ocupaban la mayor parte del espacio de la habitación, sentados en las pocas sillas con que contaba y en los catres de campaña, me tocó a mí sentarme cerca de la puerta.

Con toda tranquilidad les pregunté qué se les ofrecía, usando aún el tono amistoso; pero inmediatamente brincó uno diciendo que no porque una porra organizada por mí allá en Cananea me recibía con entusiasmo, fuera a creerme que todo el Estado estaba en mi favor; que al contrario, que todos estaban convencidos que yo era nada más que un tenor que podía cantar la Cavallería Rusticana o La Traviata, pero que no estaba capacitado para gober nar el Estado.

—Bueno —le contesté—, no es usted quien tiene el sentir de los habitantes de Sonora para escoger mandatario.

—Pero entonces intervino Samaniego personalmente:

—Esa gritería con la que me recibieron allí fue preparada por usted.

—No, general; está usted equivocado. Yo mismo le hice esta mañana la aclaración de que debía usted presentarse en otra ocasión; que era un error hacerlo en mi mitin. —Pero él parecía dispuesto a armar camorra conmigo y continuó:

—No; si usted siempre ha sido enemigo mío y un traidor para mí, porque usted, cuando era oficial mayor de Guerra, cuando el general Calles me iba a ascender o había propuesto mi ascenso a general de brigada, usted se opuso.

—Está usted equivocado, general; yo nunca fui oficial mayor de Guerra; yo fui oficial mayor de Gobernación.

—No; usted fue oficial mayor de Guerra —insistió y yo contradiciéndole, pero al fin prorrumpió:

—No se raje. Usted fue el que se opuso a mi ascenso.

—¡Falta usted a la verdad!

Por supuesto que no fueron exactamente esas mis palabras, sino que agregué dos o tres frases de las más duras, pues ya me había colmado la paciencia la terquedad del borracho aquel.

Inmediatamente uno de sus partidarios sacó la pistola y me hizo un disparo a la vez que lanzaba un insulto. Uno de sus propios compañeros, que se hallaba a su lado y que era un villista, mejor dicho un ex villista de apellido Salazar, le dio un oportuno golpe en la mano desviando el arma de modo que el proyectil fue a incrustarse en el techo. La intervención de aquel amigo en mi favor se explica por las simpatías que todos los villistas sentían por mí dada la buena amistad que me unía con su jefe. Simultáneamente con aquel disparo, mis amigos que habían venido acompañándome, irrumpieron en la habitación y uno de ellos me sacó violentamente en tanto que los demás, encabezados por Luis León, todos pistola en mano pues todos iban armados, se pararon en la puerta con las armas amartilladas. Naturalmente, como habían sentido ya la fuerza del partido que yo tenía en Cananea, los samanieguistas no sabían cuántos eran los que había detrás de los que cerraban la salida. Ocho o diez estaban a la vista, pero en el corredor podía haber muchos más y en vista de aquello optaron por no intentar salir en mi persecución.

Los dos o tres que me habían sacado de allí, casi en peso, me hicieron bajar los escalones. Me sacaron de Cananea y me llevaron a un pueblecito de nombre Buena Vista, pues el Pre-

sidente municipal de Cananea era samanieguista y según parece estaban decididos a que yo no saliera con vida de allí.

Así escapé y la emprendimos a Santa Cruz, lugar intermedio entre Nogales y Cananea. Mis partidarios tenían ya organizado allí un mitin. Yo hablé en la tarde; a las seis, que era la hora de salida de los trabajadores, me hallaba en la casa donde me hospedé cuando se me acercó una señora a decirme: "Señor De la Huerta, no vaya usted a fiarse en el camino, no vaya muy confiado, porque del otro lado mi marido y yo nos encontramos al venir, un guayín de los EE.UU., del lado americano. Nos dimos cuenta de que allí estaban parapetados unos quince hombres bien armados, con sus caballos, con buenas monturas y estuvimos platicando y parece que estaban pendientes de su pasada de usted de Santa Cruz a Nogales. Ya saben, por que así se lo dijeron a mi marido, que es muy amigo de uno de ellos, que en la madrugada de mañana va usted a pasar". Di las gracias a la señora y esta continuó: "no viene mi esposo personalmente a decírselo porque tiene temores de las represalias y las venganzas y yo le ruego que no diga usted nada de esto a nadie". Así lo hice; sin embargo, el mismo que estaba de guarnición allí con los fiscales recibió aviso de algún vigía que tenía por allí, en el sentido de que se había visto gente armada del lado americano, coincidiendo con la información que la señora me ha bía dado. Se trataba de un capitán de apellido Islas, era el jefe de la guarnición y no muy valeroso como se verá adelante.

Con aquellos datos, avisé a mis compañeros (Benito Peraza y Juan Córdoba) que no pasaríamos la noche allí, sino que íbamos a partir enseguida. Así lo hicimos. El camino es escabroso y hay un cañón que parece ex profeso para una emboscada. Uno de mis compañeros interpeló a Islas:

—Oiga, Islas, usted que es tan partidario aquí del candidato, a ver si nos da una escoltadita.

—Si, hombre, ¡cómo no! ¡con mucho gusto! —Y subió a su automóvil con sus cuatro fiscales y se vino detrás del Ford que nosotros ocupábamos. Pero cuando en medio de la noche nos acercábamos al cañón, se oyeron algunos silbidos (probablemente de aves nocturnas) y entonces él "recordó" que tenía deberes que cumplir en aquella región y que no podía alejarse mucho de su puesto en Santa Cruz. Por fin exclamó:

—No; pues yo tengo que estar en mi puesto y me regreso.

—Y se regresó, no entrando al cañón donde se habían escuchado los silbidos aquellos.

Nosotros cruzamos sin novedad aquel lugar; es decir, sin más novedad que habernos extraviado, por lo cual lleg amos a nuestro destino a las cuatro de la mañana.

A esas horas estaba tendido un individuo que llevaba el mote de El Pollo quien estaba a sueldo del Kibby, ha biendo recibido de él mil dólares a cuenta del trabajo que iba a desempeñar. Y resultó que aquel hombre, al encontrarse en posesión de los dineros, se fue al lado americano, a Nogales, Arizona, a ponerse una borrachera y a disfrutar en grande de los fondos recibidos. Había en aquellos tiempos un restaurante llamado "Lully" muy conocido y elegante. Se cobraba caro y se servía bien; y allí fue aquel individuo a emborracharse, pero el exceso de bebida y comida le originaron una congestión que le costó la vida. Y así, en vez de que fuera yo el muerto, fue él, el comisionado para liquidarme, quien se hallaba tendido a mi llegada a Nogales, que fue donde me dieron todos esos informes. Se había corrido la voz, pues aquel, borracho ya, había dicho que el candidato De la Huerta se lo iba a llevar la tal, porque él se iba a encargar de liquidarlo y se dieron cuenta asimismo de la procedencia del dinero que había recibido. Así fue como, en vez de realizar ese tercer intento del Kibby, el pobre verdugo

aquel pagó con su vida la mala acción de prestarse a actuar como matarife del criminal americano.

Continuó la jira y hubo otros incidentes de los que salí con bien pero que no vale la pena relatar; solamente haré mención de los más curiosos.

El hombre del Alfanje y su trágico fin

Al llegar a Huatabampo, vino todo el pueblo a recibirme a La Brecha. Yo marchaba, naturalmente, a la cabeza de la manifestación que el pueblo organizó. En eso, un individuo, jinete en caballo de poca alzada, se acercó casi al galope. Era un tipo indígena, mal encarado, armado de un alfanje (así puede llamarse al tipo de machete que usan en Navojoa) y que sin el menor género de duda, trataba de llegar a mí para machetearme. Felizmente, a mi lado marchaba un hombre muy corpulento (casi dos metros de estatura) de apellido Ruiz y muy conocido en Huatabampo. Y cuando éste se dio cuenta de las intenciones del jinete, le saltó al brazo que ya levantaba al atacante blandiendo el machete, lo sujetó con puño de hierro y lo desarmó. Naturalmente, todos mis partidarios que se percataron de aquello quisieron linchar al atacante; pero yo, que comprendí que aquel no obraba por cuenta propia, sino que era comisionado por alguien, lo evité y ordené que le dejaran marchar con todo y caballo. Solamente el machete no se le devolvió.

Cuando llegamos a la plaza la encontramos ya tomada por los pesqueiristas que eran el par tido formado por los grandes terratenientes, poco numerosos, pero abundantes en recursos. Desde la noche anterior se habían posesionado del quiosco y estaban como lo que llamaban "la perrada" que era una banda de tambores y pitos muy desafinada. Todos mis partidarios entonces se dirigieron a la esquina de la

plaza, donde estaba un "aguafresquero" cuya mesa tomaron en alquiler para usarla a manera de tribuna. A ella me subieron para dirigirme al pueblo.

Durante mi discurso o conferencia, que escuchaban con mucho interés mis oyentes, fue abriéndose paso poco a poco el mismo jinete que había intentado darme de machetazos a la entrada del pueblo. Entre mis partidarios y oyentes había algunos jinetes. El enemigo aquel, armado de un nuevo machete, se acercaba sin que mis amigos se dieran cuenta, pues venía por su espalda, pero uno de nuestros jinetes lo reconoció cuando aquél se acercaba a la mesa en que yo me encontraba. Inmediatamente le echó el caballo encima y comenzaron a forcejear. Mi partidario trataba de quitarle el arma, pero en la lucha, el contrario cayó, probablemente porque estaba bajo el influjo del alcohol o de la marihuana, y al caer, ¡su propio caballo le puso un casco sobre el cráneo y se lo despedazó!

Aquella noche estaba tendido en su casa aquel otro que había ido con el propósito de liquidarme.

> Y al terminar aquel relato, el señor De la Huerta, como casi siempre lo hacía, me dijo que podía confirmar su veracidad tratando de localizar al oficial que en aquella ocasión se hallaba a su lado, que a la sazón era teniente, de nombre Teodoro Orante, y que según creía hoy era general y estaba encargado del estudio de las hojas de servicio. Agregó que creía que estaba aún en la Secretaría de la Defensa y que él mismo le había dado detalles del incidente que acababa de relatarme.
>
> Como de costumbre, también, el que esto escribe se abstuvo de buscar comprobación a lo referido por el señor De la Huerta, pues para el comentarista, como para todo el que haya conocido siquiera superficialmente a don Adolfo, su veracidad

no se pone en duda, y en cuanto a la exactitud de su memoria, todos sabemos que fue verdaderamente excepcional.

La actitud de Carranza para De la Huerta

Ya hemos visto, por lo anteriormente, que el señor Carranza, después que De la Huerta regresó de los EE. UU. habiendo desempeñado satisfactoriamente la misión que le confió, no quería que éste fuera a su Estado a recorrer como candidato a la gubernatura. Para impedirlo estuvo reteniéndole con pretextos y proposiciones ventajosas, pero el señor De la Huerta, sintiendo la responsabilidad de su compromiso con sus comitentes y paisanos, acabó por salir casi de escapada y fue a dar la corta pero decisiva batalla en la que derrotó totalmente a los candidatos que aparecían respaldados por Carranza, Obregón y Calles.

¿Por qué Carranza tenía tanto empeño en que De la Huerta no saliera electo gobernador de Sonora?

Es indudable que don Venustiano había podido apreciar plenamente las cualidades de honorabilidad, rectitud y civismo que campeaban en todos los actos de su leal colaborador. Es indudable, también, que la forma en la que De la Huerta hizo recapacitar a Carranza de errores cometidos o por cometer, dieron a éste una idea clara de la valía del señor De la Huerta, de su sinceridad, de su verdadero revolucionarismo, en fin, de sus grandes posibilidades como guía de los destinos de la nación.

Y es muy probable, por lo tanto, que Carranza haya pensado en De la Huerta como su sucesor para la presidencia de la República.

Los hechos que a continuación se relatan parecen confirmar tal idea.

Lo que Carranza no esperaba, pues no conocía bien a De la Huerta, era que este se negara a ser candidato oficial, es decir, cómplice en una pastorela electoral como las que acostumbraba el general Díaz y contra las cuales precisamente se había levantado el pueblo todo de México.

Si Carranza hubiera esperado que el clamor popular llevara a De la Huerta a figurar como candidato presidencial, otra habría sido la actitud del ilustre sonorense, pero creer que aceptaría figurar como candidato oficial y hacerse cómplice de la imposición y la burla al voto popular, era no conocer al hombre.

Veamos cómo se desarrollaron los acontecimientos y cómo en ellos la actitud de Carranza, insinuante primero, abierta después y por fin antagónica, preludió los sucesos que tan grandes y graves sacudidas iban a traer al país.

Después de su arrollador triunfo en Sonora, donde obtuvo tantos votos como la totalidad de los otros tres candidatos, don Adolfo, que tenía el doble carácter de senador (en uso de licencia) por Sonora y gobernador del mismo Estado, vino a la capital y fue invitado por el señor Carranza para comer en su casa.

Como único otro invitado, el señor De la Huerta encontró a don Manuel Amaya, hombre de todas las confianzas de Carranza.

Ya sentados a la mesa, preguntó este:

—¿Qué dice su Estado, De la Huerta?

—Nada de particular, señor; solamente que le pegué a su gallo.

—¿A mi gallo?

—Sí, señor; a Ignacio Pesqueira.

—¿Y por qué cree usted que él era mi gallo?

Don Adolfo echó mano al bolsillo y presentó al señor Carranza copia de dos telegramas en los que Juanito Barragán había remitido a Ignacio Pesqueira, por conducto de la Western Unión y del National Bank de Nogales, dos parti-

das importantes en dólares. Tales copias le habían sido proporcionadas por uno de los muchos amigos que tenía entre el personal de telegrafistas.

—Esos fondos —dijo Carranza— fueron enviados por Juanito Barragán.

—Sí, señor; pero no es de creerse que haya sido sin instrucciones ni autorización de usted. Ni menos con fondos propios.

—¿Y por qué no cree usted que pueda haber reunido ese dinero entre los amigos de Pesqueira?

—Porque Pesqueira —rió don Adolfo—, no tiene partidarios ni aquí ni allá.

Don Adolfo hablaba al señor Carranza con la misma franqueza y libertad con que lo había hecho siempre a pesar de la presencia de Amaya, pues sabía que éste gozaba de toda la confianza de Carranza. Sin embargo, es posible que su presencia haya hecho sentirse más incomodo a Carranza; el caso fue que levantándose sin decir palabra, abandonó la mesa, salió de la habitación y no regresó. Don Manuel pretendió reconvenir a De la Huerta pero éste le respondió con energía y a su vez abandonó la casa para ir a comer a un restaurante.

La incómoda situación en la que el señor De la Huerta puso a don Venustiano debe haber sido doblemente molesta para éste, puesto que al evidenciar su conocimiento respecto a las maniobras hechas por el Presidente Carranza para impedir primero que fuera a Sonora, y apoyar y proteger después a un candidato rival, quedaba descubierta del todo su actitud antidemocrática.

Y nos preguntamos ¿No sería todo aquello contrariedad porque De la Huerta se empeñaba en complacer a sus paisanos los sonorenses, desoyendo los cantos de sirena que ya sonaban?

Veamos.

Era en esos mismos días, fines de mayo de 1919, cuando De la Huerta se acercó al Senado, del cual como se ha dicho era miembro, para encontrarse con otros tres senadores: José J. Reynoso, el coronel Martín Vicario y el Lic. Alfonso Cravioto.

A la llegada del señor De la Huerta, aquellos sus tres compañeros de Cámara le invitaron a tener una conferencia en la biblioteca del Senado. Entonces uno de ellos le manifestó que había pensado lanzar su candidatura para la presidencia. El señor De la Huerta, creyendo que se trataba de la presidencia del Senado, les manifestó que se los agradecía pero que no era él el indicado, ya que solamente estaría en la Cámara breve tiempo. Los senadores entonces le hicieron la aclaración de que no se trataba de la presidencia del Senado sino de la presidencia de la República.

—¿Están ustedes locos? —protestó don Adolfo.

Pero no era un caso de locura, no; Reynoso era el portavoz de la presidencia y quizá por ello insistió en tal forma que el señor De la Huerta acabó por molestarse y abandonar la biblioteca. Se dirigió entonces a la presidencia de la República y cuál no sería su sorpresa cuando al encontrarse con el general Marciano González primero, y Alberto Salinas Carranza después, ambos le felicitaron "porque ya andaba de boca en boca su nombre como candidato a la presidencia de la República". El propio Juan Barragán le hizo demostración por el estilo.

El señor De la Huerta, haciendo uso del derecho de picaporte que el Presidente Carranza le había concedido, pasó a su despacho para entrevistarlo. En aquella entrevista le manifestó su desagrado porque elementos allegados a la presidencia hubieran adoptado la actitud que mostraron; pero Carranza replicó:

—No sólo entre todos sus amigos ha tomado cuerpo esa idea. La República entera estuvo muy pendiente de las

elecciones en el Estado de Sonora y por la forma en que se verificó la lucha, la personalidad de usted ha tomado altos relieves. Por eso es que sus amigos han pensado en usted.

—No son amigos míos los que adopten esa actitud, pues quienes lo hagan no pueden ser sinceros conmigo.

—¿Por qué no? Hace usted mal en pensar así de ellos. Usted puede ser un elemento muy viable y que satisfaga a la República que ansía el civilismo.

—¿Usted también? Deseche usted esa idea o amenguaría el gran cariño y respeto que por usted tengo. Por ningún motivo me prestaría para una pantomima de esa naturaleza.

—Y cortando la conversación con cierta brusquedad, el señor De la Huerta abandonó el salón de Palacio.

Sin embargo, Carranza, no quiso aceptar como definitiva tal actitud, y cuando posteriormente hubo junta de gobernadores en la que se supo que se iba a tratar la cuestión electoral y que había el propósito de presionarle, fue el único de los gobernadores que no asistió a ella.

Ya Carranza, con anterioridad, había querido sondear la actitud de De la Huerta ofreciéndole la cartera de Gobernación, pero este se negó a aceptarla aduciendo que tras de haber sido electo gobernador de su Estado, su aceptación significaría una burla al mandato del pueblo.

Hubo una junta secreta en Cuatro Ciénegas con la asistencia del señor Carranza y a la que asistió igualmente el ingeniero Bonillas. A tal junta fue invitado el señor De la Huerta por Roberto Pesqueira a quien el Presidente Carranza comisionó para que, a más de hacer la invitación con carácter urgente, ocupara provisionalmente el puesto de gobernador de Sonora. De la Huerta se negó a asistir a tal cita y no es improbable que en ella se haya incubado la candidatura del ingeniero Bonillas.

Calles, por su parte, no veía con buenos ojos la candidatura de Obregón y deseaba que don Adolfo aceptara la suya y lo derrotara.

La personalidad del señor De la Huerta había tomado gran fuerza porque en su puesto de gobernador de su Estado, tanto en la época preconstitucional, como interino, como en la segunda época cuando llegó al puesto por elección popular, fue un verdadero servidor del pueblo y un revolucionario sincero que trató, ante todo, de lograr el bienestar de las clases oprimidas y la protección de los trabajadores dictando, como se ha visto, leyes y decretos verdaderamente precursores de la legislación obrera.

Por otra parte, Carranza no quería a Obregón. Probablemente esa animadversión se originaba en celos que sentía por sus éxitos militares y Obregón, durante la campaña activa militar, nunca reconoció la dirección de la misma a Carranza; éste, que se sentía dotado de grandes facultades estratégicas (razón por la cual solicitó y obtuvo de Madero el nombramiento de ministro de la Guerra) resintió siempre aquello.

Se trataba simplemente de un error de apreciación de si mismo por parte de don Venustiano Carranza quien, fuera de estos aspectos, fue una figura respetable y un gran patriota.

Pero aquella rivalidad entre Carranza y Obregón ya se había puesto de manifiesto con anterioridad.

Cuando Calles gobernaba Sonora, el señor Carranza le ofreció que a la terminación de su período le daría una cartera y posterior mente cumplió esa promesa dándole la de Industria y Comercio; pero Calles, ya en México, se dio cuenta de que su paso por el gobierno era muy poco perdurable y que se trataba de una maniobra del señor Carranza para que no le antagonizara a Ignacio Pesqueira en su campaña por la gubernatura de Sonora. Calles entonces, para no afiliarse a la candidatura de De la Huerta, infló al general Miguel Samaniego, quien, como ha quedado referido, fue otro de

los candidatos. Y no es por demás hacer notar que los intentos de asesinato que sufrió el señor De la Huerta durante su campaña, y de los que hemos hecho relación en capítulos anteriores, fueron atribuídos por algunos el general Calles, pero tal versión es inaceptable dadas las buenas relaciones que existían entre los dos y más bien debe considerarse que fueron consecuencia del apasionamiento de los partidarios del general Samaniego y de los de propio general como puede concluirse de las anteriores relaciones.



Tercera parte



El movimiento de 1920

Posiblemente ningún otro sacudimiento nacional ha sido tan mal conocido ni tan mal interpretado como el que se originó por la actitud del presidente Carranza con respecto al Estado de Sonora y su gobernador constitucional, Adolfo De la Huerta.

Con frecuencia hemos oído la versión que pretende atribuir el origen y finalidad de tal movimiento a las ambiciones o legítimas pretensiones del general Álvaro Obregón, atribuyéndole el papel principal de originador y después de triunfador en tal movimiento y dejando para el señor De la Huerta un papel secundario y desairado.

Nada más lejos de la verdad.

Como se verá, por la relación que a continuación se hace, el presidente Carranza, contrariado con sus propósitos de hacer figurar a don Adolfo De la Huerta como candidato oficial a la presidencia de la República (actitud quizá bien intencionada, pero ciertamente no acorde con los principios democráticos), y convencido de que el señor De la Huerta no aceptaba el desairado papel de candidato oficial o de imposición, escogió para tal puesto al ingeniero Bonillas y comenzó la campaña para llevarlo a la primera magistratura de la nación, pese a ser persona carente de arrastre político y cuya personalidad, poco conocida en el país, le valió el famoso mote de Flor de Té.[1] A las indicaciones más o menos claras

1 Canción muy en boga en esa época, que decía: "Nadie sabe de dónde ha venido, ni cuál es su nombre, ni dónde nació.

que don Adolfo recibió del gobierno del centro para que auspiciara y favoreciera la candidatura del ingeniero Bonillas, el gobernador de Sonora contestó que garantizaría la más completa libertad en el ejercicio del sufragio, pero que en ninguna forma favorecía candidatura alguna ni trataría de torcer o influenciar el voto popular ya que precisamente uno de los postulados básicos del movimiento en que tanto él como el señor Carranza habían militado, era el de la efectividad del sufragio.

Y nuevamente encontramos el choque entre quienes consideraban tal postulado como algo elástico y susceptible de matices y quien lo consideró siempre como inconmovible, intocable e invariable.

Don Venustiano Carranza (como otros antes y después que él) pretendió, con la mejor intención del mundo, suplantar la voluntad popular por la suyo propia. Pretendió escoger él mismo a su sucesor en la presidencia de la República y para ello hizo su junta de gobernadores y expidió sus instrucciones referentes a la campaña. Pero en el Estado de Sonora se encontró con un gobernador que consideró siempre los principios democráticos no como recurso de oratoria ni como algo variables según las circunstancias, sino como un credo firme y sincero por el que se deja al pueblo la elección de sus mandatarios.

Por otra parte, el señor Carranza quizá no llegó a comprender la negativa del señor De la Huerta a aceptar figurar como candidato oficial. Pocas personas llegaron a conocer a fondo la absoluta rigídez con la que el señor De la Huerta siguió, en toda su vida y en todos sus actos, la observancia de los principios democráticos. Y el resultado fue que el presidente Carranza encontró un obstáculo a sus bien intencionados pero antidemocráticos planes, en la persona del gobernador de Sonora y puesto que no pudo ganárselo, tomó una actitud agresiva.

Aquella actitud se tradujo en una serie de actos hostiles del gobierno del centro en contra del de Sonora que culminó en la orden de reapertura de la campaña en contra de la tribu yaqui que don Adolfo había pacificado antes; pacificación que había sido aprobada y aun aplaudida por el propio presidente Carranza.

Nada más injusto ni menos necesario. El señor De la Huerta, tanto cuando ocupó provisionalmente la primera magistratura del Estado, como cuando llegó a ella por elección popular, trató con los indios su pacificación y la logró. Los yaquis le conocían, sabían que era su amigo y que estaba dispuesto a impartirles justicia y ya hemos visto cómo, tan pronto como supieron que él gobernaba, se acercaron a proponer la paz.

La actitud del presidente Carranza, ordenando la inmediata reapertura de la campaña con la tribu, era un bofetón a los arreglos del señor De la Huerta y era, además, una orden inmotivada, cruel, y que iba a reanudar la larga lucha entre yaquis y yoris en la que tantas vidas se habían sacrificado inútilmente.

La orden fue dada al general Juan Torres S., jefe de las operaciones militares de Sonora; pero ese militar, consiente de lo arbitrario y perjudicial de ella, se negó a acatarla. Entonces fue cesado en sus funciones y se nombró en sustitución al general Juan José Ríos, quien recibió órdenes ya no solamente de reabrir la campaña del yaqui, sino de deponer al gobernador constitucional don Adolfo De la Huerta y dar posesión de la primera magistratura del Estado al general Ignacio L. Pesqueira como gobernador militar; el mismo que había figurado como candidato y que había sido derrotado en los comicios por el señor De la Huerta. El mismo "gallo" del señor Carranza al que De la Huerta le "había pegado" según él mismo dijo al presidente Carranza en ocasión ya referida. La deposición ordenada no había sido precedida

por decreto del congreso en que se declararan desaparecidos los poderes del Estado de Sonora y era, por lo tanto, un atentado de los poderes del centro en contra de la soberanía del Estado de Sonora.

Tanto el congreso local como todo el pueblo de Sonora se rebeló contra aquel atropello. El general Calles, tan pronto como tuvo conocimiento de los hechos, salió de la capital para ir a Sonora a ponerse a las órdenes del gobernador De la Huerta.

La situación requería medidas extremas y se elaboró el Plan de Hermosillo que después, por condescendencia del señor De la Huerta para el general Calles, se llamó de Agua Prieta.

¿Y Obregón? ¿Que hacía mientras tanto Obregón? ¿No fue él quien inició aquel movimiento y al cual De la Huerta simplemente se afilió según las versiones de algunos dizque historiadores?

Ya vamos a ver cual fue la realidad de los hechos.

Al aproximarse las elecciones presidenciales de 1919, siendo candidato Obregón, llegaron a Sonora el teniente coronel Morales y Siller y los oficiales comisionados por la Secretaría de Guerra, con el propósito ostensible de dar instrucción militar en las escuelas, aunque, de hecho, iban a desarrollar una labor de carácter político adversa a los intereses del general Obregón.

El gobernador De la Huerta, no teniendo conocimiento más que de la finalidad oficial de aquella visita, ordenó se les acondicionara una habitación junto a la imprenta oficial del gobierno de Sonora, en la planta baja del Palacio de Gobierno. En tal lugar despachaban sus asuntos militares y, por causa de la vecindad, hicieron amistad con los operarios y empleados de la imprenta.

Ya iniciada la campaña política, el general Obregón envió al señor De la Huerta, mensaje concebido más o menos

en los siguientes términos: "A la noche tendré el gusto de abrazarte". Tal mensaje resultaba indiscreto por lo menos, dado el puesto de jefe de gobierno de Sonora que ocupaba el señor De la Huerta. Naturalmente, don Adolfo no asistió a la recepción que se le hizo al general Obregón en la estación ni al mitin que posteriormente se celebró en Hermosillo. Terminado éste y después de que la multitud se había dispersado, el señor De la Huerta siguiendo su costumbre, fue a dar unas vueltas al parque para hacer ejercicio. Allí encontró al general Obregón sentado en una banca acompañado de algunos de sus íntimos amigos. Obregón ni siquiera se levantó para saludarlo.

—El pueblo no necesitó de su gobernador —dijo— para manifestarme su simpatía.

—Mi presencia —replicó De la Huerta— habría perjudicado la celebración del mitin porque le habría dado un sello de aprobación oficial. Yo no puedo hacer esas cosas, pues tengo la obligación de ser imparcial, absolutamente neutral.

—Tan neutral como esto —replicó Obregón a la vez que entregaba al señor De la Huerta un volante que, según parece, había sido impreso en la imprenta oficial del Estado y en el que se hacía propaganda a la candidatura del general Pablo González.

Don Adolfo leyó el volante y, como era natural, protestó no saber nada sobre el particular ni haber tenido ingerencia alguna en ello.

—¡Se te iba a escapar esto, hecho en tu propia imprenta!

La actitud del general Obregón fue tan descortés y tan injustificada, que el señor De la Huerta se alejó casi sin despedirse.

Al día siguiente se presentó en el Palacio de Gobierno el general Obregón acompañado de varios de sus amigos para reclamar al gobernador De la Huerta el hecho de que a sus acompañantes se les habían subido las contribuciones por

ser obregonistas. El señor De la Huerta explicó que aquel cargo era completamente falso y que de recargo de 25 por ciento que se había impuesto a algunos contribuyentes morosos, era una disposición general que había sido aplicada con absoluta justicia y sin tener en consideración credo político alguno. Obregón no quedó satisfecho con tal explicación y poco después abandonó el Estado sin despedirse del gobernador De la Huerta.

Queda establecido así que las relaciones entre el señor De la Huerta y el general Obregón distaban mucho de ser cordiales en aquellos días. Veamos ahora qué hacía y qué pensaba el general Obregón mientras el gobierno del centro hostilizaba al de la Sonora.

Poco después de los acontecimientos referidos, el general Obregón tuvo que acudir a la capital al llamado del juez ante quien se le había consignado porque se decía que habían sorprendido correspondencia entre él y el general Cejudo, que se hallaba levantado en armas.

El tal proceso era, con toda probabilidad, una maniobra discurrida por el presidente Carranza para inhabilitar al general Obregón, pues ya se ha dejado aclarado que Carranza estaba dispuesto a impedir que Obregón llegara al poder.

Ciertos o falsos los cargos, el caso es que el juez citó a Obregón y éste se encontraba en México cuando las relaciones entre el centro y Sonora hicieron crisis.

Al tener conocimiento Obregón de los acontecimientos, lo primero que pensó, conociendo el carrancismo del señor De la Huerta, fue que se trataba de una farsa, de una pantomima que lo dejara a él (Obregón) en situación difícil. Después, cuando ya se convenció de que era sincera la actitud del señor De la Huerta, la censuró, como censuró la del resto de los sonorenses porque, decía, no se le había avisado a él y se le exponía a que se supusiera que alguna relación existía entre él y los sonorenses, lo que complicaría su caso.

En tales condiciones, y cuando al fin le llegó el enviado Alejo Bey (que por diversas razones se había detenido en el camino) llevándole las aclaraciones y explicaciones, desechó Obregón todas aquellas suspicacias y resolvió abandonar la capital, saliendo de México en la forma que es bien conocida, pero es interesante hacer notar que se embarcó en compañía de los ferrocarrileros: Margarito Ramírez, que hasta hoy disfruta aún del valimiento político derivado de aquella ayuda que prestó a Obregón y otro ferrocarrilero a quien apodaban El Borrego, mencionado por Víctor Hernández en su obra de reciente publicación referente a la escapatoria de Obregón. El Borrego fue asesinado más tarde. Sobre el particular hay varias versiones, pero es evidente que el interesado desapareció víctima de un atentado.

Obregón fue acompañado de Luis Morones hasta el Estado de Guerrero. Parece que Morones se desprendió de su lado para ir a Acapulco en busca de barco que saliera para el norte. Obregón fue hallado por el general Maycotte en forma que ya ha sido relatada con anterioridad. Y como Carranza ordenara a Maycotte que entregara a Obregón, y Maycotte se negó a hacerlo, ya quedó éste en calidad de rebelde.

Por su parte Obregón, bajo la protección de Maycotte, lanzó el manifiesto aquel al que se refiere Vasconcelos, en el cual desconocía la Constitución de 1917 tratando de volver a la de 1857. Posteriormente, alguien le llamó la atención sobre esa actitud inconveniente y él suprimió el desconocimiento de la Constitución de 1917. Algún tiempo después el señor De la Huerta le preguntó por qué había hecho aquello y Obregón explicó:

> Hombre; pues lo primero que se le ocurre a uno La mayor parte de la gente atribuía a Carranza la Constitución de 17 y por más que sepamos algunos que no fue así, que él no estaba de acuerdo con los principios establecidos en nuestra Carta Mag-

> na, de todos modos era bandera del carrancismo y yo, que me consideraba contrario a Carranza, pues no podía reconocer ese documento.

Esa fue su explicación; pero más de creerse es que haya tenido ciertos compromisos con elementos de dentro o fuera del país para echar por tierra los principios avanzados de la Constitución de 1917.

Morones, que logró embarcarse en Acapulco, llegó a Sonora con el manifiesto aquel de Obregón tratando de reproducirlo allá, pero De la Huerta se lo impidió recogiéndole el original que llevaba, lo que contrarió mucho a Morones quien entonces pretendió dar conferencias en Cananea, cosa que tampoco le fue permitida pues era claro que llevaba orientaciones equivocadas.

Obregón, como se ha dicho, corrigió su error y en su segundo manifiesto, el de Chilpancingo, que puede encontrarse en el libro *Sonora y Carranza* , y que lleva la fecha de 30 de abril de 1920, dice en la parte conducente:

> ...y a este conflicto que fue provocado para el Estado de Sonora, han respondido las autoridades y los hijos de aquel Estado, con una dignidad que ha merecido el aplauso de todos los buenos hijos de la patria me pongo a las órdenes del C. Gobernador constitucional del Estado Libre y Soberano de Sonora, para apoyar su decisión y cooperar con él, hasta que sean depuestos los altos poderes: el Ejecutivo por los hechos enumer ados antes etc.

Obregón no fue, por lo tanto, iniciador del movimiento de 1920 sino que como él mismo lo reconoce, respaldó la actitud de las autoridades y de los sonorenses ante los ataques del centro y se subordinó al gobernador constitucional don Adolfo De la Huerta.

La subordinación del general Obregón al jefe del movimiento de 1920, Adolfo De la Huerta, fue efectiva y constante, por más que al entrar a la capital existió el Pacto de Chapultepec por el cual Obregón se comprometió a apoyar y apoyó, hasta donde pudo, la candidatura del general Pablo González para la presidencia interina.

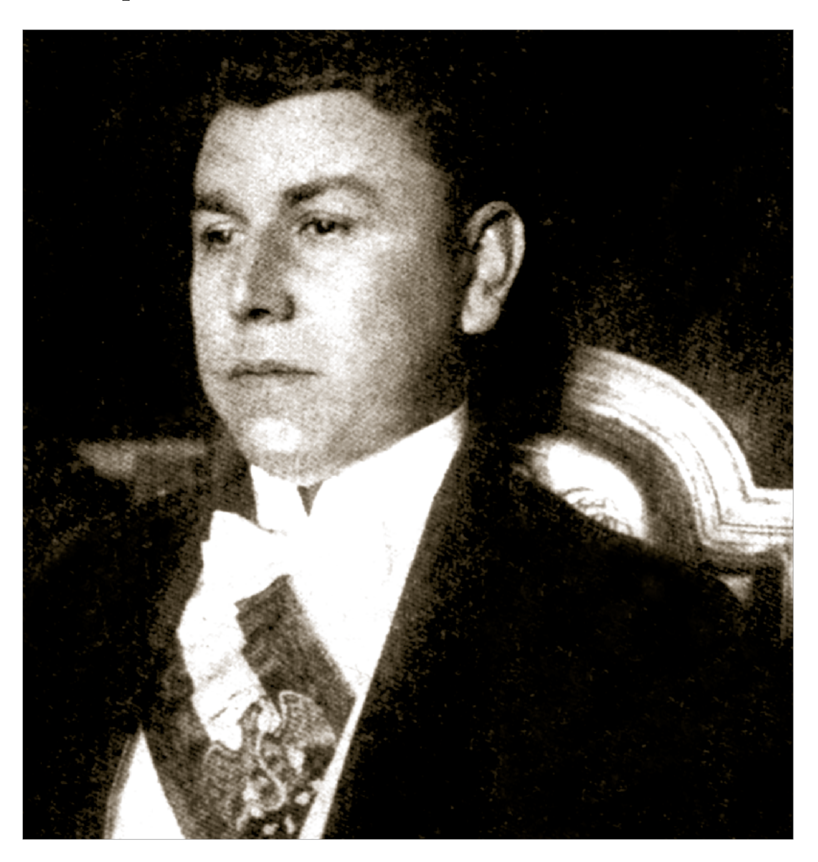
Y aunque ya en otra parte de esta obra se hace relación de ello, no es por demás recordar que en aquellos momentos, a la entrada en la capital de las fuerzas que apoyaban al señor De la Huerta, don Pablo González contaba con 22 000 hombres, en tanto que Obregón no contaba ni con un millar. Militarmente, por tanto, Pablo González era el amo de la situación y Obregón secundó de buena gana el proyecto de llevarlo a la presidencia interina probablemente considerando también que de esa manera lo eliminaría como contrincante de peligro en las siguientes elecciones para presidente constitucional. Pero no contaba el general Obregón con el sentir del congreso y a pesar de que el señor De la Huerta había enviado una terna formada por los señores don Carlos B. Zetina, don Fernando Iglesias Calderón y el general Antonio I. Villarreal para que de ella se escogiera al presidente interino, el congreso votó por 224 votos contra 22 en favor del señor De la Huerta.

Tan seguro se había sentido Pablo González de su designación que, como se ha dicho ya, nombró su gabinete.

En cuanto al general Obregón, al que se ha querido reconocer como cabeza o jefe de tal movimiento de 1920, ya vemos que ni militarmente, pues no conta ba con elementos para ello, ni políticamente, fue factor decisivo y que en lo que se refiere a la designación del señor De la Huerta como presidente interino de la República, no solamente no tuvo nada que ver con ello el general Obregón, sino que hizo lo que pudo para que la designación fuera en favor de Pablo González.

El señor De la Huerta tomó posesión de la presidencia el día 1o. de junio de 1920 y la ocupó hasta el 30 de noviembre del mismo año. Exactamente seis meses. ¿Qué podía hacer un presidente interino en ese cortísimo plazo y recibiendo en sus manos el gobierno de un país que hervía con rebeldes por todas las regiones y se hallaba exhausto de recursos económicos?

Veamos lo que en el curso de esos seis meses hizo el presidente provisional don Adolfo De la Huerta.



En la silla presidencial y con la banda tricolor cruzando su pecho,
don Adolfo de la Huerta muestra claramente su juventud,
pese a lo cual fue un Presidente extraordinario



Don Adolfo de la Huerta, electo Presidente provisional por el Congreso, sale del Palacio Legislativo después de prestar la protesta de ley



A la salida del Congreso, don Adolfo portando la banda tricolor que le ungió como Presidente provisional de la República

El Plan de Agua Prieta, originalmente de Hermosillo, tiene por fecha el 23 de abril de 1920. Don Adolfo De la Huerta ocupó la presidencia interina de la República el 1o. de junio del mismo año, es decir que el movimiento que derrocó al gobierno de Carranza, duró un mes y siete días. Eso debe ser índice claro del respaldo unánime que tuvo la actitud legalista del señor De la Huerta. Todo el pueblo de México estuvo con él.

Pero la República entera estaba llena de levantados en armas que el señor Carranza no había podido ni vencer ni convencer en dos años. Don Adolfo De la Huerta pacificó todo el país exactamente a los dos meses de tomar posesión de la presidencia de la República. Eso es otra prueba evidente de la fuerza enorme de su personalidad, de su prestigio y de su irresistible popularidad.

No existe en la historia de México otro caso semejante.

Pero dejemos que el ilustre sonorense refiera en sus propias palabras cómo pudo efectuar aquel milagro.

La situación del país —dice su dictado— en las postrimerías del gobierno de Carranza, era verdaderamente caótica. Había levantados en armas por toda la República y todos encontraban simpatía y apoyo pues el ambiente en todo el país era muy desfavorable para el señor Carranza. Ello no se debía a su actuación, sino a la de los que le rodeaban y que eran los que en realidad gobernaban, llevándolo al desastre.

En las huastecas estaba levantado el general Peláez; las cuatro partidas de los "mapaches" en Chiapas y el general Alberto Pineda O.; en Veracruz había más de catorce mil hombres levantados en armas; los coras, los mayos, los zapatistas que acechaban constantemente la ciudad.

El señor Carranza se agotó muy pronto. Era mayor de lo que se creía pues nació en el año de 1850 como puede

confirmarse por los datos de la *Enciclopedia Espasa*; de manera que en 1920 tenía 70 años. Había trabajado mucho como gobernador del Estado de Coahuila y después, durante la revolución constitucionalista. Dormía poco y se excedía en actividades amorosas, fomentados por algunos que buscaban así gozar de influencia cerca de él.

Yo hago la distinción entre fuerza política y la influencia cerca de un gobernante. Fuerza política tiene el hombre que cuenta con el respaldo del pueblo, de las agrupaciones políticas. La influencia es el favor que se consigue en una u otra forma de los que están en el poder.

Decía que la situación era realmente insostenible. El que se levantaba en armas en un Estado, sabía que encontraría apoyo en el pueblo, pues el antagonismo para el carrancismo era tremendo. ¿Cómo explicar, si no, que por dos largos años estuvieran todas las numerosas partidas teniendo en jaque al gobierno?

Así es que cuando vino el conflicto de Sonora, todos se fueron al lado de la opinión predominante, que era como irse a "la cargada". Carranza tuvo tiempo y oportunidad de componer la situación; amigos hubo, entre ellos yo mismo, que se lo dijimos, pero tenía a su lado elementos que parecían tener el don de errar; era una verdadera "jettatura" y cada disposición sugerida por ellos, o emanada de ellos, dados los altos puestos que disfrutaban, era una verdadera provocación. Por eso cuando me tocó verme en aquella posición antagónica al señor Carranza, por quien sentía verdadero afecto, respeto y cariño originados en su actitud al principio de la lucha del constitucionalismo, me sentía verdaderamente apenado; pero vinieron los acontecimientos de los que ya he hablado y no me dejaron alternativa.

En cuanto a la pacificación del país, hay que tener en cuenta que yo me había acreditado como elemento que dentro del carrancismo había cumplido. No había provoca-

do ninguna de aquellas explosiones populares, sino por el contrario, me consideraban como una especie de hombre de paz, de concordia, de confraternidad general nacional debido a mis actuaciones anteriores, tanto frente a la Secretaría de Gobernación, como frente al gobierno del Estado de Sonora, en que me había dado a conocer.

En esas condiciones, con esos antecedentes y la buena suerte que tuve (porque en realidad el factor suerte, que muchos descartan, vino a ponerse en mi favor), pude lograr mi objeto. Y al referirme a la suerte he de decir que ello consistió en que muchos elementos que habían sido amigos míos años atrás, los vine a encontrar en el campo rebelde, como fue el caso de Peláez. Yo nunca me había dado cuenta de que el general Peláez fuera un antiguo compañero mío de escuela en donde nos tuvimos mutua estimación.

Era Peláez un hombre muy serio, muy correcto, muy medido en su trato; se le conocía como amigo leal, amigo sincero. Yo lo perdí de vista y no supe de él después que me alejé de México con motivo de la muerte de mi padre que me obligó a volver a Sonora.

Mucho después, cuando ya la situación de Sonora con relación al centro se hacía cada vez más tirante, supe que había llegado a Sinaloa un individuo que hacía propaganda pelaecista. Lo hice seguir y observar. Cuando llegó el rompimiento lo mandé llamar y le dije que invitara al general Peláez a unirse a nuestro movimiento de protesta. Entonces supe por él que el general hablaba de mí como un antiguo compañero de colegio y me vino a la memoria, en aquella forma especial de pasar lista de entonces: "Peláez Manuel". Pues ese era el general Manuel Peláez; el mismo a quien había tratado en la escuela y con quien me había unido mutua estimación. Inmediatamente que recibió mi indicación se puso a las órdenes de Arnulfo Gómez, como yo se lo había dicho, pues éste era el jefe de operaciones en Tamaulipas y

ya había reconocido el movimiento de Sonora sometiéndose a la jefatura provisional que tuve yo.

En el sur, donde estaban los llamados "mapaches" levantados en armas desde tres o cuatro años atrás, los "sancristobalistas" que defendían el punto de que la capital de Chiapas debía ser San Cristóbal, y Alberto Pineda O., que también se encontraba entre ellos como jefe de gran ascendiente. De la misma manera estaba otro ex condiscípulo mío, Agustín Castillo Corzo, al que tampoco había identificado con el "Castillo C., Agustín" de las listas escolares, pues no sabía a qué correspondía aquella inicial y al oír hablar de Castillo Corzo, el segundo apellido me desorientaba y no lo identificaba, hasta que posteriormente un periodista chiapaneco, Raúl Marina Flores, con quien platicaba, me dijo que éste era hermano del Castillo Ciro; eran dos hermanos: Castillo Agustín y Castillo Ciro, pero lo de Corzo no lo sabía yo y por eso no los identificaba. Ya con el informe de Marina Flores me dirigí a él, y como desde la escuela me tenía confianza, porque conocía mi moral y mi manera de ser, al recibir mi invitación para que viniera a México a hablar conmigo, tan pronto como recibió el salvoconducto respectivo se vino a mi lado y fue el que me sirvió para entenderme con los demás, con Tiburcio Fernández, Fausto Ruiz, a quien llamaban el Pancho Villa chiapaneco, el general Velázquez. No así con Alberto Pineda O., que actuaba separadamente de estos señores que eran los apodados "mapaches" y a ninguno de los cuales obedecía. El era jefe único de la región donde operaba al frente de 1 800 hombres. Era muy querido y estimado en la región.

En cuanto a Villa, yo lo había tratado desde Tucson donde nos conocimos. Desde la revolución de 1910 él había sabido quién era yo y yo quién era él, pero no habíamos tenido oportunidad de encontrarnos. Además de las relaciones que en aquella ocasión entablamos, hubo la circunstancia poste-

rior de que Carranza tuvo noticias por Alfredo Breceda de que se sospechaba que Villa pretendía desconocerlo y me mandó a Chihuahua a investigar tales rumores y a aplacar a Villa en caso de que fueran exactos. Fui a verle y en forma clara y abierta le dije lo que me llevaba allí. Le dije que había rumores y ellos habían llegado hasta la primera jefatura, que no estaban de acuerdo con la lealtad que se esperaba de un general a quien se consideraba como un subordinado. Aquella primera entrevista la sostuvimos en la casa de Fidel Ávila. Estuvo presente el hoy general Andalón que estaba como en calidad de guardia. Después que hablé con Villa claramente, él me dijo:

—Pues me hace un gran servicio. Usted sabe que me gusta mucho que me hable así, muchachito; porque mi propósito es seguir jalando parejo con el jefe y posiblemente haya hecho yo algo de lo que no me he dado cuenta.

—Pues hay esto —contesté—; en primer lugar, sus fuerzas no gritan ¡Viva Carranza!

—Pues yo no les puedo decir; ellos son los que gritan; son mis amigos.

Por supuesto, omito muchos detalles. Al primer intento de mi parte para que reconociera la primera jefatura y sobre todo que atendiera mis indicaciones, noté que se movía, así con una especie de estremecimiento y se quedaba mirándome fijamente como para escudriñar la sinceridad de mis intenciones. Pero luego que se convenció de que lo único que yo quería era coordinar la acción de él a la de la primera jefatura y que no deseaba para él más que su bien, y varios otros puntos, detallitos pequeños que le dije, que eso era lo que me parecía haber oído decir; que el señor Carranza no daba crédito a esos rumores, y que por eso me había mandado, sabiendo que yo tenía amistad con él, para desvanecer esas apreciaciones injustas y aconsejarle a fin de que no incurriera en esos errores que daban lugar a comentarios desfavorables

sobre su actitud. Así fue como, con toda claridad, le dije mi misión, para no tomar el carácter de un informador secreto, de un espía cerca de él, sino de un amigo que abiertamente iba a cambiar impresiones para, como encargado de la Secretaría de Gobernación, señalarle los lineamientos políticos que debiera él seguir para la buena marcha y la unificación de la causa. Le cayó bien todo aquello y estuvimos hasta las tres de la mañana platicando. A esa hora se despidió de mí, subió a su carro y se fue para el sur. Yo me volví a casa. Esa fue la primera entrevista.

Posteriormente, en Chihuahua hubo algún mal entendimiento pasajero de parte de los "dorados" por defender yo al general Obregón a quien varios, que habían venido disgustados con Álvaro, le habían formado una atmósfera pesada. Estuvieron a punto de liquidarme en el Foreign Club. El que después fuera general Santos Coy, en aquel entonces teniente coronel, encargado accidentalmente del Estado Mayor, se interpuso cuando dos de ellos, pistola en mano, intentaban liquidarme porque decían que era yo agente de Obregón y no toleraban que nadie, en la División del Norte, en el territorio dominado por ellos, hablara bien del general Obregón.

Posteriormente, en Torreón, me volví a encontrar. Carranza se había ido a Durango dejándome a mí en el hotel Salvador un cuarto para que aparentara vivir allí, teniendo mi residencia en otro sitio. Tal consejo me dio él por conducto de un agente de apellido Villavicencio. Yo seguí su indicación.

El cuartel general de Villa estaba enfrente y allí estaba también Ángeles; y diariamente, a las diez en punto de la mañana, Villa venía a la banqueta del hotel Salvador a platicar conmigo. Le acompañaba siempre una especie de asistente o mozo que se sentaba a la orilla de la banqueta mientras nosotros dábamos vueltas o nos recargábamos contra

los muros del hotel o también nos sentábamos en la orilla de la banqueta charlando, charlando...

Era la época de sus confidencias y mis consejos. Confidencias de él y apreciaciones mías sobre cada uno de los actos de su vida pasada que me relataba y mis indicaciones de cómo debía normar su conducta. Y estuve como dos meses así. Carranza estaba en Durango.

Hubo momento de situación embarazosa para mí cuando supe que se trataba de detener al señor Carranza en Torreón a su paso para Coahuila. Le mandé informar con don Luis Meza Gutiérrez sobre esos rumores, tratando de inclinarlo a que se marchara a Sinaloa, se incorporara con las fuerzas de Sonora y Sinaloa y se fuera a México por aquella vía.

Pero Carranza no atendió mi indicación sino que se vino a Torreón pasando a la madrugada (como yo le aconsejé). Yo le había dicho: "creo que lo mejor que usted puede hacer es marcharse a Sinaloa, pero en caso de que decidiera a pesar de estos informes que están confirmados por Urquizo, regresar por acá, la mejor hora para que pase usted casi sin sentido es la madrugada". Yo le aconsejaba así porque a diario había francachelas y todos los jefes dormían hasta las nueve o diez de la mañana.

Quienes proyectaban detener al señor Carranza eran Villa y Ángeles. Lo oí uno de esos medios días en que iba a deshacer la cama para aparentar que había pasado allí la noche, según el consejo de Carranza. Era la época de calores y las ventanas estaban abiertas en todas las habitaciones del hotel Salvador. En el cuarto contiguo oí a dos generales que platicaban en voz alta.

—¿Pero no lo van a quebrar?

—No, no; si no se trata de hacerlo desaparecer; únicamente lo vamos a detener aquí para que no siga estorbando a mi general Villa y al general Ángeles, quienes tomarán el

mando de la revolución, de la campaña y ya cuando esté la mesa puesta en México, entonces que vaya el viejo.

Oí aquello con toda claridad. Carranza cometió la imprudencia de llamarme al telégrafo diciéndome: dígame todo lo que sepa de esto. Y yo, ingenuamente había redactado un mensaje ampliando los informes que le había enviado por conducto de don Luis Meza Gutiérrez. Pero al dar el mensaje a un telegrafista, cuyo apellido recuerdo que era Llamas, me dijo: "Señor De la Huerta, ¿cómo pasa usted un mensaje así? Aquí lo van a liquidar, porque es contra Villa y aquí todos son villistas".

—Bueno —le dije—, pero usted no me va a denunciar.

—Yo no, pero los demás lo oyen; y todo el camino; toda la línea es villista. Yo soy el único partidario de ustedes.

Dándole las gracias me comí el mensaje y envié otro diciendo: confirmo informaciones comunicadas por mi enviado. Situación exige mi salida a Saltillo de donde le informaré. Respetuosamente. Oficial mayor encargado de la Secretaría.

En esa forma, pensaba yo, si me cogen ese telegrama, como lo van a hacer, digo que la situación a que me refiero es la de Coahuila, que como encargado de Gobernación, necesito estar allá y que la situación de allá es la que exige que yo salga inmediatamente. Pero no se la tragaron y me vi en dificultades. Parece que hubo una decisión, no sé de quién, de mandarme a "dar una vueltecita" por los alrededores de Torreón en compañía de Rodolfo Fierro para hacerme desaparecer. Efectivamente, Fierro vino por mí y ya me conducía con toda tranquilidad al exterior de la ciudad cuando una circunstancia milagrosa me salvó.



Tras de aquel rostro juvenil había una gran madurez, un talento sereno y una voluntad inflexible, todo al servicio de la patria.



D. Adolfo de la Huerta en compañía de los Grales. Peláez, Hill, Calles y Alvarado



Don Adolfo de la Huerta con el Lic. Miguel Alessio Robles, su secretario particular, durante el interinato

(Aunque en esta ocasión el señor De la Huerta no la relató, sabía el que esto escribe, que al pasar por una cantina, don Adolfo reconoció a uno de los caballos atados afuera, como el de un general que le tenía particular aprecio y pidiendo a Fierro permiso para echarse un trago, penetró en la cantina, obtuvo la intervención del general aquel y gracias a ello pudo escapar con vida).

Escapé de Torreón escondido entre dos cajas de timbres en el carro-correo, pues el jefe de las armas me negó salvoconducto. Llegué a Saltillo y con la clave del Lic. Acuña, que actuaba como gobernador de Coahuila, me comuniqué con el señor Carranza confirmándole mis informes y aconsejándole la forma de hacer el viaje.

Carranza escogió venir en la madrugada y escapó por verdadero milagro, pues estaba arreglado que lo detendrían.

Todos estos antecedentes con Villa me dieron cierto ascendiente en su ánimo; esas pláticas, ese papel de consejero, de hermano mayor que yo tuve con él por dos meses, primero en Juárez, después en Chihuahua y finalmente en Torreón. Él ya me había conocido y sabía yo que frecuentemente decía: "El único que vale de esos, es De la Huerta".

En otra ocasión estuve con él en Douglas, Arizona. Hubo una comida en casa de Pancho Elías y en la noche había una fiesta en una manifestación de Agua Prieta. Yo había oído algo que no me gustó. No se atrevían a hablarlo delante de mí, porque sabían que yo reprobaría cualquier intento de traición contra Villa. No sé si Obregón estaba en el asunto, si era cuestión de Calles o si era resolución conjunta, pero yo sospeché algo. Veía algo contra Villa y, estando con él en el Country Club, donde fuimos a tomar unos *higballs*, me dijo:

—Oiga, muchachito, ¿conque nos vamos a ver ahora en la noche allá en Agua Prieta?

—No, mi general.

—¿Por qué?

—Pues no me siento bien.

—Y ¿qué es lo que va a haber allí?

—Pues no sé, estoy desconectado; y mi consejo es que no vaya usted tampoco.

—¡Hombre, me latía!... por eso le pregunté a usted. —Y se me quedaba mirando fijamente.

—Así es que ¿no vamos?

—No, mi general; no vamos ni usted ni yo.

—¿Sabe usted algo?

—No; nada absolutamente, pero no me gusta. Es corazonada, si usted quiere.

—Yo también la tengo y no vamos.

—Pues nos quedamos platicando aquí.

Y hubo muchos insultos para Villa allá del otro lado.

Todos esos antecedentes y muchos otros que no relato, pesaron en el ánimo de Villa y tan pronto como supo del rompimiento entre Sonora y Carranza, se puso a mis órdenes desde Santa Isabel. En esa ocasión le ordené que con 50 hombres pasara a Hermosillo, pero algo debe haberle alarmado, no recuerdo si en Pilar de Conchos o en Cuchillo Parado, me envió una llamada; yo estaba ya en la presidencia:

—Lo saludo —no me pidió identificación en esa ocasión— y quiero decirle que estoy a sus órdenes y que con usted sí me rindo.

—Usted no se rinde con nadie —le contesté—, véngase a hacer la paz conmigo. Pero al rato me dijo:

—No puedo hacerlo.... No puedo seguir porque me están haciendo traiciones (así, en plural), pero yo sé que no es usted.

Y no supe más hasta quince días después que hizo la travesía aquella famosa del desierto y se presentó en Salinas y en la mañana me llamó por teléfono, pero entonces sí quiso que me identificara. El primer punto que tomé para identificarme fue decirle:

—Con el ingeniero Torres le mandé a usted una carta y mi retrato.

—¿Quién es el ingeniero Torres?

—Elías Torres, que vino a verme diciéndome que era muy amigo de usted.

Yo lo había despachado como buena hoja después del primer intento que había hecho Villa de ponerse al habla conmigo, es decir, de la corta conferencia que terminó cuando me dijo que estaban traicionándole; y efectivamente, Calles había pasado por Torreón en su viaje a Sonora, en uso de licencia, para el arreglo de asuntos particulares y dejó instrucciones a los jefes militares de allí y también a Nacho Enríquez para que le tendieran una celada a Villa en su intento de ponerse al habla conmigo, y sin tener yo conocimiento alguno de ello. Seguía con su propósito de hacerle desaparecer como, creo yo, lo intentaban en Agua Prieta.

Ya entonces me reiteró su deseo de rendirse y yo volví a pedirle que viniera a hacer la paz conmigo, ya que no había más que buena voluntad para él de mi parte. Entonces él dijo:

—Sí; solamente quiero señalar las condiciones; no por mí, que estoy incondicionalmente a sus órdenes, sino por mis muchachos. —Y yo le ofrecí entonces un año de haberes y tierras para que se dedicaran a la agricultura, continuando ese año como fuerzas irregulares, listas para el primer llamado y él con una escolta de cincuenta hombres debería ir a Canutillo, creyendo yo que tal hacienda era propiedad de la nación porque me había informado el propio Elías L. Torres que esa hacienda le había gustado a Villa: que había sido de Urbina y que, naturalmente, desaparecido Urbina, había pasado a Bienes Nacionales. Aquella información resultó inexacta y después aparecieron los dueños, unas señoritas de apellido Jurado a las que se liquidó el valor de la finca según peritaje. Se les pagaron 700 000 pesos que era el valor real de la propiedad en aquellos tiempos.

Villa, al principio, no quería; dijo que él se iba a vivir a su ranchito cerca de Santa Isabel, que aunque pequeño, allí quería vivir, pero a mí no me convenía que fuera a residir en Chihuahua, pues tenía allá muchos enemigos que podían en cualquier momento, liquidarlo, y yo podía aparecer como responsable. Por eso insistí en que se fuera a esa hacienda, que me habían pintado como separada de todo contacto con el resto del mundo y donde podría defenderse con los cincuenta hombres de su absoluta confianza y que formaban parte del ejército, de manera que serían pagados por la nación. Yo quería hacerle efectivas las garantías que le había prometido. Entonces me dijo:

—Yo quisiera que todos esos tratados estuvieran en papel, por mis muchachos. Yo, ya sabe, conociéndolo como lo conozco, no tengo desconfianza, pero siempre, mañana o pasado desaparece usted del gobierno, deja usted la presidencia y entonces queremos tener una seguridad.

—Entonces voy a mandarle a usted a un amigo mío, a Eugenio Martínez.

—¿Quién es Eugenio Martínez? —preguntó.

—El general —le contesté—, el general que lo estuvo combatiendo.

—¿Usted tiene absoluta confianza en él?

—Absoluta. Puede usted tratarlo como si fuera yo mismo a él va en mi representación a firmar esas condiciones que están en los mensajes que nos hemos cambiado.

—Muy bien.

—Llamé a Eugenio Martínez y le expliqué su comisión.

—Viejo —me dijo—, pero ¿no sabe usted que esas son las de Villa? ¿Cómo va usted a confiar en las palabras de Villa? Esa es una tanteada. Eso es para que lo dejen engordar allá en Salinas, donde está.

—No; a mí no me engaña; a mí me está diciendo la verdad.

—No; eso no es posible. No hay que tenerle confianza.

—Pues yo sí se la tengo y usted se la va a tener también y va a atender estas órdenes: se translada usted con una escolta de cincuenta hombres únicamente y va a presentarse con él a firmar, en mi representación, con la credencial que se le expedirá, las condiciones que he pactado con Villa.

—Muy bien —dijo—, lo único que le pido es que me autorice para que, desde cada estación de importancia, le telegrafíe a usted a ver si no hay cambio de instrucciones.

—No habrá, pero de todos modos queda usted autorizado.

Y me fue telegrafiando así hasta llegar a Monclova, de donde recibí su último telegrama. Oficiosamente se le unió el general Gonzalo Escobar, que andaba por esa región.

Así fue como firmé la paz con Villa.

Ya Martínez les acompañó hasta los lugares que yo les había designado para su residencia, próximos a Villa, para que ese ejército de seiscientos y pico de hombres, todos de comprobada lealtad para Villa, le sirvieran de resguardo también. Y así fue como repartí igualmente tierras en las cercanías de Canutillo y en Canutillo mismo, donde quedaron unos cincuenta escogidos por el propio Villa, pagados por el gobierno en calidad de tropas irregulares, dándoles un año de haberes adelantados para que tuvieran algo con qué comenzar el cultivo de sus tierras.

Esa fue la rendición de Villa. Ahora tratan de atribuírsela a Eugenio Martínez; no lo dicen así precisamente, pero no dicen, en la versión cinematográfica, por influencia de quién o por consideración a quién, se rindió. Y alguien me ha dicho que en la Secretaría de la Defensa mandaron quitar todos los antecedentes sobre los arreglos que yo había hecho y quedaron sólo unas actas y algo como memoranda que se refieren a la rendición que hizo Martínez, como si hubiera sido la Secretaría de Guerra, es decir, Calles, cuando tanto éste como Obregón me telegrafiaron (el primero muy respetuosamente), no aprobando la rendición de Villa. Obregón lo hizo en

forma muy irrespetuosa y en telegrama circular que envió a todos los jefes de operaciones y gobernadores de los Estados para que ellos, a su vez, me protestaran. No le hizo caso más que uno: Nacho Enríquez y sólo [un] general: Amaro. Todos los demás se pusieron a mis órdenes comunicándome haber recibido aquel telegrama que yo ya conocía y pidiendo instrucciones. Les dije que no lo contestaran o contestaran de enterados simplemente. Obregón era, a la sazón, candidato a la presidencia y a bordo del "Guerrero", al embarcarse de Mazatlán a Manzanillo, fue cuando dirigió ese mensaje que, al ser recibido por el general Hill, le contestó con dos mensajes muy enérgicos, que fueron los que determinaron el distanciamiento entre ellos; es decir, fue lo que lo acentuó, pues ya de tiempo atrás existía, por más que todo el mundo les creía íntimos amigos. En el fondo, Obregón tenía profundos resentimientos para Hill, no éste para aquél, pues Hill era muy sincerote y noble. Obregón no podía olvidar los insultos que le dirigió allá en otra época, al principio de la revolución, llamándole reaccionario encanallado y otras frases muy duras, porque Álvaro fue agente corralista en 1910 y el otro era maderista exaltado. Con aquellos telegramas, acabó de recrudecerse el enojo de Obregón contra él y contra Serrano, pues éste, que era subsecretario de Guerra encargado del despacho, y que estaba a mi lado cuando yo celebré aquellos arreglos con Villa, le dirigió también un telegrama enérgico. Hill envió dos; el primero cuando recibió el mensaje de Obregón y el segundo cuando supo que lo había mandado en circular. Muy duro; muy fuerte Benjamín. Pancho Serrano se lo puso con gran firmeza, pero en forma respetuosa, conminándole a que reflexionara y diciéndole que cometía un error al portarse conmigo en aquella forma, reprobando la rendición de Villa, que significaba la paz para el país.

Así, a mi llegada a México, me encontré con todos aquellos levantados en armas. Manuel Peláez se incorporó inmedia-

tamente, antes de mi entrada a México, tan pronto como le envié al general González. Así es que aquellos levantados en armas, al entrar yo, pasaban de treinta mil hombres. Solamente Peláez tenía como seis mil, que se incorporaron a Arnulfo Gómez por órdenes mías. Luego estaban los zapatistas aquí en México. Es cierto que durante nuestro movimiento se incorporó Genovevo de la O a Benjamín Hill, con trescientos hombres, pero Genovevo ya estaba distanciado del resto de los zapatistas y quedaron levantados en armas los demás en sus montañas. Tuve la suerte de encontrarme con el doctor Parrés, que fue quien me sirvió de amigable componedor entre ellos y yo. Se los envié, les habló y les hizo venir. Llegaron, tuvieron varias conferencias conmigo, les mandé pasaportes o salvoconductos para que vinieran y un telegrafista a quien llamaban El Indio Frías fue otro de los que trabajaron bien y me ayudaron muchísimo en la pacificación de los zapatistas, porque se metió entre ellos, no siendo zapatista; fue a hablar en mi nombre en forma muy amplia. Ya aquellos me conocían también; muchos de sus jefes me conocían porque cuando estuve encargado de Gobernación aquí en México, rendí a más de seis mil, es decir, hice la paz con ellos, contra la opinión de Pablo González, sin conocimiento previo del señor Carranza, hasta después que había conseguido pactar con ellos entre los que se encontraba el general Ocampo, que fue uno de los jefes principales y era, por cierto, hombre muy simpático, muy agradable y de cierta cultura, que había sido representante de la Prensa Asociada.

Así es que los zapatistas ya me conocían; yo fui magnánimo con ellos cuando entramos aquí en 1914. Entonces quedaron más de dos mil escondidos aquí en las casas y muchos de ellos cazaban a los nuestros, pero otros no lo hacían, y ante la duda de si eran o no culpables, a todos los que aprehendieron (entonces la policía y el gobierno del Distrito

dependían de Gobernación), previa amonestación y consejos, los despachaba y así acabó el zapatismo interno que nos encontramos en 1914.

Todos ellos tenían buen recuerdo de mí y me fue fácil convencerlos de que vinieran y conferenciaran conmigo en Palacio. Eran setenta y tantos generales; me creyeron, vinieron de buena fe y se sometieron, terminándose así el zapatismo. Así fue y no como aparece en la película en que se rinden a Pablo González quien, por el contrario, había mandado liquidar a su jefe. No fue sino hasta 1920 cuando bajaron los zapatistas.

Con Félix Díaz, la misma cosa. Se desistió y dijo: "como no quiero aparecer rendido, prefiero ser prisionero. Mario Ferrer, el general, fue el enviado, con Guadalupe Sánchez. Calles había ordenado a Guadalupe que lo fusilara. Guadalupe me comunicó tal orden y yo le ordené que no la cumpliera". "Dele usted toda clase de garantías; póngalo fuera del país entregándole diez mil dólares" (que entonces equivalían a veinte mil pesos mexicanos). Félix Díaz no quiso recibirlos, y se embarcó para el extranjero.

Los hermanos Gabay, viejos revolucionarios que estaban también levantados con cerca de dos mil hombres, se sometieron inmediatamente conmigo. Jesús Z. Moreno, viejo amigo mío de allá, de Sonora, que en una época fue rebelde al régimen de Díaz, pero después lo habían catequizado, se lo habían ganado, por la amistad personal y la confianza que en mí tenía, se rindió igualmente. En Veracruz, el viejo y valiente Gabriel Carvallo, que tanto vale, lo mismo en tierra que en mar. Accidentalmente le había conocido en Guaymas y él tenía muy buenas referencias de mí también, además de su trato personal conmigo; así es que también reconoció el gobierno sustituto. Y el general Miguel Alemán, acompañado de El Kilómetro. Luego en Tabasco, Ramón Ramos y Pedro Villar; uno de los Greene me sirvió de gancho:

Carlos, que me quería mucho y éramos muy amigos, fue quien los convenció y se rindieron. Cedillo, que estaba levantado en San Luis Potosí, también se rindió conmigo. Le mandé su emisario, se convenció y quedaba Lárraga levantado en armas. Me valí de un viejo amigo que llamábamos El Gato Curiel, quien fue a ver a Lárraga y a explicarle las causas que habían motivado el movimiento de Sonora, enterándole de los telegramas que cruzamos Carranza y yo, y quedó convencido, tanto de que me asistía la razón, como de que no tuve responsabilidad alguna ni en la muerte del señor Carranza, ni en la actitud del centro para Sonora, quedando también como amigo mío.



Don Adolfo de la Huerta, después de prestar la protesta de ley ante el Congreso, se dirige al Palacio Nacional, acompañado del general Serrano, el mismo que poco tiempo después daría órdenes de que fuera asesinado en el camino de Veracruz



Don Adolfo de la Huerta cuando como Presidente interino
de la República, logró la total pacificación del país en sólo sesenta días



El Presidente de la Huerta, acompañado por el Gral. Obregón
pasa revista a parte de las tropas que hubo de licenciar liquidándoles sus haberes.
Sólo de Pablo González eran veintidós mil hombres

En cuanto al general Alberto Pineda O., la cosa fue un poco distinta. Se descubrió en la Secretaría Particular de la presidencia un espía de él, de nombre Ávila o Ávalos. Los gritos de Miguelito Alessio Robles alarmaron a todos. Acababa de comunicarle Julieta que se había sorprendido a ese individuo (que se había hecho pasar como de Coahuila ante Miguel Alessio Robles), copiando las claves de la Secretaría Particular y al registrarlo se le encontraron en los bolsillos las claves de Alberto Pineda O., que era el último levantado en armas que quedaba. Inmediatamente Miguelito hizo lo que todo el mundo estaba acostumbrado a hacer: se lo mandó a Benjamín Hill, jefe de la guarnición, como espía descubierto en la Secretaría Particular y vino gritando: "¡Un espía!

¡Figúrate nomás!", añadiendo: "¡Y en la secretaría; y que me engañó haciéndose pasar como de Coahuila!"

—¿Y en dónde está? —inquirí.

—Ahí se lo mandé a Benjamín Hill para que dé cuenta de él. Inmediatamente llamé a un ayudante y le ordené que alcanzara la escolta enviada por Alessio Robles y me trajera a aquel individuo.

Poco después estaba de vuelta el ayudante con todos ellos. Ordené a los miembros de la escolta que se retiraran, lo mismo que al oficial de guardia. El pobre espía estaba desencajado, la mandíbula caída... sabía que a los espías sorprendidos infraganti, generalmente se les ejecuta sin demora.

—Siéntese —le dije— y serénese. Un hombre como usted es el que yo necesitaba. Su atrevimiento al introducirse en la Secretaría Particular me indica el gran cariño que le tiene usted a su jefe, el general Pineda.

Yo le había mandado varios emisarios a Pineda y éste me había mandado recado diciendo que no le enviara ninguno más, porque lo fusilaría. Así es que continué:

—Un hombre como usted es el que necesito. Debe usted ser de todas las confianzas y debe ser muy grande el cariño de usted por el general Pineda, y naturalmente de Pineda para usted, pues él debe saber lo que vale un amigo de esa naturaleza. Además, me da mucho gusto que haya usted estado en la Secretaría Particular y, sobre todo, en los archivos, en donde debe haberse dado cuenta de mi actuación en la presidencia de la República y de cuál es mi propósito aquí para traer a la confraternidad a todos los mexicanos. Y quiero que vaya usted precisamente a ver al general Pineda O., para convencerlo de que es inútil su actitud de rebeldía y que venga conmigo a hacer la paz del país. Y como supongo que tiene usted algunos otros amigos aquí, le voy a dar a usted mil pesos para que pague su pasaje y el de los que vayan y me dice usted los nombres de ellos para ordenar que les

extiendan sus salvoconductos. Por lo pronto, vea al jefe del Estado Mayor que le dé amplísimo salvoconducto para que viaje por cualquier región que usted quiera.

Bueno, pues a aquel hombre le volvió el alma al cuerpo. Me trajeron después los mil pesos que le entregué y se fue. Luego me trajo a otro amigo a conocer, que era de los amigos que tenía aquí en México y quería saludarme. Tenía entrada y salida a la presidencia, le concedí derecho de picaporte, aunque todos me decían que era una imprudencia. Gaxiolita, que era entonces jefe de Estado Mayor, me decía:

—¿Cómo es posible, sabiendo que es un espía?

—Pues es la mejor manera de convencer a los hombres: con la buena fe y con la buena fe que se deposita en ellos, para que ellos la tengan también.

Pues así, aquel amigo se fue y una mañana, a los pocos días, Alberto Pineda O., en el telégrafo. Había tomado una población adonde llegaba la línea.

—Que quiere hablar personalmente con usted.

—Dígale que estoy a sus órdenes y salúdelo de mi parte.

—El acto de usted con mi amigo aquél, me da una idea exacta de quién es usted y con eso es suficiente para que yo me someta. Con usted voy a cualquier parte. Estoy a sus órdenes.

—Como tengo informes de que usted es muy querido en esa región, queda usted como jefe de operaciones en ella, encargado de guardar el orden e impartir justicia a todo el mundo. Ya le enviaré un memorándum de cómo debe actuar con la sociedad, los civiles, etc.

Le mandé sus instrucciones y lo dejé allí. Todos lo querían y todos estaban contentos con él. Nunca vino. Yo no lo había conocido. En 1923 secundó el movimiento. Tampoco lo conocí sino cuando volví del destierro; él volvió también de Guatemala y en la Plaza de la República, en aquellos departamentos donde me hospedaba, el No. 9, allí se me pre-

sentó un día: "Soy Alberto Pineda O." —me dijo. Era un tipo sumamente simpático y agradable, de figura acerada como su carácter, un hombre que vale muchísimo. En estos momentos debe tener como ochenta años, pero cuando yo le conocí tenía como setenta, pero tan entero que no representaba más de cuarenta y ocho o cincuenta.

Así se hizo la pacificación de la región de Chiapas.

Me quedaba como único problema el de la Baja California.

La pacificación de la Baja California

Por ser este episodio uno en el que las dotes de habilidad, diplomacia y estrategia del señor De la Huerta se manifestaron más claras, hemos creído deber separarlo como un capítulo aparte.

Y hecha esta advertencia, volvemos a dejar la palabra al pacificador don Adolfo De la Huerta.

> La Baja California estaba en manos del coronel Esteban Cantú, que tenía aquel territorio como una ínsula desde la época de Carranza, pues la sumisión de aquél a éste siempre estuvo prendida con alfileres; era algo que no se podía considerar como muy firme.
>
> Bueno, pues le mandé varios emisarios. No aceptó. Su enojo era fundamentalmente contra Obregón, por lo menos ese era el pretexto. Entonces resolví atacarlo por varios lados a la vez, o mejor dicho, hacerle creer que lo haría.
>
> Llamé a Eugenio Martínez para que, al frente de una expedición, simulara (pero sin decirle que era simplemente simulación) marchar con seis mil hombres hacia la Baja California para derrocar a Cantú. La expedición debería salir de Guaymas y de Mazatlán, en barcos que le iba a facilitar.

Cuando Martínez salía de recibir aquellas instrucciones mías, y al bajar por el elevador de la presidencia, se encontró con Abelardo Rodríguez, que estaba en el patio como jefe de las guardias de Palacio.

—¿Qué se te ofrece para tu tierra? —preguntó el viejo Martínez a Abelardo, quien había estado a mis órdenes cuando yo era gobernador de Sonora.

—¿Pues adónde vas?

Martínez le explicó que salía con una expedición militar para la Baja California. Entonces Abelardo subió a decirme:

—Oye, me dicen que vas a mandar al viejo Martínez.

—¿Quién te lo dijo?

—Hombre, pues el mismo viejo.

—Pues sí.

—Hombre, el viejo Martínez ya tiene muchos; dame a mí una "chanza".

—Pero hombre; si eres muy parrandero y no te mides para beber; no se te puede tener confianza.

—Hombre, mira: te doy mi palabra de honor de que no pruebo una copa en todo el tiempo. Ahora lo voy a hacer muy bien, ya lo verás.

Pues tanto me insistió, que dije:

—Bueno, está bien, pero ¡mucho cuidado! Tienes que cumplir con lo que prometes de no tomar una copa.

Yo seguía ese camino para ver si conseguía enderezar a ese muchacho, pues le tenía cierta simpatía entonces. Era medio tímido; un carácter distinto al que tiene ahora.

Tomé el teléfono y le hablé a Calles, que era el secretario de Guerra.

—Oye —le dije—, no va Eugenio Martínez, va Abelardo Rodríguez.

—Pero hombre; ¿no te fijas que Abelardo acaba de ascender a brigadier? ¿Cómo va a ir al frente de una expedición de seis mil hombres?

—De todas manera, que vaya él.

—Pues me vas a obligar a ir yo personalmente. ¿Cómo le voy a confiar? Se van a reír de mí como secretario de Guerra.

—Bueno, pues ve tú personalmente si quieres ir —y añadí—, pero ya sabes que no es sino una pantomima.

—De todas maneras; eso crees tú, pero ya vas a ver como tu sistema de política no te va a dar resultados. No va a haber más remedio que entrarle a los demoniazos.

—Bueno, ya veremos quién tiene razón, si tú o yo.

Calles ordenó que se alistaran las fuerzas que había que llevar, pues no quiso que Abelardo fuera al mando de ellas siendo brigadier recién ascendido. Tenía razón, pero yo sabía que todo era una simple comedia. Yo tenía la seguridad absoluta de lo que iba a hacer.

Entonces mandé llamar a Roberto Pesqueira y le dije:

—Me volteas la prensa americana sin comprar un periódico. Gasta lo que quieras, pero no les ofrezcas dinero a los periodistas. Cantú los tiene comprados a todos; le hacen propaganda a todo trapo y tú los tienes que cambiar.

—Bien —me contestó—, pero ya sabes que yo soy carito en mis condiciones y que no quiero andar con banquetitos en los "Chil's". Yo los voy a trastear bien. Necesito diez mil dólares.

—Muy bien; que te los den.

—Y dos mil para mis gastos personales.

—Que se te den, pero me respondes del cambio de la prensa.

Baja California era el refugio de federales, de villistas, de maytorenistas y de todos los que habían salido del país. Allí recibía Cantú hasta a los antiguos porfiristas.

Mandé llamar después a Juan Agraz, que supe que tenía buena amistad con el secretario de Gobierno y principal consejero de Cantú, un famoso ingeniero hidráulico de apellido Aguilera.

—Juan —le dije—, en usted estriba una gran parte del plan de pacificación del país; así es que necesito que trabaje usted con todo empeño. —Este Juan Agraz, era un gran químico que después se fue a Europa. En la Preparatoria, donde nos conocimos, fuimos siempre buenos amigos. Y así, lo despaché para que trabajara en el ánimo de Aguilera y de su señora, que tenía gran influencia sobre él y era también buena amiga de mi enviado.

Por otra parte, mandé llamar a Vito Alessio Robles que, por Miguel, supe había sido jefe del escuadrón al que perteneció Cantú, en el Colegio Militar y le dije:

—Vito —a ninguno le decía lo que estaba haciendo por otro lado— se me va usted a convencer a Cantú que se venga tranquilo a disfrutar de toda clase de garantías acá. Y lo despaché.

A Ramón Valadez, que había sido también condiscípulo mío en Preparatoria y que posteriormente ingresó al Colegio Militar y se había quedado con Victoriano Huerta, habiéndolo yo salvado de la persecución de Obregón, mediante pasaporte que le di. Lo llamé y le dije:

—Te vas inmediatamente a decirle a los federales que están allá, que se les reconoce su grado, que no se les exigirá ninguna responsabilidad por las actuaciones que antes hayan tenido, que cooperen a la pacificación del país y tú me respondes de ellos.

Llamé a Fructuoso Méndez: "Con los ayudantes que necesites, Fructuoso, te vas a convencerme a todos los maytorenistas de los que tú has sido jefe". Efectivamente, había sido uno de sus jefes más respetados; era un hombre purísimo que fue asesinado aquí por Obregón.

Luego llamé a Villa por teléfono:

—Se trata de que los villistas que están allí aislados con Cantú sigan la actitud de usted y vengan a fortalecer nuestro gobierno. Mande usted inmediatamente a uno a esa comisión.

—Sí, jefe, ahí le mando a José Rodríguez, el coronel. Él va a hablar a los villistas.

Moví al cónsul de Los Ángeles, que era Javier Fabela, viejo amigo mío y que tenía mucha ascendencia entre los obreros y había sido aquí amigo mío de muchos años y medio líder obrero.

—Te vas a poner en contacto allá con los líderes obreros y a decirles de mi parte... etc. —Ya conocían mi actitud los obreros como gobernador de Sonora, sólo se necesitaba que recibieran palabra mía.

Luego mandé llamar a don Fernando Iglesias Calderón, figura respetable y le dije:

—Mi querido don Fernando: quiero que se me vaya usted a Washington inmediatamente con los elementos que usted escoja. No a pedir reconocimiento, de eso no hable usted ni palabra, porque no necesito el reconocimiento del extranjero. Yo estoy dando mis pasos aquí, pero en primer lugar tengo el respaldo de mi pueblo; no necesito el reconocimiento de los de fuera, pues tengo el de los de dentro y siento que tengo el respaldo de mi pueblo. Le va usted a decir a Wilson que estoy moralizando la frontera y que los únicos inmorales que quedan son los de Baja California, entre los que están incluídos los agentes federales y del estado, que están en connivencia con Cantú, explotando los juegos y el vicio. Que si él es, como lo ha predicado tanto, amigo de la moral y de la moral de los pueblos, que debe quitar a todos esos cómplices de la cloaca que existe en la Baja California. Y no me hable usted más de eso. Inmediatamente se vuelve.

Efectivamente, ocho días nada más estuvo en Washington. Se llevó a don Julio García y al huertista McGregor, que él quiso llevar y yo se lo permití. Ese mismo que ahora escribe en *El Universal* o en *Excélsior*.

Wilson inmediatamente atendió a mi enviado y Cantú se sintió atacado por todos lados. Por una parte amenazado

por las fuerzas que dizque estaban embarcándose. Por otro, moví a los yaquis para Magdalena, adonde van siempre con mucho gusto porque allí está su patrón San Francisco; y sin decir nada a los indios, mandé, con carretas y con fordcitos a llevar barriles de agua por todo el camino de Altar, para simular que preparaba la embestida de los yaquis. Todo sin tener realmente el propósito de hacerlo. Yo sabía que aquél iba a salir disparado, pero tenía que influir en su ánimo y se corrió la voz de que estaban llevando barriles de agua y que automóviles conduciendo agua estaban siendo estacionados de trecho en trecho.

Y para aumentar las preocupaciones de Cantú, todas las noches, la gente gritaba: "¡Viva De la Huerta!", por todo Baja California. Y Cantú tenía que irse a dormir al otro lado de la frontera para sentirse a salvo. Ya cuando supe aquello mandé llamar a Luis Salazar, a quién conocía como amigo de Cantú, y le dije:

—Mira; te me vas inmediatamente a Baja California. Dile a Cantú que conozco ya su situación, que no vacile en venir acá. Que te entregue el gobierno; que te mando a ti porque sé que tú eres su amigo y no le hago el deshonor de mandarle a un enemigo; le mando a un amigo para que a un amigo entregue el gobierno. Te vas con Cenobio Rivera Domínguez, para que las fuerzas militares queden a su cargo.

—¿Qué —preguntó—, no me das nombramiento?

—No; si duda de lo que tú le dices, que me telegrafíe inmediatamente. —Y mi enviado se fue.

Recibí un telegrama de un agente, de aquel Uriburu, el doctor, que me preguntaba si era cierto que Luis Salazar traía nombramiento mío. Le contesté que si; y como él estaba en connivencia con Cantú, se lo comunicó, diciéndole que era el gobernador nombrado para que voluntariamente le hiciera la entrega.

Así se hizo. Recibió las fuerzas Cenobio Ribera Domínguez y un mes después se mandó a Abelardo Rodríguez con dos batallones, como jefe de operaciones.

No es exacto, pues, que haya entrado a punta de bayoneta como han dicho sus panegiristas. El llegó después, cuando ya todo estaba en paz.

Y así se pacificó el país.

En sesenta días no se disparaba ni un solo cartucho.

Así terminó la relación del señor De la Huerta y el comentarista sólo quiere añadir este dato curioso: procurando obtener algunos detalles, más como complemento que como confirmación, se entrevistó con los supervivientes de los muchos elementos que el señor De la Huerta movió tan hábilmente en el asunto de la Baja California, y el que esto escribe se encontró con que cada uno de ellos cree, de la mejor buena fe, haber sido él y sólo él, quien logró la rendición de Esteban Cantú y la pacificación.

Seguramente cuando lean las anteriores líneas, se sentirán inclinados a contradecir la versión que ha quedado expuesta. Precisamente por ello he preferido que fuera en las mismas palabras (tomadas al dictáfono) del señor De la Huerta, para que no quede duda en ellos de la verdad de ese aspecto de los acontecimientos, verdad que entonces no conocieron y que tal vez no conocerán sino hasta ahora.

Por lo demás, la obra que cada uno de ellos realizó separadamente y sin tener conocimiento de las labores de los otros, coadyuvó a la finalidad buscada y el hecho de que haya sido hábilmente entretejida por la mano de don Adolfo, no resta mérito a cada una de las actuaciones individuales de sus colaboradores.



Desde el balcón central del Palacio Nacional, el Presidente
De la Huerta, presencia el tradicional desfile



Durante su interinato don Adolfo de la Huerta hubo
de actuar en el ritual “grito” de la celebración de la Independencia.
Aquí le vemos con el estandarte nacional, símbolo que fue el respeto
de toda su vida de abnegación, patriotismo y honradez



¿Es este el ex compañero de escuela de don Adolfo
y que posteriormente le trajo proposiciones de su tierra natal, el Japón,
para una alianza mexicojaponesa?

Ya hemos visto cómo don Adolfo De la Huerta, nombrado presidente interino por el Congreso de la Unión, logró en cortos sesenta días la completa pacificación de toda la República, recurriendo para ello a las buenas relaciones de amistad que tuvo con cuantos le conocieron, a su honrado propósito de buscar el bienestar del país ante todo, y finalmente a maniobras inteligentes y bien planeadas para rendir al último rebelde. Pero el presidente, interino Adolfo De la Huerta, al tomar posesión de su alta investidura, se encontró con un problema pavoroso: el problema económico.

Había ocupado la cartera de Hacienda en el régimen de Carranza don Luis Cabrera y su gestión había sido tan desacertada que la economía del país sufría una tremenda crisis.

Como es bien sabido, don Luis Cabrera, apoyado en aquella frase suya "el dinero hay que tomarlo de donde lo haya", se echó sobre las reservas de los bancos y las gastó en lo que juzgó más urgente. Ochenta y seis millones de pesos oro nacional se esfumaron así y cuando el secretario de Hacienda debió haber encontrado una solución al problema, se pidió auxilio a técnicos extranjeros, americanos, y tuvimos la vergüenza de ver instalados en el Salón Panamericano de la Secretaría de Hacienda a los señores Chalmer y Kemmerer, graduados de la Universidad de Princeton, amigos del Presidente Wilson, acompañados de un delegado especial del Departamento de Estado, Mr. Young, y que tales comisionados se pusieran a hacer estudios y a dictar medidas para resolver los problemas que nuestro encargado de la Hacienda Pública debió haber resuelto.

Por lo que hace al gobierno del señor Carranza, ese fue el error más censurable de todos los que cometió. Por cuanto a su secretario de Hacienda, don Luis Cabrera, debió, por lo menos, tener la dignidad de renunciar. Pero don Luis no renunció, y la "Punitiva Financiera", como irónicamente se

llamó a aquellos comisionados, resolvió que se hiciera una emisión de bonos (los Bonos Cabrera) que voluntariamente tomaron de los bancos a cambio de los últimos remanentes de oro metálico que ya habían reunido las azotadas instituciones de crédito. Con 11 millones de pesos en oro, de esa procedencia, se surtió el famoso "tren dorado", que abandonó México el 6 de mayo de 1920.

Los ocho millones rescatados en Aljibes y que fueron entregados en México a la Secretaría de Hacienda, se emplearon en el pago de los haberes de las fuerzas del general Pablo González, que en número de 22 000 hombres ocupaban la capital de la República.

El gobierno suscrito encontró las arcas de la Tesorería exhaustas y en la Comisión Monetaria un solo "infalsificable" de cinco pesos.

Esa fue la situación con la que el presidente interino, Adolfo De la Huerta, hubo de enfrentarse al tomar las riendas de la nación.

En el mismo año de 1920, el presidente De la Huerta nombró ministro de Hacienda al general Salvador Alvarado, pero a los dos meses de nombrado hubo de transladarse a Nueva York, a encargarse de la defensa de la Reguladora de Henequén del Estado de Yucatán, acusada de violar la Ley Sherman. El presidente De la Huerta manejó directamente, desde entonces la Hacienda Pública. Pagó todas las deudas del gobierno anterior; hizo el licenciamiento de 45 000 hombres; adquirió barcos para la Compañía Naviera Mexicana y para la marina de guerra, amortizó los últimos remanentes del papel "infalsificable" y pagó los 15 millones de los Bonos Cabrera, enderezando totalmente la economía nacional.

Considerando las condiciones existentes y la multitud de problemas de toda índole con los que se enfrentaba en esos días, es de notarse que su habilidad y conocimientos en materia de finanzas, se hicieron patentes y ello fue preci-

samente la razón por la que más tarde Obregón le pidió que ocupara la cartera de Hacienda, donde, como se verá, tuvo una actuación verdaderamente brillante.

Y es que a una honradez extraordinaria por su severidad y rigidez, don Adolfo De la Huerta unía una clara inteligencia, una increíble memoria, una cultura muy superior a la que se le reconocía y finalmente un talento especial para cuestiones de finanzas, talento que brilló esplendorosamente cuando, unido a su profundo patriotismo, le llevó a librar una tremenda batalla en contra de los acreedores de México y a apuntarse un triunfo glorioso, no solamente por su mérito en sí, sino por los beneficios enormes que trajo a nuestra patria.

Japón quería una alianza con México

En cierta ocasión, durante su interinato, el señor De la Huerta recibió la visita de un súbdito japonés que a la sazón era secretario de la Embajada de Japón y que había sido compañero de estudios en la Escuela Nacional Preparatoria.

Con el doble carácter de diplomático y ex compañero de escuela, el japonés aquel se le acercó y le explicó ampliamente la conveniencia de un acercamiento entre el Japón y México; acercamiento que, según la exposición que hacía aquel individuo, era casi un convenio que nos llevaría a una alianza.

El presidente De la Huerta lo dejó hablar para penetrar hasta el fondo de sus intenciones y una vez que aquél hubo terminado su exposición, y como la manera más fácil de quitárselo de encima, le contestó:

Mire, compañero; las proposiciones de ustedes son de tal importancia que considero que no me corresponde a mí resolverlas. Yo tengo como principal misión convocar a elecciones presidenciales y vigilar que éstas se lleven a cabo en forma

democrática. Ese asunto habrá que tratarlo con aquél que el pueblo de México escoja para ocupar la presidencia. —El secretario de la embajada japonesa sonrió con su característica sonrisa oriental y no insistió.

Poco después Obregón ocupaba la presidencia de la República y encargaba al señor De la Huerta la cartera de Hacienda. Una noche llegó al Castillo de Chapultepec el señor De la Huerta a buscar a Obregón. El guardia le indicó que el general Obregón se encontraba "por allá arriba hablando con alguno".

El Castillo parecía desierto; ni ayudantes ni visitantes se veían por los salones generalmente tan concurridos. Parecía como si intencionadamente hubieran sido alejados para que el general Obregón celebrara alguna entrevista de importancia y de carácter secreto.

El señor De la Huerta recorrió todas las habitaciones del Castillo y ya creía que el vigilante le había informado mal, cuando al asomarse a una terraza poco iluminada, distinguió vagamente dos figuras que, reclinadas en la baranda, parecían conversar. La distancia no permitía distinguir claramente a esas dos personas y el tono bajo en el que sostenían la conversación solamente le llegaba como un rumor.

Se acercó. Al sentir sus pasos el general Obregón se volvió sorprendido; después, indicándole a su interlocutor, le dijo:

—Aquí estoy charlando con tu amigo —El amigo era el mismo japonés, su ex compañero de colegio. Después, dirigiéndose al oriental, Obregón dijo: "Hable usted con Adolfo; lo que él resuelva yo lo apruebo".

El secretario de la embajada japonesa se mostró complacidísimo y pidió desde luego una audiencia para el día siguiente en las primeras horas de la mañana. Le fue concedida y con toda puntualidad se presentó en la Secretaría de Hacienda.

Esta vez las proposiciones no fueron vagas ni veladas, sino que en forma clara propuso en nombre de su gobierno, una alianza ofensiva entre el Japón y México, especificando puntos de nuestro litoral en el Pacífico, que deberían señalarse previamente para desembarco de pertrechos de guerra y aun de fuerzas armadas, si la ocasión se presentaba; la ayuda que su país nos ofrecía y las ventajas que a su juicio significaba para México la alianza propuesta.

Siguiendo su costumbre, el señor De la Huerta le dejó hablar y aquél lo hizo largamente, pensando tal vez que el silencio del secretario de Hacienda indicaba una aquiescencia parcial o cuando menos una actitud de simpatía para su proposición. Pero si tal pensó, se equivocaba por completo.

—Por ningún concepto nos conviene esa alianza —replicó don Adolfo— ni aun en el caso de que su país fuera más grande y más poderoso de lo que es.— Y como el oriental mostrara cierta sorpresa, el señor De la Huerta continuó:

—Mire, compañero: si un becerro joven anda mancornado con un toro viejo, el becerro beberá agua cuando el toro tenga sed; pero cuando el becerro quiera, no podrá llevar al bebedero a su más fuerte compañero. Ustedes, que son tan afectos a las fábulas, entenderán bien esto. Por lo demás, si una alianza de esa naturaleza no nos convendría con un país verdaderamente fuerte, menos nos conviene con uno que no lo es. Ustedes pretenden que nos darán ayuda y que con esa ayuda seríamos lo suficientemente fuertes para encararnos con los Estados Unidos, y se olvidan de que al primer "ronquido" que les echaron los americanos, se sumieron ustedes en toda regla. Además, individualmente, usted y otros japoneses que he conocido, son personas muy estimables; pero como nación, son muy peligrosos para aliados y yo creo que si tal alianza se celebrara y las circunstancias se presentaran, ustedes no dudarían un instante (si eso les conviniera) en entregar a nuestros enemigos todos nuestros secretos.

El japonés sonreía enigmáticamente, aguantando todo el chaparrón. Cuando don Adolfo hubo terminado, le manifestó que puesto que no había posibilidad de que se aceptaran sus proposiciones, como favor especial le pedía que le repitiera esas mismas expresiones a persona que le traería al día siguiente. El señor De la Huerta le hizo ver que él había hablado con entera franqueza y claridad en atención a sus viejas relaciones de amistad, pero que no creía prudente comprometerse a hablar en la misma forma frente a desconocidos y pidió que se le aclarara de quién se trataba. Su ex compañero, presionado así tuvo que confesar que se trataba de uno de los más altos jefes del ejército japonés que se encontraba en México desde hacía cuatro semanas. Despejada la incógnita y como insistiera en la solicitud, le fue concedida y al día siguiente se presentó acompañado de un compatriota suyo de poca estatura, aspecto insignificante y vestido de paisano.

Se trataba, efectivamente, de un alto jefe militar del Japón quien, por cierto, recibió la negativa del señor De la Huerta en forma bien distinta a la de su compañero. Y como a insistencias del último, don Adolfo abandonó eufemismos y repitió las mismas palabras que había dicho en víspera, aquello le hizo efecto de banderillas de fuego y el militar aquel bufaba. Pero el señor De la Huerta se mantuvo firme y su opinión fue expresada en forma clara y aun ruda y los japoneses se retiraron ya sin la esperanza de lograr la deseada alianza.

De las dos entrevistas dio cuenta al general Obregón el señor De la Huerta y al referirle el resultado de sus conferencias, creyó notar algo de contrariedad en el rostro del general (al que conocía íntimamente). No estaba muy seguro de que fuera eso, pero por las dudas le explicó en detalle las dos entrevistas y le reprodujo los argumentos que había expuesto a los japoneses haciéndoles ver el error que sería aliarse con el Japón y que aún más, ni siquiera podían estar seguros de que

la proposición era sincera, pues bien podía tratarse de una maniobra del espionaje norteamericano y que esos amigos obraran por instrucciones de Washington. Este último argumento pareció convencer a Obregón, sin duda porque recordó aquella ocasión en que un enviado de los Estados Unidos que se hizo pasar por agente del gobierno alemán, obtuvo, tanto de Obregón como de Calles, declaraciones de sus simpatías germanófilas, haciéndoles caer redondamente en una trampa.

Todavía una vez más insistieron los japoneses algún tiempo después, solamente que en esa ocasión buscaron otro aspecto del asunto. Se le presentaron con la historia de que deseaban obtener una concesión para construir el ferrocarril de México a Acapulco.

En esa ocasión la proposición fue hecha por un distinguido miembro de la embajada japonesa.

El señor De la Huerta le hizo ver que no le correspondía a él resolver sobre el particular, puesto que aquello era de la injerencia de la Secretaría de Comunicaciones; pero ellos, pretextando que querían tan sólo su opinión personal, dado su conocimiento de asuntos relacionados con cuestiones internacionales, insistieron y lograron por fin mostrarle un estudio muy amplio de las ventajas que la construcción de aquel ferrocarril traería a México; de los terrenos por los cuales pasaría la vía, de los propietarios de dichos terrenos; de las producciones agrícolas y de otra especie de cada región; en fin, un estudio completo y perfectamente documentado.

—Esto —les dijo el ministro de Hacienda— acusa una larga preparación; un trabajo prolongado y cuidadoso hecho por técnicos competentes; pero como ustedes lo que desean es mi opinión, mi opinión es ésta; no nos conviene, por ningún concepto, otorgar dicha concesión; ni a su país, ni a ningún otro. Yo siempre he creído que las vías de comunicación de un país deben ser propiedad de la nación. Por lo demás, ya les he dicho que esta es sólo mi opinión personal. Vean uste-

des al secretario de Comunicaciones y él les dará resolución definitiva.

Así fracasaron los intentos del Japón por lograr una alianza que habría puesto a México en situación peligrosísima y no nos habría reportado beneficio efectivo alguno.

El infundio del "Pacto de Caballeros"

El hecho de que don Adolfo De la Huerta, el general Álvaro Obregón y el general Plutarco Elías Calles vinieran todos de Sonora, que sus actuaciones estuvieran tan ligadas y que les hubiera unido tan estrecha (aunque en ocasiones tempestuosa) amistad, dio lugar a la denominación del TRIUNVIRATO; denominación justificada y que no implica en manera alguna finalidades ni métodos objetables.

Pero el virus de una pluma habilidosa lanzó al público la versión de un "pacto de caballeros" según el cual, y en pocas y sencillas palabras, había un convenio entre los tres sonorenses para pasarse la presidencia de la República de uno al otro, como si fuera algo de su exclusiva propiedad.

Creemos que quien haya leído lo hasta aquí escrito, ya habrá de tener una idea bastante clara de lo ridículo de tan malévola versión. La forma en que don Adolfo De la Huerta llegó a la presidencia provisional, ya hemos dicho, no sólo fue ajena a intervención de Obregón, sino contraria a sus deseos, puesto que Obregón se había comprometido a apoyar la candidatura de Pablo González que, militarmente, era el hombre fuerte en aquellos momentos.

Después, durante el interinato, don Adolfo, como lo había dicho a su amigo el japonés aquel, consideraba como su opinión principal, convocar a elecciones presidenciales y vigilar que éstas se efectuaran dentro de los cánones democráticos.

Debe recordarse, para mayor claridad del cuadro, que Obregón ya era candidato a la presidencia y ya efectuaba trabajos tendientes a lograr su elección, antes de que viniera el distanciamiento de Sonora con el centro. Que Obregón había sido ya acusado de estar en connivencia con el general Cejudo y que se le seguía un proceso militar con el fin (por lo menos en apariencia) de inhabilitarlo legalmente para llegar a la presidencia de la República.



El presidente De la Huerta convocó a elecciones presidenciales y vigiló que en ellas se observaran con toda rigidez los postulados de SUFRAGIO EFECTIVO y NO REELECCIÓN por los que había luchado al lado de don Francisco I. Madero



Don Adolfo de la Huerta, presidente provisional de la República Mexicana, cumple como un ciudadano cualquiera, la cívica obligación de emitir su voto electoral

Pues bien, cuando siendo presidente provisional el señor De la Huerta, la campaña presidencial se hallaba en todo su vigor, vinieron los partidarios del ingeniero Alfredo Robles Domínguez a quejarse de parcialidad por parte de algunas autoridades y finalmente de malos manejos de parte de la junta computadora.

El señor De la Huerta nombró entonces a tres amigos de su entera confianza para que investigaran tales cargos y vigilaran la actuación de la computadora de manera que se ciñera estrictamente a la verdad. Obregón se enteró de aquello y se presentó en Palacio Nacional en forma por demás irrespetuosa, pues sin siquiera quitarse el sombrero, penetró al despacho presidencial donde se hallaba don Adolfo acordando con Miguel Alessio Robles, que era su secretario.

—Oye, Adolfo —prorrumpió Obregón—, me informan que has nombrado una comisión para que vigile a la computadora.

—Es verdad.

—¿Y con qué objeto?

—Con el objeto de tener la seguridad de que sus resultados son correctos.

—¡Ah! De manera que si esos tales por cuales te dicen que el cómputo no me favorece ¿no me entregas el poder?

—Si esos tres amigos míos, de mi confianza, me dicen que ese es el resultado, entonces yo personalmente lo comprobaré y si no has triunfado no te entregaré el poder a ti, sino a quien el pueblo haya elegido.

—Pues habrá muchos...¡diablazos!

—Eso no me asusta.

Y Obregón salió furioso, mascullando amenazas.

Excepcionalmente, este incidente sí lo comprobé con el único testigo de él.

Yo escribí por algún tiempo en la revista *Nuevo Mundo* que publicaba Miguel Alessio Robles y con ese motivo lo

veía con frecuencia. Una mañana en que le encontré cerca de sus oficinas comenzamos a charlar de esto y de aquello mientras él avanzaba con cierta lentitud apoyado en su grueso bastón. Entonces se me ocurrió preguntarle sobre la actitud insolente de Obregón y él me confirmó en todas sus partes el incidente.

—Sí —me decía con aquel su acento norteño—, Obregón se puso bravo. Estuvo grosero con Adolfo porque le dio mucho coraje lo que él le dijo.

Y el infundio del "pacto de caballeros" se desvanece como lo que fue: simple fantasía mal intencionada, cuando se estudia la actitud de los tres interesados en lo que hemos referido ya y en lo que habrá de venir.

Desgraciadamente mucha gente, por el hecho de que los tres interesados, en forma y circunstancias que vamos viendo ocuparon la presidencia de la República, creyó confirmada la calumniosa versión que supuso un convenio previo.

Es bien sabido que, dada la naturaleza humana, se extiende más y más rápidamente una calumnia, por burda que sea, que mil alabanzas enteramente justificadas.

Don Adolfo de la Huerta, ministro de Hacienda

Efectuadas las elecciones presidenciales y reconocido el triunfo del general Obregón, el señor De la Huerta quiso volverse a Sonora, donde sus conciudadanos esperaban el retorno de su gobernador constitucional, pero Obregón le instó para que se quedara a su lado y que se hiciera cargo de la Secretaría de Hacienda.

—Yo necesito —le decía— gente que, además de ser amiga, sea útil. Tú has demostrado que entiendes esos asuntos de finanzas y es preciso que me ayudes a resolverlos.

Y como el señor De la Huerta le pidiera que se fijara en alguna otra persona, pues él deseaba regresar a Sonora, el general Obregón le respondió: —No; si los financieros no se dan en maceta. Tú ya demostraste tus posibilidades y tienes el deber de ayudarme; así es que te quedas en la Secretaría de Hacienda. —Y así fue.

Don Adolfo tomó posesión de la cartera de Hacienda el primero de diciembre de 1920.

En mayo de 1922, el señor De la Huerta fue comisionado por la presidencia de la República para tratar con el Comité Internacional de Banqueros, los arreglos de nuestra deuda exterior a fin de reanudar su servicio. Pero antes de entrar en ese tema debemos hacer notar que durante el año y medio previo que el señor De la Huerta laboró en la Secretaría de Hacienda como titular de la misma, su honradez, su competencia, su habilidad y sus conocimientos le permitieron desarrollar una labor que poco a poco iba agigantando su figura en tanto que la del presidente Obregón, cuyos principales resplandores se debían a sus triunfos militares, no habiendo campaña militar, comenzaba a perder brillo. Además, Obregón, ya en el poder, usó de él para satisfacción de sus pasiones más que para servir al pueblo de México y el sentir popular iba inclinándose más y más al hombre que le servía realmente y comenzando a dar la espalda al que sólo se servía a sí mismo. Obregón, que no era ciego, se dio cuenta de aquella situación y sin duda los celos políticos comenzaron a atenacearle; esos tremendos celos fueron además fomentados y exacerbados por quienes sentían una baja envidia por la popularidad de don Adolfo De la Huerta.



Sonriendo optimísticamente, el Presidente De la Huerta se encaró
al tremendo problema económico que le esperaba y con habilidad
sin precedente supo solucionarlo



El ministro de Hacienda del Presidente Obregón, D. Adolfo de la Huerta, acompañado de los representantes de los grandes petroleros norteamericanos a quienes se conocía por los "Big Five" (Los cinco grandes) El señor De la Huerta solucionó el grave problema de sus reclamaciones



Don Adolfo de la Huerta en misión trascendental ante el Comité Internacional de Banqueros, celebró arreglos extraordinariamente ventajosos para México en relación con nuestra deuda exterior. En la foto le acompaña Mr. Cole, hombre de amplísimas relaciones en el ambiente oficial norteamericano

En tales condiciones se presentó el asunto del arreglo de la deuda internacional con el Comité de Banqueros que presidía el señor Thomas Lamont, y el señor De la Huerta tuvo que ir a enfrentarse a aquellas fieras de las finanzas en su propia madriguera.

Casi hemos llegado a creer que al enviar Obregón a De la Huerta a aquel tremendo combate, más que un triunfo esperaba una derrota que derrumbara el prestigio de su colaborador que ya sentía como su rival. Sin embargo, cuando alguna vez preguntamos a don Adolfo si nuestra impresión era correcta, él nos dijo que no; que Obregón realmente deseaba que las finanzas de México se encarrilaran en forma benéfica para el país y que esperaba y deseaba éxito en las gestiones de su entonces ministro de Hacienda.

Sea ello lo que fuere, he aquí la reseña del aquella gestión trascendentalísima para México y como resultado de la cual, el servicio de la deuda exterior se reanudó en condiciones extraordinariamente favorables para nuestro país, gracias a la habilidad, honradez y patriotismo de don Adolfo De la Huerta.

Los arreglos financieros llevados a cabo entre el Gobierno Mexicano y el Comité Internacional de Banqueros

Tratados Lamont-De la Huerta

Este capítulo, en el que se tratará de exponer clara y sencillamente lo que sin duda fue la labor más trascendental desempeñada por don Adolfo De la Huerta en su vida de constante y fiel servicio a los intereses de la patria, no es una transcripción de su dictado, ni tampoco una relación suya modificada en la forma. El asunto sí fue motivo de largas e interesantes

conversaciones con el héroe de la jornada, pero no hubo dictado al aparato grabador, como en otras ocasiones.

Los datos son, pues, o documentales o conocidos por la relación que de ellos hizo don Adolfo, pero no se trata de un dictado.

Hecha esta aclaración previa, diré que a mediados del año de 1922 nuestro país debía fuertes cantidades al exterior ya que, a causa de las convulsiones internas, hacía tiempo, mucho tiempo, que no se pagaban intereses vencidos en nuestro adeudo internacional ni, mucho menos, se habían hecho bonificaciones al principal.

Nuestro adeudo no era exclusivamente con acreedores americanos sino con los banqueros internacionales, cuyo comité presidía Mr. Thomas W. Lamont.

La situación de México era peligrosa en extremo, pues los acreedores exigían el pago inmediato de todo el adeudo amenazando con recurrir a la incautación inmediata de los ferrocarriles, a la que tenían derecho sin más trámite judicial, de acuerdo con las correspondientes escrituras hipotecarias, y a la intervención de nuestras aduanas.

Tales pasos, de haber sido dados, habrían llevado sin remedio a la crisis que habría provocado una guerra.

En esas condiciones, el general Obregón, en su carácter de presidente constitucional de la República, comisionó a su secretario de Hacienda y Crédito Público, don Adolfo De la Huerta, para que se transladara a Nueva York a tratar de tener un arreglo con los banqueros internacionales, cuyo comité estaba integrado por tres delegados franceses, tres ingleses, tres alemanes y cinco americanos.

He aquí el documento confidencial que fue extendido al ministro de Hacienda cuya misión era encontrar los arreglos que desvanecieran la amenaza que se cernía sobre nuestra patria:

Al margen sello oficial de la Presidencia de la República.— Al C. Adolfo De la Huerta, Secretaría de Hacienda y Crédito Público.— Presente. Al centro:— Me refiero a mi nota relativa a la ampliación del Acuerdo en que autorizo a usted para que se translade a la ciudad de New York, U. S. A. y tome parte, en representación de este Gobierno, en las discusiones o debates que, sobre nuestra Deuda Pública, habrán de sostenerse con el Comité Internacional de Banqueros, manifestándole que queda usted autorizado para aceptar cualquier plan de arreglo que en su concepto pueda ser favorable a los intereses vencidos durante el período que han estado en suspenso los pago de dicha Deuda, ya que dadas las condiciones por las que actualmente atraviesa nuestro país, cuya mejoría es notoria si se las compara con las de los años de 1919, es seguro que las exigencias de nuestros acreedores serán mayores actualmente, pues es lógico suponer que la base de que parte siempre un acreedor para sus exigencias la establecen las posibilidades de pago en que se encuentra el deudor, y a mayores posibilidades y seguridades corresponden mayores exigencias; siempre, por supuesto, a reserva de que dicho plan se someta para su ratificación o rectificación al Ejecutivo de mi cargo.— Reitero a usted las seguridades de mi atenta y distinguida consideración.— SUFRAGIO EFECTIVO, NO REELECCIÓN. Palacio Nacional, a 23 de mayo de 1922. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.A. OBREGÓN (rúbrica).

Es interesante hacer notar que según el texto antes citado (parte en tipo negro), el General Obregón reconocía que las condiciones económicas del país habían mejorado considerablemente y esto, siendo secretario de Hacienda y Crédito Público don Adolfo De la Huerta, implica una merecida alabanza a su labor. ¡Quién iba a imaginar que pocos meses después Pani, acatando instrucciones de su amo Obregón,

publicaría aquellas conocidas declaraciones en que se hablaba de la bancarrota moral y material del país para pretender culpar de ello al señor De la Huerta!

Don Adolfo, pues, acatando las instrucciones recibidas, se transladó a Nueva York llevando como único acompañante a Olallo Rubio.

En la primera reunión con el Comité Internacional, se le señaló sitio: detrás de su asiento había doce sillas vacías. Don Adolfo interrogó a quién estaban destinadas y se le informó que eran para sus consejeros. Cuando replicó que no traía consejeros, le miraron con una sonrisa de conmiseración.

El mismo comité con el que se enfrentaba entonces el señor De la Huerta acababa de dar una tunda horrible a los delegados rusos que, en representación de su país, habían venido en misión semejante a la de nuestro secretario de Hacienda.

Las primeras escaramuzas, según me refirió don Adolfo, fueron tremendas para él. Los banqueros se mostraron extremadamente duros y exigentes.

No recuerdo exactamente si al tercero o cuarto día (según me relató), don Adolfo retornó al hotel presa de gran desaliento y enorme desesperación. No encontraba manera de solucionar el asunto ventajosamente para nuestra patria y estaba tan atribulado por la inutilidad de sus esfuerzos que ese mismo día sintió que antes que volver a México fracasado en su misión de defender los intereses patrios, era preferible morir. Pero su honradez, su patriotismo, su enorme deseo y su extraordinaria habilidad, le permitieron finalmente encontrar el camino por el que obtuvo ventajas inesperadas y culminó su labor con un brillantisimo triunfo aplaudido por los más destacados hombres de finanzas y aclamado por todo el pueblo de México.

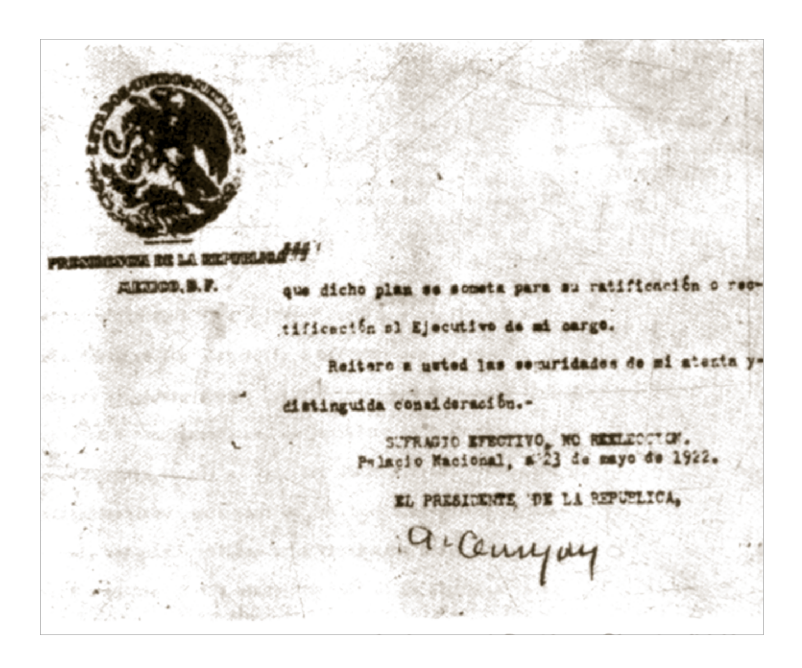
¿En qué consistieron los arreglos celebrados con aquellos señores? Creemos que la mejor contestación se encuentra en el siguiente documento.



PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA
MEXICO, D.F.

Al C. Adolfo de la Huerta,
Secretario de Hacienda y -
Crédito Público. - - - - -
P R E S E N T E .-

Me refiero a mi nota relativa a la ampliación del Acuerdo en el que autorizo a usted para que se translade a la Ciudad de New York, U.S.A., y tome parte, en representación de este Gobierno, en las discusiones o debates que, sobre nuestra Deuda Pública, habrán de sostenerse con el Comité Internacional de Banqueros, manifestándole que queda usted autorizado para aceptar cualquier plan de arreglo que en su concepto pueda ser favorable a los intereses de nuestro País, aunque en él no se condonen todos los intereses vencidos durante el período que han estado en suspenso los pagos de dicha Deuda, - ya que dadas las condiciones por las que actualmente atraviesa nuestro País, cuya mejoría es notoria si se las compara con las de los años de 1916 a 1919, es seguro que las exigencias de nuestros acreedores serán mayores actualmente, pues es lógico suponer que la base de que parte siempre un acreedor para sus exigencias, la establecen las posibilidades de pago en que se encuentra el deudor, y a mayores posibilidades y seguridades corresponden mayores exigencias; - siempre, por supuesto, a reserva de-



PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA
MEXICO, D.F.

que dicho plan se someta para su ratificación o rectificación al Ejecutivo de mi cargo.

Reitero a usted las seguridades de mi atenta y distinguida consideración.-

SUFRAGIO EFECTIVO, NO REELECCION.
Palacio Nacional, a 23 de mayo de 1922.

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

Facsímil de la carta de instrucciones finales que el Presidente Obregón dirigió a su ministro de Hacienda Adolfo de la Huerta, en relación con los arreglos de México con el Comité Internacional de Banqueros en representación de los tenedores de bonos de nuestra deuda exterior

Informe rendido por el C. Secretario de Hacienda y Crédito Público, al C. Presidente de la República

Cumpliendo con las instrucciones que recibí de usted, a fines de mayo del corriente año me transladé a la ciudad de Nueva York con el propósito de asistir a las conferencias que previamente, y según correspondencia cruzada por espacio de tres meses, habían sido concertadas con el Comité Internacional de Banqueros, representante de los acreedores de nuestro país.

Verificáronse esas conferencias entre los días dos y diez y seis de junio y después de acaloradas, intensas e interesan-

tes discusiones, de las que usted tuvo noticia en detalle, por los telegramas que oportunamente le remití, dándole cuenta de las diferentes fases de las conferencias, logróse fijar las estipulaciones de un convenio ajustado a aquellas instrucciones y sujeto a la ratificación de usted.

A continuación encontrará usted un resumen de las principales cláusulas del referido arreglo, y por ellas podrá usted apreciar las bases conforme a las cuales debe reanudarse el servicio de nuestra deuda pública.

Creo necesario aclarar que las primeras proposiciones de los banqueros se diferenciaban en puntos esenciales de las estipulaciones finalmente establecidas y que fue necesaria una labor constante orientada a defender los derechos de México y a convencer a sus acreedores de la necesidad de llegar a un arreglo compatible con lo limitado de sus posibilidades financieras.

Concretando más las reflexiones contenidas en el párrafo anterior, debo poner en el conocimiento de usted, que los acreedores de nuestro país se encontraban animados del firmísimo propósito de rescatar hasta el último centavo adeudado, y para alcanzar ese fin, resueltos a hacer efectivas las sanciones y garantías que los contratos de emisión autorizan. Y así es cómo, después de exigir el reconocimiento de la suerte principal de todos nuestros adeudos, sin exclusión de ninguno, de sus intereses caídos, y de los réditos correspondientes a todas las cantidades anteriores, pretendían el pago inmediato de la suma de cuarenta millones de pesos, a cuenta del total de ese adeudo y la entrega de iguales abonos anuales aumentados progresivamente en cinco millones de pesos, hasta alcanzar al importe de todos los servicios corrientes.

A pesar de la considerable suma anterior que se nos exigía, negábanse a que todas las deudas interiores fueran comprendidas en las amortizaciones hechas con fondos

arriba señalados, por lo cual se hicieron necesarias nuevas discusiones para conseguir que, de menor cantidad que la exigida, se tomara la participación necesaria para atender no solamente a nuestra deuda exterior, sino a la interior y hasta a la de los ferrocarriles, cuyas hipotecas ya vencidas daban derecho a los fideicomisarios para incautarse de todos los bienes de la Empresa.

Con la garantía gubernamental se evitó que los acreedores de los ferrocarriles entraran en posesión de nuestras líneas, salvándose, de esta manera, todos los peligros que entrañaba semejante acto en el terreno político, en el interior y en el internacional y resguardándose a la vez los cuantiosos intereses que la Nación tiene en la misma Empresa, pues dicho acto dejaba a aquella menos derechos que los que las leyes comunes conceden a los accionistas de una sociedad en quiebra, respecto de los bienes de ésta, ya que, conforme a los contratos y leyes al amparo de los cuales se constituyeron dichas hipotecas, los acreedores son propietarios de las instalaciones de los Ferrocarriles Nacionales y pueden venderlas o entregarlas a quien les parezca, fuera de toda formalidad o procedimiento judicial, en cuanto la compañía suspenda por treinta días el servicio de amortizaciones e intereses.

Además de esas ventajas, las cláusulas del adeudo relativas a los Ferrocarriles Nacionales contienen la importantísima de eximir a la nación de todas las responsabilidades pecuniarias que la Empresa tiene derecho a exigirle, conforme a las leyes vigentes, por la incautación de sus líneas e instalaciones y por los daños que éstas sufrieron durante la revolución, pues en los términos de dichas cláusulas, el Gobierno sólo está obligado a devolverlas en el estado en que se encontraban al ser intervenidas por él.

Todas estas conclusiones finales se encontrarán contenidas en el siguiente convenio que a la letra dice: Habiéndose puesto en claro durante las discusiones del Secretario de

Hacienda y Crédito Público de México con el Comité Internacional de Banqueros para asuntos de ese país:

a) Que las obligaciones exteriores del Gobierno de México poseídas por tenedores extranjeros, así como la deuda de los Ferrocarriles Nacionales y ciertos empréstitos interiores especificados en la lista adjunta, ascienden aproximadamente a la suma de mil millones de pesos;
b) Que los intereses de esa suma acumulados por falta de pago desde 1913 ascienden aproximadamente a la suma de cuatrocientos millones de pesos;
c) Que si bien, debido a revoluciones sucesivas desde 1913, México no ha recobrado aún toda su estabilidad económica, el actual Gobierno de México declara su propósito de hacer frente con fidelidad y presteza a sus obligaciones financieras hasta donde se lo permitan sus posibilidades;
d) Que el Comité Internacional, reconociendo las dificultades con que México ha tenido que luchar, y las limitaciones impuestas a su capacidad para el pago inmediato de todas sus obligaciones vencidas, y deseando sinceramente encontrar la manera de proteger los intereses de los tenedores de bonos y a la vez prestar su concurso al Gobierno Mexicano para la solución de sus problemas y el restablecimiento de su crédito, está dispuesto a recomendar a los tenedores de títulos del Gobierno Mexicano que hagan ciertas reducciones y ajustes de cuantía en sus derechos;
e) Que asimismo reconoce el Comité que el Gobierno Mexicano tiene otras obligaciones cuyo cumplimiento es importante, tales como la restitución de las reservas metálicas a los Bancos, la Deuda Agraria y los Bonos

de los Empleados, las cuales deben satisfacerse por medio de la emisión de bonos interiores o de algún otro modo que más tarde se resuelva;

f) Que por lo que hace a las cantidades mínimas que el Gobierno Mexicano debe destinar al servicio de su deuda durante el año de 1923 y los cuatro siguientes, el Comité, después de examinar la situación, juzga que, dada una administración juiciosa y económica de los asuntos de México por su Gobierno, la provisión de aquellas cantidades y la ejecución de este convenio están dentro de las posibilidades del país, si se toman en cuenta la mejoría que debe resultar del arreglo de su deuda y la intención manifiesta del Gobierno de mantener una administración sana, y el hecho de que el plan mismo, si de adopta, puede producir fácilmente una mejoría considerable en la situación económica de México;

g) Que siendo idénticos el interés del pueblo y del Gobierno de México, por una parte, y el de sus acreedores extranjeros, por la otra, en cuanto a que debe asegurarse la prosperidad creciente de México para beneficio de ambos, los individuos manifiestan su interés constante y su deseo de cooperar en forma útil;

Por todo lo cual, a fin de lograr el ajuste de las obligaciones exteriores del Gobierno Mexicano, del sistema de los Ferrocarriles Nacionales y de ciertos empréstitos interiores especificados en la lista adjunta, se ha concertado el siguiente plan entre el Ministro de Hacienda de México y el Comité Internacional, el cual hará todo lo que de él dependa para lograr que sea aceptado por los tenedores de las obligaciones comprendidas en la lista anexa.

Los tenedores de bonos renunciarán al pago en efectivo de todos los intereses vencidos y pagaderos hasta el día 2 de enero de 1923, inclusive, tanto de las obligaciones del Gobierno como de las de los Ferrocarriles.

Los tenedores de bonos renunciarán al pago de todo interés sobre todos los intereses atrasados vencidos y pagaderos hasta el día 2 de enero de 1923, inclusive, tanto de las obligaciones del Gobierno como de las de los Ferrocarriles.

Los cupones de interés adheridos a los bonos serán desprendidos (si así lo permiten las distintas hipotecas y escrituras) y depositados en poder de algún fideicomisario a satisfacción del Comité Internacional, el cual extenderá a los tenedores recibos o certificados por el valor nominal de los cupones desprendidos. El Gobierno destinará anualmente, a partir del día 1o. de enero de 1928, sumas anuales virtualmente iguales que basten para retirar a la par, en anualidades proporcionales, dichos recibos o certificados, dentro de un período de cuarenta años que terminará el 1o de enero de 1968. Las anualidades que debe cubrir el Gobierno Mexicano serán entregadas por éste, por conducto de la Agencia Financiera del Gobierno de México en Nueva York, a la Institución que señale el Comité, el cual determinará la manera de amortizar los recibos o certificados. Si por cualquier razón los cupones no pueden desprenderse de los bonos, se adoptará algún otro plan, a satisfacción del Comité para realizar el arreglo anterior. Si hay algunos bonos a los cuales nunca hayan estado adheridos cupones que representen cualquier interés atrasado, el Gobierno de México suministrará dichos cupones para los fines de estos bonos, a fin de que los tenedores puedan depositarlos.

2. Fondos de amortización

Todos los fondos de amortización serán pospuestos por un período que no exceda de cinco años, a contar del 1o. de enero de 1923.

3. Obligaciones vencidas del gobierno

Todos los pagarés del Gobierno que estén vencidos o próximos a vencerse, serán prorrogados por un plazo razonable.

4. Intereses corrientes

El pago de los intereses corrientes se reanudará como sigue:

a) El Gobierno destinará y reservará un fondo que durante el primer año ascenderá a treinta millones de pesos oro nacional de cuño corriente actual y que será aumentado anualmente durante un período de cuatro años en no menos de cinco millones de pesos, en tal forma que el pago para el quinto año, sea por lo menos de cincuenta millones de pesos.
b) Si, durante el período de cinco años, los fondos destinados no llegan en cualquiera de esos cinco años a la suma mínima garantizada, el Gobierno Mexicano destinará, de sus otros ingresos, una suma suficiente para elevar aquella cantidad hasta el mínimun garantizado y en las fechas y montos que requiera el pago de los intereses corrientes, según la tabla que el Comité someterá al Ministro.
c) El producto de los derechos de exportación del petróleo (que establece el decreto de 7 de junio de 1921) así como cualquier aumento que haya en los mismos, y del impuesto del diez por ciento sobre las entradas

brutas de los Ferrocarriles que más adelante se estipula, si las hay, serán entregados a medida que se recauden en forma que se convendrá con el Comité Internacional, el cual hará arreglos para distribuir las sumas así recibidas entre los tenedores de las obligaciones contenidas en la lista anexa, a las que podrán agregarse aquellas otras emisiones que el Ministro y el Comité resuelvan, de acuerdo, que deban incluirse en la Deuda Exterior del Gobierno y la Deuda de los Ferrocarriles. Una parte de dicho fondo podrá usarse a discreción del Comité para comprar o retirar títulos (scip) por intereses corrientes. El Comité podrá retener y distribuir la totalidad de las cantidades que reciba por concepto de los impuestos enumerados en este inciso (c), aun cuando excedan del mínimun anual garantizado.

d) Cualquiera diferencia entre las sumas pagadas en efectivo a cuenta de los intereses corrientes (de acuerdo con los arreglos para la distribución de intereses corrientes, según tabla que será sometida por el Comité) y la suma total que deba pagar por ese motivo durante un periodo de cinco años, a contar del 2 de enero de 1923, será cubierta por medio de títulos (scip). Dichos títulos (scrip) hasta el monto total de la diferencia de intereses serán emitidos por el Gobierno de México y entregados por conducto del Comité para sus distribución entre los tenedores de las obligaciones en la forma que el Comité determine. Estos títulos (scrip) vencerán y serán pagaderos a los veinte años, y no causarán ningún interés durante los primeros cinco años, pero sí lo causarán a razón de tres por ciento pagaderos semestralmente, durante los quince años restantes. El Gobierno tendrá la opción de comprar estos títulos (scrip) en el mercado para su cancelación,

en forma que se convenga con el Comité, o retirar, mediante aviso, bien sea la totalidad o una parte de ellos a razón de 105 más intereses devengados e insolutos hasta la fecha del aviso, en cualquier época anterior al vencimiento Cualquier sobrante del fondo para intereses corrientes que quede durante los primeros cinco años, después de pagar dichos intereses corrientes, se aplicará a la compra y cancelación de dicho título (scrip) según se especifica antes.

e) El pago en efectivo de los intereses corrientes de acuerdo con la tabla que el Comité someterá al Ministro, comenzará con los intereses que se venzan y sean pagaderos después del 2 de enero de 1923. La reanudación total en efectivo del servicio de la Deuda, incluyendo los pagos íntegros de los fondos de amortización, comenzará con los pagos vencidos y pagaderos a partir del día 1o. de enero de 1928.

f) Los productos del impuesto de exportación del petróleo que hayan sido pagados o acumulados de acuerdo con el convenio de 3 de septiembre de 1921, desde el 31 de enero de 1922, entrarán inmediatamente a formar parte del fondo, así como, en lo futuro, todos los productos provenientes del propio impuesto. El producto del impuesto del diez por ciento sobre los ingresos brutos de los Ferrocarriles se entregará corrientemente, tan pronto como se cree dicho impuesto. Los pagos se harán en la forma que se convenga con el Comité Internacional.

g) Durante el período anterior a la reanudación completa del servicio de la Deuda, el Gobierno mantendrá en vigor los derechos de exportación sobre el petróleo, y no reducirá el tipo de dichos derechos pagaderos en efectivo, según se ha aplicado a partir del 3 de septiembre de 1921.

h) Al terminar el período de cinco años, al final del cual el Gobierno Mexicano reanudará el servicio íntegro de la deuda, las estipulaciones especiales que rigen durante este período, según el párrafo 4, se considerarán terminadas, salvo la obligación del Gobierno Mexicano relativa a los títulos (scrip) de intereses corrientes y salvo también que en caso de haber aún en circulación títulos (scrip) de intereses corrientes, el impuesto del diez por ciento (10 POR CIENTO) sobre las entradas brutas de los Ferrocarriles continuará en vigor y se aplicará por conducto del Comité a la reducción de los títulos (scrip) de intereses corrientes, en la forma que se convenga con el Comité.

5. Sistema de los ferrocarriles nacionales

Los tenedores de bonos y pagarés en circulación de los Ferrocarriles, presentarán sus títulos actuales para que sean sellados con el compromiso del Gobierno de México, según el cual se hace cargo del pago del principal, intereses y fondo de amortización de esos títulos. Por todo pago hecho por el Gobierno Mexicano, por cuenta de los Ferrocarriles por dichos principal, intereses y fondo de amortización, el Gobierno no se convertirá en acreedor de los Ferrocarriles, del mismo modo que lo establece el Decreto del Ejecutivo y Plan de Reorganización y Unión de la Compañía Limitada del Ferrocarril Central y del Ferrocarril Nacional de México, respecto de pagos hechos por cuenta de su garantía de los bonos de 4 POR CIENTO de la Hipoteca General de los Ferrocarriles Nacionales de México.

Los gravámenes que establezcan las actuales hipotecas y escrituras sobre las propiedades de los Ferrocarriles a favor de los títulos en circulación, serán depositados en un fideicomisario o fideicomisarios, a satisfacción del Comité Internacional, y no se harán efectivos, a menos que el Gobierno

no cumpla con las obligaciones de este convenio, pues entonces podrán ser ejercitados en favor de los tenedores de los títulos de los Ferrocarriles.

El Gobierno devolverá, en un plazo razonable, los Ferrocarriles a la Empresa privada. Los detalles de la devolución se fijarán más tarde.

El diez por ciento anual (10 por ciento) de los ingresos brutos de los Ferrocarriles será destinado y entregado corrientemente, según aquí se estipula, al servicio de la deuda pública del Gobierno, incluyendo la deuda de los Ferrocarriles, tomándose las medidas necesarias en las tarifas ya sea por sobrecargo o de cualquier otro modo.

Mientras no se reanude el pago total en efectivo de los intereses corrientes sobre los bonos, las utilidades líquidas de los Ferrocarriles se sumarán al fondo destinado al servicio de la Deuda del Gobierno, y después serán aplicadas al ser vicio de los títulos de los Ferrocarriles.

El Gobierno reconocerá la obligación de devolver los Ferrocarriles, incluyendo el material rodante, en el mismo estado en que se encontraban cuando se hizo cargo de ellos, no ahorrando esfuerzo alguno para que así se proceda tan pronto como sea posible.

Los pagarés de los ferrocarriles que estén vencidos o próximos a vencerse serán prorrogados por un plazo razonable.

6. Reconocimiento de obligaciones

El Gobierno Mexicano reconoce todas las obligaciones cuya responsabilidad ha asumido directamente o por vía de garantía y todas las estipulaciones de los contratos y las prendas en virtud de las cuales emitieron los diversos bonos; y dichas estipulaciones, que quedarán en todo su vigor al terminar el período de cinco años, estarán sujetas antes de ese plazo, a las modificaciones que aquí se establecen.

7. Recobro de derechos

Los tenedores de bonos reasumirán todos sus derechos contractuales si por cualquier motivo este convenio no se lleva a cabo en todas sus partes durante el período de cinco años citado.

8. Comisión

Cualquiera controversia que surja con motivo de la ejecución de este convenio será resuelta por una comisión especial nombrada de común acuerdo.

9. Ratificación

Queda sujeto este convenio a la ratificación del Presidente de la República Mexicana.

ADOLFO DE LA HUERTA, (Firmado) Secretario de Hacienda de México. International Committee of Bankers on México. By Thomas W. Lamont (firmado)

Ira H. Patchin, Ass't. Sec'y. (firmado).
Junio 16 de 1922.

TABLA DE OBLIGACIONES

$48.635,000	del Gobierno Mexicano, del 5, 1899.
50.959,000	del Gobierno Mexicano, del 4, 1910.
29.100,000	(6 000 000) del Gobierno Mexicano, del 6, 1913.
$ 128.000,000	Total de la Deuda Asegurada

$6.769,000	Empréstito Municipal, al 5 por ciento.
37.037,000	del Gobierno Mexicano, del 4, 1904.
25.000,000	de la Caja de Préstamos, del 4.1/2.
$ 68.806,000	Total de la Deuda No Asegurada.
$ 21.151,000	del Gobierno Mexicano, del 3, 1866.
46.455,000	del Gobierno Mexicano, del 5, 1894.
67.606,000	Total de la Deuda Interior.
$ 50.784,000	de los Ferrocarriles Nacionales, Garantizados del 4.
7.000,000	de Veracruz y Pacífico, del 4.1/2.
84.804,000	de los Ferrocarriles Nacionales antes de la hipoteca, del 4.1/2.
23.000,000	de los Ferrocarriles Nacionales antes de la hipoteca, del 4.1/2.
24.740,000	de los Ferrocarriles Nacionales, del 4, 1951.
5.850,000	del Internacional Mexicano, antes de la hipoteca, del 4.1/2.
4.206,000	del Internacional Mexicano antes de la hipoteca, del 4, 1977.
2.005,000	del Panamericano, del 5, 1934.
1.484,000	del Panamericano, del 5, 1938.
1.112,000	del Equipo (material) de los Ferrocarriles Nacionales del 5.
33.662,000	Pagarés de los Ferrocarriles Nacionales.
2.000,000	Segunda Hipoteca del Tehuantepec, del 4.1/2.
1.750,000	Diversos
$ 242.361,000	Total de la Deuda de los Ferrocarriles.
$507 457 000	Total de la Deuda

NOTA. Las cantidades mostradas en la presente tabla, están de acuerdo con la última información disponible, y se dan en dólares oro.

A lo anterior podrán agregarse todas aquellas emisiones que acuerden el Ministro y el Comité Internacional, según se prevé en el Convenio.

En la tabla anterior no se ha hecho estipulación para (1) aquellos bonos de las emisiones de Huerta (que se siguen a los llamados de la emisión "A"), que los poseen los bancos como colaterales ni (2) los llamados de la emisión DeKay que el Gobierno no reconoce.

THOMAS W. LAMONT
(firmado)

ADOLFO DE LA HUERTA
(firmado)

Como se verá por la aprobación que el Comité da a la lista que comprende los adeudos del Gobierno Mexicano, motivo del arreglo en cuestión, se consiguió la eliminación de una buena parte de los adeudos contraídos por el gobierno ilegal de Victoriano Huerta, pues según consta en la nota escrita al pie de la misma tabla de erogaciones, los bonos correspondientes a las emisiones que siguen a la llamada de la serie "A", fueron desconocidos por el gobierno de México con la conformidad del comité.

No debe pasarse por alto que, a pesar de las fuertes reclamaciones que los miembros del comité se vieron obligados a presentar en un principio, por mandato de la mayoría de nuestros acreedores, atendieron finalmente todas las justas razones que asistían al Gobierno de México para solicitar, siempre en forma decorosa, que redujeran sus demandas y, es de justicia asentar que México, de hoy en adelante, a juzgar por el ánimo actual de nuestros acreedores, contará con la cooperación de los elementos que intervinieron en los arreglos firmados el dieciséis de junio último.

Réstame por último, C. Presidente, hacer constar aquí que toda mi labor fue desarrollada dentro de tres lineamientos principales: primero, el absoluto apego a los principios de la conservación incólume de nuestra soberanía nacional; segundo, el arreglo de nuestra deuda pública a las posibilidades económicas de México, sin olvidar un solo momento que no debía tocar punto alguno que afectara el crédito de nuestra Nación tan necesario para nuestra rehabilitación económica; y, tercero, la sujeción a las instrucciones que previamente recibí de usted, señor Presidente, y a las normas generales de la política de su administración.

Con las explicaciones del presente informe y la ampliación que sobre ellas he hecho verbalmente ante usted, en la entrevista que hasta el día de ayer tuve el honor de que se me concediera, con la enfermedad que le aquejaba y que felizmente ha desaparecido, se habrá podido interiorizar al detalle de los arreglos propalados en Nueva York por el suscrito, en representación del gobierno mexicano y que espero merecerán la aprobación de la presidencia de su muy digno cargo.

Reitero a usted las seguridades de mi atenta consideración y respeto.

México, a 7 de agosto de 1922.

ADOLFO DE LA HUERTA
(firmado)

Al C. Presidente de la República. Presente.

Dictamen de las comisiones de Crédito Público y de Hacienda

Las Comisiones de Crédito Público y de Hacienda, después de estudiar cuidadosamente el Convenio De la Huerta La-

mont, produjeron su dictamen aprobatorio del que transcribimos solamente la parte final:

Resumiendo ahora los beneficios que el mencionado Convenio De la Huerta-Lamont trae para el país, pueden concretarse en los siguientes términos:

I. Queda incólume la Soberanía Nacional.
II. Los acreedores extranjeros reconocen igualdad de derechos para el pago de la deuda tanto interior como exterior.
III. Moratoria en el pago de intereses vencidos hasta el dos de enero de mil novecientos veintiocho y cancelación del derecho de capitalizar intereses.
IV. Prórroga por un tiempo razonable para el pago de obligaciones de los pagarés vencidos.
V. Concesión de un plazo de cuarenta años a partir de mil novecientos veintiocho para el pago de todos los intereses vencidos.
VI. Prórroga igualmente del plazo para el pago del fondo de amortización.
VII. Queda cancelada toda reclamación que la Empresa tuviera derecho a hacer al Gobierno por la incautación y administración de los Ferrocarriles Nacionales por el término de nueve años que han estado bajo su control administrativo. Igualmente se cancela toda reclamación de daños y perjuicios causados a la Empresa por la Revolución.
VIII. Coloca a la Empresa de los Ferrocarriles Nacionales en la obligación de contribuir con el diez por ciento de sus entradas brutas para el pago de la Deuda Pública y con las utilidades que la misma Empresa pueda alcanzar en el término de cinco años.

IX. Se suspende toda acción a los fideicomisarios por el término de cinco años para ejecutar sus derechos; conforme a la escritura hipotecaria de Obligaciones en contra de la Empresa de los Ferrocarriles Nacionales.

X. Proporciona al Gobierno la ventaja de mantener el control que ha venido sosteniendo en los Ferrocarriles Nacionales, control que garantiza el mejoramiento del país en su industria, comercio y agricultura, porque esta empresa al pasar a manos de sus accionistas desarrollará, a no dudarlo, una labor eficiente en bien de la prosperidad del país para poder atender debidamente las Obligaciones que este Convenio le impone.

XI. Y por último deja fundada, por primera vez en la historia de nuestras finanzas, la supresión de intermediarios, corredores o representantes para el arreglo de nuestras cuestiones financieras; mediación que siempre ha costado al país millones de pesos que ahora quedaron suprimidos y que revelan, para bien de nuestro futuro, la honorabilidad y el patriotismo de los altos funcionarios de la Federación que intervinieron en el Convenio de referencia.

En conclusión, las Comisiones estiman, que tomando en consideración los tiempos y las circunstancias actuales, no podría haberse iniciado la resolución de nuestra situación económica, en mejores y más ventajosas condiciones que las que establece el Convenio celebrado en Nueva York entre el C. Secretario de Hacienda y el Comité Internacional de Banqueros en representación de los acreedores de la Nación.

Por todo lo expuesto, nos per mitimos someter a vuestra Soberanía para su aprobación, el siguiente.

PROYECTO DE LEY

ÚNICO. Se aprueba en todas sus partes el Convenio celebrado el diez y seis de junio de mil novecientos veintidós, entre el Ejecutivo de la Unión por conducto de la Secretaría de Hacienda y el Comité Internacional de Banqueros con intereses en México, este último en representación de los acreedores del país. El Ejecutivo arreglará todos los puntos de este Convenio y tomará las medidas y celebrará los arreglos complementarios que conduzcan a su mejor ejecución.

SALA DE COMISIONES DEL SENADO.- México, D. F., a 26 de septiembre de 1922.

El anterior proyecto fue aprobado por unanimidad de votos. En cambio, para lograr la aprobación de los llamados TRATADOS DE BUCARELI, fue preciso el asesinato del senador Field Jurado y el secuestro de varios otros, como es bien sabido.

La razón es obvia: el convenio De la Huerta-Lamont, como queda explicado con la documentación oficial, obtenía para México ventajas y beneficios que según la estimación de escritores autorizados en cuestiones de finanzas, significaban entre otras, el ahorro de... $ 571 080 000 00 y esto cuando el peso mexicano aún se cotizaba a 2 x 1 con relación al dólar. En cambio, los Tratados o arreglos de Bucareli... adelante veremos la vergüenza que significaba para nuestra patria y el precio que México hubo de pagar para satisfacer pasiones personales de los responsables.

Los más destacados escritores especializados en temas de finanzas, hicieron estudios prolijos y publicaron extensos artículos poniendo de manifiesto las enormes ventajas obtenidas por las habilísimas gestiones de don Adolfo De la Huerta. Pueden verse los artículos de don Carlos Díaz Dufoo publicados en *Excélsior* con fechas 15, 19 y 29 de agosto de 1922; los del señor Jaime Gurza publicados en *El Universal* los días 10, 16, 19 y 24 de agosto de 1922; el del señor Lic. don

Arturo F. García que apareció en tres partes con fechas 9, 12 y 14 de septiembre de 1922 y el del señor Ing. don Francisco Bulnes, aparecido en *El Universal* el 23 de junio de 1922.

Y en relación con el último de los citados, es interesante hacer notar que aunque don Francisco Bulnes considera que gracias a los arreglos efectuados por el señor De la Huerta, se había logrado una economía para México de $ 571 080 000 00 (quinientos setenta y un millones, ochenta mil pesos) estima el escritor que tal arreglo no fue el más ventajoso de los hechos en nuestra historia, pues el de 1851, que ahorró al país la cantidad de $ 17 802, 000 00 (diecisiete millones, ochocientos dos mil pesos) nos proporcionó una ventaja superior.

En sus propias palabras:

> ¿Es cierto que el arreglo que ha hecho el señor De la Huerta con los banqueros internacionales es el mejor que representa la historia de la nación mexicana, como lo canta hasta ensordecer el Orfeón Oficial? No es cierto. El primero en ventaja de todos los arreglos de la deuda exterior que ha hecho México ha sido el que celebró en el año de 1851, el Secretario de Hacienda don Manuel Payno en la administración del general Mariano Arista.

Y termina en esta forma: "hace que se deba afir mar que, en la conversión de 1851, el gobierno mexicano redujo su deuda a la mitad con pleno consentimiento de sus acreedores extranjeros, mientras que el señor De la Huerta ha logrado reducir una tercera parte."

Usar tal razonamiento para tratar de convencer al lector de que un ahorro de diecisiete y pico de millones de pesos es más ventajoso que uno de más de quinientos millones, es verdaderamente infantil y no se explica en hombre de la mentalidad de don Francisco Bulnes. Y para verlo con más cla-

ridad supongamos, exagerando un poco las cosas, que se hiciera un arreglo de la deuda exterior en el que no siendo ésta sino de cien millones de pesos, se lograra una economía de ochenta millones, es decir del 80 por ciento del total. ¿Podría decirse con razón que ese era el más ventajoso de todos, puesto que ninguno logró tal porcentaje de reducción?

Si don Francisco Bulnes hubiera dicho que en la conversión de 1851 se logró una economía más alta en proporción a la deuda, un porcentaje más elevado de ahorro, estaría en lo justo, pero en la forma que lo expresa, claramente sostiene un error que, por otra parte, no creemos que haya estado convencido de él, sino que había que apocar en alguna forma el brillante triunfo del señor De la Huerta. Ya se nota esa tendencia cuando dice que "el Orfeón Oficial canta hasta ensordecer" las alabanzas al arreglo efectuado por don Adolfo.

Por lo demás, la actitud del historiador Bulnes no es de extrañar; había ya "mar de fondo" en todo lo que se comentaba alrededor de los ventajosísimos acuerdos logrados por el señor De la Huerta con el Comité Internacional de Banqueros. Mar de fondo que se agitaba al impulso de los fétidos vientos de la envidia, la pequeñez y los celos políticos.

Y los vientos que levantaban aquel oleaje se habían manifestado ya cuando el Comité de Banqueros reunido en Nueva York, antes de comenzar sus pláticas con nuestro ministro de Hacienda, recibió aquel mensaje que Pani envió con un enviado especial y en el que les decía que se abstuvieran de cerrar convenio con De la Huerta, pues él, Pani, les haría proposiciones más ventajosas. Informe éste que el propio Thomas Lamont comunicó a don Adolfo De la Huerta.

La tempestad de rachas mefíticas arreció cuando el presidente Harding solicitó insistentemente la presencia de don Adolfo en Washington, lo recibió con afecto y lo envió después a conferenciar con su secretario de Estado, Hughes,

resultando de aquellas entrevistas que los Estados Unidos prometieran no exigir ya tratado previo como condición para otorgar el reconocimiento al gobierno de Obregón.

Esa labor de convencimiento y esa conquista en el terreno de las relaciones internacionales, era, claramente, de la jurisdicción del secretario del ramo, o sea del secretario de Relaciones Exteriores, que lo era Pani en aquel entonces.

Por eso, según se relata en otra parte de este mismo libro, cuando los diarios de México publicaron a grandes cabezas DE LA HUERTA TRAE EN LA BOLSA EL RECONOCIMIENTO, pese a que don Adolfo no había hecho declaración alguna en ese sentido, Pani fue a "picarle la cresta" a su amo, diciéndole que la opinión pública era soezmente desfavorable para ellos dos y que todos decían que todo lo arreglaba De la Huerta.

No faltó escritor que tuviera la perspicacia suficiente para sentir con toda claridad aquellas corrientes y la inteligencia de interpretarlas. Ese fue don Félix Palavicini, que en el diario *El Universal* publicó dos editoriales verdaderamente proféticos, uno el 13 de julio de 1922, bajo título de "¡Crucificadlo!" y el otro el 21 del mismo mes y año, titulado, "Dos batallas y una escaramuza".

Antes de dar a conocer tan interesantes escritos, he de hacer la siguiente explicación que considero interesante:

Es cosa sabida que durante el tiempo que permanecieron en el poder los generales Obregón y Calles, y muy particularmente el primero, se llevó a cabo una campaña intensísima para hacer desaparecer todo vestigio de la obra patriótica y meritoria de don Adolfo De la Huerta.

Es lógico que así fuera; cualquier destello de virtud en el exiliado, tenía que lastimar las pupilas hechas a la penumbra de sus detractores. Además, fueron pagadas plumas venales para lanzar toda clase de calumnias, de versiones falsas y malévolas tratando de ridiculizar la actuación de don Adolfo, particularmente en el movimiento de 1923. Pero fue

grande el empeño que se puso en borrar la huella luminosa de una vida de patriotismo, desinterés y honradez extraordinarios. Ello era particular mente necesario a los tortuosos fines de sus enemigos, porque ellos mismos habían cantados sus alabanzas cuando aun creían que no opacaban sus propios méritos. Por esa razón se habló muy poco, después del distanciamiento, de los convenios Lamont-De la Huerta; por esa razón individuos de moralidad nula como aquel Capetillo, espía obregonista, escribieron versiones asquerosamente falsas e inventaron calumnias en contra del hombre cuya pureza se había reconocido a toda voz.

Y de paso habrá que hacer notar que aquel Alonso Capetillo, que estuvo en Veracruz en 1923 como agente de Obregón, desempeñaba un trabajo semejante cerca de Serrano y Gómez cuando éstos fueron fusilados a medio campo. En aquella ocasión Capetillo, según relato de algún testigo presencial, vociferaba explicando cuál era su verdadero papel, pero no fue creído. Pidió, suplicó, gimió implorando que se telefoneara al general Calles para aclarar el punto, pero los esbirros obregonistas no le creyeron y cayó atravesado por las balas inmisericordes que cortaron sus gritos de terror y sus lamentaciones. La justicia inmanente le alcanzó en aquella forma.

Pues bien, como decíamos, esa campaña de erradicación de todo rastro prestigioso del paso de don Adolfo por nuestra historia patria, llegó a extremos verdaderamente sorprendentes. Lo que sigue es un caso ilustrativo de ello.

Cuando el señor De la Huerta me dictaba algo relacionado con los convenios que él mismo celebró siendo secretario de Hacienda del general Obregón, me dijo que era conveniente que buscara yo en la Hemeroteca, en los números correspondientes de *El Universal*, un editorial de Palavicini, titulado "¡Crucificadlo!" y me indicó la fecha aproximada en que había aparecido.

Fui a la Hemeroteca y después de dos búsquedas minuciosas, me di cuenta de que las páginas editoriales de los números en los que buscaba yo tal editorial, habían sido arrancadas.

Recurrí entonces, después de continua búsqueda, al archivo del propio periódico, y allí me encontré con que el número que yo buscaba no existía. Y tampoco había en el siguiente número explicación alguna que se refiriera a la no aparición del diario en tal fecha. De lo cual deduzco, lógicamente, que no se trató de un día en el que no apareció el diario, sino que tal número fue suprimido. Sin duda por órdenes demasiado poderosas para ser desatendidas.

Y ya había abandonado la esperanza de obtener aquellos artículos, cuando me enteré, en forma casual, que en la Secretaría de Relaciones, con posterioridad a los regímenes de Obregón y Calles, se había obtenido una hemeroteca de un particular y que estaba muy completa. Acudí a ella y encontré lo que buscaba; es decir, los dos editoriales que a continuación se reproducen.

EL UNIVERSAL, 13 de julio de 1922.
Primera Sección Página 3 Sección Editorial
de *EL UNIVERSAL*

¡CRUCIFICADLO!

De nuestra oficina en Nueva York recibimos un cablegrama que publicamos ayer, en el que nuestro corresponsal se duele de que los esfuerzos y las energías y los talentos gastados por el señor De la Huerta durante las conferencias con el Comité Internacional de Banqueros no hayan sido apreciados debidamente, y que su obra esté amenazada de naufragar en mares de envidia o de inconsistencia.

Nosotros, más cerca que nuestro corresponsal del torbellino de pasiones que es la política mexicana, hallamos el fenómeno perfectamente natural y explicable.

Es verdad que el señor De la Huerta desplegó en Nueva York todas las actividades benéficas para nuestro país que señala nuestro corresponsal Ordorica, y es cierto también, que va en camino don Adolfo de merecer el desagrado de sus correligionarios.

Pero no debe quejarse, porque pecó; porque rompiendo el *dolce far niente* habitual de nuestros políticos, trabajó semanas enteras con ardor y con fe; porque no gastó sus vigilias en Nueva York en formar conexiones comerciales útiles, sino en defender bravamente el crédito de su país; porque, en una palabra, supo levantarse, por el desinterés patriótico, y el entusiasmo y la energía, sobre el nivel de los demás.

Y la murmuración de los que se hubieran roto las manos aplaudiendo si el general Obregón ratifica inmediatamente el Tratado; y los díceres en que se esconde una íntima satisfacción por lo que parece fracaso, en las frases de pena hipócrita con que hablan de su propósito incumplido; su abnegación y sus desvelos, marcan ya a don Adolfo De la Huerta un final de ingratitud en la via crucis que tuvo que pasar en sus pláticas con la más ambiciosa y refinada judería.

Tal vez si visita Washington y se viese a punto de lograr el reconocimiento, la indignación fuera mayor, y posiblemente entonces, en el final de la dolorosa callejuela del via crucis no viera sólo la ingratitud sino hubiera visto levantarse un cadalso político y habría tenido que taparse los oídos para no oír el clamor de sus correligionarios que gritarían: ¡Se ha atrevido a lograr lo que no pudimos nosotros! ¡Ha sido bastante osado para triunfar!... ¡Crucificadlo!

El señor De la Huerta, sin embargo, cuenta con la confianza y la amistad del presidente de la República, quien al

fin será la última instancia en el difícil esfuerzo realizado por el secretario de Hacienda.

NOTA. La casi profecía del editorialista con respecto a lo que el señor De la Huerta podría lograr en su visita a Washington, es particularmente notable porque, como se ve, fue hecha en su editorial del 13 de julio de 1922 y la visita del señor De la Huerta a Washington no se efectuó sino hasta el 19 del mismo mes y año.

EL UNIVERSAL, 21 de julio de 1922.
Primera Sección Página 3

EDITORIAL DE *EL UNIVERSAL*
Dos batallas y una escaramuza

El señor De la Huerta libró, como todos lo sabemos, una importante batalla en Nueva York con el Comité Internacional de Banqueros, de la que salió, indudablemente, victorioso, ya que la finalidad política de su misión, que era llegar a la redacción de un convenio, fue cumplida.

Y no contento de su esfuerzo, aceptó ir a Washington, en donde tuvo una ligera escaramuza, pues no merece otro nombre el "contacto" no diplomático y extraoficial que tomó con Mr. Harding.

Pero aunque sólo escaramuza la de Washington, hay que confesar que también en ella obtuvo un éxito apreciable, porque, de lo que se trataba era de obtener una declaración explícita sobre las demandas que, a lo que se dice, han quedado concretadas a lo siguiente: ratificación del convenio celebrado con los banqueros para el arreglo de la deuda de México, siendo además satisfactorias las resoluciones de la Suprema Corte sobre los juicios de amparo en cuestiones petroleras, amparos que se refieren a cuestiones de retroac-

tividad, de respeto de derechos adquiridos y de supuesta confiscación de propiedades.

En el combate formal, como decíamos, salió victorioso el secretario de Hacienda; en la escaramuza ante la Casa Blanca, preparó una victoria para su gobierno que, de ahora en adelante sabrá a qué atenerse, por lo menos, en lo que se refiere a las oposiciones concretas que la administración americana hace a la de nuestro país; pero aun le falta al señor De la Huerta, según palabras textuales suyas, que nos transmitió ayer nuestro corresponsal en Nueva York, "librar la batalla decisiva en México, donde se dirá la última palabra sobre sus varias misiones".

No hace muchos días que en un editorial que quisimos titular ¡Crucificadlo!, señalábamos el grave peligro que espera al señor De la Huerta por el pecado de haber sobresalido de los demás.

Y parece darnos la razón el señor De la Huerta cuando acepta, él también, que en México librará la batalla decisiva, batalla que para conformarse con la naturaleza humana y con nuestra especial psicología de indios y latinos, hemos de ver que le presentan algunos de sus amigos y correligionarios.

LAS ENTREVISTAS CON HARDING Y HUGHES

El viaje del señor De la Huerta a los Estados Unidos para conferenciar con los banqueros internacionales, tuvo otro aspecto que fue también de importancia para nuestras relaciones con el país vecino, o cuando menos, pudo haberlo sido, si sus resultados no se hubieran desvirtuado. Y por razones fáciles de comprender, cedo nuevamente la palabra a don Adolfo, para que en su charla tan llena de datos interesantes, nos refiera él mismo lo sucedido.

Después que hube terminado los arreglos con los banqueros internacionales sobre el adeudo de México, recibí invitación insistente de Washington para que visitara la Casa Blanca. La primera invitación me fue hecha directamente del presidente Harding por conducto de Mr. Lamont; la segunda procedía de Hughes por el mismo conducto. Contesté a ambas que no estaba autorizado por mi gobierno para aceptar tales invitaciones, ya que mi comisión se reducía al arreglo de la deuda internacional; pero cuando insistieron, comuniqué a Obregón la solicitud de referencia. Obregón se hallaba en Cuernavaca, y cuando volvió a México se proponía negarme la autorización, pero Pani creyó que si la solicitud se hacía oficialmente, ello equivaldría al reconocimiento de los Estados Unidos (!).

El gobierno americano dijo que, sin que implicara reconocimiento la invitación, oficialmente se comunicaban los deseos de Washington para que el secretario de Hacienda mexicano, don Adolfo De la Huerta, les visitara. Obregón entonces telegrafió diciendo: "Puedes aceptar invitación que te hace Washington". Ya entonces, a bordo de mi carro especial, el Hidalgo, me transladé a la capital norteamericana.

Autorizado ya por Obregón, hice el viaje a Washington, donde se me recibió en forma que me dejó sorprendido. Una numerosa guardia de motociclistas me acompañó en el trayecto de la estación al hotel, con las sirenas sonando a todo volumen, en fin, una recepción fastuosa. Creo yo que ello se haya debido a que en aquellos días no había asuntos de aspecto internacional que fueran de trascendencia. Así fue que las primeras planas de los rotativos se ocuparon de mi visita y comentaron los arreglos que había yo conseguido para México, considerando que ha bía derrotado a los banqueros internacionales y comentando favorablemente mi actuación comparada con la de los delegados de Rusia, que habían sido destrozados. Se había esperado que cosa parecida sucediera

con mis gestiones, muy particularmente después de que se había comentado que nuestra Constitución de 1917 nos había dado el carácter de socialistas y había causado tal escozor a los capitalistas. La derrota de los rusos había sido motivo de chascarrillos en vaudeville, y se esperaba cosa por el estilo o peor para México. A eso atribuyo la importancia tan grande que dio la prensa americana a mi visita a Washington y la recepción que se me hizo en dicha capital.

La primera conferencia que sostuve con el presidente Harding, duró más de una hora. Tenía yo amistad con el senador Burson, del Estado de Nuevo México, quien estuvo presente en las conferencias, y éste me llevó a otros cinco senadores al hotel donde me hospedaba. Yo les invité a comer en mi carro y ellos aceptaron gustosos, pues Burson les había dicho que traía yo licores a bordo y aquella era la época de la prohibición. La cita fue para la una de la tarde. Después vinieron por mí de la Casa Blanca. A la entrada había ya numerosos fotógrafos de prensa y camarógrafos de cine. Acompañado por el general Ryan y por mi ayudante Olallo Rubio, llegamos a la presencia de Harding.

El presidente de los Estados Unidos me colocó afectuosamente la mano sobre el hombro y me recibió con estas palabras:

—¡Qué trabajo me ha costado darme el gusto de conocerlo! Yo le expliqué que no había sido por falta de voluntad de mi parte, sino porque había tenido que solicitar la autorización de mi gobierno, ya que mi viaje había sido exclusivamente para los arreglos de la deuda.

—Si he insistido tanto en su visita —continuó Harding—, es porque me han hablado muchísimas personas sobre usted, acreditándole como hombre capaz de orientarme en los buenos deseos que tengo para su país, pues a pesar de mi buena voluntad me he encontrado con actitudes inexplicables que no sé por qué han asumido hasta

con perjuicio de su misma nación. Además, por la humana curiosidad de conocer al hombre que ha derrotado a los lobos de Wall Street y a los del resto del mundo (en tono de broma), pero todavía hay otros detalles muy personales que me inclinaron a aprovechar su viaje a este país para tener el gusto de tratarlo.

—¿Cuáles son esos aspectos, que son los que más me interesan?

—Ha de saber usted que yo fui antes periodista, periodista de provincia con mi periódico *The Marion Star* y tomé gran interés por los asuntos de la revolución mexicana; leía con avidez todo lo que a ella se refería. Me llamaba la atención que siendo usted civil, sobresaliera entre los militares y aun recibieran instrucciones de usted. Me llamaba la atención la insistencia con que reprendía usted a los reporteros americanos cuando ellos le daban el tratamiento de general y la invariable aclaración de usted en el sentido de que no tenía usted grado militar alguno. Posteriormente, cuando usted era gobernador del Estado de Sonora, yo fui su súbdito (traducción de Burson).

—¿Cómo está eso?

—Verá usted: cuando yo era pobre (todavía lo soy, pero cuando sólo tenía veinticinco mil dólares), un amigo mío, a quien yo consideraba un experto en cuestiones de minería, me trajo un negocio: un prospecto para cuya explotación pusimos iguales cantidades él y yo, más algunos asociados a los que invitamos.

—¿Y tiene usted todavía esa propiedad en Sonora?

—No; fracasamos, porque (riendo) sus altos impuestos mataron nuestro negocio.

—No puede ser, señor presidente; los impuestos mineros no son de los Estados, son impuestos federales.

—Es cierto (sonriendo), pero esa fue la disculpa que dimos a la inexperiencia de mi amigo, que quiso encontrar una mina donde no la había. Ah... en otra ocasión, siendo yo

senador, fui a visitar a un viejo amigo mío en Tucson, Arizona, y éste me presentó con representantes de los yaquis de los alrededores de la ciudad que en nombre de todos los exiliados de su raza, me pedían tierras para cultivarlas en Arizona. Traté de conseguirles largos permisos del gobierno americano y que no los pudieran sacar de sus reservaciones, pero no lo conseguí. Pero esos indios me dijeron que usted era su jefe.

—No, señor presidente; he sido siempre su amigo y defensor, nada más. Ellos tienen sus generales, que son los que los dirigen y sus grupos de gobernadores.

—Pues eso me dijeron ellos —y cambiando de tema, continuó: aquí el general Ryan, que es uno de sus admiradores, se me ha puesto un poco "difícil". Dice que estoy ante la disyuntiva de arreglarme con usted o declarar la guerra a México, que no hay otra solución; y que si he de tomar la segunda, que se lo avise para poner sus charreteras en mis manos e irse a predicar de pueblo en pueblo que sería la guerra más injusta entre las dos naciones. Así es que este hombre no me ha dejado más camino que arreglarme con usted, y con usted he de arreglarme.

Años después, ese mismo general Ryan que de tal manera demostraba su amistad por México, fue expulsado de nuestro país por incomprensión y celos del gobierno de Obregón.

—Estamos prácticamente sin correspondencia extraoficial —continuó Harding— desde el mes de marzo, en un callejón sin salida (deadlock). ¿Qué sugiere usted, Mr. De la Huerta?

—Pues, desde luego, que cese la exigencia del tratado que ustedes pretenden conseguir del gobierno de mi país, que es ofensivo y denigrante cualesquiera que sean las cláusulas que contenga, y lastima la dignidad de México. El pueblo mexicano es orgulloso y cualquier actitud de fuerza o desconfianza manifestada en su contra, la rechaza.

Y sobre ese tema corrió la conversación, que sería muy difícil reconstruir después de tanto tiempo. Pero en esencia, la plática se concretó en la protesta que yo hacía, porque los Estados Unidos pretendían celebrar un tratado antes de otorgar el reconocimiento al gobierno de México.

—Todos los países celebran tratados —argüía Mr. Harding.

—Pero cuando se reconocen personalidad... contestaba yo, etc.

—Finalmente, el presidente Harding convino:

—Tiene usted razón. Ya no habrá exigencia de tratado previo —y después añadió: "vamos ahora a arreglarle una entrevista con Hughes, porque no quiero pasar sobre su cabeza". Hughes era entonces secretario de Estado. Personalmente tomó el teléfono e hizo la cita con Hughes para las tres de la tarde, recomendándole que dejara pendiente cualquier otro asunto que tuviera para esa hora y que me diera tiempo ilimitado.

—Se llega ya la hora de comer y va a ser muy satisfactorio para mí continuar nuestra charla durante la comida —dijo el presidente.

—Le ruego que me perdone, señor Presidente, pero tengo compromiso de comer en otro sitio.

—Pues ¿qué no le explicaron que estaba usted invitado a comer?

—No, señor.

—Y ¿quienes son sus amigos?

—Son senadores.

—¿Por qué no los trae usted?

—Porque usted no les puede dar lo que yo voy a ofrecerles en mi carro.

—¿Qué les va a ofrecer?

—Pues entre otras cosas, whisky, cognac, y posiblemente hasta champagne.

—Efectivamente, eso no se los puedo ofrecer yo aquí.

Y después, con aire de broma, inquirió:

—¿Y cómo pasó usted eso?

—Con el permiso anticipado que solicité de usted y que usted me concedió (el presidente Harding río). Lo que usted debía hacer es acompañarnos a mi carro.

—Con mucho gusto lo haría, pero usted ya conoce lo que son estas posiciones oficiales, que no le permiten a uno esas cosas. Lo siento de veras. Pero antes de que se vaya, quiero presentarle a mi secretario particular y a sus empleados. —Y echándome el brazo sobre el hombro en forma a la vez familiar y afectuosa, me condujo por las dependencias presentándome con el personal. "Todos tenían gran interés de conocerle"—comentó.

A la salida, nuevo asalto de fotógrafos, camarógrafos, reporteros, etc. El coche me llevó directamente a la estación, a mi carro, donde ya encontré a mis amigos los senadores un poco adelantados en los tragos, pues los encargados del carro los habían atendido con esmero. La comida fue rápida, pues los senadores habían hecho cita con sus compañeros para que, a las siete de la tarde, estuviera en el Capitolio, donde debía presentarme a sostener una charla extraoficial con ellos.

A las tres de la tarde en punto me encontraba con Hughes iniciando desde luego la discusión sobre el artículo 27 constitucional, habiéndole aclarado que el presidente me comunicó su resolución de prescindir de la exigencia del tratado previo.

—Ustedes —dijo Hughes— indebidamente pretenden aplicar en forma retroactiva el artículo 27, y eso no debe ser.

—Me extraña —repliqué— que un abogado de la talla de usted haga esa afirmación. Toda Constitución y sus artículos son retroactivos; rompen los viejos moldes y establecen nuevas bases para la organización políticosocial del pueblo. Que las leyes que dimanan de esos artículos

constitucionales no sean retroactivas, eso es diferente. Recuerde usted, en su propio país, que las leyes que abolieron la esclavitud desconocieron todos los tratados y cancelaron todos los permisos, todas las concesiones que se habían otorgado previamente y sin ninguna compensación. Y le cité algunos otros ejemplos.

—Bueno, bueno —contestó—, tiene usted razón. Pero que no resulten confiscatorias.

—Esa es otra cosa. Para que no se perjudiquen los intereses de los inversionistas en México, vamos a confirmarles los derechos que tienen dentro del nuevo orden de cosas, con las formas que establece la Constitución de 1917, y en lugar de propietarios quedarán como concesionarios para la explotación del subsuelo, sin que esto signifique la pérdida de un solo centavo para los extranjeros, que es lo que a ellos debe interesarles, respetando lo que a nosotros nos interesa, que es el sostenimiento del principio general establecido.

Se habló después del artículo 123, e hizo consideraciones en el sentido de que había disposiciones y reglamentos que determinaban disgregación social. Le cité legislaciones de algunos de sus Estados, tales como Montana, Nueva York, en los que se encuentran disposiciones análogas a las de nuestro artículo constitucional y le demostré que era necesario encauzar el desarrollo de nuestras riquezas con algunas ventajas para los cooperadores en la producción.

Creo que mis argumentos le dejaron satisfecho. Y le hice notar que todas esas declaraciones mías se ajustaban al sentir del gobierno que representaba y que en esa misma forma me había expresado ante los periodistas en Nueva York, tanto a los de la derecha como a los de la izquierda y también ante los banqueros internacionales, quienes estaban de acuerdo en que esa era la posición de equilibrio para el pueblo de México.

—Muy bien —replicó al fin Mr. Hughes—, está usted en lo justo y reconozco la aspiración del pueblo de México de vivir dentro de leyes liberales para conseguir su bienestar.

(¡Aquello fue un triunfo redondo!)

¿Cuándo cree usted que venga la reglamentación del artículo 27, respecto a los petroleros?

—Creo que serán los primeros asuntos que trate el congreso en su nuevo período que comienza el primero de septiembre. Y aunque el promedio de duración de los pozos es de treinta años, se les concederán cincuenta en las concesiones que se les otorguen, sustituyendo a los títulos de propiedad.

—Me voy a Brasil —dijo ya para terminar Hughes—, regresaré en octubre y ya para esa fecha, al desarrollarse las cosas como usted expresa, no quedará sino que nosotros enviemos nuestro representante a México y México envíe el suyo a Washington, pues ya seremos legalmente amigos. —Así terminó la conversación, y tanto en alguna declaración a la prensa como en el discurso que Hughes pronunció en Boston, confirmó esas aseveraciones.

A mi regreso a México me referí, ante los periodistas únicamente, a los arreglos de la deuda y al preguntarme sobre mi viaje a Washington contesté que fue una visita de cortesía atendiendo la invitación que el presidente Harding me había hecho para saludarlo en Washington, pero aunque los reporteros no daban crédito a esa sencilla aclaración, tuvieron que conformarse, pues nada más obtuvieron de mi parte.

Se publicaba en esa época el periódico *Las Noticias*, y el director o algún reportero dedujo que mi visita a la capital de los EE. UU. era más importante de lo que se había dicho; y como buen periodista "adelantó" la noticia. Con grandes caracteres, al día siguiente publicó su periódico un encabezado en que decía: DE LA HUERTA TRAE EL RECONOCIMIENTO EN LA BOLSA.

Esa mañana, tomando la firma, uno de los ayudantes del Estado Mayor, (que lo había sido también en la época en que yo ocupé la presidencia), se introdujo sin anunciarse al despacho del general Obregón y encontró a Pani, con el rostro descompuesto, en el momento en que se acercaba a Obregón y éste le interrogaba:

—¿Qué hay de nuevo, ingeniero?

—Que todo el mundo dice que todo lo arregla Adolfo De la Huerta y que usted y yo somos un par de "penitentes". Vea usted lo que dice el periódico. —Obregón tosió en su forma característica y terminó de firmar. El ayudante salió y vino a la secretaría a informarme que corrían vientos de fronda en la presidencia, relatándome lo que acabo de referir.

Los tratados de Bucareli

Tema ha sido éste para muchos y muy diversos artículos periodísticos en los que se ha expresado, desde la condenación más absoluta y severa fundada en sentimientos de patriotismo, dignidad nacional y honradez, hasta el aplauso desvergonzado de los remanentes de un régimen culpable de grave error.

Y entre uno y otro extremo, había apreciaciones más o menos justas, más o menos bien intencionadas, pero en la mayor parte de los casos desorientadas, ya sea por la pasión política, ya por la falta de conocimiento de la naturaleza íntima de esos bochornosos convenios, ya por una errónea valorización de lo que significa la soberanía de una nación.

Escritos ha habido que nos han hecho pensar que hay escritores que tienen un concepto elástico del decoro y la honradez; elasticidad que es para nosotros inaceptable y que es tan sólo un paliativo de quienes pretenden ser benévolos con los prevaricadores o están desorientados porque juzgan de hechos pretéritos, que se han mantenido en la sombra del

cuasisecreto y que sólo han trascendido imperfectamente al conocimiento del público.

No es nuestro propósito hacer en este libro un análisis de los fatídicos convenios o tratados; nos limitaremos, por el momento, a señalar de manera sencilla y clara las razones por las cuales tales arreglos son violatorios de nuestra soberanía nacional y, por ende, inaceptables. Y que no se argumente, como se ha pretendido, que el sacrificio que ello implicó estaba justificado por el fin que se perseguía, que era el de obtener el reconocimiento de los Estados Unidos, pues ya se ha visto que tal reconocimiento estaba de hecho prometido por conducto del señor De la Huerta, SIN TRATADO NI CONDICIÓN PREVIA.

Es decir, que lo que honorable y dignamente había conseguido ya don Adolfo De la Huerta, fue deshecho para sustituirlo por un convenio mediante el cual se compraba el reconocimiento al precio de nuestra dignidad, nuestro decoro y nuestra soberanía nacional.

Pani, que fue el genio maléfico detrás de toda esa maquinación, logró deshacer el casi hecho acuerdo de los Estados Unidos y México, conseguido por la visita del señor De la Huerta a Washington; convenio que dejaba inmaculada nuestra dignidad nacional y ponía una aureola de gloria a la cabeza del patriota gestor.

Y para sustituir aquellos arreglos hechos ya casi por conducto de un hombre patriota y honrado, Pani insinuó, sugirió y piloteó los arreglos de Bucareli, que dejaron nuestra dignidad nacional muy mal parada, que dieron a los extranjeros derechos que no tenemos los nacionales, que, en una palabra, trajeron una ola de bochorno sobre nuestro infeliz país, pero dejaron satisfecha la asquerosa vanidad y la envidia de uno, los celos políticos de otro, y sobre la cabeza de ambos, el eterno aprobio de quienes vendieron los intereses

patrios confiados a sus pecadoras manos para satisfacer pasiones despreciables.

Y no quiero extender más el comentario personalísimo mío que constituyen las anteriores líneas. Dejo nuevamente la palabra al patriota ecuánime y bondadoso que sin el apasionamiento que yo no puedo reprimir, nos ha de relatar todo lo que es poco sabido o totalmente ignorado, de esa fase importante de nuestra historia patria.

A principios del año de 1921, una tarde recibí aviso del general Obregón llamándome para concurrir al Castillo de Chapultepec. Acudí y me encontré allí con el general Calles, que entonces ocupaba la cartera de Gobernación. Obregón nos dijo:

—Los he citado para tratar un asunto de trascendencia: El gobierno americano propone la designación de dos comisionados americanos para que con dos comisionados mexicanos nombrados por nosotros, discutan, aquí en México, los asuntos pendientes entre los dos gobiernos, los daños causados por la revolución a los intereses americanos y la forma en que ha de desarrollar la política el gobierno de México con respecto a esos mismos intereses.

Inmediatamente rebatí la proposición diciéndole que era inconveniente que les concediéramos derechos de extraterritorialidad a los extranjeros para que vinieran a juzgar nuestros actos relacionados con ellos y determinar la justicia que a ellos les asistiera. Que por ningún concepto debíamos aceptar la intromisión de elementos extraños en nuestra política para definir nuestros actos en ese campo y que debía rechazarse inmediatamente la proposición.

Calles oyó circunspecto mis argumentos, y luego dijo:

—Tiene razón Adolfo y debemos desechar esa proposición. ¿Quién te la trajo?

—El ingeniero Pani —contestó Obregón.

—Pues despacha a Pani con cajas destempladas y dile que no somos de los suyos.

—Vamos —dijo Obregón— a buscar la manera de rechazar esto sin lastimarlos, porque parece que vienen de buena fe.

Sí —convine—, no creo que haya mala fe; lo que hay es desconocimiento de nuestras leyes. Ya en la época del señor Carranza se me presentó un caso análogo a éste, por eso no tuve necesidad ni de pensar sobre el particular. —Y le referí a grandes rasgos el decreto de 10 de mayo de 1913, derogado por Carranza por las objeciones que en el mismo sentido le presenté, diciéndole que era el sentir de los sonorenses que no debiera sustituirse la Comisión Nacional de Reclamaciones establecida en la época del señor Madero por las comisiones mixtas a que se refería el decreto del 10 de mayo de 1913 que, al derogarlo en declaraciones que les hizo a dos corresponsales extranjeros, motivó una de las reclamaciones que vino a presentar el Dr. William Bayard Hale en Nogales, a fines de 1913, actuando como comisionado personal de Wilson.

Así se deshizo aquel primer intento de formar las comisiones mixtas, pero posteriormente, cuando yo había regresado de firmar los arreglos con los banqueros internacionales relativos a nuestra deuda y que fueron conocidos por convenios Lamont-De la Huerta, después de haber visitado Washington por expresa insistencia del presidente de los EE. UU. Y haber defendido ante el gobierno americano la posición de nuestro país para que no se le exigiera tratado previo ni concesiones indebidas como condición para otorgar el reconocimiento, y habiendo conseguido éxito completo, según refiero en otro lugar, me fui por tres días a mi Estado de Sonora y estando allá, leo en la prensa que el plan primitivamente propuesto por los Estados Unidos y que se desechó después de aquella conferencia en Chapultepec, volvía a revivirse para sustituir los arreglos que yo había hecho y lo-

grar así Pani salirse con su propósito de llevar a cabo el plan que rechazamos Calles y yo.

Inmediatamente puse a Obregón un telegrama de protesta por lo indebido del camino que se tomaba, más cuando ya estaban fijadas las bases, después de mis entrevistas con Harding y con Hughes sin tratado previo y sin necesidad de incluir en el mismo cláusulas como las incluídas después en los Tratados de Bucareli, que echan por tierra todas nuestras instrucciones en lo que se refiere a los extranjeros, poniéndolos en situación privilegiada respecto de los mexicanos. Dos telegramas más envié a Obregón y éste, finalmente, me contestó diciendo que posiblemente había cometido un error, que me transladara rápidamente a México para conferenciar con él.

Cuando llegué a México, me encontré con Obregón aparentemente preocupado. Me dijo:

—He tomado nota de tus aclaraciones. ¿Cuál es, en tu concepto, la solución a esta situación?

—Pues he pensado mucho en todo el camino y creo que una vez ya embarcado en este asunto, comprometido a que vengan esos señores a cambiar impresiones contigo (me refería yo a Warren y Payne), los trates con toda clase de cortesías, como si fueran dos periodistas que viniesen a inquirir sobre nuestra situación y que tú les dieras declaraciones interiorizándolos de las razones que se han tenido para legislar en la forma que ha legislado México y cómo van a sostenerse nuestros principios y nuestras leyes. Que Pani se encargue de atenderlos, organizarles sus fiestecitas y después despacharlos con viento fresco; porque no creo conveniente que estos señores vengan a inquirir sobre nuestras leyes, a dictarnos condiciones y menos a formalizar arreglos que vengan a constituir, al protocolizarse, el tratado previo que es de lo que me defendí tanto en mis pláticas con Harding y con Hughes.

Obregón aceptó el plan y me dijo:

—Así lo haremos; puedes estar tranquilo y yo procuraré sostener la misma tesis que tú sostuviste en Washington.

Tranquilizado, me dediqué a mis trabajos en la Secretaría de Hacienda que, después de los arreglos de la deuda pública por cinco años, me daba el contrato de 16 de junio, para organizar nuestras finanzas y hacer las proposiciones para el banco que había tratado con los banqueros europeos y americanos; proponer ya otro plan para la conversión y consolidación de nuestra deuda pública; y dejé a aquel par de señores que trataran con los comisionados que se habían nombrado aquí, que eran González Roa y Ross, dirigidos por Pani.

Las primeras pláticas y conferencias (según me di cuenta después) iban bien encarriladas, defendiendo los puntos de vista que yo mismo había defendido en los EE. UU. y sosteniendo nuestra legislación y tratando de que esos señores no interfirieran con nuestra política interna. Sin embargo, por las aclaraciones que les hacían se veía ya cierta supeditación, porque, sin tener derecho para ello, hablando en forma dura con respecto a la legislación mexicana, orientaban (Warren y Payne) la política hacia las conveniencias de ellos.

Pasó algún tiempo; creí que ya estaban próximos a retirarse, cuando me enteré por la prensa de una gran recepción que se organizaba en honor de ellos y que, entrevistados estos delegados americanos, dijeron que todavía tenían materia para tratar por un mes más. Me llamó la atención aquello, pero sin darle mayor importancia, esperé el desarrollo de los acontecimientos con la mente ocupada en los asuntos aquellos trascendentales que yo tenía a mi cargo.

Ya en el mes de agosto de 1923, se me acercó el general Ryan, que era, además de presidente de los petroleros, representante personal de Mr. Harding; es decir, lo había sido y creo que continuó siéndolo de su sucesor Mr. Coolidge. Se me presenta, pues, el general Ryan diciéndome:

—Mr. De la Huerta, le traigo la buena nueva de que ya se terminaron los arreglos y ya están firmadas las actas.

Obregón se había comprometido conmigo a que no se firmara ningún documento y que fueran únicamente declaraciones que se les hicieran a estos señores tratándolos como si fueran periodistas. Ese había sido el acuerdo. Así es que, al decirme el general Ryan que ya estaban firmadas las actas, me vino honda preocupación.

—¿Cómo las actas, general?

—Sí; las actas en las que se estipulan las condiciones dentro de las cuales van a encauzarse la política de México.

No quise prolongar más la conversación; no quise comunicarle mis impresiones ni hacer comentarios. Me excusé, y ya nervioso, fui a ver al general Obregón, diciéndole:

—Oye, Álvaro, me acaban de informar que se han firmado actas en las conferencias de Warrey y Payne con González Roa y don Ramón Ross, dizque dirigidos por Pani — pues esa aclaración me la había hecho el general Ryan.

—No —me dijo—, te han engañado. Únicamente se hicieron unos memoranda para que resultaran iguales las declaraciones que vamos a hacer aquí y las que han de hacerse en los EE. UU.

—Hombre —repliqué—, me tranquilizas, porque me había yo alarmado.

—No hay por qué; te han engañado; no hay tales actas.

Di media vuelta, pero se me ocurrió solicitar el que se me enseñaran los memoranda esos.

—Yo le diré a González Roa —me contestó— que te mande una copia.

Me vine pensando porque noté algún desconcierto en Obregón. No me pareció que me estaba diciendo la verdad; lo conocía muy íntimamente y al llegar a mi oficina llamé a mi secretaria particular Julieta Tovar y le dije: "Julieta, se me va inmediatamente en su automóvil a ver a González Roa y

le dice que con autorización del presidente de la República, o por acuerdo de él, como le parezca a usted mejor, me envié una copia de todo lo que se ha hecho en las conferencias".

Se fue Julieta y volvió con las copias de todas las actas que se habían firmado. Comencé a leerlas y al principio un poco tranquilo porque veía que no era mala la orientación; pero a medida que adelantaba veía como iban perdiendo terreno los nuestros y cómo los delegados de Warren y Payne iban imponiéndose y nulificando toda nuestra legislación, declarando además que el artículo 27 no se iba a aplicar retroactivamente y que los americanos se reservaban el derecho de recurrir al amparo diplomático, cuando el artículo 27 establece que todo propietario de México, en cuestiones de tierras, renuncia a la protección de su país y todas las irregularidades que contienen los arreglos, además de que protocolizado todo, eso ya venía a constituir el tratado previo que yo había conseguido no celebrar en mis pláticas con Harding y con Hughes y volvía así a imponérsele a México la condición de un tratado para que pudiese ser reconocido, tratado en el cual estaban estipuladas todas esas cláusulas que vulneraban nuestra soberanía y afectaban nuestra legislación al grado de que echaban por tierra nuestra Constitución. De hecho no quedaba ya la Constitución rigiendo para los extranjeros.

Y aquí es oportuno reproducir algo publicado hace pocos años y que confirma las palabras del señor De la Huerta.

Recuerdos de la Revolución Mexicana[2]

CAPITULO XXVI

Por Fernando López Portillo, que fue secretario particular del extinto divisionario sonorense Arnulfo R. Gómez.

2 Tomado de *Sucesos para Todos*, agosto 3 de 1954.

Continúan las sensacionales revelaciones del señor don Adolfo De la Huerta, tomadas en sus *Apuntes personales*. Dicen así:

> Después supe —porque me lo refirió Froylán C. Manjarrez en Tabasco— que Martín Luis Guzmán, con interés periodístico, tomó la copia de mi renuncia que había dejado en mi casa, adonde frecuentemente llegaba de visita, y la insertó en su periódico.

Esta —llamémosle indiscreción de Martín Luis Guzmán— hizo creer a Obregón que yo, faltando a mi palabra empeñada con él, había dado a la publicidad aquel documento, y de allí su resolución de no aceptar la conferencia que se proyectó en El Fuerte.

Ya separado de la secretaría recibí aviso anticipado de los ataques que en mi contra preparaba el general Obregón y que aparecieron en los primeros días de octubre, antes de que yo aceptara mi candidatura para la Presidencia de la República. Firmando: Adolfo De la Huerta.

El licenciado Aarón Sáenz, refiriéndose a las declaraciones anteriores del señor De la Huerta, y haciendo referencia a unos mensajes cambiados entre el secretario de Hacienda, señor don Adolfo De la Huerta, y el Presidente Obregón, relacionados con los convenios de Bucareli, manifestó: "Que hay suficientes documentos oficiales que con su solo sereno análisis y conocimiento, bastaría para colocar a cada quién en la situación de responsabilidad que puede corresponderles en su actuación pública en relación con tan trascendental problema."

Aun cuando los mensajes correspondientes tuvieron el carácter de confidenciales, por tratarse de un debate de interés histórico que importa fundamentalmente sea conocido por la opinión pública mexicana, considero que deben ser pu-

blicados, ya que esto facilitará una orientación completa sobre este importante tema.

El licenciado Sáenz se refiere al mensaje que el señor De la Huerta, que fue secretario de Hacienda en el gabinete del Presidente Obregón, dirigió al expresado Presidente, dándole a conocer sus puntos de vista sobre la conveniencia de la celebración de dichas conferencias, al conocer por medio de la prensa americana, que informó sobre puntos que tratarse en Conferencia México-Americana en la capital de la República.

El mensaje a que se refiere el señor licenciado Sáenz, lo transcribo íntegro: "C. Gral. Álvaro Obregón, Presidente de la República. Muy confidencial. Acabo de leer en noticias de prensa que el *American* de hoy, de Nueva York, informa sobre puntos que trataranse en conferencia México-Americano en esa capital. No le doy crédito a información que dice trataranse entre otros puntos siguientes: Primero: Solución controversia Chamizal. Segundo: Creación Tribunal Arbitraje para conocer reclamaciones ciudadanos americanos. Tercero: Discusión acerca decisión Congreso sobre tierras y materias minerales con respecto a artículo veintisiete para determinar si se ha interpretado razonablemente la no intromisión respecto tierras agrícolas. Como secretario de Estado actual administración, me siento obligado emitir mi opinión en asunto de tal trascendencia por si posteriormente en las conferencias proyectadas pretendieran los delegados americanos abordar nuestros problemas en la forma citada. Paréceme que con este aviso que tal vez intencionalmente ha publicado la prensa americana, debería hacerse desde luego la aclaración, confidencialmente por supuesto, que gobierno de México no aceptaría someter a la resolución de una Comisión de Arbitraje la validez de nuestras leyes, pues no otra cosa significaría incluir en programa oficial de esas discusiones la interpretación de nuestras leyes sobre tierras y petróleo. Que accidentalmente con declaraciones e informaciones extraoficiales informales se explique la

significación y alcance de las leyes mexicanas, paréceme bien distinto a aceptar discusión oficial sobre la validez convenien-cia de nuestra legislación. Para tu gobierno debo recordarte la información que rendí a mi regreso de Washington, en la que te hice notar la aceptación de la política del gobierno mexica-no sin más objeciones al fijarse esa política que los tres puntos siguientes: Primero: Ratificación y cumplimiento sobre nues-tra deuda pública; Segundo: Confirmación de los derechos petroleros adquiridos antes de mil novecientos diecisiete, y Tercero: Avalúo real o comercial de las tierras para que las to-madas para la resolución del problema agrario sean pagadas a sus propietarios de manera justa y equitativa. Estos mismos puntos fueron ratificados en la nota de cuatro de agosto que el Departamento de Estado envió a su representación en Méxi-co, firmada por el propio secretario de Estado, señor Hughes. Al finalizar el desarrollo de la política mexicana dentro de es-tos tres puntos, consideraríase automáticamente reanudadas nuestras relaciones internacionales.

Con el cumplimiento del primer punto, ahora en abril al atender nuestros compromisos de deuda pública con la nueva valorización de las tierras, según el decreto señalado en uno al millar como impuesto federal, decreto a que me referí en men-saje anterior con motivo del asunto de España y que te suplico vuelvas a leer, y con la reglamentación de la Ley del Petróleo que está por terminarse en la Cámara de Diputados, y que com-prende ya resuelta favorablemente la confirmación, que no ha de ser ya objetada por el gobierno del país vecino, tenemos pleno derecho para exigir la reanudación de nuestras relacio-nes internacionales automáticamente, cumpliendo así lo que han ofrecido no solamente a un ministro de tu gobierno, sino indirectamente a través de financieros del Comité de nuestros acreedores y el propio Hughes en su discurso de Boston. Pa-réceme, pues injustificado de su parte que vengan ahora, si es cierta la información de la prensa, pretendiendo involucrar

nuevos asuntos o reconsiderar los que ya están resueltos definitivamente. Resultaría que por camino distinto nos hacían caer en el famoso tratado preliminar que con tan justa razón rechazaste, y que como te comuniqué oportunamente en mi entrevista convinieron en que no sería indispensable dicho tratado confirmando esa resolución en la ya mencionada nota del cuatro de agosto, enviada por conducto del señor Summerlin a nuestra Cancillería. Para terminar debo recordarte mi declaración hecha ante el Senado cuando discutíase convenio de la deuda pública, y que desde mi llegada de los Estados Unidos te comuniqué oportunamente sobre indemnizaciones a extranjeros por daños causados en la revolución. El Comité nos ha de ayudar extraoficialmente en forma tal liberal, que podemos dejar de considerar tales indemnizaciones como una carga para la nación. En mi concepto conviene posponer este punto para el arreglo general de nuestra deuda pública, que es a la que corresponden las indemnizaciones, para tratarlo en su oportunidad en la conversión y consolidación de nuestra deuda, que podremos realizarla en el presente año. Como aclaración a este respecto debo participarte que prominentes miembros del Comité aceptaron como factible el pago de las indemnizaciones en la forma acordada para los intereses caídos de la deudo. Te ruego tomes este mensaje como la expresión de mi deseo del éxito de tu actuación y al alarmarme un poco las noticias de la prensa quise aprovechar mi plática contigo para traer a tu memoria todos aquellos puntos que pueden servirte en estos momentos en que toca a su fin la controversia internacional. Afectuosamente (firmado), Adolfo De la Huerta. Fechado en Hermosillo, Son., 26 de abril de 1923.

El Presidente Obregón le contestó telegráficamente lo siguiente, que transcribo íntegramente: Adolfo De la Huerta, Hermosillo, Son. Enterado tu mensaje cifrado antier. Me apena muy sinceramente que hayas dado crédito a las noticias de la prensa, juzgándome capaz de incurrir en una debilidad que

si no cometí al iniciarse mi período, en que tantos fermentos revolucionarios y políticos, interiores y exteriores, se agitaban contra mi gobierno, menos sería capaz de cometer cuando falta año y medio para terminar mi período y la situación puede considerarse como normal. En mis mensajes anteriores te declaré que las conferencias no significaban ningún compromiso para nuestro Gobierno, y la declaración oficial que se hizo, estableciendo el objeto de ellas, dice clara y categóricamente: "A fin de apresurar el logro de una mutua inteligencia entre los gobiernos de México y de los Estados Unidos dos comisionados mexicanos y dos americanos serán designados para reunirse con el propósito de cambiar impresiones y de referirlas a sus respectivas autoridades".

Ha sido ofrecida la hospitalidad de la Ciudad de México a los comisionados americanos, como huéspedes de honor, y la Comisión se reunirá en esta misma ciudad. Los nombres de los comisionados serán dados a conocer más tarde. Una declaración idéntica ha sido hecha, simultáneamente, por el Departamento de Estado de Washington. Afectuosamente. Presidente de la República (firmado), Álvaro Obregón.

CAPITULO XXVII

Continuan los mensajes, que dio para su publicidad el licenciado don Aarón Sáenz, cambiados entre el señor De la Huerta y el Presidente Obregón.

El señor De la Huerta, en su respuesta al Presidente Obregón, le dice lo siguiente: "Hermosillo, 1o. de mayo de 1923. General Álvaro Obregón. Presidente de la República. Estoy ya convencido de que mis telegramas no reflejan mi sentir ni mi pensar en los asuntos que en varias ocasiones te he comunicado, y basándome en esa falta de fidelidad de mis escritos, reservo la aclaración a mi anterior para mi llegada a esa capital. Sin

embargo, no quiero dejar esta oportunidad sin aclararte que en mi mensaje sobre puntos que comprenderíanse en conferencias internacionales, te dije con toda precisión que no daba crédito a las informaciones de la prensa, y te expliqué que sólo aprovechaba aquella ocasión al tratarse asunto para informarte una vez más sobre las conclusiones a que se llegó en las pláticas que accidentalmente sostuve con los señores Harding y Hughes en mi visita a Washington. Consideré ese tema verdaderamente trascendental para presentarlo en esa ocasión con todos sus interesantes aspectos, pues callármelos hubiera sido indebido. Además, como podrá informarte el general Ryan, el senador Burson del Estado de Nuevo México me habló sobre la proposición que harían a nuestro país a fin de que se formaran comisiones análogas a las que ahora se han designado para solucionar malos entendimientos internacionales. Posteriormente, el general Ryan a su regreso de Washington insistió en ese camino, y yo con toda cortesía, dada la buena intención que para México tienen estos dos hombres en ambos casos, insinué que se desechara ese proyecto, expresándole al general Ryan que me parecía que después del compromiso del Departamento de Estado de considerar reanudadas automáticamente las relaciones internacionales al desarrollarse definitivamente los tres puntos que fijarían la política mexicana, ya nada había que hacer sino esperar que nuestra labor gubernativa formalizara las declaraciones que habíamos hecho sobre la orientación de nuestro gobierno. Por ser este mi modo de pensar, no te comuniqué estas insinuaciones que me llegaron, pero como tengo completa fe en tu indiscutible talento y en tu insospechable patriotismo, me inclino a creer que mis apreciaciones no eran justas ni acertadas y que tú debes tener muy bien meditado tu plan general para conducirnos fácilmente al triunfo después de esta lucha que por tanto tiempo hemos sostenido. Como te digo al principio, a mi llegada a esa capital ampliaré con menos peligro

de ser mal interpretados mis conceptos y apreciaciones sobre estos asuntos. Entretanto, deseándote completo éxito, se despide tu amigo que te quiere. (firmado) Adolfo De la Huerta.

Estos mensajes los envió a la prensa para su publicación el licenciado Aarón Sáenz, por escrito y bajo su firma. (Firmado) Lic. Aarón Sáenz.

Por su parte, el señor don Adolfo De la Huerta, al referirse a los anteriores mensajes que proporcionó a la prensa el licenciado Sáenz, declaró lo siguiente, que transcribo íntegramente:

Aunque habíame hecho el propósito de no intervenir en discusiones sobre convenios, arreglos a tratados llamados de Bucareli, para no resucitar odios y antagonismos que debemos olvidar, la publicación de telegramas alterados con frases y conceptos que aunque no desvirtúan mi actitud de aquel entonces, sí determinan incongruencias y confusiones, me obliga a esta aclaración que fija mi actuación en el gabinete del general Obregón.

Para aclarar lo declarado por el licenciado Aarón Sáenz, quien también mostró algunos telegramas al respecto, el señor De la Huerta sigue diciendo: "Los documentos publicados por el licenciado Sáenz están desprendidos de una serie de mensajes motivada, primero, por el anuncio de la prensa de México sobre la visita de comisionados americanos que en la capital debían tratar con delegados mexicanos sobre el reconocimiento de nuestro gobierno."

Al leer en Sonora, donde me encontraba accidentalmente, tal información, me dirigí al Presidente protestando por la aceptación de ese plan que anteriormente se había propuesto y que en junta en Chapultepec entre Calles, Obregón y yo, se había rechazado.

A ese mensaje de protesta que agradecería también al licenciado Sáenz publicara, unido a otras declaraciones que en conferencia telegráfica tuvimos el Presidente y yo, quiere referirse el general Obregón en el mensaje fecha 28 del actual por el licenciado ya mencionado, en la siguiente frase: "En mis mensajes anteriores te declaré que las conferencias no significaban ningún compromiso para nuestro gobierno, etc." Claramente se ve por esta frase que hubo en otros mensajes objeción de mi parte a esos arreglos.

Cuando en la prensa de Estados Unidos aparecieron no solamente la noticia de las conferencias, sino la especificación de puntos que trataríanse en ellas, aproveché esa circunstancia para hacer patente una vez más mi inconformidad y mis temores de que nuestro gobierno se viera envuelto en situación indecorosa; pero por tener ya la promesa de Obregón, hecha en mensajes anteriores (que también pido al señor Sáenz sean publicados), de que al llegar yo a México se buscaría la forma de salir airosamente de ese paso equivocado, usé algunos eufemismos para que no recibiera con encono mis puntos de vista, toda vez que mi único propósito era salvar la situación de mi país sin lastimar en lo más mínimo al general Obregón.

Veo en las declaraciones publicadas algunas frases que no se compadecen con el espíritu de los mensajes que es de reprobación a esas proyectadas conferencias, realizadas después en Bucareli, y parece que fueron agregadas para esfumar mi protesta, lamentando que esos telegramas hayan sido dados a la publicidad después de mi larga estancia en México, cuando estuve en posibilidad de sacar de mis archivos existentes en esa capital los documentos originales.

Quiero hacer notar que, a pesar de la promesa del general Obregón de no caer en el error que señalé y que muy claramente se ve aún en los mensajes publicados, siempre se firmaron los convenios condicionales para el reconocimien-

to y que, para obtener su ratificación en el Senado de la República, se recurrió a la violencia.

Si se revisa la prensa de aquellos días, se verá que los senadores de los dos bandos existentes entonces rechazaron en un principio tales convenios, y sólo después, cuando se hizo sentir la presión gubernamental en forma cruel y se explotaron los antagonismos de política interna, se consiguió obtener la ratificación de esos tratados que en mi concepto violaron la dignidad y soberanía nacionales, por haber sido la CONDICIÓN del reconocimiento y que encierran, no solamente la obligación de pagar los daños causados por la revolución cuando la ley estaba en suspenso, sino para remunerar a los extranjeros perjudicados por la aplicación de nuestras leyes constitucionales, sin mencionar caso de denegación de justicia.

Para terminar, debo llamar la atención sobre la promesa que el gobierno americano me hizo en mis conferencias con Harding y Hughes para que el reconocimiento viniera automáticamente sin necesidad de tratado previo y sin condiciones humillantes para nuestra patria, como expresan mis mensajes que han motivado esta aclaración.

Después de esa promesa sólo debía esperarse que nuestra legislación se ajustara a las declaraciones hechas por el Presidente de la República al promulgarse las leyes y reglamentaciones generales que debieran amparar por igual a los mexicanos y extranjeros, sin privilegios para estos últimos, declaraciones que yo presenté al gobierno y pueblo americanos y que comprendían los tres puntos a que se refiere uno de mis mensajes.

Hago notar que todas estas discusiones fueron posteriores a los arreglos de la Deuda Pública, y que mis pláticas con el Presidente Harding y el Secretario de Estado Hughes, fueron también después de firmarse convenios de la Deuda Pú-

blica el 16 de junio de 1922, en los que ninguna intervención tuvo el gobierno americano. (Firmado) Adolfo De la Huerta.

Explicaciones y recriminaciones

Volvamos ahora a escuchar la relación que nos hace don Adolfo De la Huerta de los trascendentales acontecimientos que siguieron.

Tomé la última minuta y me fui con ella a ver a Obregón.

—Álvaro; pues no fui yo el engañado, como suponías, sino tú; porque todavía quiero creer que a tus espaldas se ha hecho esto. Y le mostré la minuta en la que se aceptaban las condiciones aquellas desfavorables para México. Nada más leyó el principio (como era ya conocido para él, no continuó la lectura).

—Bueno —me dijo—, son muchas quisquillosidades tuyas. Yo no quiero pasar a la historia con mi gobierno no reconocido por los demás gobiernos de los países civilizados del mundo. Algún sacrificio tenía que hacer. Sobre todo, todos los gobiernos firman tratados y hacen arreglos para conseguir el buen entendimiento con las demás naciones.

—Pero es que esto es contrario a la ley.... ¡Entonces tú también estabas de acuerdo con esto! Entonces has cometido una traición a la patria. Has incurrido en muy serias responsabilidades. —Y ya exaltado le dije frases descompuestas.

Posiblemente me haya faltado tino para conducir mi plática con él, y tal vez hasta para convencerlo de que retrocediera, aunque ya era muy difícil. Cuando le dije en palabras duras que había incurrido en traición a la patria, me contestó:

—Pues esa es tu opinión, pero no la mía ni la de las personas que conmigo han hecho estos arreglos.—

—Pues hasta este momento sigo en tu gobierno. Da por presentada mi renuncia que he de formalizar después, porque yo no me hago cómplice de esta actuación tuya.

Y me retiré muy nervioso, muy excitado, contrariadísimo. El final de la entrevista ya fue cortante. Fui inmediatamente a decir a mi secretario particular:

—A llevarnos todo lo que sea de mi correspondencia, porque me voy de la secretaría; no sigo con este gobierno.

Al día siguiente me llamó Obregón y me dijo:

—He querido saber nada más cuáles han sido los móviles de tu actitud de ayer. ¿Realmente crees que sea un error de mi parte, que haya cometido una torpeza incurriendo en esas responsabilidades que tú me hiciste notar, o es por odio personal a mí?

—Pero Álvaro, ¿cómo puedes imaginarte que yo tenga odio para ti? No tienes un colaborador más leal que yo y si ayer me exalté y subrayé con palabras fuertes y duras mi protesta, fue para que te salvaras, para que no incurrieras en la responsabilidad en la que estás incurriendo.

—Bueno; eso es todo lo que quería yo saber. Después de todo tu celo patriótico es hasta cierto punto encomiable, pero esto ya está hecho. Es todo lo que quería saber.

—Muy bien. —Y me retiré.

Como consecuencia de la contrariedad que me causaron esos acontecimientos, me vino un derrame bilioso. Me purgué y me puse en cama y estando en ella, ya por la noche, se me presentaron varios diputados. Si mal no recuerdo eran Martín Luis Guzmán, Rubén Navarro, Prieto Laurens y algunos otros, pidiéndome que intercediera con Obregón a fin de que no se publicara una resolución presidencial calificando las elecciones de tres Estados: Zacatecas, San Luis Potosí y Nuevo León. Como yo a nadie le había comunicado la discusión que había tenido con Álvaro, pues ellos creían que yo era palanca poderosa para hacer desistir a Obregón

de aquellas resoluciones. Me opuse muchísimo, no quería en manera alguna, pues yo me daba cuenta de que yo no era el hombre que ellos buscaban para lograr su objeto, pero fue tanta la insistencia de ellos, que me levanté, me vestí y lo fui a ver a Chapultepec.

Encontré que a él también le había afectado nuestra discusión, pues estaba medio enfermo con un fuerte dolor de cabeza. Le comuniqué la solicitud de los diputados haciéndole notar que no tenía derecho el gobierno federal para intervenir en las elecciones de los Estados; que eran resoluciones de las legislaturas locales erigidas en colegio electoral y que ni el mismo gobierno podía vetarlas.

—Ese es un asunto —me contestó— que yo tengo muy bien consultado. Mis abogados me dijeron que yo podía hacerlo.

—Pues yo te puedo presentar a cien abogados que te dirán lo contrario.

—Bueno; pues a esos atiéndelos tú; yo atiendo a los míos.

Me retiré y volví a comunicarles a los diputados que no había podido conseguir nada. Después recurrieron a Roberto Pesqueira, quien había llegado allí a visitarme y parece que él fue también a hablar con Obregón con el mismo resultado negativo, pues la resolución aquella se publicó en la prensa y resultó el gobierno federal calificando las elecciones de los Estados. (Fines de agosto o principios de septiembre de 1923). Dos días después Obregón volvió a llamarme. Antes de salir y estando en mi casa Floylán Manjarrez, le dije:

—Vuelva a ser mi secretario particular: siéntese a la máquina que le voy a dictar mi renuncia. Eso porque recordé que no había presentado mi renuncia oficialmente a Obregón, sino que había sido una resolución verbal durante la enojosa plática de tres días. (Manjarrez había sido por corto tiempo mi secretario particular en 1916, sustituyendo al Vate Escudero que enfermó por unos días. Manjarrez era director del periódico *Orientación* que yo fundé en esos días en Hermosillo).

Dicté a Manjarrez mi renuncia, deslizando en ella alguna frase dura.

—No, don Adolfo —me dijo—, no es conveniente esa forma. Este es un documento histórico. Usted siempre se ha caracterizado por su ponderación, y disuena esa frase.

—Pues quítela. —Se la quitó y quedó una renuncia serena. Me la eché a la bolsa dejando una copia allí.

Me fuí a ver a Obregón y durante nuestra entrevista me dijo:

—Hombre, he pensado mucho sobre tus argumentos en contra de los arreglos que hemos hecho y... ¿crees tú que pueda tener todavía remedio esta situación?

—Sí —le contesté—, si voy a Washington y hablo sobre todo con Hughes, comprometidos como estaban conmigo a prescindir del tratado previo y a aceptar las resoluciones del gobierno de México dentro de la Constitución del 17, con la propiedad del subsuelo, sin el reconocimiento de los derechos anteriores, porque toda Constitución es retroactiva y nulifica todos los arreglos anteriores, tengo la seguridad de lograr arreglar esto.

—Bueno —me dijo—, entonces te vas conmigo a El Fuerte (Chapala). Vamos a estarnos allí unos días para estudiar bien esta cuestión. Me explicas en qué forma vas a pelear este asunto y la emprendes a Washington. —Pero al retirarme le dije:

—Hombre, formulé ya mi renuncia para que conste de todas maneras que yo tomé ya la resolución de no formar parte de tu gobierno; yo tengo mis compromisos...

—Bueno —me contestó—, pero ya después de esa resolución de que tú vayas a Washington ¿insistes?

—De todas maneras quiero que se quede contigo.

—Bueno, pero es únicamente por fórmula, o ¿es optativo para mí aceptarla?

—Sí, no la voy a dar a conocer.

Debo aclarar que en la segunda de las entrevistas relatadas, aquella en la que me preguntó si mi actitud obedecía a rencor personal, terminó diciéndome: "¿No te parece, en-

tonces, que puedes separarte pidiendo licencia el primero de noviembre?". Y como yo quedara un poco indeciso, Álvaro insistió diciendo que era impolítico el dar a conocer mi renuncia, pues era yo la columna fuerte de su gobierno y aquello causaría desequilibrios no deseables. Ante tales consideraciones, acepté su sugestión.

Así pues, en la tercera entrevista, al presentarle mi renuncia, me recordó aquello. De todas maneras —insistí— no la haré pública, pero consérvala.

Terminada la entrevista me retiré a mi domicilio.



BOLETOS PARA EL CAMPEONATO DE BOX SE VENDEN EN LOPEZ NUM

EL MUNDO

Exide

SEÑOR ADOLFO DE LA HUERT

RESENTO ANOCHE SU RENUNCI

HOY A LAS

He aquí la noticia a siete columnas que indirectamente determinó
el distanciamiento definitivo entre el general Obregón y el señor De la Huerta



Don Adolfo de la Huerta se había defendido ante las Cámaras de los falsos cargos que Pani le hizo. Diputados y Senadores, convencidos de la honradez del señor De la Huerta, le aplaudieron olvidando diferencias políticas. El pueblo en la única manifestación verdaderamente espontánea, le acompañó en triunfo en su domicilio



Nadie convocó al pueblo, nadie puso medios de transporte a su disposición, nadie le pidió que se reuniera, pero el pueblo de México sabía que don Adolfo de la Huerta había servido a su patria con toda lealtad y acudió espontáneamente a escoltarlo después de su triunfo en el Congreso

Indiscreción periodística y sus consecuencias

El día siguiente (22 de septiembre de 1923) con enorme sorpresa mía, apareció publicada mi renuncia en el diario *El Mundo,* con un encabezado a toda página que decía: EL SEÑOR ADOLFO DE LA HUERTA PRESENTÓ ANOCHE SU RENUNCIA. Como he dicho, ésta sólo era conocida de Obregón y de mí.

Lo que sucedió fue lo siguiente: cuando yo salía la noche anterior a entrevistar a Obregón, llegó a mi casa Martín Luis Guzmán y yo le invité a pasar diciéndole que allí encontraría a Froylán. Martín Luis entró a la sala de la Casa del Lago (mi residencia entonces) y se interiorizó de la renuncia cuya copia había quedado allí. Director del periódico *El Mundo,* le pareció que era un golpe periodístico de primer orden, y publicó la noticia.

Obregón creyó que yo había faltado a mi promesa y se puso furioso (según supe después). Por mi parte, yo creí que él había dado mi renuncia a la prensa.

Recibí un recado escrito y firmado por Pérez Treviño que era entonces jefe de su Estado Mayor, comunicándome que quedaba sin efecto el viaje a El Fuerte. Obregón sí se fue; mandó llamar a Pani y le dio instrucciones para que se me buscara la manera de presentarme como un despilfarrado, para dizque darme muerte política "antes de la otra" según el dicho de Santanita Almada, sobrino de Obregón, que en una borrachera se lo contó a Aureliano Torres.

Entonces Pani, primero le ordenó a Cuspinera (que actualmente es gerente de un banco; muchacho muy inteligente, era uno de los contadores en la Secretaría de Hacienda) que hiciera un informe desfavorable para mí. Cuspinera no le obedeció y rindió un informe ajustado a la verdadera situación que entonces tenía la Secretaría de Hacienda. Pani recibe el informe y destituye a Cuspinera. En la noche de ese

mismo día se me presentó el oficial mayor Benjamín Marín a decirme:

—Don Adolfo, vengo a comunicarle que aquí llevo ya mi renuncia, porque me han dado la comisión que Cuspinera no quiso cumplir, y yo tampoco estoy dispuesto a cometer la infamia de formular un escrito en contra de la gestión de usted que ha sido tan acertada y tan favorable al país.

—No, Marín —le dije—, no; usted no renuncia; usted haga lo que le mandan hacer, porque si usted no lo hace, lo destituyen como a Cuspinera. Usted ha venido paso a paso consiguiendo los ascensos hasta llegar a la Oficialía Mayor. Si alguna ventaja se consiguiera con su renuncia, yo aceptaría el sacrificio de usted, pero es que no se consigue ninguna, al contrario, llaman a otro y posiblemente lo haga peor de lo que le piden a usted que lo haga. Así que usted debe cumplir con las órdenes que le han dado.

—Pero don Adolfo —protestaba Marín—, es cosa muy triste para mí; es algo muy bajo. ¿Cómo quiere usted hacer que yo acepte una consigna de esa naturaleza?

—Vaya usted y haga lo que le digo.

El pobre Martín tuvo que cumplir con aquella comisión y fue señalado por muchos años como falso y traidor, hasta que yo volví del destierro y después de doce años y a petición suya hice la aclaración correspondiente para liberarlo de la mancha que injustificadamente pesó sobre él todo ese tiempo. Es curioso hacer notar, de paso, que en el escrito de cargos que Marín (obedeciendo la consigna) formuló en mi contra, aparecía como uno de tantos cargos, la construcción del ferrocarril de Navojoa y Yavaros que lo había hecho Obregón contra mi opinión, así como las obras del Puerto de Yavaros para beneficiar sus terrenos en la región de Huatabampo y que él manejó directamente junto con Santanita Almada que era el gerente de la Comisión Monetaria, y yo aparecía como ¡responsable de aquello!.. Otra: la de ayuda al

Estado de Sonora, a Hermosillo para que hiciera el drenaje y la pavimentación $ 600 000 00 que había acordado y de los cuales se habían entregado $ 150 000 00. Esa erogación había sido autorizada por Obregón a solicitud telegráfica mía en una conferencia que por dicha vía sostuvimos y en la que me hice intérprete de los deseos de la Cámara de Comercio de Hermosillo y abogué para que se les concediera dicha ayuda. (A la sazón era yo gobernador del Estado de Sonora con licencia para desempeñar la cartera de Hacienda). ¡A eso se llamaba despilfarro!

Debo aclarar que yo quise ir a Sonora a cumplir con mis deberes de gobernador, pero Obregón no quiso.

—No, mira —me dijo—, te quedas aquí conmigo. Manejas la Secretaría de Hacienda. Has tenido mucho éxito aquí en tus gestiones de finanzas y desde aquí puedes ayudar a tu Estado en la forma que quieras.

Sin embargo, yo no abusé de ese ofrecimiento; fue el único caso en que, previa consulta con él y a solicitud de la Cámara de Comercio, obtuve aquella ayuda para mi Estado.

Obregón insistió en que yo siguiera en la Secretaría de Hacienda pidiendo licencias semestrales de mi puesto como gobernador de Sonora porque vio que en los seis meses que yo manejé las finanzas con absoluto control, pues Alvarado se había ido a los Estados Unidos a arreglar los asuntos de la Reguladora que estaba acusada de violar las disposiciones de la Ley Sherman. (Yo me había quedado con el subsecretario pero con acuerdo diario y dictando las resoluciones yo directamente), pues viendo Obregón que yo había recibido la Tesorería sin un solo centavo, porque todo el dinero se lo llevó el señor Carranza a Veracruz y una gran parte de ello se perdió, a pesar de ello encarrilé la economía nacional, la Tesorería; hubo dinero para pagar todas las cuentas que dejó pendientes el gobierno del señor Carranza; la amortización de los últimos infalsificables; la amortización de los Bonos

Cabrera, etc., y que le entregué el gobierno limpio enteramente de todo débito, con siete millones de pesos constantes y sonantes en la Tesorería. Por todas esas razones no quería que yo dejara la Secretaría de Hacienda.

—No —decía—, si los acertados en finanzas no se dan en maceta. Tú te quedas aquí; no me abandones. —Y me obligó a que continuara en la Secretaría de Hacienda en cuyo puesto estuve casi tres años y medio, completando los seis meses de interinato.

Naturalmente, cuando salió aquel documento pretendiendo que había yo determinado la bancarrota moral y material del gobierno y se desataron los ataques contra mí, que incluyeron tres intentos de asesinato, tuve que protegerme con el fuero de candidato, y acepté la candidatura a la presidencia de la República que antes había rechazado cien veces.

Un incidente chusco

Cuando se iniciaron las pláticas entre los representantes de los EE. UU. Warren y Payne y los nombrados por Obregón, Ramón Ross y González Roa, no obstante que Obregón había convenido con el señor De la Huerta en que se trataría a los delegados americanos como a periodistas, Pani formalizó las conferencias reuniendo a los delegados de ambos países en la casa de Bucareli.

Ramón Ross había recibido instrucciones de Obregón para actuar en la forma que éste había acordado con el señor De la Huerta, y todas las primeras discusiones se desarrollaron de acuerdo con una sana política, sosteniendo los delegados mexicanos los principios de soberanía nacional y por el contenido de las primeras actas, bien puede decirse que fueron irreprochables, esto es, si se prescinde de la situación indebida y bochornosa para México de aceptar un tratado previo como condición para el reconocimiento.

Durante aquella primera fase de las pláticas, ocurrió el siguiente incidente chusco: don Ramón Ross, que diariamente acudía al casino Sonora-Sinaloa a libar abundantes aguardientes, se presentó a una de las sesiones de la tarde en completo estado de ebriedad. Durmiéndose en su asiento, oyó que Mr. Warren invocaba alguna ley dictada en Panamá comprendiéndola en sus argumentos. Al oir la palabra Panamá, Ross despertó y protestó ruidosamente, golpeando la mesa con el puño gritó airado: "No nos comparen con Panamá". Warren explicó que no era esa su intención y que la confusión de Mr. Ross seguramente se debía a la mala comprensión del idioma inglés. Al oir aquello don Ramón que creía poseerlo ampliamente, se indignó aún más y prorrumpió en frases destempladas en las que en esencia dijo que hablaba suficiente inglés para aludir irrespetuosamente a las progenitoras de los delegados y todos los suyos.

Ante aquella situación, los americanos se marcharon y al llegar a sus alojamientos, comenzaron a arreglar sus equipajes para marchar a su país el día siguiente.

Uno de los secretarios nombrados por el gobierno de México, Urquidi, le platicó el incidente a Roberto Pesqueira y juntos fueron a comunicárselo al señor De la Huerta.

Media hora después Obregón le llamaba por teléfono y en vista de que no podían celebrar la entrevista enseguida hizo cita para pasar por él en la mañana del día siguiente.

Mientras tanto Ryan había comunicado a grandes rasgos el mismo incidente al señor De la Huerta quien le convenció de que influyera con sus paisanos a fin de que se quedaran en México y no volvieran a su país con aquella deplorable impresión de nuestro gobierno.

Al día siguiente, el coche del presidente, que conducía a Obregón, pasó a recoger al señor De la Huerta en su propia casa y juntos emprendieron un paseo por el bosque, durante el cual Obregón dio a su ministro de Hacienda la versión

que Ross le había dado y según la cual los delegados americanos habían pretendido poner a México al mismo nivel que Panamá, por lo que don Ramón, "con todo patriotismo", había protestado. De todas maneras, Obregón quería que De la Huerta interviniera para evitar que aquellos señores, muy lastimados por la alusión de Ross a sus respectivos árboles genealógicos, colocaran a México en situación más difícil internacionalmente de la que ya existía.

El señor De la Huerta se excusó diciendo que Obregón mejor que nadie sabía que él era contrario a la presencia de esos señores en nuestro país y que, en todo caso, a Pani le correspondía arreglar las cosas satisfactoriamente. Pero Obregón insistió en que fuera el señor De la Huerta quien personalmente convenciera a los americanos de que continuaran las pláticas, asegurándole una vez más que no se firmarían ni protocolizarían documentos de estas pláticas y que sólo se les orientaría sobre la política general que México iba a seguir.

El presidente dejó al ministro de Hacienda en la puerta del ministerio argumentándole como fundamento final que, como mexicano y como miembro de su gabinete, tenía el deber de prestarle la intervención que se le pedía.

El señor De la Huerta, ya en su despacho, habló con el general Ryan telefónicamente y le pidió que llevara a los señores Warren y Payne. Llegaron, se conversó y se les hizo notar que su regreso a su país, asustados por las intemperancias de persona que no estaba en pleno uso de sus facultades, no era muy airoso para ellos y que tenían la obligación como buenos diplomáticos (Warrey lo era de carrera) de salir de México con banderas desplegadas y en buena armonía con nuestro gobierno.

Al principio se mostraron muy reacios, pero al fin aceptaron permanecer unos días más en México, y ya en tono de broma dijo Warren al salir:

—Pero condición *sine qua non*: que Mr. Ross no vuelva al casino Sonora-Sinaloa mientras nosotros estemos aquí y, además, supliquele al Sr. González Roa que si tiene deseos de manifestar su erudición, convoqué a un mitin en la plaza de toros y allí hable todo lo que quiera.

—Todo se arreglará satisfactoriamente —repuso don Adolfo en el mismo tono ligero— y a Mr. Ross lo vamos a transformar en un abstinente completo.



Cuarta parte



El movimiento de 1923

El señor De la Huerta acepta su candidatura

Una de las cosas que más desorientaron a los no enterados, con respecto a la actitud del señor De la Huerta, fue que después de haberse negado en innumerables ocasiones a aceptar figurar como candidato a la presidencia de la República, vino, finalmente, a aceptarlo después de su ruptura con el general Obregón.

Para quien haya conocido con cierta intimidad a don Adolfo y haya conocido su absoluta intransigencia en cuestiones democráticas, la explicación no hay que buscarla muy lejos, De la Huerta, miembro del gabinete obregonista, si hubiera aceptado figurar como candidato, habría llevado el estigma de "candidato oficial", exactamente como le habría ocurrido si hubiera aceptado ser candidato de Carranza.

En cambio, ya separado del gabinete obregonista, y no sólo separado sino que en abierta pugna y comenzado a sentir las persecuciones que Obregón desató en su contra, primero con las torpes declaraciones de Pani acusándole de la bancarrota moral y material de México, y más tarde, con los intentos de asesinato en su contra, la aceptación de su candidatura como elemento de la OPOSICIÓN, no sólo era cosa distinta ya no objetable, sino que venía además a darle una sombra de protección.

Y nuevamente, por la extraordinaria importancia de los acontecimientos dejaremos la palabra a don Adolfo De la Huerta:

Calles hizo declaraciones en Monterrey al saber que yo había roto con Obregón, diciendo que él estaba con el Presidente y que apoyaba su política, tanto interior como exterior.

¿Cómo podía yo seguir siendo callista? La actitud de Calles al hacer tales declaraciones, era totalmente inconsecuente para mí que en muchas ocasiones serví de intermediario y amigable componedor cuando Obregón se le había echado encima. Aquello me afectó profundamente. Después vine a saber que quizá fue falta de comprensión de mi parte, pues en un mensaje que me puso decía: "No puedo ir a México porque estoy rodeado de agua", y como en esos días había llovido abundantemente, yo creí que era un pretexto que ponía para no venir a enterarse de la realidad de la situación. Después he venido a comprender que lo que quería decirme era que Obregón lo tenía rodeado y efectivamente, lo tenía prácticamente sitiado y como Obregón era el único al que Calles realmente temía, aquél le mandó un periodista con declaraciones ya escritas que Calles tuvo que firmar. Así es que realmente creo que no supe interpretar aquello de lo que estaba "rodeado de agua", pues Obregón lo tenía rodeado con las fuerzas al mando de un general cuyo nombre no menciono, porque ahora es amigo mío.

Acepté pues, como decía, una candidatura que habría rechazado mil veces antes. Después de las declaraciones de Calles yo ya no podía ser partidario y, por otra parte, mi aceptación de la candidatura me proporcionaba cierta protección por el fuero de que goza un candidato. Yo ya sabía que me enfrentaba a dos lobos y necesitaba defenderme como gato boca-arriba. Y aunque entendía que el fuero de candidato no era una protección absoluta pues, como sucedió posteriormente con Serrano y Gómez que, por su propia experiencia supieron que el amparo no es una cora-

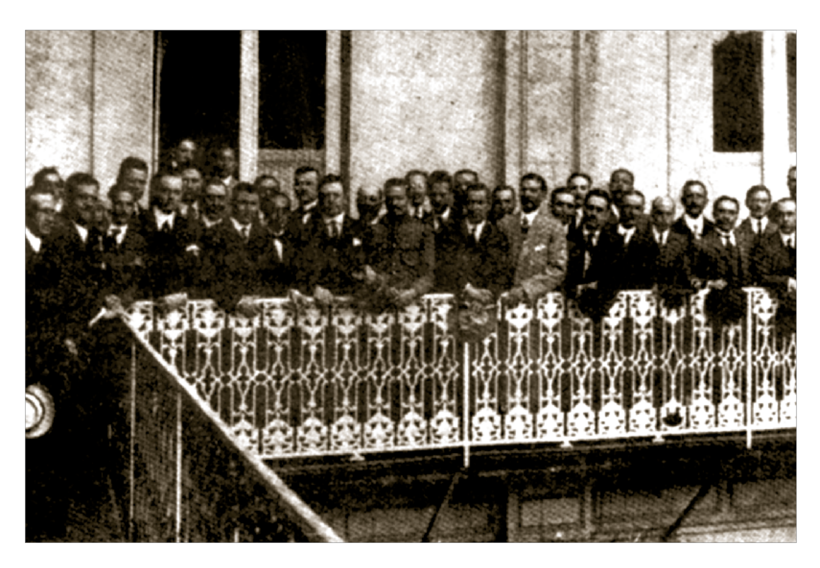
za a prueba de balas, sin embargo, en algo había de defenderme y además me sirvió para que me dieran beligerancia en la prensa y, sobre todo, para convocar al Senado, como lo convoqué, a fin de destruir todos aquellos cargos que me lanzaba el documento aquel de "la bancarrota moral y material". El Senado se reunió; me presenté e hice mis declaraciones desvirtuando todos aquellos infundios y ¡salí en medio de aplausos! Callistas, obregonistas, delahuertistas e independientes, de los que estaba formado el Senado, todos prorrumpieron en aplausos, y como ya la gente sabía que se había reunido el Senado y con qué fin, al salir me encontré una manifestación que ocupaba desde el Palacio Nacional (que ahí estaba entonces el Senado) hasta mi casa, formando una valla de gente. Una de las manifestaciones más numerosas y espontáneas.



En la primera fila de los partidos políticos que lo postularon, don Adolfo de la Huerta se halla acompañado de intelectuales destacados y numerosos



Habiendo aceptado su candidatura a la presidencia de la República,
los partidos que lo postularon surgieron por todas partes



Los elementos de Sonora, que por largos años supieron de las virtudes y méritos
del señor De la Huerta, acudieron numerosos a sumarse a sus partidos políticos

Después, naturalmente, vinieron los intentos de asesinato: tres, que fracasaron. Primero, cuando me atacaron a balazos frente al Salón Rojo, con una ametralladora. Me escudé en el quicio de una puerta. Después, en medio de la gritería que se había desatado, subí al Salón Rojo y desde allí hablé al pueblo lanzando cargos tremendos tanto a Calles como a Obregón, llamándoles asesinos y una infinidad de cargos tremendos. El otro intento fue en mi propia casa. Habían visto que yo acostumbraba trabajar en una oficina que tenía en el piso más bajo que el nivel de la calle y el plan fue que vendría un piquete de soldados conduciendo a unos presos que dizque tratarían de escapar y entonces los guardias harían fuego, pero naturalmente, dirigiendo la puntería a mí mismo a través de la ventana. Aquel intento fracasó gracias a la guardia de voluntarios ferrocarrileros que tenía yo y que, en el momento oportuno se formaron frente a la ventana y cortaron cartucho dispuestos a contestar la agresión.

Finalmente, una noche me avisó Aureliano Torres, que era amigo mío de la juventud, que Santanita Almada, en una borrachera que se puso, le había dicho que aquel documento (el de la bancarrota moral y material) era para darme muerte política, que después vendría "la otra".

Yo le había hecho algunos servicios a Aureliano y naturalmente, quiso comunicarme aquello.

Después de ese aviso y de todos los intentos, me citó un general cuyo nombre callo porque es amigo mío y pudieran venirle responsabilidades. Me citó a las doce de la noche en las calles de Soto, en la casa de un compadre mío, Miguel Melesio, que también tenía íntima amistad con él, pues me dijo que tenía algo muy grave que comunicarme; y era esto: cuando hubo algún rumor insistente aquí en la capital, cosa de un año o año y medio antes, de que nos iban a dar un golpe a los del triun-

virato, que iba a haber levantamiento aquí en plena ciudad, Obregón quiso mandarme fuerzas para que me protegieran y yo no las acepté. Calles sí; duplicó sus guardias y el mismo Obregón, según me hizo saber, había duplicado las guardias presidenciales. Yo no quise y después de mucho discutir me dijo:

—Bueno; por lo menos te voy a mandar ahí diez mausers y dos cajas de parque para que armes tus jardineros, para que siquiera me des tiempo de que vaya en tu auxilio; porque yo sí creo esto. —Y me contó una infinidad de informaciones que le habían llegado. Yo nunca lo creí. Él me mandó las armas y se guardaron en los sótanos de la Casa del Lago, pero cuando dejé aquel lugar de residencia, al disgustarme con él y separarme de su administración, cambiaron a la calle de Insurgentes adonde yo me mudé, todos los muebles y con ellos se llevaron los diez rifles y las cajas de parque. Yo no estuve presente cuando se hizo el cambio. Dos agentes, dos espías de la jefatura de la Plaza (gente de Arnulfo Gómez) se habían colado entre los individuos que después de los intentos de asesinato me daban guardia allí, ferrocarrileros en su mayor parte, como ya dije. Esos dos espías se dieron cuenta de los diez mausers con las dos cajas de parque y le avisaron a Arnulfo Gómez y éste, que desconocía el origen de aquellas armas, se fue inmediatamente a ver a Obregón en El Fuerte. Obregón entonces le dio estas o parecidas instrucciones: "Saca usted una orden de cateo. Escoge veinte buenos tiradores al mando de un oficial hábil y con ellos intenta el cateo a las doce de la noche. Los dos agentes de usted que están entre los ferrocarrileros, fingirán oponerse y llamarán a De la Huerta; cuando éste salga, los agentes de usted dispararán al aire y los veinte soldados dispararán sobre De la Huerta. No entra usted a practicar el cateo inmediatamente, sino que primero llama a los periodistas y en unión de ellos entra a la casa, para que vean cuando se encuentren allí las armas y el parque". El plan era hacer apare-

cer que yo me había opuesto al cateo y que al hacer resistencia había resultado muerto y que los periodistas se convencieran de que las armas habían sido realmente halladas en mi casa.

Todo ese detallado plan me fue comunicado por el general aquél amigo mío en la casa de las calles de Soto, en nuestra entrevista de medianoche. Salí de allí a las dos de la mañana y me encontré con que estaban esperándome el diputado Basáñez y Donato Navarro, del Estado Mayor de Guadalupe Sánchez, para decirme que venían de parte de Guadalupe para invitarme a que me fuera a Veracruz. Sabía que me iban a asesinar ese día y me pedía que saliera inmediatamente, pues allí a su lado tendría toda clase de garantías. Al mismo tiempo, Antonio Villarreal a esa hora me estaba esperando precisamente con Prieto Laurens, para decirme que un ex ayudante suyo de todas sus confianzas, de apellido Farías, el capitán Farías que era ayudante del jefe del Departamento de Artillería, general Carmona, le había comunicado que había oído en conversación que sorprendió, que iban a hacerme desaparecer ese día, que "ya se iba a acabar la rabia, porque iba a morir el perro".

Guadalupe Sánchez tenía un oficial de enlace con la presidencia, porque Obregón había formado su Estado Mayor con representantes de todas las jefaturas; mejor dicho, de las principales y este ayudante de Guadalupe Sánchez, que estaba en la Presidencia, tenía una clave especial con él; supo del plan diabólico en mi contra y avisó a Guadalupe (a quien yo no había tratado sino superficialmente) y éste mandó a aquellos dos delegados, el diputado Basáñez y Donato Navarro, a decirme que me fuera inmediatamente.

El aviso de Aureliano Torres, los intentos de asesinato, el aviso de este general, el aviso de ex ayudante de Antonio Villarreal y luego la confirmación de todo lo anterior con aquel capitán Farías, me hicieron decidirme. Además, mi hermano Alfonso, que era jefe de mi escolta personal, me había dicho que allí, entre los ferrocarrileros, había dos agentes de Ar-

nulfo Gómez, que él los conocía por haberlos visto en la jefatura. "¡Qué me importa! —le había contestado—, nada de lo que yo haga tiene por qué permanecer oculto. Que vean lo que quieran". Y no lo autoricé para que los corriera como él quería.

Lo que antes referí sucedía a las dos de la mañana, del 4 de diciembre de 1923.

Entonces mandé a dos ferrocarrileros, Ramón Roel y otro Venegas, para que me tomaran el gabinete del pullman de ese día, pero a las siete de la mañana no se pudo porque lo tenían unos alemanes. Ya en la noche se consiguió el gabinete. Lo ocupó la familia de uno de ellos, con instrucciones de que se bajaran al llegar a la Villa de Guadalupe, donde yo debía subir a bordo y meterme en el gabinete.

Durante la tarde de ese día salía a pasear con Enrique Seldner en un "fordcito" y no supieron más que dos o tres, entre ellos Carlos Domínguez, Benito Peraza y Juan Córdoba, que preparaba mi escapatoria.



Un mitin en el frontón, presidido por el candidato Adolfo de la Huerta



Miguel Melesio, compadre del señor De la Huerta y en cuya casa
se celebró una entrevista la noche del 4 de diciembre de 1923
entre don Adolfo y un general yaqui, que le informó
en detalle del plan existente para asesinarlo



El primer intento de asesinato. El señor De la Huerta, habiendo escapado de las descargas de ametralladoras que se le hicieron frente al Salón Rojo, subió a dicho local y desde el corredor arengó al pueblo, acusando enérgica y virilmente a los generales Calles y Obregón de aquel atropello



Ya aceptada su candidatura y dirigiéndose al pueblo, el señor De la Huerta, a quien sus enemigos han querido hacer aparecer como tímido y débil, flageló con epítetos candentes al general Obregón y sus secuaces, denunciando los intentos de asesinato de que había sido víctima y prediciendo los que vendrían después

Con Enrique Seldner al volante, me paseé por todo Madero, dando vueltas y al pasar por la esquinita de la Condesa, torció bruscamente y los motociclistas que nos venían siguiendo se pasaron de frente y nos perdieron. Estuvimos dando vueltas para borrar mejor la pista y después nos fuimos a la Villa de Guadalupe. Allí me oculté en la casa de Antero Roel y estuve esperando el tren que pasaba a las siete y media de la noche. Llegó el tren; los ferrocarrileros, que ya estaban de acuerdo, me abrieron la puerta del lado opuesto al andén, subí y emprendimos la marcha.

Creí que nadie sabía que yo iba a bordo, pero pronto me convencí de mi error, pues todos los pasajeros querían saludarme, porque todos lo sabían. Yo ignoraba que Prieto Laurens iba en el mismo tren, pero uno de los ferrocarrileros me informó que se encontraba en el otro vagón pullman. Le llamé y le pregunté:

—¿Y usted qué anda haciendo aquí?

—Mi compadre Villanueva Garza me telegrafió diciéndome que saliera urgentemente.

Villanueva Garza era diputado, compadre de Prieto Laurens y se había ido a Veracruz. Allá supo, por Guadalupe Sánchez, lo que ocurría y le telegrafió a Prieto Laurens para que éste se escapara. Yo no sabía nada de esto. Conmigo venía Rafael Zubarán Capmany, al que yo me llevé casi a la fuerza, y como iba un poco atemorizado, le pedí a Prieto Laurens un poco de cognac; lo trajo, Zubaran se tomó una buena dosis y entonces, como el ratón del cuento, recuperó el valor y se puso a pedir "que le echaran al gato".

Las órdenes de Obregón a Orizaba

Al llegar a Orizaba se me informó que una escolta había detenido el tren. A pesar de que ya estaba en terrenos de

Guadalupe Sánchez, llamé a Ramón Roel y le ordené que llamara al jefe de aquella escolta. Yo había planeado detenerlo allí. Pregunté a Venegas si traía armas; me dijo que sí; le ordené que se subiera a la máquina (él era maquinista) y que si en diez minutos no regresaba el jefe de la escolta, echara a andar a toda máquina pasara sobre quien pasara. Pero Roel vino a informarme que la escolta acababa de recibir órdenes de retirarse.

El jefe de aquella escolta era el coronel Vázquez Mellado, que después ha escrito lo que le aconteció; es decir, las órdenes que recibió de liquidarme en el camino, órdenes que no quiso cumplir y que pidió le fueran ratificadas personalmente por el Presidente, pues las que había recibido procedían del secretario de Guerra, pero él exigió órdenes directas de la presidencia, manifestando que esperaría únicamente diez minutos, después de los cuales dejaría pasar el tren. Como transcurrieron los diez minutos sin que recibiera la orden presidencial, retiró la escolta y me dejó pasar. Después pasó las de Caín ese coronel, tuvo que salir e irse a Nueva Orleans.

Prácticamente no reconoció el movimiento, sólo trató de evitar las consecuencias de haberse negado a cometer un asesinato. Sin embargo lo tienen olvidado: coronel hasta la fecha. Últimamente supe que estaba en un hospital, enfermo y en situación muy penosa.

Llegué a Veracruz y fui recibido por bastante gente, que se había enterado de mi llegada. Yo había sacado pasaje originalmente sólo a Orizaba, pero siempre el proyecto había sido llegar hasta donde estaba Guadalupe, toda vez que él me había prometido que tendría plenas garantías a su lado. El gobernador de Veracruz era Heriberto Jara, y en esos momentos se encontraba en la Ciudad de México.

En Veracruz me encontré con Guadalupe Sánchez, y le dije:

—Confiado en su buena fe y su honor de soldado, vengo aquí a refugiarme en busca de garantías.

—Aquí las tendrá todas —respondió—, de aquí, primero me sacan a mí que sacarlo a usted.

Comenzaron luego a hacer los preparativos, porque yo le dije:

—Mire, general, lo primero que van a hacer es ordenar a usted que me entregue.

—Pues no lo entrego.

—Esa es la rebeldía; fíjese bien en eso.

—Pues sí. Todo está pensado. Cuando yo le mandé llamar, era para jugármela. He venido siguiendo el sentir de la República y cómo lo aprecia a usted todo el país y estoy en la obligación, como revolucionario, de ser su salvaguardia.

—Muchas gracias —repliqué— pero no crea usted que está muy seguro. No cuenta usted con sus jefes.

—¡Cómo no! Todos son míos.

—Está usted muy equivocado. Es que usted no conoce a Obregón. Él los tiene ya catequizados a todos. Desde que usted tuvo la entrevista con él allá en México, diciéndole que no se prestaría para una imposición, ya comenzó a trabajar a todos. Ya mandó llamar a algunos jefes y estoy seguro que (como efectivamente lo declaró después el mismo Obregón) con los cañonazos de cincuenta mil pesos los habrá catequizado.

—No —arguyó—, todos mis jefes están conmigo.

—Pues está usted muy equivocado. Yo tengo la seguridad de que la mayoría de ellos ya no están con usted, están de parte de Obregón, con quien han estado en conferencias, según informes que yo tengo.

Ese día, a las seis de la tarde, me llamaron a la finca de Guadalupe Sánchez para informarme que había resuelto cortar el tren. Yo traté de oponerme haciéndoles ver que era inconveniente; que no era la manera de hacer las cosas

y, sobre todo, que si se tomaba ya esa resolución, deberían darme la oportunidad de comunicarme con los jefes que antes me habían ofrecido su adhesión. No pude convencerles; ya estaban resueltos a iniciar la campaña. Cuando yo presentaba mis argumentos, el Mocho González, que era uno de los generales que estaban allí (dos o tres por todos), me dijo: "No tenga miedo, señor De la Huerta; aquí estamos nosotros".

Aquello me picó y repliqué violento.

Vázquez no Quiso Matar a De la Huerta

Revelaciones del Viejo Revolucionario

"Colocando el criterio político muy por encima de la honorabilidad del Ejército, se me acusa del delito de rebelión, por haberme negado a asesinar a don Adolfo de la Huerta y varios de sus amigos, el 5 de diciembre de 1923".

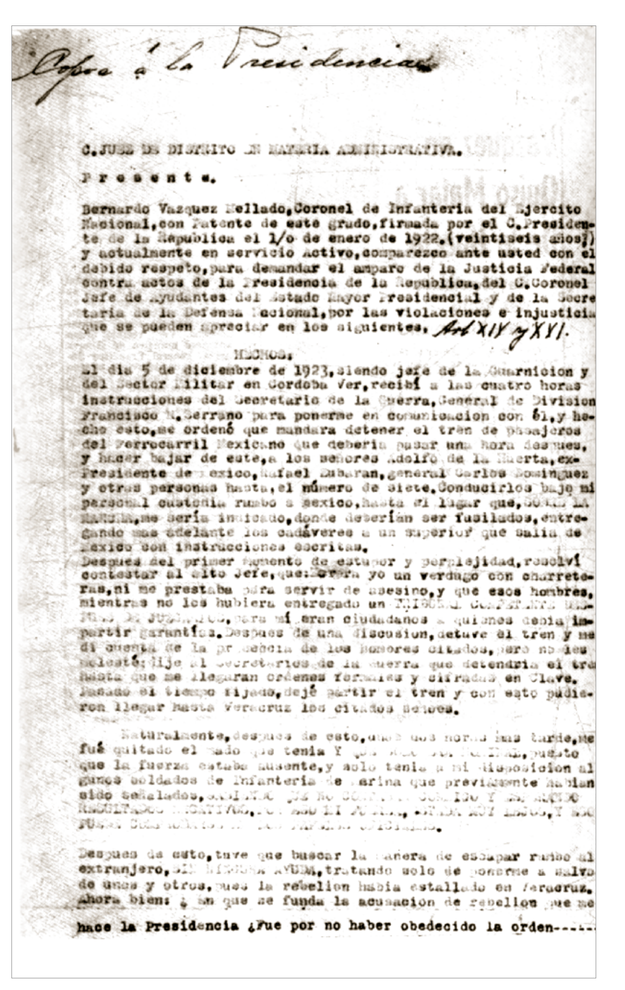
Así dice, en su demanda de amparo presentada hoy, ante el juez primero, licenciado Ponciano Hernández, el coronel de infantería Bernardo Vázquez Mellado, quien pidió la protección de la Justicia contra actos de la Presidencia de la República, jefe de ayudantes del Estado Mayor Presidencial, coronel Piña Soria, y secretario de la Defensa Nacional, por cuyo criterio no se le reconocen los 21 años de su carrera en los que vivió primero perseguido y después postergado.

Haciendo historia, el coronel Vázquez Mellado relata, en su mismo escrito de amparo, que en la fecha arriba citada, siendo jefe de guarnición del sector militar en Córdoba, Ver., recibió órden del entonces ministro de Guerra y Marina, general Francisco Serrano, para que detuviera el tren del Ferrocarril Mexicano y procediera a la aprehensión de Adolfo de la Huerta, Rafael Zubarán y general Carlos Dominguez, viajeros del convoy, con orden terminante de fusilarlos en cualquier sitio del trayecto a la ciudad de México. Entonces, Vázquez Mellado, considerando que no era "un verdugo con charreteras", según propia expresión, y no queriendo ser el asesino de tres hombres indefensos, dejó pasar el tren, por no arrojar una mancha criminal sobre el Ejército.

Pocas horas después de esto, el movimiento estalló en Veracruz, y el mencionado militar tuvo que huir, acusado de rebelión.

He aquí la prueba de que los intentos de asesinato en contra del señor De la Huerta no eran simples temores de su parte, ni padecía manía de persecución. Y recuérdese que cuando don Adolfo salió para Veracruz, no había iniciado ningún movimiento rebelde, era simplemente candidato de la oposición. Pero como esto no es sino reproducción de un recorte periodístico, para que la prueba sea realmente convincente, publicamos facsímil de copia autógrafa de la demanda de amparo interpuesta por el coronel Bernardo Vázquez Mellado, en la que dice con toda claridad que el general Serrano le ordenó el asesinato de don Adolfo de la Huerta y acompañante

—¿Qué está usted diciendo, so...? ¡No es por miedo; es que no quiero hacer el papel de guajolote como pretenden ustedes hacerlo! Pero me sobran calzones. ¡Vamos adelante! Y conste que es un mal paso que se da, pues es prematuro, pero para que vean que no es por falta de pantalones, ¡vamos adelante!, aunque tengo la convicción de que esto es demasiado precipitado.



Copia á la Presidencia

C. JUEZ DE DISTRITO EN MATERIA ADMINISTRATIVA.

P r e s e n t e.

Bernardo Vazquez Mellado, Coronel de Infanteria del Ejercito Nacional, con Patente de este grado, firmada por el C. Presidente de la Republica el 1/o de enero de 1922. (veintiseis años) y actualmente en servicio Activo, comparezco ante usted con el debido respeto, para demandar el amparo de la Justicia Federal contra actos de la Presidencia de la Republica, del C. Coronel Jefe de Ayudantes del Estado Mayor Presidencial y de la Secretaria de la Defensa Nacional, por las violaciones e injusticia que se pueden apreciar en los siguientes. Art XIV y XVI.

HECHOS.

El dia 5 de diciembre de 1923, siendo jefe de la Guarnicion y del Sector Militar en Cordoba Ver, recibí a las cuatro horas instrucciones del Secretario de la Guerra, General de Division Francisco R. Serrano para ponerme en comunicacion con él, y hecho esto, me ordenó que mandara detener el tren de pasajeros del Ferrocarril Mexicano que deberia pasar una hora despues, y hacer bajar de este, a los señores Adolfo de la Huerta, ex-Presidente de Mexico, Rafael Zubaran, general Carlos Dominguez y otras personas hasta, el número de siete. Conducirlos bajo mi personal custodia rumbo a Mexico, hasta el lugar que, [illegible], me sería indicado, donde deberían ser fusilados, entregando mas adelante los cadáveres a un superior que salia de Mexico con instrucciones escritas.

Despues del primer momento de estupor y perplejidad, resolví contestar al alto Jefe, que: [illegible] yo un verdugo con charreteras, ni me prestaba para servir de asesino, y que esos hombres, mientras no los hubiera entregado un [illegible], para mí eran ciudadanos a quienes debia impartir garantías. Despues de una discusion, detuve el tren y me di cuenta de la presencia de los señores citados, pero no les molesté; dije al Secretario de la Guerra que detendria el tren hasta que me llegaran órdenes formales y cifradas en Clave. Pasado el tiempo fijado, dejé partir el tren y con esto pudieron llegar hasta Veracruz los citados señores.

Naturalmente, despues de esto, unas dos horas mas tarde, me fué quitado el mando que tenia Y [illegible], puesto que la fuerza estaba ausente, y solo tenia a mi disposicion algunos soldados de Infanteria de Marina que previamente habian sido señalados, [illegible].

Despues de esto, tuve que buscar la manera de escapar rumbo al extranjero, [illegible] AYUDA, tratando solo de ponerme a salvo de unos y otros, pues la rebelion habia estallado en Veracruz. Ahora bien: ¿ En que se funda la acusacion de rebelion que me hace la Presidencia ¿Fue por no haber obedecido la orden-----

-11-

que me imponía un crimen ¿Pué por haber hecho honor al prestigio del Ejército y haber dignificado mi jerarquía militar, negándome a consumar un acto que hubiera sido de baldón, en caso de una OBE-DIENCIA ILEGAL y prevenida por las leyes ?

El resultado de todas estas cuestiones que no precisan las autoridades responsables, es que ellas, sustentando un criterio meramente político, me niegan a [illegible] DE SERVICIO, alegando esa [illegible], y causándome un grave daño, después de VEINTE AÑOS DE [illegible]. Esto es inhumano.

Sí satisfago, y mas amplia y dignamente que otro cualquiera, los requisitos que marca el Art 41. de la LEY para la Comprobación Ajuste y Cómputo de Servicios.

Yo reclamo que se me este tratando de aniquilar empleando un criterio político, y se sostenga que [illegible], POR HABERME [illegible] A [illegible] LA HUERTA Y SUS AMIGOS, y por ello se me haya sacrificado mas de veinticinco años.

Yo reclamo, que sustentando ese criterio político, se considere como un acto de rebelión el haber realizado UN SACRIFICIO que dignifica y eleva el buen nombre del Ejército. (Véanse los diarios) y las opiniones de los mas conspicuos periodistas como Mateo Podan y otros, al hablar de éste caso.

DERECHO:

En el caso antes expuesto, pido que se me haga el cómputo de mi tiempo de servicios, igual que se ha hecho, a LOS QUE [illegible] MOVIMIENTOS REBELDES, tales; el divisionario Guadalupe Sanchez a quien se ordenó el cómputo el 26. de septiembre de 1946, su hermano el teniente coronel Abraham Sanchez Galvan, y como estos, muchos mas que puedo citar con precición.

que se ordene la computación de mi tiempo, conforme lo ordena el artículo 41. de la Ley de 31 de diciembre de 1943, y que se me retire del Ejército, [illegible] que el honor de que han disfrutado otros, que [illegible], y que no obstante, han sido escuchados y atendidos en sus demandas.

El derecho que me asiste, se funda en la moral y en el prestigio del Ejército, que, posteriormente ha sido motivo de tremendas críticas y de incriminaciones por haber tenido en su seno, [illegible] que, [illegible] Y HONOR.

Estan vivos, los generales Guadalupe Sanchez, que era Jefe de Operaciones en Veracruz, Antonio Portas que fué a recibir el mando de mi cuerpo, [illegible] Mayor. [illegible] examínaseles, véanse los documentos oficiales, y luego [illegible] justo y honrado.

En seguida, transcribo [illegible] el oficio de la [illegible] en que se me contesta [illegible], mi instancia, porque [illegible] se valen para quebrantar y acabar con los elementos [illegible] disponer un hombre honrado.

[illegible] de 1947. [illegible] Inf. [illegible] Vazquez [illegible] Mazas [illegible] su atento escrito fechado el 1o. de febrero del [illegible], manifiesto a Ud. que hecho el estudio de sus antecedentes [illegible] nombrada al efecto, y [illegible] do con la [illegible] la Secretaría de la Defensa Nacional, [illegible] consideraciones:

Primero. Que el [illegible] sustentando el grado de coronel de Infantería y [illegible] el 11 batallón del arma, fué dado de baja del Ejército Nacional en virtud de haber consumado el delito de rebelión

-III-

SEGUNDO: No procede ordenar se compute en sus servicios el lapso comprendido del 5 de diciembre de 1923 al 11 de marzo de 1944, en que estuvo seprado del Ejercito el C. Coronel Bernardo Vazquez Mellado, ya que no satisface los requisitos que establece el Articulo de la Ley para la Comprobacion, Ajuste y Computo de Servicios, toda vez que, del contenido de su propia solicitud y documentos que acompaña, -falso esto, - se acredita su participacion en el Movimiento Rebelde de la Huertista de 1923, y por consiguiente no se ha manifestado siempre leal a las Instituciones."-----------------
Fechado en Mexico, en enro 8. de 1948. y firmado: Piña Soria.--------
Falsedad, falta de criterio legal y marcadatendencia a prejuzgar con criterio politico de aquella época y sin concepto del honor para el Ejercito, es lo que dicta ese oficio.
Por lo tanto, vengo ante Ud C. JUEZ, a pedir que se me tenga por presentado en tiempo y forma para demandar el amparo de la justicia Federal en este caso, poniendo a su disposicion todos los periódicos y manifestaciones de la opinion sobre el particular, que están no solo en mi favor, sino en alabanza de el sacrificio.
Soy un hombre paupérrimo, y personalmente he formulado este escrito apoyandome en el derecho y en la ley, y espero de Ud la resolucion que corresponde a esta clase de recursos, con la que recibire gracia y justicia.

Por tanto a usted lo necesario.

SUFRAGIO EFECTIVO NO REELECCION.
Mexico, D.F. enero 19. de 1948.
Coronel de Infanteria. Matricula (335688.)

Bernardo Vazquez Mellado.

Domicilio: Rio Nazas numero 18. Dep 2.
Colonia Cuauhtemoc Ciudad.

Gritos y aclamaciones acogieron mis palabras:

—¡Sí tenemos gallo!, gritaron algunos, en tanto que me decía: ¡qué guajolotes son éstos! Este es un acto de debilidad de mi parte: porque yo debía haberme opuesto hasta el final aunque me hubieran llamado cobarde, para preparar mejor las cosas; que me dejaran un día, como les pedía para haber mandado aviso a los demás. Pues no; nada más por el puntillo que uno tiene y que me tocó en ese momento el general aquel delante de diez o doce personas.

De cualquier manera, una vez tomada la resolución, era preciso obrar rápidamente.

—Mire, Guadalupe —le dije—, lo primero que hay que hacer es aprehender a Rodríguez Canseco, que es agente de Obregón. Pero MUCHO CUIDADO, respetándole la vida; NO SE ME FUSILA A NADIE. Esa es la condición con la que acepto yo la jefatura del movimiento: QUE SE RESPETE LA VIDA DE TODOS LOS PRISIONEROS. Entonces Guadalupe llamó a su hermano el Chato, que tenía una escolta de ciento ochenta hombres, para que les cayera allí en el cuartel y lo hicieran prisionero. Así se hizo y se le respetó la vida. Aún vive.

Me fui después al malecón a hablar con las infanterías de Marina. Les hablé, pero me dijeron que todos eran partidarios de su comandante Calcáneo Díaz y que creían que él comprendería las razones que tenía yo para ir a la lucha y que estaría conmigo, que hablara con él. Entonces mandé llamar a Calcáneo Díaz y sin decirle que había estado hablando con sus oficiales, hablé con él. Tuvimos una conferencia como de dos horas, al cabo de las cuales se manifestó dispuesto a seguirnos. Mientras tanto, se movían las fuerzas de la escolta de Guadalupe Sánchez; se tomó el cuartel, se hizo prisionero a Rodríguez Canseco, al que se le permitió después embarcarse libremente. Luego se tomaron los bar-

cos; estaban los comandantes fuera; el pobre Illades, que comandaba en Agua Prieta, viene y se encuentra que cincuenta soldados de Guadalupe le habían tomado su barco. Se me presentó y me dijo:

—Señor De la Huerta, yo lo admiro a usted mucho y lo he venido siguiendo desde hace varios años, pero mi condición de soldado no me permite.... Yo sé que mi obligación de ciudadano está por otro lado, pero tengo incrustada en la mente la Ordenanza y yo, le hablo a usted con toda claridad: no puedo secundarlo.

—Perfectamente bien —le respondí—, queda usted en absoluta libertad y puede tomar el camino que mejor le agrade.

—Me voy a México.

—No puede usted hacerlo. Se han suspendido las comunicaciones. Puede usted quedarse aquí con toda clase de garantías. Aquel comandante Illades, hombre de una pieza, nunca reconoció el movimiento y sin embargo, fue el que me sacó de Frontera. Desgraciadamente está dado de baja hasta la presente fecha. Yo le hablé a don Manuel Ávila Camacho sobre él, pero se le olvidó. Pienso ahora hablar con el general Limón sobre el mismo tema, porque tengo que aclarar la conducta de ese hombre.

Fallan a Guadalupe Sánchez sus amigos

Comenzaron las llamadas telegráficas a todos los jefes de operaciones. Guadalupe se fue con Zubaran a tomar unas copas y yo me fui al telégrafo. Y comenzaron a llegar las contestaciones a los telegramas de Guadalupe: Belmar, de Puerto México, repudiando; Panuncio Martínez, de Pánuco, que no, que reprobaba la actitud de Guadalupe; Mayer, lo mismo; Berlanga, de Jalapa, reprobando; Juan Domínguez, de Santa Lucrecia, en el mismo sentido; Rueda, al principio

reprobó y un mes después aprobó; Soto Lara, de Potrero del Llano, reprobando; para no cansar, todos reprobando.

—Bajo su más estricta responsabilidad —dije al telegrafista—, usted se calla la boca.

Recibía los telegramas y me los iba echando a la bolsa. Para mí aquello no era verdad; yo ya lo suponía. Inmediatamente me fui a ver a Guadalupe Sánchez; era como las tres de la mañana y ya estaba acostado. Hice que se levantara y allí, en el Hotel Diligencias donde vivía, a la luz de un farol le mostré los telegramas.

—General —le dije—, lo que yo había pensado. Guadalupe casi lloraba al leer las contestaciones, recordando que todos o casi todos le debían favores y algunos la vida. —Pues ahora —le dije— no hay más que fajarse los calzones y a luchar a como haya lugar. No tiene remedio. Ande, déseme una bañadita inmediatamente y póngase en actividad y en movimiento porque no hay tiempo que perder. Vamos a tomar la capital del Estado, porque es de efecto político en toda la República. Así es que alístese y se van con los de la Infantería de Marina y cien hombres de los de la guardia personal de usted.

Y nombré a mi hermano y a Villanueva Garza para que fueran a tomar Jalapa, pero a mi llegada en la mañana siguiente, se me presentó un corresponsal de la Prensa Asociada, que me dijo haber sido mayor, en la última guerra mundial.

Estratagema salvadora

Lo recibí y le dije:

—Usted me dijo que había sido militar. Yo no soy militar; no tengo ningunos conocimientos en la materia. Yo quisiera que usted me asesorara. —Y ayudado de un plano que había allí en Faros, señalando las vías del ferrocarril,

continué: Se me ocurre este plan: Mandar diez mil hombres por el Mexicano y diez mil por el Interoceánico, para que se junten en Irolo.

¿Qué le parece?

—Pues muy bien.

Por supuesto que le di más detalles, como si realmente aquello fuera un plan completo. Todo le pareció bien. Entonces mandé llamar a Ruiseco, que era el jefe de telégrafos y le ordené que dejara pasar un telegrama para la Prensa Asociada, que seguramente se iba a enviar. Y así fue como la Prensa Asociada dio la noticia de que veinte mil hombres marchaban sobre la capital.

Zubarán no se levantaba aun cuando fui a enseñarle los telegramas de contestación de los militares a los que se había dirigido Guadalupe Sánchez. ¡La cara que puso!, ¡qué de lamentos y qué desesperación!

—No se achique —le dije—, que ya he movido veinte mil hombres sobre México. —Y le expliqué a grandes rasgos que se trataba de fuerzas imaginarias, pero que iban a producir su efecto. Y así fue. Engañé a Obregón como a un chino con el telegrama aquel. Si hubiera avanzado con mil hombres o les hubiera dado órdenes a sus fuerzas de avanzar sobre Veracruz, pues nos hubieran "agarrado de los cabellos", pero con ese telegrama se preocupó Obregón; yo sabía que le gustaba mucho luchar a la defensiva. Yo comprendí que se iba a engolosinar y nos daría tiempo de organizarnos.

Avanzaron nuestras fuerzas sobre Jalapa; se tomó la plaza y cayeron cuatrocientos y pico de prisioneros, entre ellos los generales Marcelino Murrieta, Cejudo, Mayer... creo que esos fueron todos. Berlanga se escapó. Di órdenes terminantes de que se respetara la vida de todos. Así se hizo. Ordené que los trajeran a todos a Veracruz y allí los puse en libertad y armados con sus revolvers. Con los cuatrocientos y pico de prisioneros formados, salí al balcón de Faros los arengué

y les expliqué que quedaban en libertad, pero que los que quisieran incorporarse al movimiento, que dieran un paso al frente. Todos dieron el paso. Escogí cien de aquellos hombres y los nombré mi escolta personal. "Este hombre está loco —decía Zubarán— ¡a los rendidos ponerlos de escolta!" No habían llegado todavía los de Infantería de Marina y yo tenía que tomar mi escolta de alguna parte.

Cosa por el estilo sucedió cuando llegaron los rendidos de Villahermosa, Vicente González y Heríquez Guzmán con dos mil hombres. Me quedé con ellos allí metidos en Veracruz, y yo a merced de ellos en esos tres días famosos. Todos los generales estaban preocupados, creían que había yo perdido la razón y resolvieron esa noche liquidar a Vicente González y a Henríquez Guzmán a más de algunos otros, entre ellos a Carlos Domínguez. Lo supe, mandé llamar a Guadalupe Sánchez y le dije que fuera inmediatamente a evitar a toda costa la proyectada ejecución. Guadalupe, personalmente y por sí solo fue y salvó la vida a los condenados, a pesar de la insistencia de los que querían fusilarlos.

Llamé a Vicente González y a Henríquez Guzmán y los despaché para Nueva Orleans.

Mis partidarios en Veracruz no acababan de comprender mi actitud y hasta llegaron a pensar que yo estaba en connivencia con Obregón y que hacíamos una pantomima. Así, cuando sostuve una conferencia con Topete y Lucas González por teléfono, hice que me acompañaran varios generales a la caseta telefónica para que oyeran dicha conferencia.

Quizá influyó en hacerles sentir desconfianza el hecho de que frecuentemente se expresaban de Obregón calificándolo de "mocho inútil", aseverando que no valía nada. Yo les dije que estaban muy equivocados, que Obregón era militar y que era necesario pulsar al enemigo tal como era. Hice una defensa de las ciudades de Obregón, tan viva, que aquellos se preguntaban: "Bueno, ¿pues con quién estamos?". Por

otra parte, veían aquello que había yo hecho con mi guardia personal y la libertad de los prisioneros y llegaron a creer que estaba yo de acuerdo con Obregón y que la rebelión sólo era una comedia premeditada.

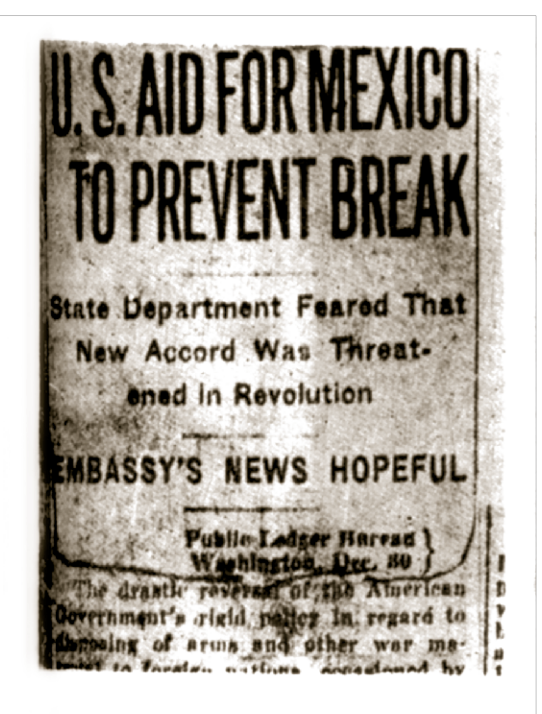
Los jefes militares afectos al movimiento de 1923 eran quienes dirigían la campaña militar. De la Huerta, no siendo militar, se abstenía de tomar parte directa en cuestiones de carácter militar; y sin embargo, la experiencia que él había adquirido durante sus años de revolucionario, al lado del general Obregón y muchos otros jefes militares de reconocida competencia, le había permitido asimilar conocimientos de estrategia militar propios de un mílite experimentado.

Así, en relación con la batalla de Esperanza, él se mostraba contrario a que se diera el combate en aquella región, y lo manifestó telegráficamente a los jefes militares pero todos ellos le suplicaron que retirara aquella orden y que ellos le respondían del éxito del combate. Desgraciadamente la orden fue retirada y la derrota llegó. De la Huerta consideraba inoportuno presentar combate en Esperanza porque, en primer lugar, desaprovechaban los revolucionarios las ventajas de las defensas naturales como Metlac y Fortín, que son excelentes para tal fin. Esperanza se encuentra en terrenos llanos, quedaba retaguardiada por el camino del volcán. El telegrama en que De la Huerta hacía esas y otras observaciones fue cogido por los telegrafistas de Obregón y fue publicado en la prensa de México. En él decía don Adolfo que en primer lugar, si se reconcentraban sus fuerzas a Fortín y a Metlac, se acercaban más a su base de aprovisionamiento y consecuentemente alejaban a las fuerzas enemigas del suyo. Se evitaba así el posible ataque por la retaguardia sobre el camino al volcán y además, haciendo que el enemigo se acercara a Orizaba y Fortín, quedaba la retaguardia de éste expuesta al ataque de las fuerzas

rebeldes que operaban sobre la línea del ferrocarril Interoceánico al mando del general Villanueva Garza. Pero principalmente se aprovechaban las defensas naturales en vez de rudimentarias defensas de piedra que hubieron de improvisarse.

Después de aquel telegrama y de que los jefes militares habían suplicado que se les dejara actuar libremente, llegó a Veracruz el general Higinio Aguilar, a quien habían descartado los demás jefes militares por ciertas rencillas que tuvieron en Esperanza. Cuando Higinio Aguilar conoció el texto del mensaje tantas veces aludido, manifestó al señor De la Huerta que su apreciación era enteramente justa y le preguntó sorprendido si había sido militar. Al informarle De la Huerta que no la había sido nunca y que sólo había acompañado a diversos generales en sus campañas, Aguilar exclamó: "Pues esa disposición parece dictada por un militar y un buen estratega".

Reforzada así su opinión, el señor De la Huerta insistió en otro mensaje a los generales Guadalupe Sánchez, Antonio Villarreal, Cesáreo Castro, Cándido Aguilar, Maycotte, Vivanco, etc., pues quería, además de las ventajas que veía en su plan, aprovechar (aunque eso no lo podía decir entonces) el intervalo de la reconcentración de fuerzas en Metlac para que el viejo general Eugenio Martínez tuviera tiempo de incorporarse a las fuerzas rebeldes como lo había prometido por intermedio de un periodista de apellido Lira que era representante de *Excélsior*. Eugenio Martínez había enviado recado diciendo que se le esperara, que ya venía. De la Huerta le mandó decir que se incorporara por el rumbo de Tehuacán, que era por donde Martínez andaba, pero las fuerzas afiliadas al movimiento, en lugar de recibir lo como amigo, tuvieron desconfianza y lo recibieron como a enemigo. (El comentarista preguntó al señor De la Huerta quién comandaba aquellas fuerzas. Don Adolfo tuvo un momento de vacilación, y después, aquella memoria prodigiosa le falló (¿). Generosamente contestó "No lo recuerdo".)



U.S. AID FOR MEXICO TO PREVENT BREAK

State Department Feared That New Accord Was Threatened in Revolution

EMBASSY'S NEWS HOPEFUL

Public Ledger Bureau
Washington, Dec. 30

The drastic reversal of the American Government's rigid policy in regard to disposing of arms and other war ma-

Traducción:

AYUDA DE LOS EE. UU. A MEXICO PARA EVITAR RUPTURA.

El Departamento de Estado temió que el nuevo acuerdo peligrara por la revolución.

Las noticias de la embajada son halagüeñas.

Public Ledger Beaureau
Washington, Dic. 30

El cambio radical de la rígida política del gobierno americano en relación con el embarque de armas y otros elementos de guerra ....

Ayuda de los EE. UU. a México para evitar ruptura

In view of dispatches from American diplomatic and consular officers in Mexico, which were of an optimistic and reassuring nature, it had not been thought here that the revolution was serious, when it leaked out yesterday that the Harding prohibition upon furnishing another Government with war supplies had been reversed in the interests of the Obregon Government.

Pact With Mexico Endangered

Despite the antecedents of De La Huerta, which heretofore inclined American opinion in his favor, this Government might not, without being extremely inconsistent, recognize a Government violently set up by him upon the ruins of the constitutional order, and without regard for the will of the people, as determined by a national election. The effect of De La Huerta's success, therefore, would be to dissolve the lately restored relations between Mexico and the United States and undo the work of the prerecognition conference.

The Mexican Embassy made public today military advices from Mexico City reporting a series of Federal suc- [illegible]

Traducción:

EL PACTO CON MEXICO PELIGRA

Pese a los antecedentes de De la Huerta, que hasta ahora inclinaron a la opinión americana en su favor, este gobierno no podría, sin ser extremadamente inconsistente, reconocer un gobierno establecido por él por la violencia sobre las ruinas del orden constitucional y sin tomar en consideración la voluntad popular expresada en elecciones nacionales. El efecto del triunfo de De la Huerta, por tanto, sería disolver las recientemente restauradas relaciones entre México y los Estados Unidos y deshacer el trabajo de la conferencia de prerreconocimiento.

Comentario:

—Ahora que ya se sabía en Washington que el señor De la Huerta desconocería los convenios de Bucareli, el gobierno americano estaba resuelto a dar toda ayuda a Obregón en contra de De la Huerta, y buscaba explicaciones plausibles para justificar su actitud.

El pacto con México peligra

Coolidge Is Ready to Deal With Winner in Mexico

Special Despatch to The World

WASHINGTON, Dec. 15.—No matter which side wins in the Mexican revolution, the United States will be prepared to go ahead with the full resumption of relations, provided the winner carries out the agreement reached by the Mexican-American Joint Commission.

The attitude of the Coolidge Administration was disclosed to-day in connection with a formal announcement by the White House that R. B. Creager of Texas had been tendered the post of Ambassador to Mexico and had declined.

Mr. Creager, first tendered this appointment by the late President

Traducción:

COOLIDGE ESTA LISTO PARA TRATAR CON EL TRIUNFADOR EN MEXICO

Despacho especial para The World.

WASHINGTON, Dic. 15.—No importa qué lado triunfe en la revolución mexicana, los Estados Unidos estarán preparados para llevar adelante la completa reanudación de las relaciones, siempre que el triunfador cumpla con el convenio celebrado por la Comisión Mixta México-Americana.

(Nota del comentarista).—Tómese en cuenta la fecha de la anterior información. El gobierno americano estaba dispuesto a continuar los arreglos para el reconocimiento, con **De la Huerta,** si éste triunfaba, **siempre y cuando** cumpliera con los tratados de Bucareli. Al recibir la negativa rotunda del jefe del movimiento de 1923, la política americana cambió de rumbo, e invocando diversos pretextos hostilizó a los revolucionarios y ayudó a Obregón en forma bien conocida, interviniendo así en nuestra política anterior.

Coolidge está listo para tratar con el triunfador en México

A continuación me refirió que después oyó, estando en la quinta de Guadalupe Sánchez, en ausencia de éste, y al detenerse un disco fonográfico que estaba sonando, que conversaban en una alacena con licores que Guadalupe tenía, dos personas cuyas voces no identificó. Una de ellas comentaba que don Adolfo había dado instrucciones de que se recibiera como amigo a Eugenio Martínez y sus fuerzas: "¡Figúrese nomás —decía aquel incógnito— si con esos tenemos que pelear después!" Continuando su relato, don Adolfo decía:

> En Veracruz permanecimos hasta el 5 de febrero de 1924 porque no pudimos hacer la defensa allí, pues una comunicación de la Casa Blanca nos previno que no lo permitía.
>
> Ya había recibido con anterioridad otra, cuando intentamos el ataque a Tampico, después de la toma de Jalapa.
>
> En aquella ocasión los elementos militares, haciéndome caso y considerando que después de todo algo se me habría pegado a fuerza de andar en campañas militares con Obregón y muchos otros generales, resolvieron por indicación mía, atacar Tampico y se movió al general José Morán (posteriormente asesinado aquí en México) con órdenes de atacar el puerto.
>
> A la vez mandé la flotilla para que atacara por mar, pero ya estaban allí los acorazados americanos que dieron una hora a nuestras embarcaciones para retirarse. Los barcos americanos estaban no sólo en aguas territoriales, sino en pleno puerto y desde allí ordenaron el retiro de nuestros navíos con el pretexto de que allí había intereses americanos.
>
> Al recibir mis órdenes de reconcentrarse a Veracruz, el Chino León, comandante del Tampico, me imploró por telégrafo que le permitiera echarle unos cañonazos a aquellos "tales por cuales" aunque después lo hundieran. Naturalmente, no le autoricé tal cosa y tuvo que alejarse de Tampico lleno de justa indignación.

La actitud intervencionista del gobierno americano para ayudar a Obregón se manifestó clara y abiertamente en muchas formas, tales como el envío de 20 aviones De Haviland que, comandados por O'Neil venían manejados por aviadores americanos, según las informaciones que nos dieron de la costa occidental y estuvieron bastantes días, con pretexto de adiestrar a los mexicanos, lanzando bombas sobre el ejército comandado por el general Enrique Estrada y demás fuerzas que actuaban en los Estados de Jalisco, Colima, Michoacán y Guerrero.

Por otra parte, fue público y notorio en la capital el envío de armas y parque americanos de que hacía ostentación el general Obregón para demostrar que contaba con ayuda americana, mostrándolo a todo el que quería verlo en Palacio, donde había grandes cargamentos de pertrechos de guerra marcados con las iniciales de US que los identificaba como del ejército de los Estados Unidos de Norteamérica, de cuyo país habían sido enviados.

Varios barcos de guerra norteamericanos se hallaban encalados en aguas del puerto de Veracruz para impedir que cualquiera embarcación extranjera tocara el puerto. De entre ellos el "Tacoma", azotado por un temporal, encalló en los bajos de La Blanquilla y se perdió a la vista del puerto. Por humanidad tuvimos que darles auxilio; todos los barcos que teníamos en diversos servicios en la costa, fueron destinados a salvar la tripulación del barco encallado. Allí murió precisamente el capitán del "Tacoma"; su cadáver fue velado en la Escuela Naval de Veracruz, la misma que, por extraña coincidencia, él había cañoneado en abril de 1914.

Aquel gesto de nobleza y caballerosidad por parte de los dirigentes del movimiento de 1923, no influyó para nada en la actitud de las unidades de guerra norteamericanas que habían impedido y continuaron impidiendo toda comunicación telegráfica o marítima y toda entrada de embarcaciones no solamente americanas, sino de cualquier otra nacionalidad al puerto dominado por el movimiento revolucionario.

Desde la iniciación del movimiento contábamos con un puerto de mar puesto que el movimiento se había iniciado en el puerto de Veracruz; es decir: contábamos con una entrada legítima por la cual aprovisionarnos de los elementos que nos hacían falta, pero los barcos americanos vinieron a impedir que cualquier embarcación tocara el puerto y siguiendo su forma acostumbrada, dieron órdenes a Cuba y a la América Central para que se abstuvieran de vender armas y parque que los agentes revolucionarios trataban de adquirir.

De la única región de donde pudo haber oportunidad de conseguir algunos miles de armas fue de Belice. El gobernador de Belice, cuando estábamos en Frontera, me mandó una comunicación por conducto de un enviado diciéndome que si yo iba a hablar con él, tendría elementos que me vendiera en el terreno comercial. Entiendo que tenía unos cinco mil rifles y alguna cantidad de parque. No quise entenderme con él porque, en primer lugar, era miembro del gobierno de otro país. Yo habría podido tratar con particulares, pero no con un gobierno extranjero, pues habría incurrido en el mismo error que cometía Obregón y por el cual traicionaba a su patria al aceptar la intervención de una potencia extranjera en los destinos interiores de México. Además, no quise pasar por Mérida; no deseaba entrevistarme con los desobedientes a mis órdenes en el caso de Carrillo Puerto en que, actuando por antagonismos locales y desoyendo mis órdenes precisas de que respetaran la vida de Carrillo Puerto, y a pesar de que envié a Gustavo Arce con instrucciones de que me lo trajera salvo, aquellos señores ejecutaron su propósito de suprimirlo.

Como recordará usted, envié a los responsables durísimo mensaje reprobando su actitud, acusándoles de haber manchado la revolución con un crimen. Posteriormente recibí un enviado del general Ricárdez Broca explicándome que él no había tenido nada que ver con lo sucedido; que había sido presionado por los cuatro capitanes de las compañías del 18o. Batallón pero

que ese movimiento no era espontáneo de esos capitanes, que habían sido movidos por el coronel Hermenegildo Rodríguez quien después cambió su nombre por el de Madrigal.

No sé si recuerda usted (dirigiéndose al transcriptor y comentarista) que pretendio verme allá en Nueva York. El doctor Ferrer trató de obtener una entrevista para él, pero me negué, pues por la aclaración que me hizo Ricárdez Broca, aparecía como el responsable del fusilamiento de Carrillo Puerto. La situación de Ricárdez Broca había sido casi la de un prisionero. No tenía mando de fuerzas, era jefe de la plaza cuando se les ocurrió nombrarle gobernador y aquel Rodríguez, según parece, fue quien manejó y manipuló el movimiento de Yucatán, influenciado, al parecer por grandes capitalistas terratenientes y como sabían que tenían el respaldo del pueblo, pues parece que las actuaciones gubernamentales de Felipe no habían sido todo lo acertadas que fuera de desear, encontraron el ambiente propicio e hicieron un levantamiento que apareció como secundando el movimiento de 1923. Pero en realidad yo no tenía ni noticias de que esos amigos estuvieran dispuestos. Entiendo que ni Guadalupe Sánchez los había invitado.

El movimiento de Yucatán, fue, pues, independiente y cuando se sumó al de 1923, le acepté en éste para aprovecharlo con los elementos todos que así lo hicieron. La adhesión fue comunicada telegráficamente al general Guadalupe Sánchez y el telegrama le llegó cuando festejaban su santo el 12 de diciembre. Recuerdo que le hice el comentario de que le llegaba como cuelga.

Por todas aquellas razones me resistía a pasar por Yucatán. (Al llegar a esta parte de la narración, el comentarista formuló pregunta aclaratoria en estos términos: "¿Creía usted que la actitud de Washington ayudando a Obregón y obstaculizando el movimiento de 1923 era consecuencia de informaciones equivocadas: que Washington, mal informado, desconocía el respaldo que el pueblo mexicano daba al movimiento encabezado por usted?":)

No —se me contestó—, Washigton actuaba dentro de sus conveniencias sin importarle lo que ello significara para México. Tenían los Estados Unidos un arreglo con Obregón por el que se les concedían derechos extraterritoriales, como son los Tratados de Bucareli, y les interesaba conservar esa situación ventajosa para sus intereses. Tan fue así que vino a verme el cónsul Wood, trayendo como intérprete al vicecónsul Mayer (quien habla muy bien español y muchas veces, después, ha dicho y repetido a quien ha querido oirle: "De la Huerta no tuvo el reconocimiento de la beligerancia porque no quiso"). Efectivamente, se presentaron a la llegada de un delegado especial de Washington ante mí en Veracruz, para preguntarme si yo apoyaba o reconocía los tratados de Bucareli celebrados por Warren y Payne. Yo les pregunté por qué era su investigación y me dijeron que el gobierno americano quería saber cuál era mi actitud respecto a esos tratados. Esto acontecía a fines de 1923. "¿Que si yo apruebo los tratados de Bucareli?.... ¡conque por eso fue el pleito, como dijo el cucho" (Hubo que hacerle la explicación a Mayer para que entendiera aquello). Wood, después de cambiar algunas palabras con el delegado dijo: "Señor De la Huerta, nosotros nos hemos dado cuenta del respaldo que tiene de todo su pueblo, de todo el país, y quisiéramos que no quedara usted descartado de la amistad de los Estados Unidos. ¿Por qué no contesta usted diplomáticamente que va a estudiar el asunto? No dé una negativa tan rotunda".

No —repliqué—, yo no puedo dejar un sólo minuto de duda sobre mi actitud con respecto a esos arreglos que ustedes mismos, en su conciencia, reprueban. Estoy seguro de que el señor Hughes y todos los elementos de su gobierno se dan cuenta de la infamia que cometen con mi país los hombres que actualmente dirigen su gobierno, después de haber oído mis puntos de vista y de haber quedado convencidos de que no debían exigir tratado previo ni privilegios especiales para sus nacionales, como se ha establecido.

—Sin embargo, mi consejo sería ése; que dijera usted que los va a estudiar.

—Pero ¿cómo voy a decir que los voy a estudiar, si son asuntos que tengo perfectamente estudiados? Desmentiría a ustedes si lo dijeran. No quiero que se crea, ni ahora ni nunca, que he tenido vacilación alguna sobre ese punto. La sola sospecha de que yo hubiera podido vacilar, sería una mancha que caería sobre la cabeza de mis hijos.

—Pues lo siento mucho —replicó Wood— porque realmente un hombre como usted, que tiene toda la opinión pública de su parte y que hemos visto que aquí hay más un gobierno que una revolución, pues está usted dando garantías que no siempre se encuentran dentro del terreno que domina Obregón, no quisiéramos que quedara usted descalificado.

—¡Qué hemos de hacer!

—Pues va usted a perder.

—No vine a ganar. Vine, muy principalmente, a demostrarles a ustedes que esos arreglos no tienen la aprobación del pueblo y por eso el pueblo está conmigo, porque sabe que esa es la bandera que yo sigo y que ese es, fundamentalmente, el motivo de mi actuación contra el gobierno de Obregón.

—Pues es lamentable...

Después de una hora de insistencia aquellos señores se retiraron habiendo intentado inútilmente conseguir que yo aceptara los Tratados de Bucareli y prometiendo a cambio el reconocimiento de la beligerancia y que nos dejarían en libertad de resolver nuestros conflictos internos por nosotros mismos, siguiendo la política de HANDS OFF.

La anterior relación de don Adolfo De la Huerta deja establecido sin el menor género de duda que la actitud de los Estados Unidos de Norteamérica ayudando a Obregón con fondos (veinticinco millones de pesos primero y luego otras

cantidades de los petróleos), material de guerra, etc., y obstruccionando el movimiento de 1923, se debía a que sabían que, de haber triunfado al movimiento, los Tratados de Bucareli, en los que Obregón traicionaba los intereses de su patria haciendo concesiones vergonzosas a cambio del reconocimiento, se habrían venido abajo.

Los Estados Unidos, en consecuencia, INTERVINIERON ECONÓMICA Y MATERIALMENTE en nuestros asuntos interiores, pues ya hemos visto que hasta aviadores americanos bombardearan las fuerzas delahuertistas, y el precio que pretendían por mantenerse en la neutralidad a que estaban obligados por todas las normas de derecho, consistió en pedir que se les ratificaran los fatídicos convenios de Bucareli. En otras palabras, exigían un precio por cumplir con su deber. El hecho de que ellos mismos, en pláticas anteriores con el señor De la Huerta hubieran convenido en la justicia que le asistía al negarse a la celebración de un tratado previo y al otorgamiento de concesiones especiales a ciudadanos norteamericanos, quedaba olvidado ante la posibilidad de obtener un beneficio económico que les había brindado la baja intriga de Pani y los celos políticos de Obregón que disminuían cada vez más su estatura moral, en tanto que la de don Adolfo De la Huerta se agigantaba.

La salida de don Adolfo de la Huerta a los Estados Unidos

Ya ha quedado establecido de manera clara que los Estados Unidos intervinieron en nuestra pugna interna ayudando al gobierno del general Obregón y estorbando en todos los sentidos la actuación de la protesta armada.

Por esas razones el movimiento que contaba con el respaldo de todo el pueblo mexicano, fue siendo aplastado, ya

que no es posible luchar sin armas, y la intervención americana nos impidió obtenerlas en el extranjero.

Cuando, después del desastre de Esperanza, las fuerzas delahuertistas se replegaron a Veracruz, se había elaborado ya un plan militar bien estudiado para defender el puerto, pero nuevamente los Estados Unidos hicieron sentir su amenaza en telegrama procedente de la Casa Blanca, y en el que se decía con toda claridad, que si se disparaba un sólo cartucho en la ciudad, los marinos americanos desembarcarían.

Don Adolfo no quiso en manera alguna provocar el conflicto internacional, por mucho que le asistiera la razón y el derecho, y por ello ordenó la evacuación del puerto jarocho que quedó más de una semana sin fuerzas delahuertistas y sin que entraran las fuerzas obregonistas que venían avanzando con cautela y que Obregón no lanzó al ataque porque sabía que su aliado obligaría al señor De la Huerta a abandonar la plaza bajo la amenaza de una intervención militar.

Los jefes militares que encabezaban el movimiento delahuertista (como ya entonces se llamaba) sabían perfectamente cuál era la situación y en diversas ocasiones pidieron al señor De la Huerta que arreglara que los Estados Unidos dejaran de intervenir, y ellos respondían del resultado. "Gánenos usted la batalla de Washington — le decían — y nosotros le respondemos de las de aquí".

Naturalmente que el señor De la Huerta había tratado de hacerse oír en Washington por los mismos hombres (Hughes) con los que había discutido y llegado a un acuerdo que ahora ellos desconocían por virtud de los tratados de Bucareli y sus ventajas. Con objeto de recordárselo, había enviado primero al Lic. Juan Manuel Álvarez del Castillo, quien trató en vano de llegar a los interesados y a quien no permitieron más que hacer algunas declaraciones, entre otras la que en nombre de don Adolfo De la Huerta se publicó declarando que al asumir la actitud de rebeldía armada, el señor De la

Huerta se consideraba impedido definitivamente para ocupar la Presidencia de la República para la que había sido candidato. Tales declaraciones nulificaban efectivamente la versión que se había pretendido dar a su actitud y que le atribuía simples ambiciones políticas como único fundamento de su actitud antagónica al gobierno de Obregón.

Pero eso fue todo lo que consiguió el Lic. Álvarez del Castillo, pues por más esfuerzos que hizo, ni quisieron publicarle más amplias declaraciones ni menos se le permitió acercarse a los dirigentes del pueblo norteamericano.

Envió después don Adolfo al Lic. Rafael Zubaran Capmany, más para darle una oportunidad de sentirse fuera de peligro que porque esperara que fuera mejor recibido. Sus gestiones fueron igualmente infructuosas.

Mientras tanto, la ayuda dada a Obregón por nuestros poderosos vecinos se hacía sentir cada vez más y la lucha desigual daba triunfos a las fuerzas de Obregón y obligaba a replegarse a los casi desarmados elementos que apoyaban la actitud de don Adolfo De la Huerta.

El pueblo todo de México respaldaba a don Adolfo, eso es innegable, y por eso creía que el movimiento de 1923 arrollaría en brevísimo tiempo la resistencia enemiga y derrocaría al gobierno de Obregón.

Recuérdese, si no, cómo la gente en la capital de la República creía que en el plazo de una semana las fuerzas delahuertistas entrarían en la cuidad. Recuérdese el pánico en las oficinas de gobierno, en donde se hacían precipitados aprestos para una evacuación.

Recuérdese la sorpresa de todos cuando después de la toma de Jalapa pasó una semana y dos sin que se atacara la Ciudad de México.

"¿Qué esperan los delahuertistas?", decía la gente.

Ya no se trataba de especular sobre el posible triunfo del movimiento. Eso se daba por descontado; lo que no se com-

prendía era por qué las fuerzas revolucionarias no entraban ya en la capital.

La verdad, como ya ha quedado dicho, era que Obregón se creyó lo de las dos columnas de diez mil hombres cada una y ordenó a sus fuerzas que esperaran el ataque. Y el ataque, ya sabemos, no podía llegar porque los amigos de Guadalupe Sánchez no le respondieron, porque los escasos elementos con que se contaba no tenían parque; porque el parque no podía llegar por mar pues los acorazados americanos estaban allí para impedirlo, etc., etc.

Un día el general Carlos Greene le comunicó a don Adolfo que su hermano, a quien él llamaba "el gringo" por que era ciudadano americano, pues estudió medicina en los Estados Unidos, se recibió allá y se nacionalizó norteamericano, había llegado de Washington y le informaba que la situación era muy poco favorable para el movimiento de 1923. El doctor Greene era una especie de agente oficioso que teniendo a sus hermanos Alejandro y Carlos en las filas de los pronunciados, quiso explorar allá y estuvo algún tiempo en Washington pulsando el ambiente. De allá venía para traer informes. Que había muy pocas esperanzas; que se reconocía cierta justificación al movimiento; que la cabeza visible de él, o sea don Adolfo De la Huerta, estaba acreditada como persona buena, como hombre de bien, de extraordinaria honradez y patriotismo, pero que no podían ellos actuar de otra manera. Que habiendo garantizado el gobierno de Obregón los intereses americanos, tenían que apoyarlo de manera definitiva. Que sabía que Hughes había emitido algunos juicios personales a favor de De la Huerta, diciendo que había sido un trance muy duro para él (Hughes) dar una resolución contra un hombre a quien el reconocía como patriota y como hombre de bien.

Las declaraciones de Hughes, tronantes en contra del movimiento de 1923, fueron hechas poco tiempo después de

que el cónsul Wood y el enviado especial de Washington habían entrevistado al señor De la Huerta en Veracruz y que éste les había manifestado de manera terminante que no solamente no ratificaría los Tratados de Bucareli, sino que ni siquiera aceptaba que se diera la versión de que iba a estudiar ese punto.

Los hermanos Carlos y Alejandro presentaron a su hermano el doctor Greene con don Adolfo y le dijeron que esperaban que oyera la información que aquél traía y que creían que iba a ser necesario que el propio De la Huerta fuera a Washington para tratar de aprovechar las pocas esperanzas que quedaban, puesto que podía tener alguna probabilidad de éxito. Que el doctor no aseguraba que la presencia de De la Huerta en los Estados Unidos fuera suficiente para cambiar la política americana, para que se abstuvieran de intervenir, pero que sí había alguna posibilidad.

El consejo del doctor Greene era bastante sensato. Don Adolfo, en su visita a los Estados Unidos, un año antes, como secretario de Hacienda, había entrevistado al Presidente Harding por invitación expresa de éste, y al secretario de Estado Hughes y había conseguido convencerles de que no debían exigir tratado previo para otorgar el reconocimiento al gobierno de Obregón, ni tampoco debían pedir ni esperar que nuestra legislación interior fuera orientada por intereses americanos o que se concediera a los nacionales de su país privilegio alguno sobre los mexicanos. Por tanto, la presencia de De la Huerta en Washington, habría sido un reproche para Hughes y era posible que lograra hacer cambiar la actitud de los Estados Unidos.

Después de la conversación con los hermanos Greene, en la que el doctor describió la situación tal como la veía en Washington, éstos pidieron que De la Huerta hiciera el viaje. Don Adolfo les pidió tiempo para pensar sobre el particular, pues consideraba importante la información recibida. Los

Greene, que daban mucha importancia a las informaciones de su hermano, pues era hombre serio y sensato, convocaron a los demás generales: Segovia, Gutiérrez, Jorge Vidal, Cándido Aguilar y varios otros, hablaron con ellos y todos juntos fueron a ver a don Adolfo para comunicarle (como quedó dicho) que en su concepto él debería hacer la gestión personalmente en Washington. Don Adolfo les dio la misma contestación que a los Greene haciéndoles ver, además, que en aquellos momentos no era conveniente su salida, porque precisamente se había anunciado el avance de las fuerzas del gobierno que se acercaban a la Central Fournier que es la entrada al estado de Tabasco y acababan de girarse instrucciones al general Benito Torruco, quién se encontraba en Minatitlán, para que les saliera al encuentro. No procedía pues, explicó, que en aquella situación difícil bajo el punto de vista militar, saliera él de viaje, pues ello podría ser mal interpretado y aún desalentador para las fuerzas que iban a dar la batalla contra los gobiernistas.

El estado de Tabasco a la sazón se hallaba enteramente controlado por el movimiento, así como los de Campeche, Yucatán, Quintana Roo, Chiapas, Oaxaca, Jalisco, Colima, etc., un gran número de estados. No era una situación difícil personal para el señor De la Huerta, pues suponiendo que le hubiera faltado valor para sostener la situación, tenía cerca la frontera de Quintana Roo.

Durante los días de espera que De la Huerta había pedido para considerar el asunto de su viaje, se efectuó la batalla entre las fuerzas del general Benito Torruco y las gobiernistas, a las que Torruco derrotó en forma decisiva, pues las hizo retroceder cerca de treinta kilómetros levantando ellos mismos la vía del ferrocarril para escapar de la persecución del enemigo. Torruco, al rendir su parte, informó al jefe De la Huerta que, después de la derrota y la forma de la huida, el enemigo no podría avanzar antes de un mes, pues necesi-

taría cuando menos ese tiempo para reparar la vía destruida por el mismo.

Entonces el general Cándido Aguilar se acercó a don Adolfo para hacerle ver que el escrúpulo que había mostrado ya no existía porque con el resultado del combate, había plazo suficiente para hacer el viaje de ida y vuelta a Washigton. En tales condiciones el señor De la Huerta, en presencia de los generales Greene y Segovia, que se hallaban con él, aceptó y prometió salir para los Estados Unidos en un plazo de dos días. Los generales se mostraron complacidos y prometieron a don Adolfo que ellos le responderían del aspecto militar del problema durante su ausencia.

Hubo una junta de generales y en ella se acordó el viaje de don Adolfo, levantándose un acta de aquella resolución con las debidas formalidades y a petición expresa del señor De la Huerta. "Parece — dijo al transcriptor — que hay copia de esa acta en poder del general Fernández (Guillermo Fernández, general y ferrocarrilero). Según informes de otras personas, el general Aguilar tiene también copia de esa interesantísima acta".

En la noche de aquel día se presentaron al señor De la Huerta el comandante Illades y el coronel Reyna diciéndole que algunos acontecimientos, de los que se habían percatado, les obligaban a decirle que debía salir inmediatamente de Frontera. Illades nunca quiso decir a qué obedecía aquella urgencia, pero De la Huerta sospechó que se trataba de algo que tramaban los compañeros de armas de Illades. Debe recordarse, al efecto, que este comandante había manifestado en Veracruz a don Adolfo, que el no podía reconocer el movimiento pues tenía metido entre ceja y ceja su deber, de acuerdo con la Ordenanza. Es lógico suponer que sus compañeros de armas, que sabían que el no había reconocido el movimiento, le hayan dado algún informe relati vo a que el barco "Zaragoza" venía ya a Frontera en actitud

hostil. El comandante Morel, de dicha embarcación, había sido depuesto por la tripulación y el propio Morel se había reconcentrado a Frontera. Illades probablemente no quiso que se llevara a cabo en contra de De la Huerta un acto inmoral por parte de sus compañeros marinos, pues además, según el mismo había expresado, en el curso del tiempo que había estado con el movimiento, aunque sin reconocerlo, ha bía aprendido a estimar y a respetar al jefe de él, el señor De la Huerta.

Antes de salir de Frontera, don Adolfo pretendió obtener pasaporte del vicecónsul americano y éste se negó a dárselo, diciéndole que solamente que renunciara a la suprema Jefatura. Que como particular, le podía extender el pasaporte, pero como Jefe de la Revolución, por ningún motivo se le permitiría la entrada a los Estados Unidos. De la Huerta le presentó numerosos argumentos, le dijo precisamente que iría a tratar con su gobierno; que si creía que iba violar alguna ley, podría ir en el barco que él le indicara y aún acompañado de personas que él eligiera para que viera que a lo que él iba era a convencer al gobierno americano de que no interviniera más en nuestros asuntos internos. Pero el vicecónsul se negó rotundamente. De ahí le vino la idea al señor De la Huerta de hacer el viaje vía Cuba, acordándose de que estaba pendiente un envío de parque que, furtivamente, trataba de hacer Froylán Manjarrez y que podía tal vez ayudarle. Así —razonaba— ayudaba al movimiento en la cuestión del embarque del parque y de allí buscaría la manera de entrar a los Estados Unidos para llegar a Washington.

Fue entonces cuando el comandante Illades y el coronel Reyna vinieron a decir a don Adolfo que era urgente que no demorara su viaje, que debía salir inmediatamente. Se negaron a explicar las razones de la urgencia, como ya se ha dicho. Don Adolfo no aceptó partir de inmediato como se le pedía, sino que transó resolviendo no salir hasta el día

siguiente, como era su proyecto original, sino partir a la media noche de ese mismo día. Llamó al que esto escribe y que a la sazón fungía como secretario particular en la guardia nocturna y le ordenó que estuviera listo para salir al primer aviso. Posteriormente, aquella misma noche, le dio instrucciones para que hiciera lastrar el "Tabasco" a fin de que pudiera cruzar la barra y que saliera con él, explicando que, después de salir ya el comandante de la embarcación tenía instrucciones de lo que había de hacer.

A medianoche don Adolfo se encaminó al muelle donde Rafael Sánchez de la Vega tenía instrucciones de llevarle el dinero necesario que estuviera disponible, deduciendo lo requerido para pagar los gastos todos de un mes. Rafael Sánchez de la Vega era el pagador general, y el llevó ocho mil y pico de pesos en oro, más alguna otra cantidad que había en la Secretaría Particular y que le llevó Mario Hernández, con lo que hizo un total de alrededor de diez mil pesos oro nacional.

En el muelle, donde fue acompañado por el general Aguilar y las otras personas ya mencionadas, don Adolfo se embarcó en un remolcador de nombre "La Exploradora" que lo condujo a las cercanías de Campeche, donde transbordó al "Tabasco".

Ya en ruta para Cuba, se recibieron numerosos radiogramas del "Zaragoza" que preguntaba insistentemente dónde estaba el "Tabasco". Naturalmente no se contestó ni se envió mensaje de ninguna especie para evitar que el "Zaragoza", que venía dándonos caza aunque sin haber logrado localizarnos, pudiera conseguirlo. Aquella persecución se comprobó posteriormente por las declaraciones de Camiro (comandante del "Zaragoza") al llegar a México.

Poco antes de salir don Adolfo de Frontera, tuvo un fuerte disgusto con el general Cándido Aguilar por alguna mala información que había recibido acerca de él, pero aclarada aquella información como errónea, en parte porque

don Adolfo quiso borrar la injusticia que había cometido con él aceptando una posible connivencia del general Aguilar con los marinos que se habían declarado en contra del movimiento y en parte también, en consideración a sus antecedentes de viejo revolucionario, le extendió nombramiento en forma muy laudatoria, dejándole provisionalmente como jefe del movimiento durante su ausencia y aclarando al propio Aguilar que por las conversaciones que antes había tenido con los altos jefes del gobierno americano, esperaba conseguir que reconsideraran su actitud y se abstuvieran de intervenir en nuestros asuntos internos, pero que si no lo conseguía, y tenía alguna dificultad para regresar a Tabasco, iría a Sonora a establecer allá el gobierno provisional, pues creía contar con el apoyo de sus paisanos y parece que también con el de los yaquis: y que posiblemente al formar el gobierno allí necesitaría al general Aguilar, así éste debía estar pendiente de sus resoluciones.

Cuando el señor De la Huerta comunicó al resto de los jefes militares que había nombrado a Aguilar como jefe interino del movimiento, le dijeron: "Mire jefe, apreciamos al general Aguilar; lo estimamos como viejo revolucionario, tanto Segovia, como los Greene y Vidal, pero acabamos de saber que usted tiene un telegrama participándole la llegada de Salvador Alvarado a Nueva York. Como él ha sido nuestro jefe aquí en el sureste y es un gran militar, lo consideramos superior al general Aguilar ¿por qué no nos lo manda?". Don Adolfo prometió cambiar impresiones con el general Alvarado y comunicarles el resultado oportunamente.

La idea de nombrar a Alvarado en sustitución de Aguilar hacía innecesaria la presencia del señor De la Huerta en Tabasco. Podía llegar a Sonora y llamar a Aguilar a su lado. No podía decir a éste la opinión de sus compañeros militares porque habría sido sembrar el cisma; le habría restado

confianza a sus órdenes y en sus decisiones y por ello guardó para si tales apreciaciones.

Con pasaporte ajeno

El señor De la Huerta, con pasaporte de Pérez Heredia, cuya letra estuvo tratando de imitar con poco éxito en la oficina de inmigración americana de Key West, entró a los Estados Unidos. Parece sin embargo que a pesar de que la diferencia de caracteres fue explicada como consecuencia de un fuerte mareo, las autoridades americanas no lo creyeron del todo y posteriormente hicieron aclaraciones sobre la falsedad de la firma. Aquella sustitución de personas, que fue telegrafiada a Washington, dio al gobierno americano una causa justificada para poder ordenar la detención de don Adolfo y evitarse así la situación embarazosa que su presencia le habría causado recordándoles sus promesas incumplidas y su compromiso de no tomar injerencia alguna en asuntos de nuestra legislación interior. Las órdenes de aprehensión fueron dadas de forma terminante. Un senador americano, amigo de don Adolfo, a quien éste le había pedido que le entrevistara en el hotel (el senador Burson, de Nuevo México) al encontrarse con De la Huerta en Nueva York le dijo: "Ya en Washington tienen noticias de que ha entrado usted con un pasaporte que no es el suyo, burlando a las autoridades americanas y corre usted peligro inminente, porque si lo detienen lo entregan a sus enemigos, pues como mexicano, lo tienen que deportar a México por haber violado la ley americana, que es un asunto tan delicado aquí. Así que mi consejo es que no vaya usted a presentarse en Washington, porque no lo dejarían llegar a la Secretaría de Estado ni a la Casa Blanca a hablar con Hughes; lo aprehenderían en el camino. Si aquí mismo se exhibe usted, cualquiera que lo encuentre lo haría aprehender". Burson era amigo de Hughes, venía

del Departamento de Estado y sabía perfectamente el peligro en que estaba don Adolfo. "Procure que no lo vea nadie —le decía— porque hay órdenes por todos lados para que se le detenga a usted". Y añadía: "Ocúltese, porque aquí corre usted tanto peligro como en cualquier Estado de su país".

Como coincidencia curiosa, el comentarista quiere referir que en esos días, teniendo algún tiempo libre, entró en un teatro en los que había cine y variedad. Trabajaba allí el famoso vaquero humorista Will Rogers. Aquel tejano tenía la costumbre de salir a escena manejando un pequeño lazo con una habilidad poco común, y en tanto que lo hacía florear en diversas formas, monologaba ingeniosamente sobre tópicos de actualidad. Aquella noche Rogers dijo poco más o menos: "He visto algo sumamente raro: Un ex presidente de México... ¡VIVO!". Por supuesto que Rogers no había visto a don Adolfo, ni siquiera imaginaba que se encontraba cerca de él. ¡Qué gran sorpresa se habría llevado si hubiera sabido que el interesado se encontraba a unas cuantas calles del teatro!

Don Adolfo se entrevistó con el general Alvarado, le comunicó la opinión de los generales y le preguntó si quería ir a Tabasco a sustituir a Cándido Aguilar en la Jefatura provisional para que este se viniera a alcanzar al señor De la Huerta o prefería irse con él a Sonora, dado que los informes de Burson le hacían comprender que no había nada que esperar en el sentido de hacer variar la política de los Estados Unidos en contra del movimiento de 1923. "No —contestó Alvarado— a Sonora no puedo ir. Tú sabes que me desprestigiaron allí Maytorena, Obregón, Calles y todos. Me hicieron pedazos y yo no he tenido tiempo de ir a defenderme allí; en cambio en el sureste tengo mi fuerza. Yo quiero irme para allá".

Bueno, pues vas y le dices a Cándido Aguilar que vas a sustituirlo porque a él lo voy a necesitar. Que venga a incorporarse conmigo a la frontera y que busque a Alfonso mi hermano, quien ha de localizarme.

Así, De la Huerta extendió el nombramiento. Alguien supo esto y se lo comunicó al general Cándido Aguilar, quien naturalmente, sin conocer detalles, se contrarió creyendo que se había obrado deslealmente en su contra y que se mandaba a Alvarado para que le sustituyera dejándole en condiciones muy desfavorables entre los suyos. Posiblemente, como el propio señor De la Huerta ha explicado a éste comentarista, aquella actitud de Cándido Aguilar era excusable, pues desconocía la opinión de los militares, desconocía también de los propósitos de don Adolfo de utilizar su cooperación en el norte y además aún era Aguilar un hombre joven y no podía pedírsele la madurez de criterio que adquirió después. Por su parte, don Adolfo tampoco podía comunicar todos sus planes, cuyo éxito dependía de la más completa reserva. Alvarado los conoció y en su peculiar estilo de hablar dijo: "Eso sí: a tu tierra, grulla, que las otras no son la tuya. Allá es donde tú debes ir. Yo estoy declarado hijo predilecto de Yucatán, así que allá voy yo".

Tanto Aguilar como Jorge Prieto Laurens estuvieron poniendo telegramas a don Adolfo dirigidos a los Estados Unidos. Esos telegramas, indiscretos, por no llamarlos de otra manera, dieron por resultado que Obregón supiera con certeza que De la Huerta se encontraba en el vecino país y naturalmente, Obregón, que conocía el ascendiente de don Adolfo sobre la tribu yaqui y el respaldo con el que contaba en Sonora, no necesitó mucho cavilar para suponer con acierto cual era el destino de De la Huerta. Inmediatamente a marchas forzadas mandó un contingente de diez mil hombres para tapizar Sonora a fin de no dejarle entrar por ningún lado. Por más que Obregón negara públicamente cualquier cualidad a De la Huerta, sabía de sobra, pues le conocía muy bien, que llegada una situación difícil, don Adolfo sabría capotearla.

Por otra parte, sabía muy bien el respaldo que los yaquis le darían, pues los que le habían ayudado a triunfar en los

combates de Santa Rosa y Santa María, sobre todo en este último, habían sido traídos de la sierra por De la Huerta.

Intento de entrar por el norte.-Francisco R. Velázquez

Terminados los asuntos de Nueva York, don Adolfo, en compañía de Enrique Seldner, salió para Phoenix, Arizona, donde se encontró con el que esto escribe, quien se le había adelantado para instrucciones a su hermano, el general Alfonso De la Huerta.

Ya en Phoenix, don Adolfo mandó llamar a Francisco R. Velázquez, que se había manifestado partidario del movimiento. Había sido un gran simpatizante de De la Huerta, quien en otra época le nombró gobernador interino de Sonora por pocos días. Acudió Velázquez al llamado del señor De la Huerta y éste le dio instrucciones para que alistara una partida, aunque fuera pequeña, para que el pudiera pasar a territorio mexicano.

Era aquel un plan desesperado, quizá descabellado, pues ya teníamos noticias de los contingentes que Obregón había mandado a Sonora, pero el señor De la Huerta estaba dispuesto a batallar hasta lo último, aunque fuera en tan desventajosas condiciones.

Se proyectaba entrar en compañía de diez hombres, para instalar el gobierno provisional en un sitio cercano al Cerro de la Gamuza. Al estar listo ese "ejército" en la frontera, debería avisarnos para que con todo sigilo nos incorporáramos. Acompañaría a Francisco Velázquez, el mayor Rábago, concuño que era de Froylán Manjarrez, muchacho muy leal y valiente, además Benito Peraza y Juan Córdoba.

Dos días después tuvo noticias don Adolfo de un "manifiesto" que iba a lanzar Velázquez y que señalaba lineamientos políticos sociales enteramente distintos de los que él le había dado.

Hablaba aquel manifiesto de dar garantías al capital; de poner las cosas en orden; atacaba a Calles; en fin, una serie de tonterías o errores. De la Huerta no podía comprender qué le había pasado a Velázquez, no parecía sino que hubiera estado en estado de embriaguez cuando redactó tal documento. Mandó hacer averiguaciones y le avisaron de "allá" que se había vuelto a Phoenix y que estaba en su casa.

Entonces envió a este comentarista con instrucciones de traerle consigo. (Y para mayor claridad permítaseme hacer la siguiente relación en primera persona). Llegué a la casita que en las afueras de una pequeña población vecina habitaba Velázquez; encontré a su hijo, muchacho como de veinte años y le dije que venía por su padre pues el jefe quería hablar con él; que sabía que se encontraba en la casa. El muchacho aceptó desde luego la presencia de su padre, pero me advirtió que estaba completamente loco. "Pues loco o cuerdo, yo tengo instrucciones de llevarlo con el jefe y tengo que cumplirlas". Fue a hablar con el padre y a poco se presentó éste, diciéndome: "Si el jefe quiere hablarme, que venga ¿por qué he de ir yo?" Poco tardé sin embargo en convencerle de que su papel era obedecer y emprendimos el viaje. Yo manejaba el Ford y sólo recomendé al hijo que cuidara a su papá no fuera éste a apretarme el cuello mientras yo manejaba. No hubo ningún conato de ataque, pero era evidente que el pobre hombre estaba enteramente trastornado. Mirando unos sembrados me decía:

"Ve: ¿ya ve por qué no se dan las cosechas? Es que esta gente no sabe la matemática" y otros disparates por el estilo.

La entrevista con don Adolfo fue violenta. El jefe le reprochó su conducta y lo acusó de fingir enajenación mental para no cumplir con la comisión que se le había dado y el loco se enfureció y trató de arrojarle a la cabeza una gran escupidera de latón. Se interpuso don Adolfo Pecina, que estaba presente, y recibió un baño de agua no muy limpia

y colillas de cigarro. Había sido precisamente Pecina quien había informado al señor De la Huerta sobre el retorno de Velázquez.

El jefe se convenció así del estado mental de aquel pobre hombre quien, en un momento de lucidez le dijo que un amigo, que se había hecho pasar por correligionario, le había dado un vaso de cerveza al que le notó un sabor raro y que acabando de tomarlo perdió el conocimiento.

En tales condiciones el jefe de la proyectada expedición, hubo que prescindir de ella y mandar al pobre a un hospital, donde murió al día siguiente.

Prófugos de las autoridades americanas

Dos días después del fiasco de aquella fracasada incursión a territorio mexicano, el amigo Pecina informó al señor De la Huerta que el administrador de correos de Phoenix, un individuo de apellido Johnson, tenía conocimiento de que nos encontrabámos en aquella ciudad y que él, como simpatizador de don Adolfo, le daba a viso para que a su vez nos lo transmitiera, diciendo poco más o menos: "Yo sé que usted está en contacto con De la Huerta; no me lo niegue, porque no quiero oir una contestación que implique una duda sobre mi lealtad y sinceridad de amigo para usted". "No —contestó Pecina— no se lo niego". "Bueno, pues yo sé que él está aquí y ya el Departamento de Justicia tiene conocimiento de ello. Sáquelo de aquí porque si no, lo van a detener mañana mismo".

Esa noche salimos precipitadamente con tal género de precauciones que parecían exageradas para quienes no conocíamos la verdadera y peligrosísima situación, pues tampoco sabíamos lo relativo al pasaporte falso, ya que don Adolfo entró a los Estados Unidos un día antes que el que esto escribe. Tampoco sabía nada de los informes que el se-

nador Burson había dado, ni del aviso de Pecina sobre la inminencia de un arresto. Nada de ello me había dicho don Adolfo, y por tanto yo ignoraba que las autoridades federales, tanto como las locales en su auxilio tenían órdenes precisas de aprehender al señor De la Huerta y acompañantes.

Aquel Johnson que le dio el aviso a Pecina, le explicó que en parte desobedecía las órdenes que él mismo había recibido, porque sabía que De la Huerta era un hombre de bien y que no cometía ningún delito cuando luchaba por el bienestar de su patria.

Llegamos a Los Ángeles, perdidas las esperanzas de poder cruzar la frontera; agotados todos los elementos, pues los últimos fondos que remitió el licenciado Zubarán Capmany de Nueva York (donde se le habían enviado de México) eran los que se habían empleado en la fracasada expedición de Velázquez.

Pasábamos por argentinos y siempre bajo la constante amenaza, para don Adolfo principalmente, de ser descubiertos y entregados al gobierno de Obregón.

En tales condiciones, un día leyó don Adolfo en un periódico local la noticia de que venía un abogado de apellido Cahill, que era ayudante del Procurador General de Justicia, tratando de localizar a alguien responsable de algún delito contra las leyes de inmigración y algunos otros detalles más. Don Adolfo tuvo la intuición de que era a él a quien se trataba de localizar. Llamó entonces a su amigo Mr. Cole y le dijo que estaba seguro de que Cahill venía en su busca enviado por el Departamento de Estado. Cole no se inclinaba a creerlo así, pero De la Huerta insistió y como Cole le dijera que era amigo personal de Cahill, don Adolfo le dijo que fuera a verlo y que le pusiera las cartas sobre la mesa diciendo que si Cahill se comprometía bajo su palabra de honor a no entregarlo al gobierno de Obregón y garantizar su residencia en los Estados Unidos, él estaba dispuesto a presentarse a las autoridades americanas.

—¿Ha pensado usted bien esto?

—Sí; no es la vida la que estoy llevando; juzgado mal hasta por mis propios amigos. Y yo sé que si ellos (el gobierno americano) me llevan la ventaja de sorprenderme, entonces se creerán con derecho para entregarme. En cambio, de esta otra manera no. Conozco bien la psicología americana.

—Muy bien —repuso Cole y se fue a hablar con Cahill.

Dada la amistad que existía entre ambos, Cahill no tuvo empacho en confesarle que venía buscando a De la Huerta, pues tenía noticias de que se encontraba en Los Ángeles. Cole le pidió su palabra de honor de cumplir las condiciones señaladas por De la Huerta y a cambio de ello prometió que lo localizaría y que se entregaría, pero haciendo constar que ello era voluntariamente. Cahill aceptó y fue conducido por Cole a la presencia de don Adolfo.

—Ante todo —exclamó Cahill—, quiero que me diga usted cómo ha hecho para que no haya podido localizarlo toda la policía americana ni los numerosos agentes de los Estados.

—Sería largo de contar —respondió don Adolfo sonriendo.

—Pues me interesaría conocer todos los pasos que usted dio porque realmente es un caso único en la historia de los Estados Unidos. Es verdaderamente curioso, y para mí tiene mucha importancia.

Cahill tomó una gran simpatía al señor De la Huerta. En presencia tanto de él como de Cole, llamó por larga distancia a Washington expresando que había empeñado su palabra a don Adolfo en el sentido de que tendría garantías y que lo tenía a su disposición. Le contestaron que estaba bien y que podía confirmar sus promesas. Cahill dijo a Cole allí mismo, que si no hubieran aprobado su actuación, no habría entregado a De la Huerta, sino que le habría ayudado a seguir oculto. ¡Bello rasgo de la nobleza de un norteamericano que apenas acababa de conocer al patriota mexicano!

Cahill se fue y más tarde, por conducto de Cole, recibió De la Huerta aviso de que debía presentarse en Washington ante las autoridades americanas, pero en el camino recibió contraorden a instrucciones de transladarse a Nueva York. Así lo hizo, y allí, después de unos días lo fue a visitar Cahill quien le dijo que en opinión de Washington era mejor que permaneciera en Nueva York y no en Los Ángeles para evitar suspicacias del gobierno mexicano. Satisfizo a De la Huerta aquella explicación y Cahill le pidió también que se abstuviera de hacer declaraciones y le manifestó que en el ambiente oficial había encontrado grandes simpatías para él.

Una proposición de ayuda oficial americana

Hubo un momento en las relaciones internacionales de México y los Estados Unidos, durante la administración que encabezó el general Calles, en el cual la situación fue tensa en extremo.

Coincidiendo con tales circunstancias, el mismo gobierno que había ayudado a Obregón y combatido con él el movimiento de 1923, intentó hacer renacer tal movimiento dando facilidades al señor De la Huerta para que reanudara la lucha, ofreciéndole para ello los medios, es decir, los fondos indispensables. El gobierno americano (o sus representantes) no imaginaban que don Adolfo se pudiera negar a recibir tal ayuda que le habría permitido reanudar la lucha, esta vez con mucho mayores probabilidades de éxito.

Pero el asunto es demasiado importante para correr el riesgo de olvidar o alterar involuntariamente cualquier detalle trascendental, y en el caso todos lo son. Así pues, dejamos nuevamente la palabra a nuestro relator y gran memorista.

Dice don Adolfo De la Huerta:

Se me presenta un día Eulalio Román, ex banquero de México que estaba exiliado en los Estados Unidos por equis razones y que simpatizaba con nuestro movimiento, diciéndome que se le habían acercado dos individuos proponiéndole entrar en arreglos conmigo. Querían que tuviéramos un cambio de impresiones; eran un tal Gallagher y otro Mr. Lee.

—¿Qué quieren esos señores? —inquirí.

—Pues, hombre, se interesan por México. Uno de ellos es broker, el otro es un hombre de negocios retirado y quieren platicar con usted sobre México.

Tuvimos una, dos, tres conferencias y por último me dice uno de ellos: "Reconocemos que usted tiene la justicia; que el gobierno de los Estados Unidos cometió una injusticia y un error, porque, aunque tengamos de nuestra parte al gobierno, no tenemos al pueblo, y han comprendido que no es esa la política que debe seguirse y quieren cambiar y corregir el error que cometieron..." No; me equivoco; eso me lo dijo el otro individuo, esos señores me dijeron solamente que había simpatías para mí.

(A pregunta del comentarista sobre quién fue el que dijo aquello):

Otro delegado del Departamento de Estado que me citó en Baltimore. Pero esos dos bichos me dijeron únicamente que se jugaban la carta conmigo; que los Estados Unidos habían cometido un error. Pero el que me dijo que querían rectificar, fue el de Baltimore, donde se me llamó para que un enviado importante hablara conmigo y ese fue el que me dijo: "Espere usted buenas noticias, porque el gobierno de los Estados Unidos ha comprendido esto y esto y esto..." —lo que dije antes.

Regresé yo a Nueva York y dije: pues a esperar; pero ya estaba yo tratando con aquellos señores sobre la manera de financiar la revolución. Se me presentaron esos individuos como interesados en obras de puertos y caminos y me dijeron que la forma de reembolsarles los diez millones de dólares

que me facilitarían, sería dándoles todos los trabajos de obras de puertos, para lo cual se abriría un crédito amplísimo: caminos, presas, en fin, todo benéfico y a precios razonables y debidamente discutidos, que la iría amortizando en veinte años.

Bueno, pues yo vi la proposición aquella muy aceptable: empresas privadas, particulares, todo en beneficio público... ¡ah!, con derecho a denunciar minas... Sí, hombre, cómo no; todas las que quieran; nos conviene que se trabajen. Pues seguimos platicando y ya estaba por formalizarse el asunto cuando se me ocurrió, en señal de trato, decirles que situaran al general Enrique Estrada, que se hallaba en Los Ángeles, cien mil dólares para que fuera preparando una expedición que yo le señalé. ¿Se acuerda usted? Seis Estados alrededor de Jalisco: Michoacán, Colima, Guerrero, etc. Que preparara la expedición para salir por mar: que tendría barco y que se fuese alistando: pero por lo pronto esos cien mil dólares, además de que iban en auxilio en momentos muy difíciles para Enrique Estrada, iban a servir para formalizar la operación que me pintaban aquellos muy favorable. Muy bien. Esos individuos no podían situarle directamente a Estrada, sino que se valieron de un abogado amigo que se le acercó y le dijo: "Yo le voy a conseguir a usted cien mil dólares" y a Estrada le vino la idea del ataque sobre Baja California y cuando recibió mi carta explicándole para qué eran, me contestó en forma un poco dura porque, según él, lo hacía menos, o no le daba nombramiento de secretario de Guerra (tal se traslucía a través de su carta) y le señalaba a Ángel Flores los Estados de Nayarit, Sinaloa, Sonora y Baja California. Eso le cayó muy mal a él porque tenía metido entre ceja y ceja lo de Baja California. No hubiera yo discutido con él ese punto, pero es que él no sabía lo que yo estaba haciendo y que esos cien mil dólares no eran en realidad para empezar desde luego, sino para saber si eran en serio las proposiciones que me habían llegado a través de Gallagher y Lee.

Fue entonces cuando conocía al amigo de usted, el ingeniero Sikorsky (don Adolfo se refería al ingeniero Igor I. Sikorsky, el famoso diseñador del helicóptero que lleva su nombre, y muchos aparatos de aviación, entre ellos el primer tetramotor, y a quien efectivamente el que esto escribe se halla ligado por antigua y firme amistad). Fui yo a ver unos aeroplanos que tenía pedidos de la Argentina y de Chile y que me iban a pasar a mí. Cuando llegamos a sus talleres, se trataba de demostrar el bimotor. Me invitaron a subir y subí. Bajamos y después me enseñó allí toda su fábrica, un álbum en donde tiene fotografías de los primeros aparatos construidos por él y en una de ellas está saludando al zar Nicolás II.

Había un agente consiguiendo barcos de los que habían servido en la guerra anterior a precios muy bajos. Ya yo tenía señalados a una infinidad de jefes. Iba a ser una invasión por todos lados; por mar y por tierra. Y un día me dicen aquellos señores: "Pues siempre no vamos a firmar hoy. Hasta que nos llegue una noticia que estamos esperando. No salga usted de su hotel". A poco rato me dijeron que tenía que ir a Newark a hablar con un individuo, una persona interesante y que después de mi plática con él firmarían. Me llamó la atención aquello. Ya vino Eulalio Román a hablar conmigo por indicación de aquéllos y Mr. Cole por mí para llevarme al hotel de Newark. Había llegado aquel individuo en automóvil, pues estaba parado y tenía placas de Washington. Mr. Cole conoció y saludó al chofer. Cole conocía a media humanidad, a todo Washington y la señora tanto o más que él. Me había llevado una infinidad de senadores allí a mi casa y me llevó con ellos al hotel; me presentó más de veinte senadores, todos ellos simpa tizadores míos.

Bueno, llegó a hablar con aquel individuo y aunque no puedo asegurarlo porque nunca lo conocí antes, creo que era Mr. Kellogg, el secretario de Estado en persona. Era nervioso, bajo de cuerpo, medio jorobadito al andar; sumamente

nervioso: le llamaban la "nerviosa Matildita" ¿se acuerda usted? Y todos esos detalles me hicieron creer después que era él mismo. Pero de momento eso era lo que menos imaginaba yo. Se me presentó como Presidente del Shipping Board, Presidente o vicepresidente (no recuerdo exactamente). Después de los saludos de cortesía, me repitió lo que el de Baltimore me había dicho: que el gobierno americano se había dado cuenta de que había cometido una injusticia con el pueblo de México, pero que el dinero que se me iba a facilitar debía ser incluido en la deuda de los aliados que, a través del Shipping Board tenían. Usted sabe que el Shipping Board era la institución encargada de facilitar petróleo, barcos y todo lo relativo a los aliados durante la guerra y que terminada ésta, subsistió como un organismo moribundo pero aún funcionando. Y me dice que ese dinero iba a ser incluído en esas deudas hasta veinte millones de dólares y que si necesitaba más, lo que fuera necesario. Que se iba a considerar a México como un país aliado, con la misma política y las mismas tendencias dentro de los aliados de los Estados Unidos.

—Yo no acepto ningún préstamo en esa forma, y menos del gobierno americano.

—Pero usted ha estado tratando...

—Yo estoy tratando con algunos particulares, pero no con el gobierno de los Estados Unidos.

—¡Oh! A estos mexicanos no se les entiende (nervioso y excitado) ¡Vienen a pedir dinero y cuando se les pone en las manos dicen que no! ¿Cómo se entiende esto, Mr. Cole?

—A lo que respondí: está usted muy equivocado. Yo no he venido a pedir dinero, ni menos al gobierno americano. A mí me han venido a ofrecer inversiones que resultan de momento aprovechables para el movimiento reivindicatorio en México y por eso he entrado en arreglos con esos señores.

Pero usted representa al gobierno americano y no recibirá de mí petición alguna ni aceptación de mi parte a ninguna de

sus proposiciones. Yo no soy representante, en realidad, del pueblo de México y ni quiero ni puedo hacer ningún compromiso para mi país de carácter internacional. Yo, en el terreno comercial, muy bien, pero de política internacional no puedo tratar nada.

—Oh, ¿pues usted estaba creyendo (en tono de conmiseración) que estos hombres le iban a prestar ese dinero sin conocimiento del Departamento de Estado? Si eso creyó, está usted muy equivocado. Sin la aprobación del gobierno americano, ni un penny tendría usted.

—Pues si es así, ni un penny quiero. Hasta luego.

—Y lo dejé hablando con las manos en alto, con ademanes nerviosos que fueron más que nada los que me hicieron creer que era Mr. Kellogg.

—Vámonos, Mr. Cole.

Cole iba verdaderamente contrariado; en cambio, Eulalio Román me tomó del brazo y me dijo: Me puede mucho, pero ¡qué gusto me da encontrar al hombre de siempre!

Me bajé sin esperar el elevador, por la escalera, desde el quinto piso. Dejé vociferando al señor aquél y me fui otra vez para Nueva York.

Todo se había perdido. Inmediatamente ordené, mejor dicho, indique a Román: "Vaya usted a decirle a Gallagher y a Lee que suspendan toda entrega o remesa de fondos".

Mientras tanto ya Enrique Estrada había dispuesto de cincuenta y seis mil dólares para organizar aquella descabellada incursión a la Baja California y cuando fue a pedir los cuarenta y cuatro mil restantes, le dijeron que ya no se podía.

—¿Cómo es que no se puede? —preguntó.

—Pues no. De la Huerta dio órdenes.

Y Estrada creyó que yo, nada más por entorpecerle sus planes, había dado órdenes para estorbar sus gestiones encaminadas a tomar la Baja California y se declaró en mi contra. Por eso en las declaraciones que hicieron cuando fueron procesados,

me pusieron de oro y azul. Por supuesto que yo estaba encantado de que me trataran así; en primer lugar porque me quitaban toda connivencia con ellos, pues me insultaron hasta que se les hizo amargo. No sé si se acuerda usted del proceso. Y en segundo lugar porque dije: "En el pecado llevan la penitencia". Me han insultado, me han calumniado, han hablado pestes y horrores de mí y algún castigo han de tener y ese castigo ha de ser el descrédito ante las autoridades americanas, porque ellas sí conocen la verdad. Esa mala opinión de las autoridades americanas es el castigo que llevarán; lo que siento es que los vayan a meter a la cárcel. Por su actitud injusta y dura contra mí me salvaron, pues de otra manera me habrían complicado en su descabellada aventura y me habrían resultado responsabilidades ante las autoridades americanas.

Datos complementarios sobre el movimiento de 1923

Don Adolfo De la Huerta tenía interés muy particular en que no se desvirtuara la naturaleza del movimiento de 1923, puesto que algunos han querido hacerlo aparecer como de tendencia conservadora, siendo todo lo contrario, pues la tendencia revolucionaria del mismo queda de manifiesto por la presencia al lado del señor De la Huerta, de casi todos los jefes militares que estaban reconocidos como revolucionarios desde 1910.

Tenía también interés don Adolfo, aunque en menor grado, en aclarar que, contrariamente a lo que se ha dicho, él no faltó al compromiso hecho con el general Calles, pues, en primer lugar, no hubo nunca tal compromiso. Cien ocasiones rechazó el señor De la Huerta su candidatura mientras formó parte del gobierno de Obregón, pero cuando vino el distanciamiento y cuando a consecuencia del mismo comenzaron las persecuciones y los intentos de asesinato en

su contra, don Adolfo aceptó la débil protección que le brindaba la calidad de candidato de oposición.

Además, el propio Calles, mediante sus declaraciones hechas públicamente, y en las cuales se ponía abiertamente de parte de Obregón, liberó a De la Huerta de todo compromiso con él.

Y aquí hay que consignar uno de esos incidentes en apariencia secundarios e inimportantes y de los cuales muchas veces depende toda la orientación que toman los más trascendentales acontecimientos.

Calles había telegrafiado a De la Huerta diciéndole que no podía venir a México "porque estaba rodeado de agua". Dio la coincidencia de que en esos días había llovido fuertemente y don Adolfo tomó al pie de la letra la excusa de Calles, que, naturalmente, resultaba infantil, concluyendo de ello que Plutarco estaba de parte de Obregón. No fue sino mucho después cuando vino a reflexionar que tal vez, seguramente, lo que Calles quiso decirle fue que Obregón lo tenía rodeado, como en efecto lo tenía y, posteriormente vino a saber con certeza, que las declaraciones aquellas de Calles le habían sido enviadas, ya escritas por Obregón, nada más para que las firmara, y para inducirlo a ello lo tenía cercado con un considerable número de fuerzas. Por otra parte, Calles, al único que realmente temía, era a Obregón.

Y en cuanto a los reproches que ocasionalmente se le han hecho de que se mostró partidario de Plutarco como candidato presidencial, la explicación de su cambio de actitud es sencilla y clara: mientras él, De la Huerta, formó parte del gobierno de Obregón, no aceptó nunca ni la idea de figurar como candidato a la presidencia. En cambio, sabiendo la influencia que tenía sobre Plutarco Elías Calles y considerando que a su lado, en caso de llegar Calles a la presidencia, él podría ejercer un papel orientador, de amortiguador para evitar muchas de las asperezas características de Plutarco y así

se mostró su leal partidario e inclinó a multitud de personas a que apoyaran tal candidatura.

Mientras estuvo integrando el gabinete de Obregón, mientras formó parte de su gobierno, por lo tanto, el señor De la Huerta procuró allegarle a Calles el mayor número de partidarios a fin de que su triunfo electoral fuera real.

Muchos de los prominentes callistas, antes y después de los acontecimientos que llevaron a la primera magistratura al ex comisario de Agua Prieta, debieron su actitud a indicaciones de don Adolfo De la Huerta. Muchos hasta llegaron a reprochárselo más tarde, pero la verdad de las cosas es que no había razón para ello. Los acontecimientos hicieron cambiar las situaciones en forma radical. De la Huerta no podía seguir siendo partidario del que públicamente se declaraba su enemigo y por otra parte, al aceptar el papel de candidato, quedaba bajo la protección del fuero correspondiente, que podía protegerle siquiera en parte de los ataques a su persona y quedaba en condiciones de convocar, como lo hizo, a las cámaras para defenderse ante ellas de los ataques malévolos y calumniosos lanzados en su contra por la jauría obregonista que encabezaba Pani.

Y volviendo a la calidad de revolucionarios, común a casi todos los jefes militares que siguieron el movimiento de 1923, dejaré otra vez la palabra al gran desaparecido para que sus conceptos respecto de cada uno de ellos queden con la más absoluta fidelidad.

Elementos revolucionarios en el movimiento de 1923

En primer lugar, teníamos a nuestro lado a un SALVADOR ALVARADO cuyos méritos dentro de la revolución son indiscutibles.

Se inició en los estudios (como ya le he referido en otra ocasión) por allá en 1903 y comenzó a poner en práctica sus tendencias y sus trabajos a favor del proletariado en Cana-

nea, afiliándose al Partido Antirreeleccionista desde 1907 o 1908. Hombre honorabilísimo; talentoso. Su cultura fue aumentando con la constante lectura; en lugar de diversiones y pasatiempos de otra naturaleza, se allegaba sus libros, se documentaba e iba progresando y mejorando espiritualmente siempre. Desde el principio se afilió al maderismo.

Otro que fue también de igual temple: ANTONIO VILLARREAL; una personalidad tan conocida que en cualquier parte puede usted encontrar antecedentes de ese hombre. Filiado desde el magonismo y posteriormente dentro del maderismo. Un hombre puro, honorable, valeroso, mal militar, culto. Si acaso, puede ponérsele en su "debe" el ser un poco desidioso, abandonado, muy poco dinámico. Estuvo siempre de parte de los humildes, siempre de parte de nuestro pueblo; siempre luchando contra los tiranos.

Tenemos a MANUEL M. DÍEGUEZ, también personalidad de sobra conocida que figuró en el Partido Antirreeleccionista de Cananea y por ello fue encarcelado en San Juan de Ulúa, saliendo al triunfo de la revolución. Tócame decir que uno de los primeros que se dirigieron al señor Madero pidiendo la libertad de los prisioneros políticos, fui yo. Acordándome de todos aquellos compañeros, dirigí un mensaje a Ciudad Juárez, después otro a México, contestándoseme por conducto del gobernador del Estado, que ya habían sido puestos en libertad. Esto lo puede usted comprobar con el general Esteban B. Calderón, porque entiendo que él supo que uno de los primeros en trabajar a favor de ellos fui yo, haciendo un recordatorio telegráfico al señor Madero para que ordenara y consiguiera del interinato, la libertad de los reos políticos internados en San Juan de Ulúa. Como también me tocó sacar de la cárcel a Juan José Ríos y a Esteban Calderón cuando en 1912 fueron conducidos a Cananea por algunas actitudes de rebeldía que asumieron con motivo de un gobernador interino que se quedó allí: Ismael Padilla;

¡pobre!, fusilado después por Victoriano Huerta que no creyó en la sinceridad con que se le presentó.

Otro más: FRUCTUOSO MÉNDEZ, el compañero inseparable de Lázaro Gutiérrez de Lara en Cananea. Lázaro Gutiérrez de Lara, el apóstol del socialismo de Altar. Compañero inseparable de él, con sus mismas orientaciones, era Fructuoso Méndez. Al protestar por las crueldades que en la campaña del yaqui se cometían con los indios, fue metido de soldado con el fin de que lo mataran en la campaña. Felizmente, con el cambio de algún jefe, lo mandaron de guarnición a Cananea; allá conoció a Lázaro Gutiérrez de Lara y logró que este abogado (Lázaro) lo rescatara del ejército; y cuando vino la huelga de Cananea, en la que tomaron parte los dos, Lázaro la emprendió para la frontera al ser dominados los huelguistas por los "rangers" americanos y las fuerzas federales que mandaron allí, y Fructuoso Méndez se fue a la sierra en donde se incorporó con los indios. Tomó, pues, parte en el maderismo. Me tocó darle entrada allá cuando Carlos Plank y yo andábamos con los indios y posteriormente, en 1913, tuvo lugar siempre distinguido. General de gran corazón, de gran espíritu revolucionario que no quería usar lujos, ni siquiera las elegancias que todos tenemos, o que así las consideraba él, tales como usar trajes más o menos vistosos o de casimir. El andaba como andaban los soldados y solamente se distinguía de ellos por las insignias. Comía lo que comían los soldados y llevaba una vida enteramente ajena a toda cuestión social, entregado a sus soldados. Y cuando no tuvo mando de fuerzas, siempre en contacto con las clases humildes.

Fue asesinado aquí en México, en 1923. Lo cogieron preso a él y a Enrique Llorente (otro viejo revolucionario de 1910) y a él lo acribillaron a puñaladas por órdenes de Arnulfo Gómez, según se dice, aunque yo no podía asegurarlo. Eran órdenes del gobierno de acabar con él por el ascendiente que tenía sobre los yaquis.

Otro elemento muy valioso fue MANUEL CHAO; uno de los generales más distinguidos de la División del Norte y que fue fusilado al tomársele prisionero. Chao era, probablemente, el que llevaba la orientación socialista avanzada de los hombres que militaban al lado del general Villa. Fue profesor y abrazó la carrera de las armas estando en Parral. Era originario de Tuxpan, Veracruz. Hombre muy bueno, honorable, sin ambiciones de dinero, valeroso. Quedó en el mando villista por circunstancias especiales y cuando terminó el villismo se fue a luchar por la libertad de otras naciones de Centroamérica y en la República Argentina. Terminaron las luchas allá y volvió a México precisamente en momentos en que se iniciaba el movimiento electoral contra el general Calles. Se afilió a nuestra causa y, estando en la frontera, sintió el movimiento militar y se levantó también en armas al lado de NICOLÁS RODRÍGUEZ, de HIPÓLITO VILLA, etc., por allá en el norte. Le ofrecieron amnistía y parece que al aceptarla, no cumpliéndole el gobierno, lo pasaron por las armas.

Otro revolucionario de 1910: NICOLÁS FERNÁNDEZ, el segundo de Villa, de tendencia clara y definida en favor del pueblo humilde.

Otro: ISAIAS CASTRO.

Otro más, MARCIAL CAVAZOS, elemento valiosísimo; también revolucionario de la frontera.

Otro: FRANCISCO COSS, de los primeros en 1910 y de los primeros al lado del señor Carranza en el año de 1913. Todavía vive, bastante enfermo (este dictado fue de fecha 3 de septiembre de 1953). Reside en Saltillo y no sería por demás que si usted tuviera alguna oportunidad se pusiera al habla con él. Elemento muy honorable, muy honrado. Fue gobernador de Puebla y nunca cometió ningún atropello. Usted, como originario de Puebla, debe conocer mejor en detalle la actitud de ese hombre que fue bueno, no haciéndose cul-

pable jamás de arbitrariedades ni atropellos en contra de la sociedad o de los humildes.

Luego tenemos a GUADALUPE SÁNCHEZ, revolucionario de 1910. Anduvo al lado del general Villa; se pasó después al maderismo. En Veracruz, al lado del general Aguilar estuvo siempre listo para vengar la afrenta que México recibió con el asesinato del señor Madero y se dio de alta al lado del señor Carranza desde los comienzos. Al firmarse el Plan de Guadalupe en abril, ya estaba en las filas constitucionalistas. Se le ha hecho el cargo de que fue el último contingente que abandonó al señor Carranza. El argumento que de él se oye es éste: "Pero, hombre; los que lo abandonaron primero, los que se separaron primero de él, no tienen censura y en cambio yo, que fui el que más me aguanté al lado del viejo, soy el más censurado. Fíjese usted si no son injustas las gentes conmigo". Y tiene hasta cierto punto razón, pues él aguantó hasta lo último, hasta que le mandó decir a Carranza que era por demás que se sostuviera contra la opinión pública de la nación entera, y cuando le mandó un "retobo" el jefe, o algo así, él entonces resolvió pasarse con armas y bagaje al movimiento de 1920.

En el estado de Tabasco, todos los revolucionarios de 1910, como SEGOVIA, los hermanos CARLOS y ALEJANDRO GREENE, USTORGIO VIDAL y la mayor parte de los que participaron en el movimiento de 1910; todos reconocieron el movimiento de 1923.

De Panamá, JUAN CABRAL mandó un comunicado diciéndome que estaba a mis órdenes y yo le contesté que no se moviera de allá. Yo sabía ya que al final tenía que venirse abajo el movimiento, por contar con la oposición de los Estados Unidos al no reconocer los convenios firmados por Warren y Payne; agradeciendo más el ofrecimiento de Cabral le contesté que se quedara allá esperando instrucciones. Acató las órdenes y se quedó en Panamá.

Por lo pronto son éstos los elementos que he querido mencionar porque todos ellos fueron revolucionarios sinceros y su presencia entre los nuestros confirmó el carácter revolucionario del movimiento de 1923.

ENRIQUE ESTRADA, que fue también elemento de 1910.

RAFAEL BUELNA, también elemento de 1910; muy sano, muy valeroso y honorable por mil títulos; muy culto y muy querido en toda la República, el nombre de BUELNA todavía es venerado.

Así es que todos los viejos revolucionarios están en la lista. Muy contados (se pueden contar con los dedos de la mano) fueron los que se quedaron con el régimen que encabeza Obregón. Todos los elementos conscientes de aquella época de lucha por verdaderos ideales y sin interés personal alguno, todos esos que así lucharon, estuvieron con nosotros en 1923. Eso quiere decir que vieron que aquel movimiento tenía dos aspectos: el internacional, en defensa de la soberanía nacional contra arreglos inconvenientes que firmó el gobierno; y en pro de la libertad del sufragio y de una tendencia sana de nuestra revolución a favor de la justicia social.

Hay que citar también a AMBROSIO y FRANCISCO FIGUEROA, a este último que fuera subsecretario de Educación Pública en la época del señor Carranza. Fue revolucionario de 1910 junto con Ambrosio. Fueron los que movieron todo el sur y los que en realidad determinaron la salida del general Díaz cuando se acercaron a México. Entonces ellos controlaban todos los Estados de Guerrero, parte de Puebla, México, Morelos, etc., cuando todavía Zapata no era ninguna figura que tuviera significación. Al lado de ellos el famoso general CRISÓFORO CAMPOS, aguerrido jefe, muy querido en el Estado de Guerrero también, valerosísimo; hombre muy bueno; era casi un patriarca en la región del sur de Guerrero; todos lo recuerdan reconociéndolo como uno de los hombres de más valía y también de los viejos revolucionarios.

Esos fueron los hombres que estuvieron a nuestro lado en 1923, que antes habían estado activos en 1910 en lucha meritoria contra la opresión, y a los que el general Obregón, allá en el fondo de su corazón nunca quiso y llamaba en tono irónico "los libertadores" haciendo burla porque muchos de ellos no eran tan hábiles en el campo militar como lo fue Obregón que, indiscutiblemente, como guerrero, fue de los primeros.

El general Francisco Villa

Habiendo oído al señor De la Huerta referirse varias veces al general Francisco Villa como personaje activísimo durante nuestros días de lucha y al que llegó a conocer con bastante intimidad, el que esto escribe solicitó una extensa opinión sobre el discutido guerrillero. Dejamos la palabra a don Adolfo De la Huerta:

> Villa fue un hombre de sentimiento noble y generoso a favor de los desheredados, a favor del pueblo. Sufría cuando veía sufrir a un niño; cuando consideraba que le faltaba el pan, que le faltaba abrigo, que sufría aquella criatura. Cuando veía a un pobre viejo, se enternecía también. Era un hombre cuyo corazón se conmovía por el dolor de los demás.
>
> Salvaje en sus procedimientos; cruel con el enemigo; no sabía distinguir el bien del mal e incurría muchas veces en errores porque no sabía cuál era lo moral y cuál lo inmoral ni hasta dónde llegaba su derecho dentro de las formas establecidas por el derecho que reconocemos actualmente.
>
> Llegaba a un lugar, tomaba provisiones, les daba a sus fuerzas y le daba al pueblo. Sacaba el dinero, pero jamás para él; nunca tomó dinero para sí. Saqueó bancos y comercios, pero no para guardarse los fondos, y mató a su compadre

> Urbina porque supo que tenía guardado un millón de pesos. Urbina, a más de su compadre, era uno de sus hombres de confianza, pero cuando Villa lo descubrió, no lo perdonó. Así atendía él la cuestión moral y la prueba de ello es que ninguno de sus hombres tuvo dinero, porque ¡pobre del que hubiera robado!

Al llegar a esta parte de su relato, don Adolfo fue interrumpido por el que esto escribe para recordarle el incidente de Torreón, que el mismo señor De la Huerta le había referido y que fue más o menos así: don Adolfo había ido a entrevistar a Villa; éste, la noche anterior había entregado a uno de sus pagadores 10000 pesos con la orden de que entregara dicha cantidad a un general X, diciéndole que eran 5000 para él y 5000 para otro general, cuyo nombre no hace al caso y al que debería entregarlos. El pagador buscó al primero de los nombrados y lo encontró, pero en tal estado de embriaguez que casi no se daba cuenta de lo que hacía. En tales condiciones el pagador juzgó imprudente darle toda la cantidad y el encargo de entregar la mitad de ella a su compañero y así le entregó tan sólo 5000 pesos, diciéndole que él mismo se encargaría de entregar el resto al destinatario.

A la mañana siguiente, estando Villa en compañía de De la Huerta en la puerta del hotel, conversando, llegó el primero de los generales. Villa le saludó y le preguntó si el pagador le había entregado los diez mil pesos que le había enviado. "No, mi general —respondió el interpelado—, sólo me entregó cinco mil".

Villa enrojeció de ira y ordenó se hiciera venir al pagador en cuestión. Cuando éste se halló presente, Villa le preguntó en forma hosca:

—¿Cuánto dinero le entregaste al general.

—Cinco mil pesos, mi general —contestó el pagador.

Antes de que tuviera tiempo de añadir una palabra, Villa sacó la pistola y le disparó un balazo a boca de jarro sobre la cabeza a la vez que decía: “¡Para que aprendas a robar, tal por cual!”.

—Espere, mi general —dijo el general X—, me parece recordar que me dijo que iba a entregar cantidad igual a otra persona... Pero la aclaración llegaba tarde; el infeliz pagador expiraba a los pies de Villa.

Don Adolfo no pudo contenerse e increpó en forma durísima al guerrillero y éste, cuando se dio cuenta de la injusticia que había cometido, se mostró profundamente apenado y casi con lágrimas en los ojos explicaba: “Mire, yo tengo que cuidar que no roben, si no ¿dónde íbamos a parar”.

Y continuando su narración, el señor De la Huerta me decía:

> No era insensible al dolor. Era noble; y cuando quería, cuando se convencía de que se era sincero con él, quería a fondo. A mí me quiso entrañablemente; yo lo sentía. Cuando me acompañó de Jiménez a Torreón, venía yo con mi familia y pregúntele usted a mis hijos: lo vieron llorar en mis brazos. Lloraba como un chiquillo al despedirse de mí y le decía a Clarita, mi esposa: “Señora, sea usted buena con el jefe; cuídelo mucho; mire todo lo que significa para nosotros. Es el único en el que tenemos confianza. ¡Cuídelo mucho!” En aquella ocasión venía Andalón conmigo, también venía don Luis León, pero eso fue en presencia de Clarita y de mis hijos Adolfo y Arturo, en el gabinete del pullman. Se recargó sobre mi hombro y sollozaba desde el fondo de su alma. Sabía que yo no quería más que su bien y lo sintió cuando me dijo: “Yo creo que la cosa se viene, jefe. Ya sabe que aquí me tiene a mí. Porque el pueblo lo llama a usted para la presidencia. —No, general —le dije—, está usted equivocado; yo no he aceptado mi candidatura; yo

soy el jefe de campaña de Calles". "Si a Calles no lo quiere nadie, es un hombre funesto, es..." y me dijo varias frases que se conoce que había oído a otros; él tenía también muy mal concepto de Calles y de Obregón.

— No —le dije—, está usted en un error. "No, si con usted queremos seguir". —No —insistí—, está usted equivocado, si yo no lo necesito a usted para nada... ¡Ah, caramba! ¡Cómo se puso! ¡No se lo hubiera dicho! "¡Está bueno, usted me desprecia, pero quién sabe si este Pancho Villa le sea útil una noche oscura. Me desprecia usted porque cree que no tengo gente. Todavía me queda gente". —No, general, no es que lo desprecie así; no interprete mal mis palabras; lo que quiero decir es que no hice la paz con usted con fines ulteriores. Que usted debe estar completamente en paz. No le digo que alejado de toda política, porque no ha perdido sus derechos de ciudadano, pero procurando evitar lo más posible meterse como militar. Como ciudadano, a votar en las elecciones cuando vengan y se acabó. Pero no es lo que desprecie ni que desconozca que tiene usted su partido y que hay mucha gente que lo admira y lo quiere. Y aquí tiene usted un hombre que lo estima y lo quiere a usted. Pero yo no tengo pensado nada para el futuro. ¡Ya no hallaba yo la puerta con él! Se puso triste, profundamente triste, como herido; creía que yo le despreciaba porque era un guiñapo ya; y no era eso, no; lo que quería yo era quitarle de la cabeza el que pensara que iba a necesitar de él para cosas que vinieran en forma enteramente ajenas a mi voluntad.

Esa es mi opinión de Villa y esa era su actitud conmigo.

Ahora he sabido que se está escribiendo una obra del general Navarrete, que fue un hombre que valió mucho, pero que no supo conocer a Villa, porque lo vio llorar cuando lo iban a fusilar.

Aparentemente tiene razón Navarrete, no conociendo los sentimientos de Villa. Dice que todo el mundo le cree muy va-

liente, pero que era un cobarde, que él lo vio llorar, hincarse y quien sabe cuantas cosas más. El hecho es cierto, Villa mismo me lo refirió, pero no fue cobardía. Cuando veníamos de Jiménez, ya llegando a Torreón, le dije: “Este lugar no debe tener muy buenos recuerdos para usted, pues es donde el chacal Huerta quiso arrancarle la vida. —¡Ah, si, jefe, qué momento tan triste! —y continuó: —¡ Pensar que iba a morir como un ladrón porque había recogido una yegua con mis fuerzas! Una yegua de los ricos para salvar la causa de los pobres y que yo le había dicho al jefe de mi Estado Mayor que diera el “vale”, porque cuando veníamos con el maderismo y recogíamos las cosas, se daba un vale para que les pagaran después. Y esa yegua la necesitábamos y yo la había agarrado y eso le sirvió de pretexto a ese que venía entonces a las órdenes de nuestro querido don Pancho. ¡Y pensar que me iban a arrancar la vida por ladrón!... ¡Considerado así por los mismos hombres que yo adoraba!, ¡a quien yo quería tanto! No tiene usted idea, jefe, ¡qué tristeza tan grande se apoderó de mí! ¡Lloré, lloré, jefe, como una mujer! Era el dolor más grande de mi vida: morir injustamente por la mano que movía aquel por quien yo había luchado tanto y que tanto quería.

— Se refería, naturalmente, a Madero. Las fuerzas de Victoriano Huerta, que entonces servían al maderismo, eran los que lo iban a ejecutar.

(Contestando a una aclaración que se le pidió, el señor De la Huerta continuó):

Usted sabe que cuando se pronunció Pascual Orozco mandaron a González Salas, pero este fue derrotado por los orozquistas y se suicidó. En su lugar nombraron a Victoriano Huerta, que avanzó auxiliado por las fuerzas irregulares que mandaba Villa, junto con Urbina y otros, pero Villa era el jefe. Según él, los triunfos de Huerta se debieron en gran parte a las fuerzas de ellos, pues decía que le pegaban al enemigo sobre los flancos. “Les pegábamos por las

costillas, por las puras costillas". No recuerdo bien si me decía que Urbina pegaba sobre el flanco derecho y él sobre el izquierdo, pero naturalmente eso contribuía mucho a la derrota de los orozquistas. Después quería Victoriano Huerta hacer desaparecer a Villa y tomó como pretexto el que tuvo una queja de que se había robado una yegua y fue cuando lo quiso fusilar; pero lo supieron los hermanos Madero y don Emilio sin demora telegrafió a don Pancho y ya cuando habían formado el cuadro, y mientras Villa se dejaba caer dos y tres veces resistiéndose, porque sabía que estaban telegrafiando a don Pancho y quería dar tiempo para que llegara la orden suspendiendo la ejecución. Aquello fue lo que impresionó mal a Rubio Navarrete y le inclinó a calificar a Villa de cobarde y acaso también porque Villa les pegó "hasta por debajo de la lengua" y naturalmente les quedó en rencor a los federales hasta su muerte, pues Villa fue siempre el azote de los federales y sí me inclino a creer lo que dijo Villa respecto a que ellos casi atacaban por la retaguardia y que "les pegaban en las costillas" a los orozquistas. Es muy probable que haya sido así y eso contribuyó grandemente a las victorias que Huerta pudo obtener sobre los que habían derrotado a González Salas. No sé exactamente sobre esa fase del triunfo militar de Huerta; en cambio sí estoy seguro de la pesadumbre de Villa, que le hizo llorar y manifestar aquella aparente debilidad y que se debió a su gran dolor, a su pena porque lo acusaran de ladrón y lo mataran las mismas fuerzas del hombre a quien él adoraba. Tenía verdadera adoración, fanatismo por Madero, como después lo tuvo por mí. Todos los que andaban con Villa lo sabían muy bien; su cariño por mí lo gritaba a los cuatro vientos. Hay artículos de Hernández Llergo sobre el particular; también Enrique Llorente, Gómez Morentín, Trillito y los Trillo me querían mucho, por que sabían

que su hermano me quería y lo que me quería el general Villa. Eso era conocido de todo el país.

Hasta allí la relación del señor De la Huerta.

Su veracidad no se pone en duda, y al que esto comenta sólo se ocurre pensar que si para otros Villa fue una fiera sanguinaria, no lo fue para don Adolfo, quien supo hacer vibrar la fibra sensible de nobleza y afecto en aquel corazón que, para otros, era de granito.

No creemos que la amistad de don Adolfo hizo ningún milagro en la psicología de Villa; pero es indudable que el trato afable, bondadoso y desinteresado que el ilustre sonorense le dispensó siempre, a aquellas largas pláticas que eran verdaderas orientaciones sobre moral y bonhomía, que De la Huerta sostuvo con el terrible guerrillero, éste respondió en forma verdaderamente conmovedora.

Por lo demás, "las fieras no lloran" según una célebre y conocida frase y Villa, llorando sobre el hombro de don Adolfo, deja al descubierto la ternura de que era capaz su corazón cuando se le había penetrado a través de la coraza que las circunstancias le habían formado.

Finalmente, aquellas medidas violentas aún injustas que tomó Villa para impedir que su gente robara, eran, en su naturaleza primitiva, el germen de una rectitud, de una honradez que buena falta haría a muchos cultísimos políticos enriquecidos por manejos turbios.

El general Pablo González

Aunque ya en otro lugar de este libro se ha hablado del general Pablo González (capítulo titulado "Carranza, Obregón y Pablo González"), y posiblemente se encuentre alguna repetición en lo que a continuación se dice, hemos creído

que no está por demás repetir textualmente, o mejor dejar la palabra al señor De la Huerta, para que nos hable del general Pablo González, nos dé sus apreciaciones y sus datos abundantes y precisos gracias a esa memoria fantástica que fue su privilegio. Dice don Adolfo:

Vamos a referirnos al general Pablo González, recordando que antes de la revolución de 1910, a principios del siglo, vivió don Pablo en el Estado de California y allí, en unión de su primo Antonio Villarreal, se ligó con Ricardo Flores Magón. Actuaron haciendo propaganda entre los trabajadores de aquel Estado lejano y posteriormente, el general González se trasladó a Coahuila y vino a tomar el puesto de gerente del molino "El Carmen", cercano a Cuatro Ciénagas y cercano también a la residencia de Cesáreo Castro. Junto con este se afilió al maderismo y cuando se inició la revolución de 1910, se levantaron en armas, sin poder precisar con exactitud la fecha, pero me parece que fue a principios de enero de 1911. Los dos empuñaron las armas y reclutaron gente.

Don Venustiano había tenido la oportunidad de conocer a ambos y los trató con su carácter de viejo senador porfirista y alguien afirma que González y Cesáreo Castro lo invitaron a que tomara parte en el movimiento, pero todavía Carranza no se decidía a participar en él. Carranza era senador y meses antes había desempeñado el puesto de gobernador interino de Coahuila, como lo relata Suárez en sus apuntes históricos sobre el constitucionalismo en Coahuila. El hecho es conocidísimo y en cualquier periódico contemporáneo se puede comprobar.

Don Pablo tuvo bastante éxito en el reclutamiento de gente para el movimiento maderista. Don Venustiano, ya muy avanzada la revolución (en marzo o abril de 1910) se presentó con el señor Madero en San Antonio, Texas; salió de San Antonio y se fue a Nueva York, y hay muchos relatos sobre la entrevista que don Venustiano tuvo con Limantour

entre otros. Entiendo que este Gualberto Amaya (o Almaya) que aunque no es autoridad ni debe tomársele en cuenta por ser muy apasionado en sus juicios, da ese dato que sí debe considerarse, porque coincide con informaciones que en aquella época salieron sobre supuestos entendimientos entre el maderismo y Limantour que, en mi concepto, nunca existieron. Si hubo, de parte de Limantour, alguna simpatía porque veía con claridad que ya el porfirismo no tenía arraigo en la opinión pública mexicana y naturalmente él trató de quedar con el menor antagonismo posible con lo que consideró que se convertiría en el régimen que habría de suceder a su viejo jefe, el general Díaz.

Regresó a San Antonio don Venustiano cuando ya el señor Madero se había trasladado a El Paso; allí lo siguió Carranza, pero no entró al campo de la lucha como entró el señor Madero acompañado de varios militares: Eduardo Hay, Roque González Garza y Rubén Morales, pero también contando entre ese grupo de mexicanos con algunos extranjeros, como el general Viljoen, hombre muy ameritado que había hecho su carrera militar y había sido fogueado en el Transval luchando por la independencia de su patria; igual que Garibaldi, soldado de la libertad en varios lugares y que considerando que el pueblo de México tenía derecho a triunfar sobre la dictadura del general Díaz, se ofreció a Madero, y Madero lo nombró en su Estado Mayor. Todos ellos entraron a combatir al régimen del general Díaz, y en la toma de Casas Grandes salieron heridos: el señor Madero en un brazo y Eduardo Hay perdiendo un ojo. Esa es una prueba evidente de que Madero quiso correr los mismos riesgos que sus partidarios. Pero en la toma de Cuidad Juárez ocurrió un incidente desprestigioso para la revolución y en el que el señor Madero mostró valor y entereza.

Tal incidente me fue relatado por Carranza, cuando en abril de 1913 nos reunimos en la llamada Convención de Monclova.

Sucedió que el señor Carranza fue nombrado ministro de Guerra para el señor Madero, puesto que el propio señor Carranza había solicitado de él; pero al ser comunicado tal nombramiento a los jefes militares de Chihuahua, éstos protestaron uniendo a esa razón la de la liberación de Juan J. Navarro, y la del nombramiento de extranjeros a quienes no les concedían derechos para venir a luchar por la libertad del pueblo mexicano. Tales eran Viljoen y Garibaldi. Los militares de Chihuahua con Francisco Villa y Pascual Orozco como jefes, rodearon la aduana de Ciudad Juárez y pidieron a Madero en forma agresiva, que rectificara aquellos errores.

Carranza había tenido algún altercado con el general Caraveo y algunos de sus subordinados; y el señor Madero, a pesar de que se impuso a los que protestaban por sus disposiciones, se dio cuenta de que alguna justificación había en el fondo y, para deshacer el nombramiento de Carranza, lo envió a Coahuila a fin de que corriera como candidato de la revolución para el gobierno de aquél Estado.

Las protestas de Orozco y Villa se originaban en la liberación de Juan J. Navarro, pues alegaban que en los combates aquel general federal había hecho rematar a los heridos y que merecía por ello la pena de muerte. A pesar de ello, Madero lo puso en libertad llevándolo personalmente en su automóvil a Paso del Norte.

El segundo motivo de protesta radicaba en el nombramiento militar de Viljoen y de Garibaldi, a quien ya, uno o dos días antes, Villa había desarmado, disgustado por su presencia en las filas revolucionarias. Fueron, pues, separados del Estado Mayor del señor Carranza y después se les confirieron otras misiones.

Y el tercer punto era que el secretario de Guerra no debía ser un elemento del porfirismo, que así lo reconocían por todas las informaciones que les habían llegado y que poco tiempo antes había sido gobernador porfirista del Estado de Coahuila. "Cuando ya hecha la paz, el señor Carranza llegó a Coahuila a lanzar su candidatura, había poco ambiente en su favor. Contendió con el doctor Alcocer, hombre cultísimo a quien los coahuilenses consideraban como su orgullo. Se había distinguido en Europa, donde estudió, por su gran talento y se le reconocía una completa integridad, capacidades muy poco comunes en la ciencia y sobre todo, hombre de muy buena tendencia. Cometió el error, cegado por el despecho de que no se le reconociera el triunfo que, según él, había alcanzado en aquella función electoral, de aceptar el nombramiento que, después del cuartelazo de 1913, le confirió Victoriano Huerta como gobernador del Estado, nulificándose así aquel elemento valioso y muy apreciado en el Estado de Coahuila, tanto así que muchos opinaban que había obtenido mayoría en la votación y sin embargo, se le había dado el triunfo al señor Carranza. El mismo doctor Alcocer dijo: "No debemos tener fe en el maderismo, supuesto que no reconoce el triunfo electoral con honradez, como debía ser". Y así pasó a formar parte de la oposición por lo que él consideró una burla al sufragio.

De los elementos revolucionarios, el primero que ayudó al señor Carranza, cuando poca o ninguna popularidad tenía, fue Pablo González. Creyó que era el hombre que convenía, porque le había visto al lado de don Francisco I. Madero al triunfar la revolución con la toma de Ciudad Juárez. Así es que la personalidad, tanto de Pablo González como la de Cesáreo Castro, dieron reflejos revolucionarios al candidato para el gobierno de Coahuila que estaba escaso de ellos por su extracción netamente porfirista. Sostuvo el señor Carranza el batallón que don Pablo González había comanda-

do en el maderismo; consiguió del gobierno del centro elementos para sostener algunos grupos en número de 1,500 hombres: parte tenía Francisco Coss, parte su hermano Jesús Carranza, y don Pablo González el mayor número.

Vino el orozquismo, y los "Carabineros de Coahuila", que ese era el nombre de las fuerzas que había encabezado don Pablo González al triunfo de la candidatura de Carranza en Coahuila, sirvieron para detener al orozquismo en su invasión a ese Estado; y don Pablo, que todo lo poco afortunado que era en su actuación, era acertado en la dirección de una unidad, de un batallón, derrotó a los orozquistas y se internó a Chihuahua siguiendo instrucciones del entonces jefe de la División del Norte que sustituyó a González Salas, al suicidarse éste en Rellano: Victoriano Huerta.

Cuando vino el cuartelazo, Pablo González se encontraba en Chihuahua y al recibir aviso del señor Carranza para que viniera en su auxilio, la emprendió a marchar forzadas, desertando de la jurisdicción de los federales y se presentó a su antiguo amigo para la defensa del Estado en que había actuado revolucionariamente.

Carranza se encontraba muy abatido después de la derrota de Anhelo y algunas otras persecuciones que no pudo evitar airosamente, pues no disponía de fuerzas. El general Coss tenía escasamente 400 hombres; don Jesús Carranza también un corto número y como no llegaban los dineros del centro, porque Ernesto Madero, entonces ministro de Hacienda, no envió los haberes de esas fuerzas oportunamente, pues estuvieron licenciándose unos y desertándose otros, quedando un número muy corto. Alguien me refería que don Jesús Carranza llegó a reducir sus fuerzas a no más de cincuenta hombres.

Don Pablo se presentó en Monclova, donde se había refugiado el señor Carranza y llegó un día antes de que nos presentáramos al gobernador de Coahuila los delegados que

íbamos a designar al jefe de la revolución en la convención de Monclova.

La noche que platicaba con el señor Carranza sobre sus tendencias, que yo le supliqué externara para saber a quién íbamos a nombrar o escoger como primer jefe, esa misma noche me dijo que me iba a presentar al entonces teniente coronel González, ascendido por él a coronel. Me refirió todo lo que había ayudado, la clase de amigo que había sido don Pablo para él; que era un hombre que valía mucho; me lo acreditó como valiente; jefe que había manejado sus seiscientos hombres con gran decisión y bizarría ayudándole a arrojar las partidas orozquistas fuera de Coahuila; en fin, no había un hombre superior, en el ánimo de don Venustiano, a Pablo González, por la ayuda que le había prestado, tanto en la campaña electoral, como en el sostenimiento de su gobierno a través de sus luchas contra el orozquismo.

Llegó, pues, en muy buen tiempo. Al día siguiente, cumpliendo lo ofrecido, el señor Carranza me lo presentó. Estuvo poco tiempo con nosotros. Hombre de poco hablar; frases cortas. Se despidió luego para atender sus deberes, pues urgía organizar la defensa de los contornos y efectivamente tuvo que salir de prisa a contener el avance de algunas columnas de un general Peña y otras de Trucy Aubert.

Así es que don Pablo estuvo deteniendo y batiéndose día y noche con las fuerzas que se habían mandado a perseguir al señor Carranza, quien se hallaba falto enteramente de elementos para su defensa. Y esa es una razón para admirar más la actuación de Carranza, quien sin fuerzas de ninguna especie, arrojó el guante a Victoriano Huerta. Por ello, al pasar por Monclova el 22 de febrero, me hice la promesa de reconocer siempre su valer y fui a Sonora a predicar a mis paisanos que, por haberse anticipado a unos días a nosotros debían conocérsele derechos para ser el jefe de la revolución, lo que era contrario a la opinión de la mayor parte de los

elementos de mi Estado. Conseguí unificarlos sin embargo, después de algunas discusiones y serias argumentaciones contrarrestando así la política que se nos hacía en México pretendiendo hacernos aparecer como separatistas. Así, al reconocer al gobernador de Coahuila como jefe, venían por tierra tales insinuaciones originadas en el cuadrilátero formado por García Naranjo, José María Lozano, Olaguíbel y Querido Moheno.

Así fue, pues, como Carranza estuvo sosteniéndose sin disparar un solo cartucho, todo encomendado a Pablo González, quien combatía a las fuerzas que iban en su persecución.

Fue retirándose don Venustiano, primero a Monclova y llegó hasta Piedras Negras. Ya ha bía muchas opiniones de que se pasaría al lado americano; sin embargo, cuando don Pablo ya no pudo contenerle al enemigo que lo atacaba por el sur, entonces Carranza tuvo que salir de Piedras Negras y encaminar sus pasos a Sonora, atendiendo la invitación que yo, como representante de aquel Estado, le ha bía hecho desde el mes de abril ofreciéndole garantías y mayores seguridades militares, porque felizmente en Sonora caminamos con bastante éxito, más cuando ya al iniciarse el movimiento defensivo del Estado contra el usurpador Huerta, contábamos con dos mil quinientos hombres perfectamente organizados; eso sin tomar en cuenta las partidas de yaquis con las que yo tenía bastante influencia y que en algunas ocasiones moví para que nos dieran su ayuda, como en la batalla de Santa María y el sitio de Guaymas.

Don Pablo González, pues, hasta esos momentos fue el sostén de don Venustiano, que no tenía nada qué darle a nadie. Salió de Coahuila huyendo; esa es la palabra que corresponde a su égida, y nada recibió don Pablo de él, que le dejó abandonado a sus propias fuerzas rodeado de elementos enemigos. Don Pablo pudo esca par y se dirigió a

su tierra natal, el Estado de Nuevo León y poco a poco, sin ningún elemento que le hubiera facilitado Carranza, porque éste no tenía dinero, ni armas, ni parque, ni conting entes militares que proporcionarle, y en tanto que Carranza hacía la travesía desde Piedras Negras hasta Sonora, pasando por Chihuahua, Durango y Sinaloa, don Pablo por su propio esfuerzo logró reunir fuertes conting entes, atacó Monterrey, atacó Laredo, tomo Ciudad Victoria y cuando estábamos de vuelta en Coahuila, en el mes de junio, es decir, a casi un año de ausencia de don Venustiano, don Pablo se encontraba al frente de quince mil hombres. Aquel contingente, desde luego, era exclusivamente suyo, pues al igual que Villa, era organizador. No tenía las cualidades del guerrero duranguense en cuento a estrate gia, pero si era un gran org anizador. Era como papel "mata moscas", por donde pasaba se le pegaban las muchedumbres y se le unía infinidad de gente, mucha muy aceptable, otra de desechos por decirlo así, de los contingentes militares, pero él reunía sus soldados.

Cuando el general Obregón, al que se le habían unido los contingentes primero de Sonora y después todos los organizados en Sinaloa (porque Sinaloa tuvo grandes jefes de alta calidad como Iturbide, como Buelna, como Juan Carr asco, como Angel Flores; hay una lista interminable de sinaloenses de mucho valer), todos esos contingentes que habían reconocido al señor Carranza, se pusieron a las órdenes del general Obregón en su avance para el sur; también Lucio Blanco se le incor poró a don Venustiano y Miguel Acosta, quienes organizaron sus fuerzas independientemente de Obregón. Trajeron Anatolio Ortega y Alejandra Ibarra Vega fuertes contingentes de indios que se sumaron a las fuerzas de Lucio Blanco.

Cuando el general Obregón, después de la famosa batalla de Castillo, que es uno de los mejores triunfos del gran estratega sonorense, se hallaba próximo a la capital de la Re-

pública, don Pablo González ya había llegado a Querétaro al frente de veintitantos mil hombres, reclutados y organizados por él, como antes dije.

Llegaron a México; a uno le tocó la campaña de El Ebano, la campaña contra los zapatistas y al otro contra Villa. Uno más afortunado que el otro, pero de todas maneras cumpliendo don Pablo González como elemento constitucionalista y viejo revolucionario.

Vino la convención de Aguascalientes. El g eneral Obregón fue envuelto por los elementos convencionistas y firmó en la bandera adhiriéndose al arreglo que se había hecho en dicha convención para apoyar a Antonio Villarreal como Presidente, y a Eulalio Gutiérrez. Por su parte, don Pablo no quiso firmar ni asistir a la convención; mandó un representante al que retiró después; él siguió siendo constitucionalista y ni un asomo hubo por su parte, de desconocimiento para Carranza.

El general Obregón rectificó posterior mente su conducta equivocada por la que se había comprometido a sostener y apoyar los resultados de la convención.

Después ocurrió la lucha contra los zapatistas. De otra parte, el gobierno constitucionalista había puesto precio a la cabeza de Francisco Villa; cien mil pesos; y entiendo que lo propio se hizo respecto de Zapata cuya cabeza tasaron en cincuenta mil. Guajardo cobró aquellos cincuenta mil pesos por la hazaña de hacer desaparecer a Zapata en la forma que no tiene caso repetir pues es demasiado conocida.

El general González recibió a Guajardo, dio parte a Carranza y Carranza otorgó el ascenso y el premio en efectivo. Posteriormente Guajardo, en una de sus borracheras mató al mayor Peña y a un capitán cuyo nombre no recuerdo. Don Pablo lo consignó y los tribunales lo sentenciaron a la pena de muerte, y estaba detenido en la Penitenciaría o en Santiago Tlatelolco, ya para ejecutarse la pena capital, cuando vino

el derrumbamiento del carrancismo y la entrada de nosotros a México.

Pero hemos de estudiar las condiciones en que estaba don Pablo González; cuando llegó el período electoral, comenzó primero Obregón lanzando su candidatura en Nogales. Casi simultáneamente don Pablo inició sus trabajos en la Ciudad de México. Pidió y obtuvo su licencia y lanzó su candidatura. (En su hoja de servicios, en la Secretaría de la Defensa, debe constar la fecha de aquella solicitud). No tenía, por lo tanto, mando de fuerzas, como tampoco lo tenía Obregón. A don Pablo le quitó muchas de sus fuerzas Carranza, tales como las de Cesáreo Castro, las de Maycotte, considerable número de contingentes, para dárselos a Obregón en su avance de lucha contra Villa. Murguía también había sido de don Pablo González.

Así es que los dos se pusieron en igualdad de condiciones. Obregón como el candidato del norte y Pablo González como el del sur. Ambos separados del ejército; uno primero que el otro, pero los dos sin condición de militar entraron a la lucha con carácter de civiles.

Al aparecer la candidatura de Bonillas, el primero que le protestó a Carranza en forma enérgica fue Obregón, en dos conferencias que tuvo con él. Después vino la protesta de Pablo González."

Cuando las circunstancias lo exigieron, Obregón corrió a ponerse al frente de elementos que habían sido de Pablo González, pues esos elementos le reconocieron como jefe que había sido de Maycotte durante la lucha contra Villa. Por eso, según ya relaté en otra ocasión. Maycotte desoyó las órdenes de Carranza pidiendo que entregara prisionero a Obregón.

El otro, Pablo González, que había actuado en el interior, se encontró también cerca de otros contingentes que habían actuado con él en la lucha contra el zapatismo y en El Ebano,

tales como Jacinto B. Treviño, y naturalmente, conocedor es aquellos de la situación en que se encontraba el gobierno del señor Carranza y la actitud de don Pablo González, pues le secundaron dándole la razón por los antecedentes que de él conocían y que hoy día se han olvidado o tergiversado por la mala fe, según se ve de algunos artículos que han aparecido en la prensa.

Así es que Obregón fue candidato en esa lucha electoral, como lo fue don Pablo González, y ninguno de ellos tenía mando de fuerzas como se pretende hacer aparecer ahora, diciendo que Pablo González se rebeló contra Carranza y le dio la puntilla. Nada de eso. Era un candidato descontento que viendo que se contrariaban los principios revolucionarios, se lanzó a la lucha.

Luis Cabrera, político y economista

A principios del siglo actual, el general Bernardo Reyes organizó lo que llamó se gunda reserva del ejército; envió elementos militares a diferentes partes del país, con la consigna de levantar su personalidad. Consiguió bastante, y en esa forma trataba de abrir camino a sus ambiciones políticas, pues estando muy cerca del entonces Presidente Porfirio Díaz, creía que éste aceptaría que le sucediera en el manejo de los destinos del país.

Se opusieron a esta campaña del general Bernardo Reyes, los elementos que constituían entonces el llamado Partido de los Científicos y que encabezaba Limantour. El reyismo, cuyo elemento más activo era Rodolfo Reyes, hijo del general Bernardo Reyes, organizó entonces el Partido Nacional Democrático (o antireeleccionista) cuyos elementos fundadores eran amigos íntimos de Rodolfito, que era quien movía todos los hilos, y entre cuyos elementos se contaban prominentemente don Luis Cabrera, don Manuel Calero,

don Rafael Zubarán Capmany, don José Peón del Valle y algunos otros.

Se hicieron jiras por toda la República instalando sucursales del partido. Se cifraban grandes esperanzas en las célebres declaraciones hechas en esos días por el general Díaz a Creelman en el sentido de que "el pueblo mexicano ya estaba apto para la democracia", declaraciones que posterior mente resultaron desmentidas por la actitud de don Porfirio, quien no estaba dispuesto a abandonar el poder. Y cuando esa actitud fue evidente, los amigos y partidarios del general Bernardo Reyes le pedían que los encabezara en un movimiento libertario, pero don Bernardo pretextó que no podía aceptar su candidatura. Su claudicación fue completa cuando aceptó una comisión en el extranjero que el general Díaz le concedió para alejarlo del país.

En 1906 se había oído ya la voz de don Francisco I. Madero en San Pedro de las Colonias, haciendo un llamado al pueblo mexicano para que escogiera al hombre que debería regir sus destinos y aun aceptando que este fuera el general Bernardo Reyes, si el sentir popular lo designaba. Es más: don Bernardo Reyes ocuparía la vicepresidencia de la República, permitiendo continuar al general Díaz hasta su muerte en el puesto de Presidente. Sobre estos temas bordó el señor Madero en su libro *La Sucesión Presidencial* que apareció con anterioridad a las declaraciones hechas a Creelman. Cuando como consecuencia de tales declaraciones pareció que el general Díaz dejaría en libertad absoluta al pueblo mexicano para elegir a sus mandatarios, Madero cambió su actitud de concesión y pidió al pueblo que señalara libremente al hombre que debía regir sus destinos. Su actitud, pues, no era personalista; y a través de su periódico *El Demócrata*, en San Pedro de las Colonias, y con la formación de agrupaciones políticas en todo el país, que se denominaban antirreeleccionistas, continuó la propaganda para el señalamiento de candidatos.

Se celebró una convención en el Tivoli del Eliseo y resultaron electos candidatos para Presidente y vicepresidente de la República los señores Madero y Pino Suárez, en contra de la fórmula Madero-Vázquez Gómez.

Se efectuó la burda pantomima electoral que acostumbraba el gobierno de Díaz, sin que hubiesen faltado las persecuciones políticas por la desafiante actitud de la opinión pública, y se burló una vez más el voto del pueblo.

Madero había dicho con toda claridad en sus jiras de propaganda que el pueblo mexicano debía hacer respetar su voto, y que si éste se burlaba, él estaba dispuesto a encabezar el movimiento que reclamara sus derechos en el terreno que fuera necesario.

El 20 de noviembre de 1910 estalló el movimiento maderista. Don Francisco I. Madero, durante su propaganda, y con habilidad política poco común, había ido atrayéndose a los componentes de las organizaciones reyistas que habían quedado acéfalas al desertar don Bernardo Reyes de su puesto de jefe de las mismas. Esos elementos ex reyistas vestidos ya con la túnica maderista, estaban dispuestos a seguir a don Francisco I. Madero en su movimiento rei vindicador. De ellos puede decirse que Urueta era un convencido sincero del maderismo; otros eran simplemente decepcionados del reyismo; pero Cabrera, Zubarán, Calero y otros, aun después de la huída de Bernardo Reyes, no entraron al maderismo y se quedaron al margen del movimiento antireeleccionista, soñando aún con el retorno al gobierno de Díaz. Tal vez en esos sueños influía muy considerablemente la visión de una posible cartera ministerial, o cuando menos una prominente y ventajosa posición política.

El movimiento maderista se desarrolló en forma irresistible y vinieron los arreglos de Ciudad Juárez, que fueron

prácticamente la aceptación del triunfo del maderismo por el gobierno de Díaz.

Hubo entonces una célebre carta de don Luis Cabrera a don Francisco I. Madero, de la que recordaremos estas frases:

Las circunstancias especiales en que usted se ha encontrado desde hace cerca de seis meses, y mi intención de conservarme siempre dentro de la ley, me ha bían hecho cortar toda comunicación con usted. Mas ahora que por actos expresados y deliberados del gobierno del general Díaz ha pasado usted oficialmente de la categoría de delincuente a la de caudillo político, aprovecho la ocasión par a dirigirle las presentes líneas en público, con el objeto de contribuir, en la medida de mis fuerzas, al restablecimiento de la paz.

No puedo ni quiero discutir si hizo usted bien o mal en levantarse en armas para sostener los principios de la no—reelección y de efectividad del sufragio; eso es de la incumbencia de la historia y cualquier juicio que yo anticipara, correría el riesgo de parecer apología de un hecho reprobado por la ley.

Si el armisticio se prolonga, en cambio, durante más de quince días sin que se extienda al resto de la República, facilitará al gobierno del general Díaz la manera de fortalecerse para poder luchar contra la revolución, la cual, para entonces, habrá sufrido el natural relajamiento de sus energías que se mantenían por la tensión de las luchas ya entabladas, y al romperse nuevamente las hostilidades, el gobierno actual vencerá fácilmente sobre gr upos ya desorganizados. Por otra parte, el general Reyes está a punto de venir y no hay duda alguna de que por disciplina, por sumisión al general Díaz, y hasta por rivalidad política hacia usted, pondrá todo su empeño en sofocar la revolución y lo logrará, aunque sea a costa de su prestigio y de su personalidad.

He concluído.

La carta de la que he tomado los párrafos anteriores, fechada el 29 de abril de 1911, no deja género alguno de duda sobre la actitud de don Luis Cabrera en apoyo al régimen de Díaz y en franca crítica y aun amenaza para el movimiento de 1910. Con pretexto de un legalismo ortodoxo, don Luis Cabrera reprueba la revolución que encabezó don Francisco I. Madero, pero triunfante ésta, y en la forma que se verá, Cabrera resulta maderista.

Don Francisco I. Madero, a su llegada a la capital, y con una clara visión de la necesidad urgente de allegarse elementos de capacidad e inteligencia, procuró atraerse a las personalidades más destacadas entre aquellas que habían formado el antiguo grupo reyista: Calero fue nombrado embajador de México en Washington, y su traición fue conocida por todo el pueblo mexicano. Luis Cabrera, ya con la túnica del maderismo sobre sus hombros, deseaba fervientemente ocupar la cartera de ministro de Justicia, pero el señor Madero, que, aunque admiraba las dotes intelectuales de don Luis Cabrera, lo tenía por hombre peligroso y "resbaladizo", no le concedió su deseo y don Luis hubo de conformarse con una curul que le ofreció el Partido Constitucionalista Progresista encabezado por don Gustavo Madero y en cuyo puesto esperaba hacer méritos para obtener la cartera que ambicionaba.

Por otra parte, don Luis Cabrera no había dejado de ver grandes posibilidades en un retorno del general Reyes al país, y el grupo que formaba con Rodolfo Reyes y Zubarán Capmany logró embarcar a don Bernardo Reyes en la cómica aventura de Lampazos, haciéndole creer que todos sus partidarios lo recibirían con los brazos abiertos si volvía en son de guerra. Engañado el general Reyes cr uzó la frontera y no encontr ando ni un solo partidario, fue a presentarse a un cabo de la guarnición de Lampazos, quien lo entregó al

jefe militar de Coahuila y éste, a su vez, lo remitió a México, donde fue internado en la prisión de Santiago Tlatelolco.

Justo es hacer notar que, a pesar de su actitud vacilante y acomodaticia, don Luis Cabrera, durante su actuación en la Cámara de Diputados, hizo brillantes defensas del movimiento reivindicador de 1910, y fue uno de los pocos representantes que supieron y pudieron destruir las falaces críticas y acres censuras de los reaccionarios enderazadas en contra del maderismo.

El general Reyes, como se ha dicho, se hallaba prisionero en Tlatelolco. Igualmente prisionero se hallaba Félix Díaz, después de la asonada de Veracruz en octubre de 1912. Finalmente, se hallaba también prisionero Francisco Villa, bajo la acusación de Victoriano Huerta. En tales condiciones y creyendo los instigadores del cuartelazo de febrero de 1913, que contarían con la cooperación del general Francisco Villa, se fraguó dicho cuartelazo. Es indudable que de estos planes tenía conocimiento Rodolfo Reyes, y es extremadamente probable que lo tuvieran también sus íntimos amigos y copartidarios. Don Luis Cabrera debió haberlo sabido, pues tenía su despacho juntamente con él; tenían negocios comunes y diarias entrevistas. Justificando la denominación de "resbaladizo" que Madero le había dado, y sabiendo los acontecimientos que se avecinaban, Cabrera resolvió salir del país. Se embarcó en Veracruz con destino a Europa y, al pasar por Progreso, hizo aquellas famosas declaraciones al periodista yucateco Carlos Z. Menéndez, director de *El Diario de Yucatán* y en las que vaticinaba el derr umbamiento del régimen maderista, haciéndolo objeto de censuras y pretendiendo aparecer como hombre de clara visión política y de atinados pronósticos.

Debe hacerse notar que, previamente a ese oportuno viaje de don Luis Cabrera, y complaciendo en parte su ambición, don Francisco I. Madero había aceptado darle la Subsecretaría

de Justicia, pero Cabrera que quería "todo o nada" se sintió ofendido y no aceptó el puesto.

Continuando su viaje a Europa, llegó a Nueva York cuando ya había estallado el cuartelazo de Victoriano Huerta, que llevó a su íntimo amigo Rodolfo Reyes al gabinete. Desde Nueva York, Cabrera dirigió un cablegrama a la prensa en marzo de 1915, cablegrama demasiado conocido y en el que pide que ante los hechos consumados se reconozca al régimen de Victoriano Huerta.

Sin embargo, y en vista de que el régimen huertista tomaba derroteros distintos de los que él esperaba, pues Rodolfo Reyes perdió su fuerza política, Cabrera continuó su viaje a Europa donde se ocultó de amigos y enemigos. En vano todos los que le habían creído maderista sincero trataron de comunicarse con él para llamarlo y pedirle que se incorporara al movimiento constitucionalista de 23 de febrero de 1913 que había estallado en Coahuila y había sido secundado diez díaz después por el Estado de Sonora. Entre las llamadas que desatendió estuvo la de Roberto Pesqueira, su íntimo amigo y que, enviada por conducto de Alfonso Madero a Nueva York, quedó sin respuesta.

El movimiento constitucionalista fue g anando terreno, y cuando ya no era ningún secreto que triunfaría, se presentó don Luis Cabrera, en Nogales, en octubre de 1913, para unirse a dicho movimiento. Ya ha bían pasado las grandes batallas de Nogales el 13 de marzo, de Cananea el 26 del mismo mes, de Naco el 13 de abril, de Santa Rosa el 13 de mayo y de Santa María el 26 de junio. Casi todo el Estado de Sinaloa se hallaba dominado por las fuerzas constitucionalistas. Había caído Matamoros el 5 de junio, ha bía triunfado Villa en Chihuahua tras de grandes y decisivos combates, dominando todo el Estado. El país entero estaba en contra de Victoriano Huerta. Entonces, y sólo entonces, con su acostumbrada oportunidad, se pr esentó don Luis Cabrera a don Venustiano Carranza.

El señor Carranza no recibió bien a Cabrera y éste quedó al margen sin comisión, hasta que gestiones insistentes de sus amigos, muy particularmente de Roberto Pesqueira lograron conseguir de don Venustiano lo aceptara poco antes de llegar a México.

Había que gritar muy alto, que hacer alardes demagógicos para suplir méritos efectivos y don Luis Cabrera acuñó aquellas conocidas expresiones: "La revolución es la revolución" y "El dinero hay que tomarlo de donde lo haya", frases con muy poco significado propio, pero que él lanzaba como heraldos de su fervoroso revolucionarismo.

Queda establecido, pues, de manera innegable, que el revolucionarismo de don Luis Cabrera no tiene la pureza de origen que se pretende traerle provecho sin correr peligros.

Ahora bien, y en plan de formular juicio severo pero justo, veamos qué muestras dio de habilidad y competencia como economista el celebrado financiero don Luis Cabrera.

Como ministro de Hacienda del señor Carranza, Cabrera pretendió resolver la crisis económica "tomando el dinero de donde lo hubiera" y así, se echó sobre las reservas monetarias de los bancos. Y continuando esa lógica de maritornes, obtenido el dinero, lo gastó en lo que hacía falta. Tal proceder, infantilmente sencillo, desmiente en forma rotunda toda habilidad financiera atribuída a don Luis Cabrera.

Veamos por qué: el artículo 28 de la Constitución de 1917, concedía a la nación el monopolio de la emisión de billetes. Don Luis Cabrera se echó sobre las reservas metálicas de los bancos en agosto de 1918 y obtuvo así 86 millones de pesos oro. Ahora bien, de acuerdo con las disposiciones de la Ley Bancaria, cualquier banco puede emitir el triple de sus reservas metálicas; por lo tanto, si don Luis Cabrera, mostrando siquiera el ingenio de un estudiante de Economía Política, hubiera fundado el Banco Único con esos 86 millones de pesos en metálico, éste habría podido emitir billetes por el

triple de esa cantidad. Con una tercera parte de ellos, habría pagado a los bancos el "préstamo" que le habían hecho ¡Y LE HABRÍAN SOBRADO 172 MILLONES DE PESOS!

Otro caso: la emisión del billete "infalsificable" fue una demostración más, no ya de ineptitud financiera, sino de verdadera ofuscación mental. En efecto: emite el gobierno mexicano el billete infalsificable, y lo deprecia desde su propio nacimiento, dando instrucciones a las Federales de Hacienda para que se acepte el peso con un valor efectivo de VEINTE CENTAVOS. Y lo más peregrino del caso es que don Luis, para explicar esa inexplicable depreciación, razonaba que: si los bancos, que pueden quebrar, están autorizados para emitir tres veces el monto de sus reservas (cosa que desgraciadamente olvidó cuando se echó sobre las reservas), era natural que el gobierno, que no puede quebrar, pudiera emitir cinco veces el monto de sus reservas. Y como 20 es la quinta parte de 100, los billetes de un peso no tenían más valor efectivo que el de veinte centavos. Es decir, que el señor ministro de Hacienda del gobierno del señor Carranza, don Luis Cabrera, desconoció hasta los más elementales principios de las leyes económicas y bancarias, al no darse cuenta de que la autorización que concede la Ley Bancaria para que los bancos emitan tres veces la cantidad de sus fondos de reserva, no significa, NI PUEDE SIGNIFICAR que sus billetes sean redimibles por treinta y tres centavos y fracción, sino que el valor de redención de dichos billetes, será siempre el de 100 centavos por un peso.

Y no hace falta más para descalificar a cualquier ser humano que pretenda poseer habilidad o siquiera conocimientos básicos de Economía o de Banca.

He ahí los verdaderos rasgos de don Luis Cabrera como político y como economista.

Como historiador, consecuente con su propia psicología, inventa versiones, distorsiona hechos, omite sucedidos de

interés y confecciona obras o artículos de carácter histórico que llevan por principal finalidad pavonear su persona bajo un manto de falsedades con el que pretende ostentarse como revolucionario genuino, de firmes convicciones y de brillante actuación en la política mexicana.

Firme hasta el fin

Los anteriores capítulos, algunos de los cuales, según se dijo, están tomados al pie de la letra de las relaciones que en tono conversacional hizo don Adolfo De la Huerta al que esto escribe, pintan a grandes pero vividos rasgos la vigorosa personalidad del patriota sin reproche, del ciudadano modelo, del hombre cuya honradez intocable queda como un símbolo en estos tiempos en que hay hasta panegiristas de la inmoralidad.

Después de muchos años de exilio, don Adolfo volvió a México gracias a la rectitud de criterio del general Lázaro Cárdenas, entonces Presidente de la República, quien conocía bien las virtudes del señor De la Huerta e incidentalmente había salvado la vida gracias a las órdenes terminantes del señor De la Huerta para que se respetaran las vidas de los prisioneros militares.

El señor De la Huerta fue, durante el largo período de su exilio un símbolo, como siempre, de lo que el hombre honrado hace en tales casos. Vivió honradamente de su trabajo como maestro de bel canto en Los Ángeles, y siéndolo de extraordinaria habilidad, pronto tuvo más discípulos de los que podía atender. Ni él ni sus familiares sufrieron estrecheses, ni pidieron ni recibieron auxilio de nadie.

A su retorno al país, el general Cárdenas le nombró Visitador de Consulados y con ese carácter retornó a los Estados Unidos donde, como siempre lo hizo, desempeñó con cariño y buena voluntad las misiones que su puesto le señalaba.

Ocupó más tarde el puesto de Director de Pensiones, pero la renovación del gobierno trajo cambios en los dirigentes y don Adolfo volvió a la Visitaduría de Consulados.

Finalmente, durante el período de gobierno de su tocayo y querido amigo don Adolfo Ruiz Cortines, el señor De la Huerta, aunque ocupando todavía como titular el puesto de Visitador de Consulados, por disposición expresa de la presidencia, ya no abandonó el país.

Pero don Adolfo no era hombre que pudiera permanecer ocioso. Y así, cuando se desarrollaba la campaña presidencial a favor del actual Presidente, el señor De la Huerta con algunos amigos, fundó y colaboró en la publicación del periódico *Horizonte* que vivió de principios de junio a fines de septiembre de 1952 y en esos números aparecieron varios artículos que con el pseudónimo de Armando Revueltas escribió el señor De la Huerta. Artículos todos llenos de una sana intención orientadora.

El señor De la Huerta, en sus escritos, seguía el hábil camino de presentar como rumores de cosas que estaban por hacerse, las sugestiones que él daba respecto de lo que debía ser hecho.

Posteriormente, volvió a las labores periodísticas con la publicación *Nuevos Horizontes*, en la que figuró como director el que esto escribe. Un año justo vivió tal publicación: de 15 de julio de 1954 a 15 de julio de 1955, y el último número fue una recopilación de las expresiones de duelo que toda la prensa de México publicó con motivo de la muerte de ese gran mexicano.

Pero en tanto alentó jamás cesó de orientar, de sugerir con la mejor de las intenciones, de aconsejar con la más limpia de las finalidades. Y hasta el último día de su vida mantuvo el mismo e invariable camino de rectitud, de patriotismo, de honradez en todos los actos de su vida.

Terminamos esta obra reproduciendo algunas de las muchas cosas que él dejó escritas. En las primeras, como en las

últimas, campea esa rectitud y ese patriotismo verdaderamente legendarios que fueron siempre suyos y brillarán como un esplendente lucero en el cielo de nuestra historia patria.

En su juventud, don Adolfo De la Huerta, escribió, bajo el anagrama de Eduardo Teofalla Jr., la siguiente décima que lo pinta con los mismos perfiles de toda su vida:



Al retorno del exilio, don Adolfo de la Huerta, su esposa
Clarita Oriol De la Huerta y sus hijos Adolfo y Arturo



El Lic. Miguel Álvarez Acosta, don Adolfo de la Huerta
y el Lic. Roberto E. Guzmán Esparza, se autofotografiaron una de tantas
gratas ocasiones en que se reunían a comer y a chalar sobre interesantes temas

Vida útil

Si das a la humanidad
tus esfuerzos fervorosos
y por los menesterosos
luchas con sinceridad;
si a tu patria con lealtad
sirves con preceptos fijos
y con cuidados prolijos
en tu hogar fincas tu amor,
tu vida tendrá un valor
que reflejará en tus hijos.

Eduardo Teofalla, Jr.

1. Mientras más profunda es la filosofía y más elevada la ciencia, llega con más claridad el convencimiento de la omnipotencia del Todo.
2. Todo es para todos.
3. Disfruta de lo que provisionalmente tienes, pero ha de ser de tal manera que resulte algún beneficio para los demás.
4. Vive y ayuda a vivir.
5. Piensa y deja pensar.
6. La limitación de todo goce está en el principio de la pena de otro.
7. No deberás disponer de la vida de nadie; sólo tendrás derecho a evitar que te arrebaten la tuya.
8. Has lo que te plazca siempre que no determines perjuicio alguno para ti mismo o para los demás.
9. Tu confesor será tu propia conciencia.
10. Tu primera obligación es con la humanidad. Vienen después tu patria y tu familia. Tú serás el último.

Según ha quedado reseñado en esta obra, don Adolfo De la Huerta [participó] activamente en la lucha democrática desde antes de 1910, y durante toda su vida sostuvo con la misma honrada rigidez su fe en los principios democráticos.

Poco menos de un año antes de morir, el 15 de enero de 1955 para ser precisos, escribió el artículo que fue publicado en *Nuevos Horizontes* de esa fecha y que a continuación reproducimos.

En él se verá la misma firmeza de convicciones que fue su norma constante; la misma sinceridad de propósito y la misma honradez que hicieron de este gran desaparecido un amigo inestimable y un ciudadano modelo.

(El artículo está firmado por "Arístides Cruz de la Torre", que era otro de los pseudónimos usados por don Adolfo De la Huerta).

Iniciativa que no prosperó

Ya en los últimos años de su vida, don Adolfo De la Huerta no perdió el interés que todos los problemas nacionales le despertaban y ese interés se tradujo siempre en sugestiones, en iniciativas discretamente presentadas como sugestiones. He aquí una de ellas que aborda problema de gran trascendencia y que, como se verá por la fecha, fue presentada como "breves apuntes" en 1953.

Breves apuntes sobre cooperativas agrícolas
que han de contribuir al aumento de la producción

La experiencia, los hechos, nos han demostrado que la unidad agrícola más aceptable en nuestro medio, por su mayor productibilidad, es la Hacendaria, la gran Hacienda, es decir, la Hacienda con grandes extensiones de cultivo. Esta institución en su organización de trabajo, es la resultante de muchos años de experimentación y casi en todos los países se considera indispensable para conseguir mayores rendimientos.

En su aspecto económico resulta inaceptable el hacendado, generalmente un "ausentista" que sólo representa al "influyente" que consigue, ya con empresas privadas, ya con instituciones gubernamentales, el crédito necesario para el financiamiento o refacción de la granja.

Ese ausentista recoge indebidamente los dineros que corresponden a los verdaderos cultivadores de la tierra y si se corrige esta anomalía, estableciéndose el reparto de las uti-

lidades líquidas, entre los verdaderos agricultores, llegaremos a un organismo económico más equitativo y de mayor producción.

El verdadero director de la Hacienda, es el llamado Administrador o Intendente y es quien debe entrar en participación con los demás trabajadores de la Hacienda, principalmente los llamados peones.

El Estado, a través de sus instituciones de crédito, debe dar preferencia en su ayuda, a las organizaciones similares a las que estamos proponiendo.

Por mis experiencias como gobernador de Sonora, me atrevo a sugerir las siguientes proporciones en la distribución de las utilidades.

1. El gobierno proporcionará la tierra, semillas, fondos, jornales y provisiones necesarios.
2. El agricultor habilitado se asocia con todos los trabajadores y queda como gerente de las labores agrícolas, obligándose a presentar una lista de sus socios.
3. El gobierno se reserva el derecho de inspeccionar los trabajos y exigir de la manera que juzgue conveniente, que las habilitaciones sean destinadas precisamente al objeto perseguido.
4. De la cosecha se pagará preferentemente la habilitación y el resto se distribuirá de la manera siguiente: 60 por ciento para repartirse por partes iguales entre los asociados del gerente, 30 por ciento para el gerente y 10 por ciento para el Estado.
5. Los trabajadores disfrutaran de un sueldo de $15.00 diarios, además de la parte de las utilidades que les correspondan.
6. En caso de faltar el gerente a cualquiera de las estipulaciones del contrato, el gobierno puede rescindirlo, fi-

jando por medio de peritos, la retribución que a dicho gerente corresponda por sus trabajos y continuando la administración de las siembras como lo juzgue conveniente.

Los empleados y peones organizados en unión o sindicato local, nombrarán a tres delegados para que en su representación, intervengan en la revisión y control de todas las erogaciones y manejos generales del director-gerente. Cualquier irregularidad notada, debe ser comunicada inmediatamente al Banco Agrícola o a cualquier otro departamento señalado por el gobierno.

La selección de los directores o gerentes que harán las veces de los administradores o intendentes, debe hacerse preferentemente entre los militares que no estén en servicio activo y el acertado manejo de las cooperativas a su cargo, con el éxito conseguido a favor de sus asociados y del país, se anotará en su hoja de servicios para concedérseles menciones honoríficas y aún ascensos a los militares que hayan recibido la comisión de organizar o dirigir estas nuevas granjas de producción.

Este sistema en cooperativas no pretende subsistir ni al ejido ni a la pequeña propiedad. Puede desarrollarse independientemente para aumentar la producción, buscando seguridades de las inversiones gubernamentales.

México, D. F., junio 15 de 1953.
ADOLFO DE LA HUERTA.

Su último artículo
Soñando

(A mi amigo don Adolfo Ruiz Cortines)
Por Aristides Cruz de la Torre

A partir del movimiento de 1910, por el cual el pueblo mexicano se sacudió la dictadura porfirista, han desfilado por la presidencia de la República, doce ciudadanos que han llevado sobre el pecho la bandera tricolor, insignia de la Primera Magistratura del país.

Los doce presidentes dejaron su personal huella en la vida y la historia de México y, a través del tiempo transcurrido, sus diversas actuaciones se hacen más claras y precisas; se borran detalles de poca o ninguna importancia; se precisan trazos y se acentúan perfiles de eventos trascendentales.

Y así vemos en primer término al idealista, al soñador, que impulsado por los principios más elevados y patrióticos, se lanzó a la lucha contra el osificado régimen, derrumbó al gigante y más tarde perdió la propia vida antes que coartar lo que siempre consideró como sagrado: el derecho del pueblo para gobernarse a sí mismo.

Le siguió aquel fuerte varón de bíblica figura que, a más de rescatar al país de manos mercenarias, supo conducir hábilmente la nave del Estado a través de los traidores escollos de la política internacional, cuando el tifón de la guerra mundial azotaba en toda su tremenda intensidad.

Tras él vino aquel [que] logró en cortísimo tiempo la unión de la familia mexicana, sentando precedente de conciliación, armonía y respeto a la vida humana.

Después otro que se reveló genial en el campo militar, escribió páginas gloriosas en su hoja de servicios y en cuyo período se redujo a la mitad la deuda nacional.

Le siguió un luchador de otro tipo: éste arremetió con decisión y valor en contra de las fuerzas del obscurantismo, venciendo prejuicios y señalando nuevas orientaciones.

Más tarde un hombre hábil en la ciencia política tomó el timón de la nave nacional y logró conducirla por rutas de buen entendimiento entre el pensar y el sentir del pueblo.

Su sucesor, igualmente prudente y conciliador, mantuvo la ruta de la vida nacional orientada hacia una constante mejoría.

Ocupó más tarde la presidencia un hombre de gran experiencia en el campo de los negocios; experiencia que, puesta al servicio de la nación y unida a la tranquilidad general que supo y pudo mantener, trajo beneficio innegable a nuestra vida económica.

Su sucesor fue tempestuoso; encendido en el más noble afán patriótico rescató para México fuentes de riqueza y bienestar interno, sin que le detuviera ni le hiciera vacilar en su marcha, la gigantesca y amenazadora sombra de los rascacielos vecinos. Tras él vino otro mexicano cuya caballerosidad fue señorial. El supo sincronizar corrientes políticas internas y ganarse el afecto y estimación de todos los sectores.

Y bajo la impetuosa y juvenil mano de su sucesor, una racha de fiebre constructiva, de intensidad tal que aún superó las capacidades económicas del país, hizo brotar innumerables obras de beneficio común.

Finalmente, llegamos al hombre que actualmente empuña con firmeza y dirige con acierto el timón de la nave. Su actuación aún no puede ser juzgada. Sabemos que mantiene los ojos fijos en la brújula y la proa de la nave hacia horizontes de luz; pero la jornada es joven aún. Hay escollos peligro-

sos; amenazan fuertes tempestades. La habilidad del piloto habrá de mostrarse aún más clara.

Y abandonando nuestro marítimo símil, hemos de observar que los ideales de democracia para que llevaran a Madero al triunfo sobre el formidable mecanismo de la dictadura porfirista, y que más tarde le hicieron caer víctima de los traidores remanentes de tal dictadura, fueron tachados de sueños de iluso, de romanticismos fútiles. Se dijo que (como lo dijera antes Porfirio Díaz) el pueblo de México no estaba maduro para el ejercicio de la democracia. Se pretendió que era preciso llevarlo de la mano como a cualquier infante, so pena de verlo dar traspiés y sufrir dolorosas caídas. En realidad, a quien faltaba madurez era a los gobiernos, que no al pueblo de México. Bien es verdad que no todos los presidentes que siguieron a Madero en la ocupación de la silla presidencial profesaron tales opiniones, pero ya sea debido a circunstancias especiales, y a convicciones personales sinceras y profundas, ya por fin a intereses que no debieron anteponerse nunca a los intereses nacionales, lo cierto es que el sueño de Madero, sueño de verdadera democracia, continuó siendo sólo eso: UN SUEÑO. Si el sistema democrático es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, hemos de convenir en que lo primero que ha de conquistarse es aquello que el apóstol Madero enunció como su primer postulado: SUFRAGIO EFECTIVO. La elección de los mandatarios por la libre voluntad del pueblo manifestada en las urnas electorales, y esto AÚN NO LO HEMOS VISTO.

Toca al primer mandatario actual dar al pueblo de México la oportunidad de elegir CON ABSOLUTA LIBERTAD a todos sus dirigentes, desde el Presidente municipal del más pequeño e insignificante municipio, hasta el que ungido por el voto popular ha de seguirle en la dirección de los destinos de la nación.

Si las situaciones de anteriores presidentes dejaron estelas en las que hay mucho que aplaudir (como lo hemos dicho), la de nuestro actual Presidente puede y debe dejar una huella luminosa, una estela verdaderamente gloriosa: la del nacimiento a la real y efectiva democracia; la del respeto absoluto a la voluntad popular.

De sobra sabemos que los cantos de las sirenas y la amenaza de tempestades habrán de herir los oídos del piloto; pero confiamos en que, como experto argonauta, tenga cera caliente con la que tapar sus oídos y mano firme con la que desafiar rachas tempestuosas.

El viejo y elástico argumento que pretende justificar la intromisión de los poderes en las elecciones populares como una medida direccional necesaria, orientadora y conveniente, no tiene (no pudo tener nunca) explicación justificada.

La responsabilidad del mandatario es ANTE TODO, el cumplimiento de los principios democráticos, mismos en nombre de los cuales ocupa su puesto de director.

Las inquietudes y aun los pequeños disturbios que la pugna electoral pueda originar, no sólo no deben alarmar al gobierno del centro, sino que deben satisfacerle como demostraciones de independencia de criterio en los diversos sectores políticosociales, como libertad de expresión y elección; como, en una palabra, manifestaciones de verdadera DEMOCRACIA.

Quien pretenda influenciar la pugna electoral de cualquier sector nacional de otra manera que no sea venciendo en una votación popular, es desleal a la democracia, equívoca el camino, y aun con la mejor de las intenciones, adquiere una responsabilidad tremenda ante el propio pueblo y la historia. Quien, por otra parte, aun creyendo que el pueblo se equivoca en su elección sepa respetar tal elección, sin tratar de orientarla a su propio criterio o de estorbarle en forma alguna, habrá cumplido con su deber y la responsabilidad

de la elección equivocada (si equivocada fuere) quedará a los propios votantes, al pueblo mismo.

Esa es la oportunidad extraordinaria que don Adolfo Ruiz Cortines tiene ante sí. La oportunidad de pasar a la historia como el primer Presidente bajo cuyo régimen se efectuaron ELECCIONES LIBRES en toda la República. El primer Presidente que dé verdadera y real vida a la DEMOCRACIA en México. El primer Presidente que haga el sueño del apóstol Madero, una GLORIOSA REALIDAD.

¿Qué le queda al Presidente actual después de lo hecho por sus antecesores? ¿Hacer algo de lo que ellos hicieron? ¿Qué poco relieve daría eso a su personalidad! En cambio, ¡cómo se agigantará su figura si realiza lo que otros no pudieron, no supieron o no quisieron realizar!

¡Sea ese destino de Adolfo Ruiz Cortines!





Don Adolfo de la Huerta y el Lic. Roberto Guzmán Esparza
pasean por Madero en los últimos días de vida del primero

MEMORIAS DE
DON ADOLFO
DE LA **HUERTA.**
SEGÚN SU **PROPIO**
DICTADO

Lic. Roberto Guzmán Esparza
Transcripción y comentarios

fue editado por el

Instituto Nacional de Estudios Históricos
de las Revoluciones de México

Se terminó en la Ciudad de México en julio de 2020,
en el 65 Aniversario luctuoso de Adolfo de la Huerta,
durante la pandemia COVID-19, en cuarentena.

A los 70 años de edad, Adolfo de la Huerta se dio a la tarea de evocar su pasado en largas charlas con su amigo y otrora secretario Roberto Guzmán, un tiempo que ineludiblemente hilaba el gran acontecimiento con el que nuestro país recibió el siglo xx: la Revolución Mexicana. Nacido en Guaymas, Sonora, De la Huerta vivió en un ambiente convulsionado, agreste, en un México de manifiestos, acuerdos y tratados que servían para llegar al poder, para lograr un pacto o una traición. El objetivo original de ese ejercicio de memoria era dar su propia versión sobre hechos en los que participó públicamente, en especial de aquellos de los que fue protagonista. El señor De la Huerta quería "aclarar", dice su secretario, por qué "los hombres que han ocupado puestos públicos dejan una huella histórica que precisa limpiar de deformaciones debidas a errores o enconos".

Diputado, gobernador, cónsul, secretario de Estado, presidente de la República; De la Huerta fue parte importante del engranaje revolucionario, sin duda. Sus memorias, transcritas y comentadas por quien lo acompañó en el exilio y en los momentos más candentes de su carrera política, es el testamento de viva voz del hombre que, junto con los generales Obregón y Calles, formó la poderosa alianza política y militar que gobernó al país durante los años veinte.



